CÓMO MATAR A TU FAMILIA

No puedes elegir a tu familia,
pero sí te la puedes cargar.

BELLA MACKIE

SUMA de letras

CÓMO MATAR A TU FAMILIA

BELLA MACKIE

Traducción de
Laura Vidal

SUMA de letras

A mi padre, que me leyó cien cuentos sangrientos antes de dormir.
A mi madre, que me leyó otros cien edificantes.
Prometo no mataros a ninguno de los dos.

Despojadme de mi sexo y colmadme de pies a cabeza de implacable crueldad. Espesad mi sangre.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Macbeth*.

PRÓLOGO

La cárcel de Limehouse es, como podréis imaginar, un horror. Claro que en realidad no creo que la podáis imaginar. No hay ni videoconsolas ni televisores de pantalla plana, como sin duda habéis leído en la prensa. No se respira buen rollo comunitario, tampoco sororidad. La atmósfera es casi siempre frenética, desagradablemente ruidosa y a menudo da la sensación de que puede estallar una pelea en cualquier momento. Desde el principio he procurado no meterme en líos. A excepción de las comidas (aunque hay que ser optimista para llamar «comida» a lo que sirven aquí), me quedo en mi celda siempre que puedo, e intento evitar a mi «compi», como se empeña en que la llame mi compañera de celda.

Kelly es una mujer a la que le gusta «conversar». Mi primer día aquí, hace catorce largos meses, se sentó en mi litera, me pellizcó la rodilla con unas uñas repugnantemente largas y me dijo que sabía lo que había hecho y que le parecía fantástico. Aquella alabanza fue una grata sorpresa, dado que me había temido que, una vez cruzadas las siniestras puertas de este abyecto lugar, todo sería violencia. Ah, la ingenuidad de quien solo conoce la cárcel de ver series de televisión de presupuesto más bien bajo. Después de las presentaciones, Kelly decidió que yo era su nueva mejor amiga y, lo que fue aún peor, una compañera de celda de la que presumir. En el desayuno se me acerca siempre con gran aspaviento, me coge del brazo y me susurra como si estuviéramos en plena conversación íntima. La he oído hablar con otras prisioneras, recurrir a cuchicheos teatrales cuando les da a entender que le he confesado todos los detalles de mi delito. Quiere ganarse la admiración y el respeto de las otras mujeres, y si alguien puede conseguírselos es la asesina del caso Morton. Qué agotamiento.

Digo que Kelly presume de saberlo todo sobre el delito que cometí, pero eso de alguna manera les resta categoría a mis actos. A mí la palabra «delito» me suena pobretona, poco elegante y vulgar. Los rateros cometen delitos. Conducir a sesenta kilómetros por hora en un tramo limitado a treinta para poder comprarte un café con leche tibio antes de empezar otro aburrido día más en la oficina es cometer un delito. Yo hice algo mucho más ambicioso. Concebí y ejecuté un plan complejo y metódico cuyo origen es muy anterior a las desagradables circunstancias que rodearon mi nacimiento. Y puesto que tengo mucho tiempo libre en esta fea y nada estimulante jaula (una

terapeuta mal informada me propuso asistir a clases de poesía oral y puedo afirmar con satisfacción que la mera expresión de mi cara la disuadió de futuras sugerencias), he decidido contar mi historia. No va a ser fácil sin el portátil de última generación al que estoy acostumbrada. Cuando, hace poco, mi abogado me mostró una posible luz al final de este túnel, pensé que sería buena idea dejar constancia de mi paso por aquí y poner por escrito algunas de mis acciones. Una visita al economato me procuró una delgada libreta y un bolígrafo medio gastado... a cambio de cinco libras de mi asignación semanal de quince cincuenta. No hagáis caso de esos artículos de revista que te sugieren como si tal cosa ahorrar dinero comprando menos cafés para llevar. Si de verdad queréis aprender a economizar, venid una temporadita a Limehouse. Escribir puede no servir para nada, pero yo necesito hacer algo para aliviar el aburrimiento anquilosante de este lugar y tengo la esperanza de que, si me ven ocupada en algo, Kelly y su interminable séquito de «damas», como insiste en llamarlas, dejarán de invitarme a ver *realities* con ellas en la sala común. «Lo siento, Kelly —diré—, estoy tomando apuntes sobre el caso que son importantes para mi recurso de apelación, luego hablamos». Confío en que, en cuanto intuya que puedo contarle algún detalle jugoso sobre mi historia, se tocará la nariz en gesto cómplice, como si fuera uno de esos ridículos personajes de las novelas de Dick Francis, y me dejará en paz.

Por supuesto, esta historia no es para Kelly. Dudo de que tenga la capacidad de comprender lo que me motivó a actuar como lo hice. Mi historia es solo eso: mía, aunque sé que los lectores la devorarían si llegara a publicarla..., algo que no pienso hacer. Aun así, es agradable saber que se leería con interés. Se convertiría en un superventas y las masas correrían a las librerías ávidas de conocer mejor a esa joven mujer atractiva y trágica, capaz de acciones tan terribles. La prensa sensacionalista lleva meses publicando cosas sobre mí y el público no parece cansarse de los psicólogos de medio pelo dispuestos a diagnosticarme a distancia, ni del polemista ocasional que defiende mis actos ante la indignación de Twitter. El gran público está tan fascinado por mis acciones que incluso se traga un documental sobre mi persona hecho a toda prisa por el Canal 5 y en el que hasta sale un astrólogo obeso explicando que mi horóscopo hacía predecir mi comportamiento. No acertó ni en el signo del zodiaco.

De manera que sé que mis palabras despertarían interés. No he movido un dedo por dar una explicación precisa de los hechos, y aun así mi caso ya es famoso. Y eso sin que —y esto es lo más irónico— nadie tenga noticia de mis verdaderos crímenes. El sistema judicial de

este país es de risa, y la mejor prueba de ello es mi sentencia: he matado a varias personas (a algunas brutalmente, a otras de manera más relajada) y, sin embargo, aquí estoy, muriéndome de asco en la cárcel por un asesinato que no cometí.

Los crímenes que sí orquesté, de salir a la luz, harían que se me recordara durante décadas, quizá incluso siglos..., eso si la raza humana se las apaña para no desaparecer antes. Seríamos el doctor Crippen, Fred West, Ted Bundy, Lizzie Borden y yo, Grace Bernard. A decir verdad, eso me desagrada un poco. Yo no soy ni una aficionada ni una cretina. Soy alguien a quien, si vierais por la calle, miraríais con aprecio. Quizá por eso Kelly se pega a mí como una lapa en lugar de maltratarme, como me había temido. Incluso aquí dentro conservo cierta elegancia, y una capa de indiferencia que aquellas más débiles que yo están desesperadas por atravesar. A pesar de los crímenes que he cometido, me dicen que recibo montones de cartas profesándome amor y admiración, preguntándome dónde me compré el vestido que llevé el primer día del juicio (por si os interesa, en Roksanda. Es una pena que la mujer de ese horrendo primer ministro posara con un modelo parecido solo un mes más tarde). También me llegan muchas cartas de odio. A veces de auténticos trastornados, convencidos de que les he estado enviando mensajes por las ondas. La gente parece de verdad deseosa de conocerme, impresionarme, imitarme, si no en mis acciones, al menos sí en mis estilismos. Da igual, porque no leo ninguna de esas cartas. Mi abogado las recoge y se las lleva. La verdad es que no me interesa saber lo que represento para unos desconocidos de vidas tan tristes que no tienen nada mejor que hacer que escribirme.

Igual estoy siendo demasiado amable con el gran público, atribuyéndole unas emociones más complejas de las que merece. Quizá la razón del interés continuado y enloquecido que suscito se explique mejor mediante la navaja de Occam, esa teoría según la cual la respuesta más sencilla suele ser la correcta. En cuyo caso, mi nombre será recordado hasta mucho después de mi muerte por la razón más prosaica de todas, a saber: que los triángulos amorosos despiertan curiosidad y morbo. Pero cuando pienso en lo que de verdad hice, me entristece un poco que nadie llegue a conocer la compleja operación que puse en práctica. Claro que haber salido impune de ella es altamente preferible, pero quién sabe, igual cuando lleve un tiempo muerta alguien abrirá una vieja caja fuerte y se encontrará esta confesión. Ahí sí que fliparía el gran público. Porque no creo que haya muchas personas en el mundo capaces de comprender cómo alguien, a la tierna edad de veintiocho años, ha sido

capaz de asesinar sin inmutarse a seis miembros de su familia. Y después ha seguido tranquilamente con su vida, sin arrepentirse de nada.

1

Bajo del avión y me recibe esa maravillosa ráfaga de aire caliente que los ingleses describen siempre con exagerado entusiasmo cada vez que aterrizan en un lugar cálido y se acuerdan de que gran parte del resto del mundo vive en un clima que no solo alterna entre gris y frío. Se me da bien desplazarme deprisa por los aeropuertos y hoy más que nunca, porque estoy deseando evitar al hombre junto al que he tenido la desgracia de sentarme durante el vuelo. Amir se presentó en cuanto terminé de abrocharme el cinturón. Treinta y tantos años, camisa desesperadamente tirante a la altura de sus casi cómicos músculos pectorales, y que, cosa inexplicable, combinaba con un pantalón de chándal brillante. Lo peor de su indumentaria, la guinda del desastre, eran las chanclas que llevaba en lugar de zapatos. Chanclas de piscina de Gucci, con calcetines a juego. Dios bendito. Consideré la posibilidad de pedir a la auxiliar de vuelo que me cambiara de asiento, pero no se la veía por ninguna parte y, cuando el avión se preparó para despegar, yo ya estaba atrapada entre el macho acicalado y la ventanilla.

Amir iba de camino a Puerto Banús, igual que yo, aunque nunca le habría dado esa información. Tenía treinta y ocho años, se dedicaba a algo relacionado con clubes nocturnos y era aficionado a decir que le gustaba «disfrutar a tope». Cerré los ojos mientras me soltaba un rollo sobre el estilo de vida marbellí y las dificultades de gestionar el traslado de sus coches preferidos para la temporada de verano. A pesar de mi lenguaje corporal, mi compañero de asiento no cejó hasta obligarme a participar en la conversación. Iba a visitar a mi mejor amiga, le dije. No, no vivía en Puerto Banús, sino hacia el interior, y era improbable que bajáramos al pueblo para experimentar los placeres de la discoteca Glitter.

«¿Necesitas un coche? —me preguntó el musculitos—. Te puedo conseguir uno chulísimo, tú dímelo y te pongo un bonito Mercedes a tu disposición durante las vacaciones».

Decliné la oferta lo más educadamente que pude antes de anunciar con firmeza que debía terminar unas cosas de trabajo antes de aterrizar.

Cuando el avión inició el descenso, Amir vio su oportunidad y me

recordó que tenía que cerrar el portátil. Una vez más me vi obligada a entablar conversación, con cuidado de no mencionar mi nombre ni darle información personal. Que me prestara tanta atención me ponía furiosa, ya que iba vestida con pantalón negro, camisa y sin maquillar para pasar lo más desapercibida posible. Ni joyas, ni toques personales, nada que pudiera quedarse en la retina de alguien en caso de ser interrogado. Claro que eso no iba a ocurrir, no soy más que una chica joven que se va de vacaciones a Marbella, como tantas otras este verano.

El tiempo que durara el vuelo era todo lo que Amir iba a conseguir de mí, y de hasta eso se apropió sin permiso. De manera que esquivo viajeros, me cuelo con una sonrisa en el principio de la cola de los pasaportes y después voy derecha a recogida de equipajes. Me escondo detrás de una columna mientras el vestíbulo se va llenando y miro el teléfono. Unos minutos después, localizo mi maleta y la cojo, antes de dar media vuelta y caminar hacia la salida llena de determinación. Pero entonces me viene un pensamiento a la cabeza y me paro en seco.

Estoy apoyada contra la barandilla en el exterior del aeropuerto cuando sale Amir. Se le ilumina la cara a la vez que mete la tripa e hincha el pecho.

—¡Te estaba buscando! —dice y cuando gesticula me fijo en el brillo de su reloj de oro.

—Sí, perdona; tengo prisa por llegar a casa de mi amiga antes de comer, pero no quería irme sin despedirme —contesto.

—Pues, oye, vamos a quedar una noche, dame tu teléfono y nos conectamos.

Ni loca, vamos, pero tengo que hacerle la rosca si quiero conseguir lo que me he propuesto.

—Acabo de cambiar de teléfono y no me acuerdo para nada del número, Amir. Vamos a hacer una cosa, dame el tuyo y te pego un toque.

Sonrío y le toco levemente el brazo. Después de guardar su contacto y declinar su oferta de llevarme, me despido de él con la mano.

—Amir —le digo mientras se aleja—, lo de ofrecerme un coche, ¿sigue en pie?

Menos de dos horas después, llego al apartamento que he reservado; ha sido un viaje en coche de alquiler desde el aeropuerto relativamente indoloro. El apartamento lo encontré en Airbnb y

convine con la casera en pagar en efectivo para que no hubiera registros a mi nombre. Lo del alquiler privado le pareció bien en cuanto me ofrecí a pagar el doble. Cuesta un ojo de la cara, porque encima es temporada alta, pero solo tengo esta semana de vacaciones y necesito poner en marcha mi plan, así que los problemas los soluciono a base de soltar pasta. El apartamento es enano y asfixiante, con una decoración que recuerda muchísimo a una clínica de estética de los años ochenta, pero con muñecas de porcelana. Estoy loca por ver el mar y estirar las piernas, pero no dispongo de mucho tiempo aquí y tengo trabajo que hacer.

Me he documentado todo lo que puede una documentarse sobre dos viejos chovinistas con una presencia en internet desconsideradamente mínima, y estoy bastante segura de dónde encontrarlos esta noche. Por lo poco que logré averiguar de la página de Facebook de Kathleen (pobrecita mía, tiene una cuenta pública, es una bendición que las personas mayores no sepan qué es la configuración de privacidad), parece ser que los abuelitos Artemis, furiosos por la cantidad de españoles que viven en España, pasan casi todo su tiempo entre un restaurante llamado Villa Bianca, que está en primera línea de playa, y un casino llamado Dinero, a las afueras del pueblo. He reservado una mesa para cenar en el restaurante.

Que quede clara una cosa. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Tengo veinticuatro años, llevo ya muchos pensando en cuál sería la mejor manera de vengar a mi madre y este es el primer paso importante que doy al respecto. Hasta ahora me he dedicado sobre todo a construirme una carrera profesional, ahorrar dinero, documentarme sobre la familia y tratar de alcanzar una posición desde la que acercarme a ella. Ha sido productivo, pero prosaico. Evidentemente estoy dispuesta a hacer estos sacrificios para alcanzar mis metas, pero, Dios mío, qué difícil es fingir que me importan los cuestionarios a clientes o participar en las salidas opcionales (léase obligatorias) de los viernes por la tarde para estrechar lazos con los compañeros de trabajo tomando copas. De haber sabido que tendría que beber chupitos de licor de hierbas con Red Bull con personas que trabajan en marketing por voluntad propia, habría dedicado más tiempo a documentarme antes sobre la trepanación. Quizá por eso me he lanzado tan deprisa a la acción ahora, desesperada por demostrarme a mí misma que he hecho progresos y estoy preparada para lo que llevo diciendo que voy a hacer desde que tenía trece años. Y, sin embargo, mi preparación es lamentable. Había calculado que para cuando llegara a Marbella tendría un plan claro, habría trazado cuidadosamente mi hoja de ruta, habría calculado los tiempos y

diseñado el disfraz perfecto. Pero en lugar de eso estoy encerrada en un apartamento que huele como si el hámster de la familia se hubiera muerto debajo de un armario y tu madre no supiera de dónde viene el olor y llevara seis meses usando lejía como una posesa. Tengo pensado un plan, pero ni idea de si podré ponerlo en práctica. Tengo una peluca comprada en una tienda de cosméticos en Finsbury Park que resultaba convincente en la luz fluorescente de la tienda, pero que bajo el sol español presenta un aspecto preocupantemente inflamable. A pesar de la ansiedad generalizada por mi falta de preparación, cada vez estoy más eufórica. Mientras me coloco la peluca y me maquillo, me siento como si me estuviera arreglando para una cita maravillosa, y no para ir a asesinar a mis abuelos.

Por supuesto, eso ha sido una exageración. No los voy a matar esta noche, sería una tontería. Antes necesito verlos, escuchar su conversación, comprobar si dejan caer alguna pista sobre sus planes para esta semana. Necesito hacer el camino a su casa varias veces y, algo muy importante, recoger el coche que me ha prometido Amir. Ese coche es o bien la prueba de que estoy siendo estúpidamente caótica y debería posponer mis planes, o el pequeño regalo de una deidad desconocida. ¡Veremos en qué queda la cosa!

Hace tiempo ya que decidí que Kathleen y Jeremy Artemis serían los primeros en abandonar este mundo. Ello se debió en realidad a varias razones, la primera de las cuales es que son mayores y, consecuentemente, no importan mucho. La gente mayor que no hace otra cosa que pulirse la pensión e idiotizarse sentada en su butaca preferida no es, en mi opinión, buena publicidad para la especie humana. Es genial que las personas vivan más tiempo gracias a la ciencia médica y a estilos de vida más saludables: lamentablemente terminarán convertidos en unos inútiles que ocupan camas y se vuelven más y más mezquinos hasta quedar reducidos a carcamales chovinistas instalados en una habitación que tú quieres convertir en despacho.

No os escandalicéis. Sé que pensáis lo mismo que yo. Hacedme caso: disfrutad de la vida y marchaos de este mundo más o menos a los setenta años; solo los muy aburridos se empeñan en cumplir los cien, con una breve felicitación de cumpleaños de la reina como única e impersonal satisfacción. Así que en realidad estoy haciendo un favor a todos. Estos señores son viejos y desechables, y llevan una vida de lo más improductiva. Vino con la comida, siesta, una visita a las tiendas del pueblo para comprar joyería horrenda y relojes de mal gusto. Él

juega al golf, ella dedica muchas horas a dejarse inyectar cosas en la cara, con el extraño resultado de que cada vez parece más un niño anciano. Un verdadero desperdicio, y eso que no os he hablado aún de lo racistas que son. Qué coño, seguro que os hacéis una idea. Viven en Marbella y no hablan español, no digo más. Sobran las explicaciones.

Por supuesto que hay intereses míos en juego. No soy Harold Shipman, no me dedico a asesinar alegremente a todas las personas mayores que puedo. Yo solo quiero matar a dos, el resto pueden seguir tan tranquilos viendo culebrones en la tele y comprando regalos espantosos a nietos que se aburren cada vez que los visitan. Estas personas son técnicamente mis abuelos, aunque no nos conocemos y no me han regalado ni un mísero Toblerone. Pero sí saben de mi existencia.

Dejadme que os explique. Durante muchos años esto no lo supe, creía que mi padre, Simon, no le había hablado a nadie de mí, pero hace poco vino a Londres de visita la amiga de mi madre, Helene, y mientras nos bebíamos una botella de vino me confesó que había ido a verlos poco antes de trasladarse a vivir a París, muchos años atrás. Sentía que, al dejarme sola, estaba traicionando a mi madre. A la pobre Marie, que en paz descanse. Para mitigar su sentimiento de culpa, Helene hizo lo único que se le ocurrió. Los buscó en internet y localizó su dirección de Londres en el registro mercantil. Yo estaba casi subida a la mesa para oír mejor lo que le habían dicho, para memorizar aquella nueva información. Por supuesto yo había ido a su casa muchas veces, antes de que se mudaran a España. Había pasado horas a la puerta, vigilando, esperando, siguiendo su coche cuando el chófer los llevaba a alguna parte. Pero de ahí a hablar con ellos había un buen trecho, y me sentí en parte admirada y en parte furiosa con Helene por no haberme hablado nunca de aquel encuentro.

Saltaba a la vista que le daba apuro contarme lo mal que había ido. Evitó mirarme a los ojos mientras me explicaba que, en cuanto les dijo quién era, le habían cerrado la puerta en las narices. Pero Helene no se marchó y al cabo la dejaron pasar y le informaron con frialdad de que lo sabían todo de mí y de mi «lamentable» madre. Al oír aquello empezaron a zumbarme los oídos y me rasqué el cuello en preparación para el nudo en la garganta que, estaba segura, aparecería en cualquier momento. Habían sabido de mi existencia desde el principio, me explicó Helene, cuando su «pobre» hijo se presentó sin avisar una noche ya tarde en su casa y, caminando nervioso de un lado a otro del cuarto de estar, les confesó que se había metido en un lío. Según Jeremy, que fue quien más habló, con Kathleen sentada rígida en el sofá sorbiendo un gin-tonic en vaso grande, Simon les

había consultado si debía o no informar a su mujer, Janine, y también les había pedido una provisión de fondos para mi manutención.

«Así que, hasta cierto punto, quería hacer bien las cosas», me dijo Helene, contrita, mientras bebía vino y jugueteaba con su pelo. Hice como que no había oído el comentario y le pedí que siguiera. No tenía ningún interés en escuchar los lamentables intentos de aquel hombre de aplacar su mala conciencia.

Jeremy explicó orgulloso a Helene que su mujer y él habían dedicado varias horas a intentar que Simon cambiara de idea, haciéndole ver que Marie se había quedado embarazada adrede, para sacarle el dinero, y advirtiéndole de que Janine nunca se recobraría de algo así. «Simon cometió un error tonto, como muchos otros hombres jóvenes —dijo—, y siento mucho que esa niña tenga que crecer sin padres, pero hay cosas peores. Yo mismo perdí a mi madre a edad muy temprana y no me dediqué a ir por ahí pidiendo limosna a desconocidos». Helene me dijo que había expresado su desacuerdo, gritado que Marie no había intentado cazar a su hijo, que había tratado de explicarles que Marie no había sabido lo rico que era Simon, o que estaba casado, hasta mucho después. Pero no quisieron escucharla. «Esa chica intentó arruinar la vida de mi hijo por dinero —gritó Kathleen poniéndose de repente de pie—. Si piensa que la hija de su amiga va a poder explotar este disparate, entonces es que es usted tan tonta como era ella». Y ahí quedó todo. Según Helene, que se había terminado su vino y gesticulaba furiosa, Kathleen de pronto había empezado a llorar y a pegar a su marido en el pecho. Este le había sujetado las manos y obligado a sentarse, antes de volverse hacia Helene, que estaba, levemente atónita, de pie en la puerta. «Ha disgustado usted a mi mujer y echado a perder nuestra velada. La quiero fuera de mi casa, y ni se le ocurra intentar esta mierda con mi hijo. Le mandaremos tantos abogados que antes de que se celebre el juicio habrá perdido hasta su casa».

«A esas alturas yo ya estaba un poco asustada —me explicó Helene —, porque de pronto parecía un loco. Tenía los ojos desorbitados y el pelo plateado, antes peinado a la perfección, completamente de punta. Pero lo más raro era que su acento había cambiado por completo. La primera vez que me habló sonaba como un auténtico caballero inglés, pero para cuando me fui su voz se había vuelto áspera y cortante y me recordó a los vendedores de los puestos del mercado que había en el pueblo donde crecí. Lo siento. Lo intenté, pero creía que los padres de Simon serían más agradables, más comprensivos. ¡Que querrían conocer a su hermosa nieta, por el amor de Dios! Pero no. Les ha ido bien en la vida, Grace, pero debajo de todas esas capas no son más

que unos matones».

De manera que son viejos, malas personas y ocupan un espacio valioso en el mundo. Solo eso sería razón suficiente para mandarlos al otro barrio de una manera más desagradable de la que seguramente tienen destinada. Pero, si soy sincera, sobre todo es porque lo sabían. Sabían de la existencia de mi madre. De la mía. Y no se limitaron a lavarse las manos respecto al asunto, sino que presionaron a su hijo, culparon a Marie, a Helene, a las discotecas, a los amigos que lo habían llevado por el mal camino. Culparon a todo y a todos menos a Simon. Este eludió su responsabilidad como padre y su familia lo ayudó. Yo pensaba que vivían sus vidas ajenos al hecho de que su hijo se había desentendido de su propia hija y dejado tirada a su madre. Pero resultaba que lo habían querido así. Y, al final, eso fue lo que me decidió. Serían los primeros en morir.

Llego al restaurante de la playa a las seis de la tarde, dando por hecho que, como la mayoría de las personas mayores, mis abuelos cenan temprano. He pedido mesa en la terraza, pero resulta que el restaurante es mucho más grande de lo que parecía en internet y me preocupa estar demasiado lejos de ellos para reunir información útil. Pido una copa de vino blanco (me gusta el vino; los Latimer siempre se aseguraban de beber del bueno, elijo un rioja) y me obligo a abrir el libro que me he traído para que no resulte demasiado obvio cuando empiece a espiar. He elegido *El conde de Montecristo*, lo que es muy poco sutil, pero me pareció divertido cuando estaba haciendo la maleta. No tengo que esperar demasiado a que lleguen los Artemis. Casi no he pasado la primera página cuando, por el rabillo del ojo, detecto actividad. Dos camareros acompañan a cuatro personas mayores desde el bar en dirección a la terraza. No hago nada, me prohíbo mirar, pero los noto acercarse. Una voz sonora de mujer: «No, esa mesa no, Andreas, da el sol de plano. Ponnos ahí». El grupo se da la vuelta y se va a la otra punta de la terraza. Me cago en tu puta madre, Kathleen.

Una vez se han sentado y pedido algo de beber, para todo lo cual tardan siglos, con quejas sobre el viento y dilemas sobre qué tomar, me permito echar una rápida visual. Los Artemis sénior están sentados mirando hacia mí, con la otra pareja enfrente. Kathleen lleva un cardado que haría escupir sangre de envidia a Joan Collins. Su pelo es rubio claro y lo lleva tan apuntalado —que no peinado— que el viento que tanto le preocupa ni se atrevería a tocarlo. La capa de maquillaje en su cara se ve de lejos y se ha pintado los ojos para parecer

ligeramente sobresaltada, algo que creo se supone tiene que resultar coqueto pero que le da pinta de loca. Lleva una túnica beis sobre pantalones también beis y ha dejado un bolso de Chanel obscenamente grande encima de la mesa. Adorna su cuello un collar largo de... No distingo qué piedra es, pero puedo afirmar sin miedo a equivocarme que no son circonias cúbicas. Me permito el lujo de mirarlos sin disimulo un rato mientras están absortos en la carta. Me estoy preguntando si hay algo de mí en esta mujer de aspecto insatisfecho cuando, de repente, levanta las manos, las junta y le veo las uñas. En punta, pintadas del clásico rojo grana. Equilicuá, Kathleen. Mis manos, que todavía sostienen el libro olvidado, son largas y esbeltas, a diferencia de las suyas. Pero mis uñas... Yo también las llevo pintadas de rojo brillante y en punta.

Después de unos pocos minutos de hacerme la absorta en la lectura de mi libro, llamo al camarero y pido que me cambien a una mesa donde no dé tanto el sol. Justo a tiempo, porque empiezo a sospechar que esta peluca puede derretirse en cualquier momento. En la terraza hay gente, pero no está llena, y me cambian a una mesa justo detrás de mi objetivo. Mucho mejor así. Quiero oír de lo que están hablando. No averiguaré nada trascendente ni interesante sobre sus personalidades, son demasiado insulsos para eso, pero igual me hago idea de sus planes para el fin de semana. Solo voy a estar aquí cinco días más, no he podido cogerme más vacaciones, así que tengo poco tiempo. Pido otra copa de vino y unas tapas variadas y vuelvo a abrir el libro. Jeremy me mira de esa manera que todas las mujeres reconocemos. El carcamal me está examinando de arriba abajo, recreándose en mi juventud, completamente ajeno a la pena que da. Le sonrío por espacio de un segundo, en parte porque me divierte ver a mi abuelo fichándome, en parte para que crea que me ha conquistado. Aparecen los camareros con comida y la magia se rompe. No los he oído pedir nada, pero cuando veo los platos no me sorprendo. Filete con patatas para todos. Debe de ser lo único que comen aquí. Filete con patatas, nada de aventurarse en territorio desconocido, para qué probar cosas nuevas cuando se puede ser cada vez más ruin y desagradable. Y todo eso lo he sabido solo mirando un filete, imaginaos lo que aprendería de su biblioteca. Es broma, seguro que no tienen ni un libro en su casa.

Charlan con voz monótona sobre amigos del club de golf, hablan de un tal Brian que hace poco hizo el ridículo en una subasta benéfica (pobre Brian, me imagino la vergüenza de que te expulsen de la comunidad de expatriados de la tercera edad). Kathleen y la otra mujer, que es igual que Kathleen pero con más barriga y un bolso de

Chanel más pequeño, empiezan a poner a caldo a una peluquera que por lo visto tarda demasiado en peinar y no quiso hacer un hueco a la amiga el lunes pasado. Me cuesta mantener la atención. Quiero enterarme de todo lo que pueda, pero, madre mía, esta gente no lo pone fácil.

¿Puedo pedirme otra copa de vino o sabotearé esta misión de reconocimiento? A tomar por culo. Pido el vino y picoteo lo que queda de las tapas. Quizá el grupo que estoy vigilando no se equivocó al pedir el filete. La comida que me han traído es desconcertantemente gomosa y parece más salida de un polígono industrial que del mar. Las dos parejas han pedido café y Kathleen está montando un número por una mancha en la corbata de Jeremy, que tiene pinta de ser la corbata de algún club. Apuesto a que es masón, le pega todo. El marido de la amiga gorda está preguntando cuándo van a ir al casino y menciona un cóctel que hay este jueves.

—Sí, allí estaremos —dice Jeremy cortante mientras aparta con la mano la servilleta que le ofrece Kathleen—. Tenemos cena con los Beresford a las siete y media, pero nos pasaremos a la vuelta.

«¿DÓNDE VAIS A CENAR?», quiero gritar, pero no dan detalles. En lugar de ello, Jeremy pide la cuenta al camarero con un gesto brusco. El otro hombre coge el platillo en cuanto llega y hace una inclinación de cabeza a mis abuelos.

—Invitamos nosotros. Estoy seguro de que nos toca... No, por favor, insisto.

Cae una tarjeta dorada y Jeremy casi ni se inmuta y vuelve a mirarme. Esta vez aparto la vista. No quiero que se fije demasiado en mí ni que se aprenda mi cara. No estoy preocupada. Doy por hecho que pasa mucho tiempo mirando a mujeres lo bastante jóvenes para ser sus nietas. Quizá no tanto a las que de hecho lo son, aunque con el historial de Simon nunca se sabe.

Cuando se marchan, me fijo bien en la corbata de Jeremy. Estaba equivocada, no es de masones. Está estampada en verde y amarillo con las letras «RC». Una rápida consulta en Google me informa de que es la corbata oficial del Regency Club, un club privado en Mayfair, inaugurado en 1788 para que hombres, de sangre azul y ricos, se reúnan sin sus mujeres. Casi me río. Sé cómo creciste, Jeremy. En una casa de dos habitaciones en Bethnal Green, con una madre costurera y un padre que se largó y terminó a saber dónde antes de que tú cumplieras cinco años. Simon habla orgulloso de ello en las entrevistas, como prueba de lo mucho que ha trabajado su familia para prosperar. Y aquí estás tú, su padre, con esa corbata que imaginas refleja tu pedigrí, ese pedigrí comprado. Habrá quien lo

encuentre admirable. Yo, sin ir más lejos, puesto que estoy intentando hacer lo mismo: salir de pobre, mejorar la oferta inicial que me hizo la vida. Pero te conozco, sé cuánto odias tus raíces con independencia de la historia que te has inventado después. Reconociste esas raíces en mí y, cuando te pidieron que ayudaras a la carne de tu carne a salir de una situación parecida, echaste a correr. Helene tenía razón. No eres más que un matón, y ni tus clubes privados ni tu ropa cara consiguen disimularlo. Pero tú disfruta de la corbata. No falta mucho para el jueves.

Vuelvo a mi alojamiento por el paseo marítimo de Puerto Banús. Las tiendas de ropa están llenas de mujeres probándose recargados vestidos delante de espejos y charlando entre sí. Adolescentes pasean absortos en discusiones sobre sus bronceados. Me pregunto si yo habría sido una de esas cáscaras vacías de haber crecido en los mullidos pliegues de la familia Artemis. Leo libros. Sigo la actualidad mundial, tengo opiniones sobre cosas que no son zapatos o palos de golf. Soy mejor que estas personas, de eso no hay duda. Y el caso es que parecen felices, a pesar de su ignorancia. O quizá debido a ella. ¿Qué preocupaciones pueden tener? Ninguno de estos idiotas piensa en el cambio climático, más bien se preguntan qué se van a poner mañana para salir en yate. Pero observarlos es fascinante, y no dispongo de mucho tiempo para hacerlo. Una vez cumplido el trabajo, no tengo intención de volver a esta zona recreativa para adictos al brillibrilli. Quizá debería comprar un recuerdo. Miro los escaparates con sus carísimas baratijas. No tengo ni dinero ni ganas de comprarme un caftán con puños de piel, ni siquiera en plan broma tonta. Además, creo que ya sé cuál va a ser mi souvenir, y me va a salir gratis.

Al día siguiente, después de correr un poco por la playa, conduzco hasta la casa. Es un chalet de gran tamaño en una urbanización vigilada, lejos de las masas malolientes y protegida por grandes verjas y un guardia de seguridad aburrido dentro de una caseta que supongo tiene la obligación de controlar quién entra, pero me deja pasar con un gesto de la mano cuando digo que me mandan de la boutique Afterdark para entregar un vestido a la señora Lyle, del número 8. Acerté al suponer que habría un flujo continuo de entregas para señoras aburridas en sus prístinos chalets, siempre encargando ropa o solicitando manicura urgente a domicilio. No dije que iba a la casa de los Artemis. No quiero que exista un vínculo claro en caso de que haya preguntas más adelante.

La casa, el número 9, es casi idéntica a las de los números 8 y 10. Estuco blanco, baldosas de terracota que llevan hasta la puerta. Palmeras a ambos lados del porche. Un césped verde y perfecto,

incluso bajo este sol abrasador. Imagino que las restricciones de riego no proceden cuando vives en una urbanización aislada de las personas normales. Levanto el pie del pedal y paso de largo, aunque en realidad no hay nada que contemplar. En estas anchas calles no se ve un alma, ni rastro de alguien paseando un perro, de una madre empujando un cochecito de niño. Tanto dinero y solo sirve para comprar silencio. Que conste que a mí el silencio me gusta. Una no crece en una calle concurrida de Londres sin soñar con poder vivir algún día en una casa en la que no tenga que oír constantemente a los vecinos, bien copulando furiosos, bien llorando con la banda sonora de *Les Misérables*. Pero esta calma es artificial, resulta plana e insípida, hecha para personas que quieren vivir en un entorno que niegue por completo la ruidosa realidad de la existencia humana. La casa que han elegido los Artemis me dice cosas de ellos precisamente porque no me dice nada. Es una casa construida para gente rica a la que no le interesa la arquitectura, pero que valora la seguridad y el estatus social. ¿Que Lynn y Brian se han comprado una casa en esta urbanización? Pues vamos a comprar nosotros una más grande. Y ya está. No hay asomo de personalidad, no hay actividad, solo uniformidad aséptica. Me marcho algo deprimida. Comparto ADN con estas personas, ¿suspiraré yo también algún día por moquetas beis y una doncella a la que maltratar? Supongo que tener doncella estaría bien, aunque me temo que su inevitable tristeza terminaría por agobiarme un poco. Para Kathleen, sin embargo, imagino que es un valor añadido: tener todos los días delante a alguien más infeliz que ella.

Desde la urbanización voy al casino, que está a unos treinta minutos en coche por un carretera bastante peliaguda. Uno de los arcenes da directamente a un... ¿barranco? ¿Garganta? No sé. Como he dicho, crecí en una calle concurrida y los grandes espacios abiertos siempre me inspiran lo que considero una desconfianza sensata. El campo me desconcierta y cualquier sitio que esté a más de media hora en coche de mi casa de Londres no es un sitio al que me merezca la pena ir. En ocasiones me entran ganas de tener un encuentro fugaz con un hombre (sí, estoy hablando de sexo, no pongáis esa cara de escandalizados), o de perder tiempo un rato navegando absorta por aplicaciones de citas. Voy pasando candidatos que posan delante de sus BMW como si eso fuera la señal inconfundible de que han triunfado en la vida en lugar de una clara indicación de que son tan tontos como para pensar que sale rentable comprar a plazos. Ojo, que un coche hortera y una camiseta de cuello de pico no son necesariamente inaceptables. Después de todo, no quiero pasar el

resto de mi vida con estos hombres. Ni siquiera me interesan lo suficiente para aprenderme sus nombres. Pero hay algo por lo que no paso. Si vives a más de dos kilómetros, entonces no hay nada que hacer. Mis estados de ánimo son cambiantes y no pienso esperar a que hagas transbordo en King's Cross o a que me mandes un mensaje diciendo que han sustituido los trenes de cercanías por un servicio de autobuses mientras reparan una avería. Resumiendo: que el campo español me es indiferente, así que voy a decir que la carretera da a un barranco y a tomar por culo. Se llame como se llame, es una caída larguísima y la pared de roca está cubierta de arbustos de aspecto sarmentoso. Además, por esta carretera no circula un alma. Es perfecto. Ha salido el sol y la brisa cálida me acaricia el brazo que saco por la ventanilla mientras conduzco. Enciendo la radio y en la emisora local suenan los Beach Boys. *God Only Knows* llena el cochecito de alquiler mientras trazo despacio las curvas de camino al casino. Yo no creo en Dios, por supuesto. Vivimos tiempos de fe en la ciencia y en las Kardashian, así que me parece la opción más cuerda. Pero, además, ningún dios con verdadero poder me habría dado estos parientes y esta vocación en la vida. Así que nada de Dios. Pero sí tengo la sensación de que algo me sonríe hoy.

Y ya que hablamos de Dios, hay una historia en la Biblia (a ver, en la Biblia como tal no, la oí en una película y además salen tecnologías modernas), que cuenta algo así: Un hombre vive feliz en una casita muchos años hasta que un día los servicios de emergencia llaman a su puerta y dicen: «Señor, se acerca una tormenta y es necesario evacuar». Y el hombre responde: «Gracias, señores, pero soy una persona religiosa, tengo fe. Dios me salvará». Los hombres se marchan y llega la tormenta. El agua sube y un barco pasa delante de la casa del hombre. «Señor —dice el capitán—, venga con nosotros, el agua va a seguir subiendo». Pero el hombre contesta: «Gracias, señores, pero soy una persona religiosa, tengo fe. Dios me salvará». Más tarde, el hombre tiene que subirse al tejado de la casa cuando esta se inunda. Se acerca un helicóptero. «Señor, suba por esta escalerilla, podemos ponerlo a salvo». El hombre les hace un gesto para que se marchen. «Gracias, señores, pero soy una persona religiosa, tengo fe. Dios me salvará». Al final el hombre se ahoga. Cuando llega al cielo, se encuentra con Dios y dice: «Padre, tenía fe, creía en ti, te fui fiel. ¿Por qué dejaste que me ahogara?». Y Dios, que parece irritado (normal, con este hombre tan tonto), responde: «David, te he enviado a los servicios de emergencia, un barco y un helicóptero. ¿¿¿Se puede saber qué haces aquí???».

Pues a mí alguien me ha enviado al grandullón y estúpido Amir

con sus potentes coches, la fecha exacta en que mis abuelos van a salir de noche y una carretera serpenteante y peligrosa. Y a diferencia del tonto de la fábula, yo sí tengo intención de aprovechar todas esas cosas.

Me quedan poco más de treinta y seis horas antes de poner en práctica mi plan. Podría dedicarlas a seguir a estos dos para averiguar más cosas, pero son tan poco interesantes que no merece la pena. Así que bajo a la playa privada y me dedico a beber vino rosado y a leer un libro sobre una mujer que mata a su marido después de años de luz de gas y maltrato psicológico. No he podido con *El conde de Montecristo*; supongo que la historia me resultaba demasiado cercana. Aunque sí leí el final. Es una costumbre malísima, sin duda, pero mi naturaleza tramposa se vio, a pesar de todo, recompensada con esta frase: «La sabiduría humana al completo está contenida en estas dos palabras: "Espera y Esperanza"».

Espera y esperanza. Llevo viviendo esta frase desde la adolescencia y por fin parece que se termina la parte de la espera. Me llevo las manos al pecho caliente, convencida de que el corazón me late más deprisa de lo habitual. Pero no, estoy respirando con normalidad y no como si estuviera a punto de cometer un terrible crimen. Qué raro. No hago más que dar vueltas al plan en mi cabeza y la expectación es igual que vapor a punto de salir por mis orejas y, sin embargo, aquí estoy, tomando el sol, escondida detrás de unas gafas oscuras con el corazón sin la más mínima intención de delatarme saliéndoseme del pecho. Mi cuerpo está preparado, incluso si mi cabeza se comporta como una adolescente arreglándose para su primera cita.

Esa misma noche, antes de irme a la cama, envío a Amir un mensaje de texto desde mi nuevo móvil desechable. Así llamaba Edward Snowden a esos teléfonos que compras para evitar que te localicen. Algo un poco pretencioso en mi caso, dado que no estoy en posesión de secretos de Estado. Pero una propina generosa y un viaje de veinte minutos a una poco salubre zona de Londres, además de sesenta libras en efectivo, me procuraron esta delicada reliquia plegable a la que metí saldo extra para poder mandar mensajes de texto. No volverá viva a Inglaterra, pero cumple su función. Le pregunto a Amir si estará por aquí mañana y si puede prestarme un coche para un par de días. Le he dicho que me voy a pasar una noche al campo y me sentiría más segura en un coche grande, lo que hasta cierto punto es verdad. Las mejores mentiras siempre tienen un sustrato de verdad, eso hace más fácil recordar la versión que has

dado y evita que te pillen en un renuncio. Mi amigo Jimmy no sabe mentir, las comisuras de la boca se le curvan hacia arriba cada vez que mete una trola. Casi da ternura, pero hace imposible confiarle nada, dada su propensión a delatarse si le preguntan.

Nada más despertarme, miro el teléfono. Tal y como sospechaba, Amir me contestó de madrugada. Estaría de fiesta en Glitter, supongo. Le contesto dándole las gracias por su oferta de salir por ahí una noche y vuelvo a explicarle que me marcho esta tarde. Sé que no se va a conformar con darme una llave y ya, así que sugiero quedar en una heladería de la calle Ribera a las dos. Sé que no tendré noticias de él hasta mediodía por lo menos, así que me meto en la diminuta ducha y a continuación me pongo un vestido holgado que confío me haga parecer ligeramente desaliñada a ojos de Amir. Desde luego ni tiene brillos ni es ajustado, así que es prácticamente un mono de trabajo comparado con lo que visten la mayoría de las mujeres aquí. En el poco tiempo que llevo, he llegado a la conclusión de que el uniforme no oficial de Marbella es una combinación de estrás, botones dorados y estampados animales. Bueno, eso y los labios hinchados y gomosos que dan la sensación de que estas mujeres han tenido una horrible reacción alérgica al café con hielo que sorben mientras toman el sol.

No tengo intención de volver a este apartamento, aunque lo he reservado hasta el sábado. Igual estoy siendo demasiado optimista, pero no quiero dejar espacio a la duda en este momento crucial. Recojo, meto las sábanas en la lavadora y limpio las superficies. Hago la maleta pequeña que he traído y dejo fuera lo que voy a necesitar para el resto del día. En mi bolso de bandolera (es de Gucci, una de las primeras cosas que me compré cuando empecé mi nuevo trabajo y que gustaría hasta a las señoras de Marbella), meto el móvil desechable, unos guantes de látex, un frasco de perfume tamaño viaje lleno de líquido y una caja de cerillas. Todo lo demás va en la maleta. Incluido mi teléfono de verdad, el pasaporte y las tarjetas de crédito.

Cierro el apartamento y me llevo la llave. Por si acaso. En un ataque de paranoia, limpio el picaporte con la manga y me doy cuenta de que tengo que ser más profesional. Si quiero seguir adelante con esto sin que me cojan, una pasada rápida por superficies al azar no va a ser suficiente. En fin. Digamos que esta primera vez es de prueba. El coche está aparcado a casi media hora andando, lejos del ajetreo de la calle principal, no quería que quedara registro de él en el aparcamiento, tampoco arriesgarme a que se lo llevara la grúa a los pocos segundos y esto es lo más cerca que encontré.

Ya hace un calor sofocante y el sudor me baja por el pecho y se me acumula debajo del sujetador. Meto la maleta debajo del asiento del

conductor y me aseguro de que no se puede ver desde fuera. Luego vuelvo al centro, pero me equivoco de calle y termino frente al mar. Después de matar un par de horas en una cafetería donde cada café cuesta cinco euros, Amir por fin me manda un mensaje: «Hola wapa, estoy en la sauna sudando la juerga de anoche, te perdiste un fiestón! Estaré en el club Oceanía a las 3 para empezar otra vez la marcha, pásate x hay a tomar una copa y lo organizamos! :)».

Su contestación casi me hace replanteármelo todo. No puedo relacionarme con un adulto incapaz de expresarse correctamente, aunque estemos hablando de un SMS. Es de mala educación y, además, revela un nivel de ignorancia que podría perdonarse en un adolescente, pero resulta deprimente en un hombre hecho y derecho. No todo se puede achacar a una falta de estudios. Mi escuela secundaria no era precisamente Hogwarts, pero aun así me tomé la molestia de aprender la diferencia entre «hay» y «ahí». Dudo de que Amir la conozca. No por primera vez, me pregunto qué hará para ganar tanto dinero y si será completamente legal, pero ¿quién soy yo para dar lecciones de moral? Considero la posibilidad de usar mi cochecito de alquiler, pero decido quedarme con la oferta de Amir. Solo debo ser firme, declinar cualquier ofrecimiento de alcohol y largarme en cuanto tenga las llaves del coche. Puaj. Odio depender de la ayuda de un hombre (y, lo que es peor, de un hombre que usa gafas de sol panorámicas) para algo que en realidad debería hacer yo sola, pero he de ser realista. Además, Amir no va a sacar tajada de esta interacción. Si todo sale según el plan, ni se enterará. Si la cosa se jode, estará metido en un buen lío. Eso me anima un poco y me termino el café.

Llego al club Oceanía justo antes de las tres. Parece un sitio gigantesco, un palacio de vacua frivolidad. Doy por hecho que no es más que un bar enorme pero con ínfulas. La entrada está llena de coches deportivos de colores chillones, atendidos por aparcacoches con chaqueta blanca y aspecto agobiado. Un Rolls Royce aparcado de cualquier manera delante de la entrada tiene una matrícula que dice «BO55 VIP». Espero en la recepción mientras una chica con un bronceado que el mismísimo astro rey rechazaría por quedar fuera de sus posibilidades habla por teléfono en inglés con acento del sur de Londres. Por fin se digna a mirarme. Supongo que mi pelo castaño sin extensiones y mis sandalias planas no la impresionan nada. Llevo los labios pintados de rojo, como siempre que necesito alguna clase de escudo, pero, aparte de eso, mi aspecto es bastante sencillo. Me gusta lo sencillo. La verdad es que tengo una cara guapa y no me siento arrogante diciéndolo. Las mujeres siempre dan marcha atrás cuando

tienen un desliz y admiten sentirse atractivas, es el resultado de toda una vida de oír a los hombres decirnos «No seas creída». Sé lo más guapa que puedas, pero asegúrate de que parece algo natural y, sobre todo, nunca lo admitas. Si un hombre te dice que eres guapa pero no lo sabes, sal corriendo. Es el mismo tipo de hombre que esperará que tengas siempre ganas de sexo pero nunca se preocupará de que lo disfrutes. Yo soy bastante atractiva. No muy alta, delgada y bien proporcionada. Pelo oscuro, facciones simétricas, una boca bonita y de labios carnosos, pero sin exagerar. Me gusta mirarme en el espejo, pero no me obsesiono. Sé que mi físico me ayuda en la vida, pero no soy mi madre, que confió demasiado en su belleza y cuando resultó insuficiente la dejó marchitarse. Con los pavos reales que andan por aquí, a los hombres de Marbella mi aspecto les debe de parecer de lo más decepcionante. Cuentan que Coco Chanel dijo en una ocasión que, antes de salir de casa, hay que quitarse siempre un accesorio. Pues las chicas que se ven por aquí sacarían los ojos a la pobre Coco con sus uñas acrílicas antes que hacer algo así. Le digo a Miss Bronceado que he quedado con Amir y le cambia la cara. Está claro que es un cliente apreciado, pienso mientras recorremos pasillos de mármol y dejamos atrás un bar-biblioteca decorado con libros falsos y objetos que parecen antiguos aunque apuesto a que son comprados a granel a un proveedor especializado en fabricar esta basura para quienes quieren «parecer» auténticos, pero no tienen ningún interés en serlo.

Salimos a un sol cegador y a lo que parece un parque temático para adultos. Hay varias piscinas unidas, cada una con un bar en el centro, con personas a remojo y bebiendo cócteles bajo sombrillas de paja. La música atruena y los camareros caminan a buen paso entre tumbonas, rellenando bebidas. Algunas personas tienen verdaderas camas, protegidas por doseles, y están tumbadas fumando y charlando. Todos llevan ropa de baño excepto yo, y así va a seguir siendo. Madre mía, si hasta veo una cadena de esas que se llevan a la cintura. Es la joya perfecta para cuando te quedas sin sitios en los que lucir tus diamantes. A Coco Chanel le daría algo.

—El señor Amir no ha llegado aún; por favor, relájese y tómese algo.

Poco menos que me empujan a una hamaca grande de color blanco, donde llamo la atención únicamente por estar sola. Pido una tónica con la esperanza de que Amir crea que ya estoy «poniéndome en modo *chill*» y espero. Mi nuevo amigo solo se retrasa tres cuartos de hora, que dedico a observar a chicas bronceadas bajarse sus de por sí diminutos biquinis para que les dé más el sol y a hombres de pecho

afeitado y minirriñoneras acicalarse y presumir, al parecer entre ellos.

Veo a Amir acercarse por entre las sombrillas. Sería difícil pasarlo por alto tal y como va vestido, con pantalones cortos naranja fosforito y rodeado de un séquito de muchachos, todos los cuales parecen dar a entender que su objetivo principal en esta vida es parecerse lo más posible a su líder. Al momento salen camareros de todas partes trayendo toallas, vasos, cubiteras de hielo y, cosa extraña, un coco.

Amir llega hasta la tumbona donde estoy sentada y me mira por encima de sus gafas de sol.

—¡Hola, preciosa! Estos son Stevie, JJ, Fatlad, Cooper y Nige.

Señala a su séquito, cuyos miembros me saludan con una inclinación de cabeza y cero interés, atentos ya a las chicas en biquini que tenemos al lado. Me pregunto por qué ha merecido Fatlad un apodo tan duro, «Gordinflón», dado que su índice de grasa corporal no debe llegar a los dos dígitos. Solo veo músculos, más de los que debería permitirse lucir a una persona a no ser que tenga un trabajo físico y dudo mucho que Gordinflón trabaje.

Amir coge el coco y se lo tira al caballero al que ha llamado Nige, quien se da golpes con él en la cabeza entre rugidos de aprobación. No satisfecho con ello, Nige repite la operación y esta vez la fruta se abre. Se sube a la tumbona y sostiene los trozos en alto mientras chicas en biquini y chicos musculados aúllan de emoción.

—Es su número estrella —me explica Amir con orgullo—. Lo practicó ocho veranos seguidos hasta conseguirlo. Queremos que se presente a ese *talent show* en el que salen perros haciendo trucos de magia.

Me asalta un ligero ataque de pánico ante la idea de pasarme toda una tarde mirando a estas personas poner en práctica sus rituales de apareamiento alrededor de una piscina diminuta probablemente contaminada con aceite, bronceador artificial y ceniza de cigarrillo. Debo atenerme a mi misión y no permitir que Amir me organice el día.

Con determinación renovada, le cojo la muñeca hasta que se gira y me presta atención solo a mí.

—Lo siento muchísimo, pero habéis llegado un poco tarde y solo tengo una hora antes de seguir viaje. ¿Has traído el coche? El problema es que no dispongo de demasiado tiempo.

Me mira unos instantes y a continuación echa la cabeza atrás y ríe. El cachas del séquito que está detrás de él imita sus resoplidos a pesar de no estar lo bastante cerca para oír lo que he dicho. Supongo que el que paga las copas tiene asegurada la entrega entusiasta de su público.

—Pero vamos a ver, *loqui*, ¡si ni siquiera sé cómo te llamas!

Relájate ya. Te he traído un coche, pero antes vamos a tardear un poco y tomarnos algo, así en plan *chill*, ¿no? —Reprimo el escalofrío que me produce oír tal sarta de gilipolleces sin sentido y relajo un poco los hombros.

—Me llamo Amy —digo—, y me apunto a un rato de tardeo.

Termino pasando casi dos horas con Amir y su creciente comitiva. Intento disfrutar de la situación, pero no es fácil. El champán fluye, las chicas acuden, la música se sube o baja a voluntad. La capacidad de concentración de Amir es limitada, por decirlo suavemente, y tengo que armarme de paciencia cada vez que se pone a dar saltos, a menudo solo para gritar «¡Temazo!» a nadie en particular.

Le digo que trabajo en eventos corporativos y hago hincapié en el hecho de que acabo de cortar con mi novio, así que no busco rollo. Por suerte, Amir parece genuinamente desinteresado en algo así. Salta a la vista que es un tipo que colecciona amigos y al que le gusta pasarlo bien. Quizá se conforma con eso. Aunque sería el primero. Miro la hora varias veces y, cuando ya no lo soporto más, le digo que se me ha hecho tarde y debo irme. Es la verdad, dentro de poco tengo que estar en Dinero, preparada y en mi puesto.

Amir pone los ojos en blanco, pero se levanta y hace una señal a JJ, quien acude presto, prácticamente tirando a la piscina a una monada en biquini con las prisas.

—Trae el Hummer a la puerta, compañero —ordena Amir y da un sorbo de champán—. Me has sorprendido, Amy. No me pareció que quisieras charlar conmigo en el avión, no esperaba saber de ti. Pero al final todas se rinden a los encantos de Amir, ja, ja, ja. —Me pasa un brazo por la espalda y me guía hacia el interior del edificio y por pasillos con camareros que se pegan a las paredes para dejarnos pasar —. Este coche es una maravilla, cariño, pero tiene mucha potencia. Es una bestia, ¿vas a poder con él? ¿Te sientes capaz? —Le aseguro que tengo muchísima experiencia conduciendo coches grandes, lo cual es una soberana mentira, y no pregunto qué es un Hummer, lo que resulta ser una sabia decisión. Esperamos en la entrada a que nos traigan el coche y Amir me dice que lo disfrute y que no tengo que devolverlo hasta el domingo. Lo tendrá antes, pero me limito a sonreír y a darle las gracias.

Aparece un tanque. El ruido me sobresalta y doy un pequeño respingo. Amir se ríe y choca los cinco con JJ cuando le da las llaves. Este coche es gigante. Cristales tintados y llantas de aleación negras. Amir me hace practicar unos minutos en el camino de entrada, señalándome el acabado cromado y la suspensión triple o algo así. Yo me aferro al volante y acerco con cautela el pie al freno,

preguntándome si, después de todo, no será una equivocación esto. Pero, cuando me atrevo a bajar el pie, caigo en la cuenta de que la potencia de esta máquina me vendrá de perlas. Le digo a Amir lo fantástico que resultará este coche para mi pequeña excursión y hablo entusiasmada de lo mucho que le encantará a mi amiga viajar en él.

—A las chicas les vuelven locas los coches grandes, ¿a que sí? Se sienten sexis subidas en ellos. Solo te pido que me lo trates bien. Quiero llevármelo al sur de Francia la semana que viene. —Por un momento me siento culpable por el hecho de que voy a, si no destrozar completamente su criatura, sí infligirle serios daños estéticos. En cualquier caso, nada que no solucione un buen fajo de billetes, y, por lo que he visto hoy, Amir no tiene problemas en ese sentido.

Me dice que devuelva el coche en el club cuando me venga bien y, con eso, me guiña un ojo, me da un abrazo de oso y vuelve dentro. Me tomo un minuto antes de arrancar, envuelta aún en el aroma amaderado de la loción de afeitar de Amir y maravillada de mi buena suerte. Un hombre que no me conoce de nada me ha dejado su coche sin preguntarme si tengo seguro, ni pedirme un documento de identidad, sin garantía siquiera de que sé conducir. Mi cochecito de alquiler está convenientemente aparcado en una bocacalle y voy a poder poner en práctica mi plan dejando menos huella aún de la que había imaginado. Me pregunto si no será una trampa, pero, puesto que nadie conoce mis planes, descarto la idea.

Ya son las seis y media. El tiempo vuela cuando te están rociando con bebidas alcohólicas. Sé que Jeremy dijo que irían al casino después de cenar, así que supongo que llegarán alrededor de las nueve y media. No pienso pasarme toda la noche siguiéndolos —entre otras cosas porque no quiero que nadie fiche el coche—, así que conduzco muy despacio en dirección a Marbella con la esperanza de encontrar algo de comer que no sean *fingers* de pollo o patatas fritas revenidas.

Mientras sorbo un tazón de sopa, respiro despacio y obligo a mi pie a no dar golpecitos en el suelo. Marie solía pedirme una lista de los cinco mejores momentos del día, «para recordarnos lo afortunadas que somos». Llevo sin cultivar esta costumbre desde que murió, pero este parece un buen momento para hacer inventario. Hoy, como les gusta decir a las personas incurablemente intensas, es el primer día del resto de mi vida. Quizá hoy empiece mi vida de verdad. Hasta ahora gran parte de ella ha estado dedicada a llegar hasta aquí. Mi infancia fue breve, mis años adolescentes, una irritante antesala de la edad adulta. La veintena fue utilitarista: el medio para conseguir un fin. Siento decirte, Marie, que no me he sentido demasiado afortunada. Me

dejaste demasiado pronto y, como resultado, la suerte nunca me sonrió. Así que es posible que no pueda citar cinco mejores momentos. ¿Pero quizá uno solo basta por ahora? Empecemos poco a poco y veamos qué pasa.

A las nueve menos cuarto pago la cuenta y vuelvo a la enorme mole que he aparcado al otro lado de la calle. Me pregunto si existe una correlación inversa entre dinero y buen gusto; la predilección de Amir por los acabados cromados parece sugerir que así es. Lo mismo ocurre en la casa de Jeremy y Kathleen, por cierto. Claro que hablamos de nuevos ricos, o *nouveaux riches*, como le gustaba decir con expresión culpable a la madre de Jimmy. Quizá, cuanto más antigua es tu fortuna, mejor gusto tienes. Yo, si esto me sale bien, seré más rica que Creso, pero también *nouveau*. Es posible que me empiecen a gustar el bronce, el beis y el blinblineo, pero lo dudo. Lo que probablemente significa que el buen gusto tiene más que ver con si eres o no lo peor. La familia Artemis sin duda es prueba de ello.

No pongo la dirección en el navegador, no sea que Amir lo mire o la policía llegue a encontrar el coche. En lugar de ello llevo un pequeño mapa que compré en el aeropuerto por seis euros. He consultado la ruta muchas veces ya y voy con tiempo de sobra, por si me pierdo. Saco la peluca del bolso y doy un respingo al ver lo costrosa que está ya después de una sola puesta. Claro que lo barato sale caro, como dice la madre de Jimmy. La próxima vez me gastaré más dinero en un disfraz. Conduzco en silencio por la carretera serpenteante sin sobrepasar nunca los treinta kilómetros por hora. No hay casi coches, pero me pregunto si los clientes del casino no cambiarán eso a medida que me acerco. Solo tengo una oportunidad para hacer esto y si aparece un solo coche no podré arriesgarme. Joder. Tiene que salir bien. Como sea.

El casino está en un sitio perdido, pero rodeado de un extraño y pequeño ramillete de bares y restaurantes, lo que significa que puedo dejar el coche en el aparcamiento sin miedo a dar el cante. Hago una inspección rápida para asegurarme de que el Mercedes de los Artemis no ha llegado aún y luego voy hacia la entrada. No pienso entrar: en primer lugar no soy socia y, en segundo, no quiero salir en las cámaras de seguridad. Así que merodeo en la oscuridad entre el casino y un bar llamado Rays. Este lugar parece uno de esos centros comerciales de las afueras y casi espero encontrarme un almacén de jardinería. Qué poco glamour, me sorprende que mis abuelos se dignen a venir aquí. Claro que eligieron vivir su jubilación en una urbanización privada en Marbella, un sitio que culturalmente hablando hace que Florida parezca la Italia renacentista.

Me irrita haber llegado con tanta antelación. Apuesto a que mis abuelos son de esas personas a las que les preocupa no estar de vuelta en casa a las once de la noche. Pero ¿y si resulta que son secretamente noctámbulos? No puedo quedarme en el aparcamiento con unos pocos arbustos por todo camuflaje. Me impaciento y decido volver al coche para tranquilizarme y repasar la ruta una vez más. Mientras camino, un sedán plateado se acerca circulando por el centro de la carretera y con las luces largas. Contengo la respiración y entorno los ojos para leer la matrícula, pero no hace falta. Veo a la señora Artemis, su expresión infeliz y el resplandeciente cardado que la enmarca a través del cristal. Oigo una risita y me escondo enseguida entre dos coches hasta que caigo en la cuenta de que el sonido provenía de mí. Resulta que estoy más eufórica de lo que pensaba. Al menos, una parte de mí está deseando que esto ocurra.

La anciana pareja baja despacio del vehículo, Jeremy le da las llaves al aparcacoches y apenas mira a su mujer, quien camina con cuidado por el pavimento aferrada a su Chanel como un niño a su osito de peluche. Entran en el casino sin decir una palabra ni al aparcacoches ni al portero, meras estatuas silentes que están allí para presentar sus respetos a los ricos y poderosos. Claro que las estatuas no pueden limpiarse el culo en tu tapicería de cuero, pero el aparcacoches sí (y ojalá lo haga).

Paso las dos horas y media siguientes metida en el coche. Me como una hamburguesa con queso repugnante y decido olvidarme de la carne en cuanto vuelva a casa. Me fumo tres pitillos y juro dejarlo en cuanto esté en Londres. Escucho una emisora malísima de radio española y alterno los golpecitos frenéticos con el pie con mirar por los espejos retrovisores para ver si han salido ya los Artemis. Va llegando gente más joven, parece que el casino se anima entrada la noche. Supongo que esto significa que los mayores se marchan temprano, y no estoy equivocada. Pronto los escalones se llenan de mujeres envueltas en fulares de Hermès y de hombres que agitan tiques de aparcamiento. Las expresiones de todos transmiten una mezcla de riqueza y antipática soberbia. Bingo, ahí están. Kathleen con una bolsa de regalo y trastabillando solo un poco. Jeremy fumándose un puro. Han debido de pasar una velada divertida. Me alegro. No soy un monstruo. Me gusta que se marchen al otro barrio con buen pie. Es más de lo que recibió Marie de ellos, pero se conoce que yo soy mejor persona. Me dispongo a diezmar su familia al completo, lo menos que puedo hacer es concederles una bolsita con regalos y una partida de ruleta.

Bajan los escalones y Jeremy le da el tique al aparcacoches. Es mi

señal. Arranco el motor y salgo del aparcamiento. Ya os he dicho que no he planeado esto y no es falsa modestia. Tengo una idea aproximada, que en Londres me parecía muy sólida, pero, ahora que estoy aquí, ni siquiera sé si voy a poder ponerla en práctica. Sin embargo ahí voy, recorriendo a bastante velocidad carreteras serpenteantes que bajan del casino, siguiendo la ruta que, confío, los Artemis tomarán para volver a su chalet. A los pocos minutos me desvío por la carretera del barranco, peor iluminada y más irregular. Calculo que les saco unos diez minutos de ventaja si es que conducen con cuidado, y necesito encontrar el lugar correcto. Lo elegí el otro día, pero en la oscuridad la carretera parece querer ocultarlo.

Voy demasiado deprisa y noto cómo el nudo de mi garganta ocupa su lugar acostumbrado y amenaza con abrumarme. ¿DÓNDE ESTÁ ESTE PUTO SITIO? Respiro por la nariz y hablo sola en voz alta:

—Lo vas a encontrar, Grace, tienes tiempo. Todo va bien.

Me paso y tengo que frenar, tal y como te enseñan en las clases de conducir, como si en la vida real fuera posible hacer una frenada de emergencia sin causar una colisión múltiple. Pero la carretera está desierta y solo oigo chicharras. Doy la vuelta, para lo cual necesito maniobrar no sé cuántas veces este absurdo vehículo, y después aparco en el arcén y espero a que mi respiración recupere su ritmo normal y se me deshaga el nudo de la garganta. Desde aquí veo muy bien la carretera y, de haberme pasado el sitio, no me habría dado tiempo a encontrar otro antes de que llegaran. Espero, bebiéndome el silencio.

Luces de faros. Un coche que entra y sale de mi campo visual mientras se acerca. Tengo dos minutos. Acelero el motor, como si este tanque necesitara que le den ánimos, y conduzco con ambos brazos en el volante, extendidos. Aparece el coche, circulan despacio, con cautela, tomándose su tiempo. Cuando doy un volantazo y acelero hacia ellos veo la boca de Kathleen formar una «O» perfecta antes de que se tape la cabeza con las manos y de que las luces me cieguen. El impacto de mi volantazo me pega al asiento y piso el freno. El coche prácticamente corcovea, es como si lo irritara tener que parar. Cuando levanto la vista mientras me froto la cabeza, solo veo polvo de la carretera y un agujero satisfactoriamente grande en los arbustos chatos que bordean el barranco.

Aparco el coche al otro lado de la carretera y apago las luces. Dispongo de un poco de tiempo antes de dejar el coche de Amir en el club, recuperar el de alquiler e ir al aeropuerto. Cojo la linterna y, con mano temblorosa, me pongo los guantes de látex; el de la mano izquierda se me rompe por el pulgar. Me guardo las cerillas y el

frasquito de perfume en el bolsillo. Cruzo la carretera y me asomo al barranco. Mis zapatillas de lona no sirven para hacer montañismo y no consigo ver hasta dónde ha llegado el coche hasta que el haz de la linterna lo encuentra, unos quince metros más abajo y del revés, encajado en unos arbustos.

Debería dar la vuelta, ir al aeropuerto, no dejar huellas. Pase lo que pase ahora, puedo salir impune. Pero ¿dónde está la gracia si mis abuelos mueren sin saber de mi participación en el proceso? Es pura vanidad, lo reconozco, y además me falta experiencia en el arte de asesinar. La próxima vez no me concederé este capricho. El caso es que bajo por el barranco agarrándome a ramas de arbustos y casi en cuclillas para no despeñarme. Llego al coche. Es difícil saber lo que ocurre dentro, porque las ramas entrecruzadas parecen bloquear las puertas. Voy hasta la ventanilla del conductor, me agacho y giro la cabeza mientras ilumino el cristal con la linterna. Jeremy está del revés, con la cabeza colgando por encima del cinturón de seguridad. Parece ileso, aparte de definitivamente inconsciente y cabeza abajo. Kathleen está muerta, no hace falta ser forense para saberlo, porque para que una persona esté viva necesita conservar la cabeza pegada al cuerpo y la rama de un árbol ha tenido el detalle de hacer el trabajo por mí.

Tiro de la puerta de Jeremy, pero no cede, de manera que pruebo con la puerta del asiento que tiene detrás y se abre lo bastante para permitirme meter la cabeza, solo un poco, detrás del reposacabezas. Le toco la cara altiva, ahora flaca y ensangrentada, y escucho su respiración agónica. Me acerco todo lo que puedo, algo difícil porque está cabeza abajo y tengo que retorcerme igual que un pretzel, antes de susurrar su nombre. Abre mínimamente los ojos y gimotea cuando empiezo a hablar.

—Kathleen está muerta, Jeremy, no sabes cuánto lo siento. No creas que tú te vas a librar tampoco, pero no estás solo. ¿No me reconoces? Soy Grace. Tu nieta. La hija de Simon. —Da un levísimo respingo—. Sí, la hija de Marie. Siento que no nos hayamos conocido antes de este, digamos, triste día. Pero tú te aseguraste de que así fuera, ¿verdad? No querías que me acercara a tu familia. No pasa nada, Jeremy, no creo que nos hubiéramos llevado bien. Pero no fue muy amable por tu parte, ¿no crees? Así que ahora vas a morir, me temo. No por mí, sino por mi madre. Sé que me entiendes si te digo que la familia es lo primero. Ah, y no vais a ser solo tu mujer y tú, Jeremy. Eso es lo mejor de todo.

Saco el frasco de perfume, le giro la cabeza hacia mí con todo el cuidado que puedo y miro un único ojo gris.

—Voy a matar a toda tu familia.

Mientras lo digo, le tiro de la corbata y se desploma. Se la quito, la enrollo con cuidado y me la guardo en el bolsillo. Un pequeño recuerdo de España. Luego abro el frasco y enciendo una cerilla.

2

Las guardias aporrean las puertas de nuestras celdas a las ocho de la mañana, nos dejan las bandejas con el desayuno y se van. Sobra decir que no son huevos escalfados y café recién hecho. Nos dan bolsitas de té, leche y dos rebanadas de un pan blanco tan malo que el mes pasado guardé una para ver qué le pasaba. Resultó que nada. Se le combaron un poco las esquinas, pero aparte de eso se conservó preocupantemente bien. Me recordó a una historia que nos contaban en el colegio, sobre cómo en el siglo XIX se vendía a los pobres un pan engordado a base de tiza y otras sustancias incomibles. Las cárceles de hoy, gestionadas en su mayoría por empresas privadas de nombres ridículos pensados para transmitir idea de autoridad, seguramente admirarán esos métodos y maldecirán el día en que se inventaron los controles alimentarios. Lo cierto es que aquí dentro no tengo demasiado apetito. La dieta carcelaria debería ser obligatoria para esas instagramers vanidosas que promocionan inhibidores del hambre y dudosos suplementos vitamínicos. Basta comer rancho insípido tres veces al día y cambiar lo que te sobre por cigarrillos para que el uniforme reglamentario no tarde en quedarte holgado.

Kelly me pregunta si tengo ganas de hablar mientras ladea la cabeza en lo que supongo imagina es un gesto comprensivo. Sabe que mi último recurso de apelación se fallará un día de estos y sus recientes incursiones en terapia de grupo parecen haberla convencido de que la espera un brillante futuro como orientadora. Tengo que reprimir el impulso de explicarle que ni la terapia más cara del mundo me sería de ayuda y que por tanto dudo de que su ofrecimiento de ponerme en contacto con mi niña interior vaya a arreglar lo que sea que imagina que es mi problema. Aparte del hecho de que Kelly es una imbécil como un piano, soy de la opinión de que hablar está sobrevalorado. Tal y como decía mi madre, «ni te quejes ni te expliques». Claro que ella murió desconsideradamente pronto y ahora me toca a mí enmendar las injusticias que sufrió, que es la razón por la que estoy aquí. Así que quizá no habría estado mal que se hubiera quejado un poco más.

Cuando Kelly por fin entiende la indirecta y se va a hacer de coach de otra, me acomodo en mi litera para empezar a escribir mi historia.

No dispongo de mucho tiempo si quiero contarla en detalle, pronto conoceré el resultado de mi apelación, según el abogado de cara larga que he contratado y que viene a verme vestido con unos trajes a medida de lo más elegante, pero que luego estropea el estilismo con unos mocasines horterísimas. Supongo que piensa que le dan personalidad, pero a mí lo que me dicen es que no la tiene. Quizá una segunda mujer de menor edad se los compró con la esperanza de que le hicieran parecer más joven. Se lo podía haber ahorrado. La vanidad absurda no es una cualidad que me interese ver especialmente en un abogado que está intentando que me conmuten la cadena perpetua. Sobre todo si los elevados emolumentos que le pago le sirven para comprarse más cosas feas todavía.

Nací hace veintiocho años en el hospital de Whittington, hija única de Marie Bernard, una joven francesa que llevaba tres años viviendo en Londres cuando se quedó embarazada de mí. Después de dar a luz sola, me llevó a su estudio en Holloway, donde experimenté por vez primera el aburrimiento y la claustrofobia en un espacio pequeño, además de la dudosa ventaja que supone tener el váter en el dormitorio. El concepto de estudio es engañoso cuando se refiere a propiedades inmobiliarias, pues evoca una habitación grande y amplia en la que uno ejerce su creatividad y organiza elegantes reuniones con gente guapa que sale a los balcones a fumar. Nuestro apartamento estaba en la quinta planta de un edificio en cuyo bajo había una pollería. El casero, quizá en un complejo experimento sociológico destinado a comprobar a cuántas personas podía alojar en un viejo edificio victoriano pensado para cuatro familias, había dividido cada planta en tres apartamentos. Mi madre y yo vivíamos en una habitación con un ventanuco inclinado que no se podía abrir (si ello era debido a una extraordinaria acumulación de excrementos de paloma o a que el susodicho casero quería ahorrarnos la tentación de gritar a los transeúntes que nos sacaran de allí es algo que nunca llegamos a saber). Todo esto suena un poco dickensiano, ¿verdad? Pues no lo era. No olvidéis la pollería. Mi madre dormía en un sofá cama y yo en la cama individual. Todavía siento remordimientos cuando pienso en lo duro que trabajaba Marie, en lo cansada que estaba siempre y cómo, sin embargo, insistía en que le gustaba aquel sofá lleno de muelles. En mi egoísmo infantil, nunca se me ocurrió ofrecerle la cama. Cuando me hice mayor tiré la casa por la ventana comprando un colchón viscoelástico tamaño extragrande de John Lewis, pero no hubo una sola noche en que, antes de dormirme, no pensara en mi madre en aquel sofá. Estropeaba bastante el disfrute, la verdad.

Marie se había venido a Inglaterra porque le habían dicho que era lo bastante bonita para ser modelo, y era cierto. Mi madre era guapísima, con piel aceitunada y pelo castaño enmarañado que siempre se recogía en un moño por mucho que yo le pidiera que se lo dejara suelto. Tenía ese aire despreocupado de chica francesa que hoy intentan copiar, con distintos grados de éxito, todas las influencers de moda. Jamás se ponía sujetador. Solía llevar pantalones anchos y una larga cadena de oro de la que colgaba el retrato en miniatura de un hombre mayor cuya identidad había borrado el paso del tiempo. Había hecho algunas campañas pequeñas, posando para marcas de ropa que desaparecieron mucho antes de nacer yo. Kookai, insistía mi madre, había sido la tienda más *cool* en su día, y conservaba un póster enrollado en el que salía ella y que había decorado los escaparates de la marca durante una campaña de otoño. Está acuclillada en el suelo con una chaqueta de punto marrón cubriéndole las rodillas encima de un vestido corto y zapatillas de plataforma, que por desgracia, según he tenido ocasión de comprobar, vuelven a estar de moda.

Mi madre no era lo bastante alta para desfilar en pasarelas y su carrera profesional nunca despegó como había soñado ella que lo haría cuando se vino a Londres a compartir apartamento con otras dos chicas europeas en busca de éxito. Pero sí se lo pasó bien durante un tiempo. La vida nocturna de Londres a principios de la década de 1990 fue, por lo que contaba Marie, una edad dorada. Las veladas en el Tramp, un club solo para socios que abrió en 1969, eran casi tan glamurosas como cuando lo frecuentaba Liza Minnelli. Por las noches, cuando yo no podía dormir, se tumbaba a mi lado en la camita y me hablaba de las copas de champán con bengalas, de las butacas de cuero del restaurante en el que cenaba con actores y estrellas deportivas y bailaba hasta el amanecer. Se podía fumar dentro, me contaba, y las mujeres más ricas vestían pieles sin complejos. A mí su vida me parecía un frenesí de fiestas y castings. Una mujer bendecida con semejante belleza innata no tiene que esforzarse demasiado en la vida, es lo que siempre he pensado, y Marie nunca se preocupó ni del dinero ni del futuro. Siempre habría alguien dispuesto a cuidar de la chica francesa que no usaba sujetador y que no decía nunca no a una noche de diversión. Alguien siempre se fija en la chica que no es consciente de su valía.

Además, mi madre ya había conocido al hombre al que entregaría su corazón. El hombre que se convertiría en mi padre. El hombre que le prometería la luna y la cubriría de regalos. El hombre al que me he pasado la vida jurando destruir.

3

Todavía me pongo tensa cuando pienso en ese hombre. Me obligo a respirar profundo. Soy una experta en autocontrol. No es algo que me salga de forma natural. De niña solía tener unas rabietas tremendas y me tiraba al suelo si algo no me gustaba, mientras mi madre me miraba divertida y se disculpaba ante los presentes. Esa tendencia al melodrama sigue dentro de mí, pero hace tiempo que aprendí a mantenerla a raya. Si tienes que ejecutar un plan que consiste en, digamos, ejecutar a unas cuantas personas, no puedes dejarte dominar por tus emociones. La cosa se pondría muy fea, y nada peor que ser descubierta porque fuiste tan autocomplaciente como para no controlar tus emociones. Y ahora, igual que cuando era niña, vuelvo a sufrir la indignidad de tener que usar un váter a solo un metro de mi cama. Al menos esta vez no ha sido porque me delaté a mí misma por culpa de una ridícula propensión al melodrama.

Un minuto después, ya respiro con normalidad. ¿Sabíais que Hillary Clinton practicó la respiración nasal alterna cuando perdió las elecciones de 2016 contra Donald Trump? Claro que también recurrió al vino, pero perder frente a semejante analfabeto exigía algo más. La respiración nasal alterna consiste en inspirar hondo por una fosa y expulsar despacio el aire por la misma cavidad. Puede sonar a tontería, pero me ayuda a calmarme enseguida y técnicas así resultan muy útiles en la cárcel, donde no puedes recurrir a medicamentos de calidad ni tampoco a una copa de un buen merlot antes de irte a la cama. De noche, cuando no puedo dormir y mis pensamientos derivan inevitablemente a lo que he hecho con mi vida, a menudo pienso en la señora Clinton teniéndose que enfrentar a ese naranjito tarado. Más allá de que coincidas o no con sus ideas políticas, hay que reconocer que le plantó cara a un matón que se negaba a respetar las convenciones o el decoro. Una persona así te puede volver loca sin excesivo esfuerzo mientras tú dedicas todas tus energías a mantenerte firme y conservar un mínimo de humanidad. Hillary tenía una ventaja respecto a mí. Su oponente era un hombre del que podía alejarse una vez derrotada. El mío era mi padre. Bueno, quizá la ventaja es mía. Hillary Clinton no podía matar a Trump, por muchas ganas que tuviera. Ojalá hubiera tenido la oportunidad, he comprobado que es

mucho más relajante que cualquier respiración nasal.

Marie conoció a mi padre en 1991 y este la dejó antes de que yo naciera. Marie se aseguró de que yo creciera rodeada de amor, pero, para cuando empecé la escuela primaria, ya tenía claro que ese amor, por abundante que fuera, procedía de un único sitio. Otros niños tenían papás, le decía a mi madre mientras se esforzaba por prepararme una buena cena o me lavaba el pelo con agua tibia en nuestro pequeño lavabo. Al principio ella trataba de cambiar de tema, pero cuando cumplí nueve años entendió que mi naturaleza obstinada iba en aumento y, un día después del colegio, me hizo sentarme y me habló de mi padre. Casi todo lo que sé lo aprendí más tarde investigando, porque por supuesto Marie quiso darme una versión Disney del hombre que puso de buena gana su semilla para concebirme sin pensar en absoluto en las consecuencias de su acción.

Marie lo conoció en una discoteca, dónde si no. Él era algo mayor (después supe que le sacaba veintidós años. Qué poca autoestima tienen las mujeres jóvenes) y le había enviado champán desde el otro lado de la pista de baile. Marie había mandado de vuelta al perplejo camarero, estaba feliz bailando sin necesidad de una cubitera de Veuve Clicquot. Yo he estado en clubes nocturnos así y he visto a hombres como mi padre, noche tras noche, poniéndose cómodos en rincones poco iluminados y mirando presumir a mujeres jóvenes en espera de que las inviten a una mesa y las conviden a bebidas prohibitivamente caras. De haber sido mi madre como esas chicas, habría habido algo de baile, una conversación susurrada, quizá incluso una cena o dos de cortejo. Y ahí se habría quedado todo, una chica guapa más, un hombre rico y presuntuoso más. El problema fue que mi madre devolvió el champán. Y nadie le había hecho algo así a ese hombre rico en particular. De vez en cuando evoco ese momento en mi imaginación. Me gusta pensar que no soportó verla bailar tan feliz de la vida y rechazando con toda naturalidad sus intentos por impresionarla. Me parece verlo ahora: reevaluando, poniendo su cerebro reptiliano a trabajar más de lo normal en busca de un plan B, de la manera de llamar su atención. De doblegar su voluntad.

Dos semanas después, Marie se lo encontró a la puerta de otro club. Estaba lloviendo y ella estaba en la cola con el abrigo encima de la cabeza, luchando a codazos con otros aspirantes a entrar en el exclusivo local, desesperados por experimentar la decadencia que su interior prometía o, al menos, resguardarse de la lluvia. Mientras me lo contaba, en el sofá cama, mi madre miró al horizonte y su voz se

dulcificó al describir cómo un deportivo negro se detuvo a la puerta del club con un chirrido de neumáticos y salpicó a los pobres que hacían cola. Para entonces mi padre ya había tratado a Marie con una crueldad que me enciende y, sin embargo, ella hablaba de él con tono afectuoso y quizá incluso admiración. «Se bajó del coche y le tiró la llave al aparca que estaba en la puerta. No me habría fijado en él de no ser por el horrible ruido del coche. Y cuando le vi tirar las llaves..., buf..., me pareció un gesto de lo más arrogante, aparcar así un coche, en mitad de la calle».

Ella había apartado la vista, me insistió, cuando los gorilas de la puerta retiraron las catenarias de terciopelo rojo para dejarle entrar y la gente se puso a empujar, furiosa por tener que seguir bajo el frío y la lluvia. Entonces una mano tiró de ella hacia el cordón. Una mujer de aspecto serio con una carpeta le hizo una inclinación rápida de cabeza como diciendo «Sí, tú» y Marie se abrió paso entre la gente y llegó hasta los porteros. La hicieron pasar, me explicó, y no tuvo fuerzas para decir que no, a pesar de que la gente detrás de ella gruñó y la abucheó. Cuando bajó las escaleras, «él» la estaba esperando, recostado contra la pared con los brazos cruzados y una sonrisa de suficiencia. He visto esa sonrisa muchas veces en los periódicos. Es casi su marca personal. Una poderosa combinación de arrogancia y encanto. Poderosa y también exasperante, puesto que enseguida descubres que en hombres así la arrogancia pronto supera el encanto y para entonces es demasiado tarde, porque la mezcla inicial resulta embriagadora y difícil de olvidar.

«Así que no quieres mi champán, pero sí aceptas mi hospitalidad», le dijo mientras la miraba de arriba abajo. Sinceramente, sigue pareciéndome mal que en ese momento Marie no se diera media vuelta y lo dejara plantado. Incluso a mis nueve años, cuando me relató el primer encuentro entre los dos, recuerdo haber pensado que era una estrategia para ligar verdaderamente lamentable. Si alguna vez había imaginado que mi padre había sido un ser mítico al que perdimos en un heroico acto de valentía, aquel día se me cayeron los palos del sombrajo. Mi padre no era más que un charlatán cursi con un traje caro y mi madre no lo vio venir.

Doy por hecho que al principio se hizo la interesante, que lo puso en su sitio con algún comentario en francés lo bastante humillante, pero, aunque así fuera, de poco le sirvió. Al día siguiente él ya había averiguado su dirección y se presentó en su casa en un descapotable lleno de flores. Las compañeras de piso de mi madre la despertaron muertas de risa, me contaría Helene años después, burlándose de aquel inglés en descapotable que no hacía más que tocar el claxon y

bloquear el tráfico. Una semana después la llevó a Venecia en avión privado, y una vez allí la invitó a cócteles en la piazza San Marco (menuda turistada, de verdad os lo digo) y le declaró su amor. Las exageradas muestras de afecto continuaron durante los meses siguientes, cuando salían a cenar, a los clubes nocturnos que tanto les gustaban a ambos, a pasear por Hyde Park las mañanas soleadas de lunes. Marie bajó la guardia, dejó de mostrarse cauta y desdeñosa respecto a los londinenses y sus intenciones. Empezó a dejar de ir a castings para estar disponible si él llamaba. Y lo hacía, a menudo. Pero solo de lunes a viernes, y rara vez se quedaba a pasar la noche: aducía obligaciones laborales o la avanzada edad de su madre, a la que al parecer en ocasiones tenía que acompañar.

¿A que a estas alturas tenéis los ojos tan en blanco que parecéis zombis? Pues sí. Podemos debatir acerca de la estúpida decisión de mi madre de confiar en un hombre que usaba cinturones con macrohebilla y que oía a los Dire Straits o podemos pasar a otro tema. No me queda tiempo suficiente en este lugar para explayarme sobre la manipulación de él o la ingenuidad de ella. Evidentemente, mi padre tenía ya pareja. Más que eso, estaba casado y con un niña pequeña y vivía en una casa en lo alto de una colina al norte de Londres que contaba con varios empleados de servicio doméstico interno, dos perros con pedigrí, bodega, piscina y varias hectáreas de terreno. No es que estuviera comprometido, estaba consolidado.

Esta parte de la historia no me la contaron la primera vez que me hablaron de mi padre. No culpo a Marie por pasar por alto algunos de los detalles más delicados, que además es probable que yo no hubiera comprendido entonces. En lugar de ello, me intentó explicar por qué mi padre no venía a verme, jamás me mandaba un regalo de cumpleaños, nunca iba a las tardes de padres en el colegio. Marie me acarició el brazo y me contó que mi padre trabajaba en una serie de negocios grandes e importantes que afectaban a las vidas de miles de personas y que por eso no podía vernos. Viajaba por todo el mundo, dijo. Nos quería mucho a las dos y, cuando llegara el momento oportuno, estaríamos los tres juntos, pero por ahora teníamos que dejarle trabajar duro y prepararnos para cuando pudiéramos vivir como una familia. ¿Se creería ella todo esto? Me lo he preguntado muchas veces. ¿Era mi inteligente y cariñosa madre tan, por decirlo claramente, corta? Es posible. Las personas de mi mismo sexo a menudo son decepcionantes. Recuerdo haber leído sobre una mujer que se casó con un hombre, el cual la convenció de que era un espía. La persuadió de que pusiera todos sus ahorros, nada menos que ciento treinta mil libras, a su nombre con el argumento de que era agente

secreto y necesitaba el dinero para vivir hasta que sus superiores pudieran ponerse en contacto con él sin peligro. La mujer nunca pidió ver pruebas, desesperada como estaba por que aquella ridícula pantomima de historia de amor fuera real. Y, para rematar su humillación, después se ofreció a posar para un semanario y contar su historia con aspecto maltratado y triste. ¿En serio tiene que darme pena esta señora, una mujer hecha y derecha que sueña con un romance de cuento de hadas y se deja encandilar, a sus cincuenta y tantos años (porque además los aparentaba), por un hombre así? Marie era un poco más lista que dicha mujer y otras como ella, pero obviamente era capaz de engañarse a sí misma de forma parecida.

Marie me hizo muchas promesas ridículas sobre mi padre y nuestra futura vida juntos, pero al menos tuvo la sensatez de darme solo información selectiva acerca de él. La suficiente para acallar mis preguntas, nada demasiado específico. Sí cometió el error de enseñarme su casa después de una excursión a Hampstead Heath, pocos meses más tarde. Nos perdimos en una zona boscosa y empezó a llover. Mi madre me cogió de la mano y subimos por una colina en un intento de encontrar la salida a la carretera principal y coger un autobús. Pero cuando por fin llegamos a la parada, ella siguió andando con determinación mientras yo gruñía y me cerraba mejor el anorak. A pesar de la lluvia torrencial, caminamos diez minutos más por una carretera privada hasta que mi madre aflojó el paso y, a continuación, se detuvo.

Estábamos delante de una casa y Marie la miró en silencio un momento, hasta que yo le tiré impaciente de la mano. Digo que estábamos mirando una casa, pero las enormes verjas de hierro con cámaras de seguridad incorporadas tapaban casi toda la propiedad. Nosotras vivíamos en una buhardilla de una habitación en una calle de mucho tráfico. Jamás había imaginado que una casa pudiera ser tan importante que necesitara estar fuera de la vista. Con la vista al frente, mi madre señaló la verja en un gesto casi reverencial. «Aquí vive tu padre, Grace», dijo, todavía sin mirarme. Yo no supe qué contestar. Me sentía incómoda plantada ante aquella mansión, empapada hasta los huesos. Marie debió de darse cuenta de que yo había empezado a retroceder, en un intento por animarla a volver a la seguridad de la parada del autobús y nuestra casa, de manera que sonrió alegre. «Qué pena que hoy no esté en casa, pero es preciosa, ¿a que sí, Grace? ¡Algún día tendrás un cuarto aquí!». Asentí, sin saber qué otra cosa podía hacer. Marie me cogió de la mano, dimos media vuelta y nos fuimos de allí, colina abajo, hacia nuestro hogar. Nunca hablamos de aquella excursión. Pero en los años siguientes yo pensé

muchas veces en ese cuarto que me había prometido. Lo imaginaba con empapelado color rosa y cama de matrimonio, quizá hasta un armario lleno de ropa nueva, pero incluso cuando me adentraba en esa madriguera de conejo sabía que Marie me había mentido y que detrás de esa imponente verja jamás habría un dormitorio para mí. Y también recuerdo haber comprendido, ya entonces y con total claridad, que a Marie y a mí nos habían hecho algo muy malo.

De manera que ese es mi padre. No el que habría escogido yo, de haberme consultado alguien, pero qué le vamos a hacer. Hay padres que pegan, hay padres que usan Crocs. Todos tenemos nuestra cruz. Todavía no os he contado gran cosa de su personalidad o de su familia, ¿verdad? Todo llegará. Pero si de verdad queréis comprender por qué hice lo que hice, antes debo volver una vez más a mi infancia. Espero no sonar demasiado autocomplaciente, pero, incluso si es así, bueno, es mi historia. Y ahora mismo estoy tumbada en una litera en una celda que apesta a una fuerte mezcla de tristeza y orina, así que cualquier excusa para perderme en mis recuerdos es bienvenida.

Estos son algunos de mis recuerdos tempranos: Marie, que no tenía dinero suficiente para comida o electricidad y, en una sombría ocasión, tampoco para artículos sanitarios. Yo, que me levantaba a las seis de la mañana para que Marie llegara a tiempo a su trabajo y me sentaba al fondo de la cafetería a hacer los deberes. Pasábamos frío durante todo el invierno porque solo encendíamos la calefacción a principios de mes, cuando Marie cobraba. Pasar frío me provoca, aún hoy, verdadero terror. Ya adulta he pagado para que me instalen radiadores extra en mi piso, para gran perplejidad de mi casero, e invertido una obscena cantidad de dinero por una, ahora que lo pienso, manta de piel bastante horrorosa para mi cama porque necesitaba asegurarme de que no me despertaría tiritando, como me ocurría a menudo de pequeña. Las pieles pueden no ser éticas, pero es que su tacto contra el cuerpo desnudo es verdaderamente delicioso.

Marie llevaba nuestra falta de dinero y de apoyo familiar lo mejor que podía. Sus padres, en desacuerdo con su elección de vida, como la llamaban ellos, no le daban nada. Hortense quedó una vez con nosotras para comer durante una de sus visitas a Londres en las que tengo que suponer se dedicaba a aterrorizar a dependientas y a hacer llorar a camareros por pura diversión. Mi madre me vistió con mis mejores galas, que consistían en un jersey rasposo que me había comprado en Marks & Spencer unas Navidades (que yo odiaba pero del que ella se enorgullecía porque era de lana de verdad y tenía el cuello fruncido) y unos pantalones de pana que me apretaban la tripa y habían sido de otra niña de mi escuela primaria antes de heredarlos

yo. Mi abuela me dijo hola y enseguida se volvió hacia mi madre y se pasó el resto del encuentro hablando con ella en francés. Marie le contestaba en inglés, lo que solo parecía aumentar la determinación de Hortense. Cuando salimos del restaurante, Hortense se inclinó, se acercó la manga de mi jersey a la cara y lo olisqueó. Dijo alguna cosa a mi madre mientras me señalaba y los ojos de Marie se llenaron de lágrimas. Aquella fue la última vez que vi a esa vieja bruja. Cuando Marie murió, me escribió una carta que no abrí y que tiré por el váter de la casa de Helene trocito a trocito. A estas alturas debe de estar muerta, aunque espero que no sea así. Espero que haya leído las noticias sobre mí. Espero que ella y el viejo reprimido de su marido tengan la casa rodeada de paparazzi durante mi juicio y rezo por que sus vecinos los miren con desconfianza o, lo que sería aún peor, falsa compasión.

De manera que éramos pobres y Marie no tenía a nadie, excepto a Helene. Bea, su única otra amiga, se había vuelto a Francia después de una historia de amor fracasada y un malvado agente que prácticamente le sugirió que debía tratar de contraer un trastorno alimentario si quería ganarse la vida como modelo. De cuando en cuando, mi madre escribía largas cartas a altas horas de la noche mientras yo fingía dormir. Se sentaba en la mesa de la cocina y rompía el papel en pedacitos antes de empezar una y otra vez. Por la mañana, las cartas estaban en la mesa preparadas para echar al correo. No reconocí el nombre del destinatario hasta unos años después, cuando rescaté uno de los amagos de carta de la papelera.

> Amor mío:
>
> Sé que no podemos volver a vernos y siempre he respetado tu decisión. Sabes lo mucho que te quise y que jamás haría nada que te perjudicara o que pusiera a tu familia en peligro. Pero Grace se hace mayor y me gustaría muchísimo que la conocieras... aunque fuera un poquito. No te pido dinero ni aspiro a recuperar esa intimidad que tan felices nos hizo. ¡Pero necesita a su padre! A veces ladea la cabeza y me sonríe con suficiencia, en un gesto tan tuyo que me produce más orgullo y dolor de los que te puedes imaginar. ¿No podrías pasar con nosotras aunque fuera solo una hora algún domingo en el parque, en la zona de Highgate? Por favor, contéstame. Nunca sé si llegas a leer estas cartas.

De aquella carta aprendí tres cosas importantes. Primera, que fisgonear casi siempre sale a cuenta. Segunda, que mi padre estaba casado y no quería saber nada de mí a pesar de los intentos de Marie por venderme otra versión de la historia. Y tercera y fundamental,

descubrí el nombre del picaflor que había roto el corazón a mi madre y nos había dejado vivir en la pobreza. Mi padre es Simon Artemis. Uno de los hombres más ricos del mundo. O al menos lo era, cuando estaba vivo.

Ha sonado la campana. Tengo que ir a la lavandería. Me espera un número interminable de sábanas que lavar y doblar. A veces tanto glamour me resulta insoportable.

4

Mis años de juventud no se parecieron en absoluto a esos horribles libros que se ven en las librerías de los aeropuertos con títulos como *Papá, no lo hagas* y que pueden contener una historia de sufrimiento inimaginable pero solo se venden porque a la gente le gusta leer sobre miserias ajenas y sentirse bien después por haber experimentado una pequeña brizna de compasión o de espanto. «Lloré como una magdalena leyendo este libro. Es una historia tristísima :(» es la típica opinión de un club de lectura online para madres. ¿Así que leer sobre abusos infantiles y trauma continuado te ha disgustado, Kate1982? (Kate me suena a nombre de usuaria de esa clase de sitios web). Pues cuánto me alegra que nos cuentes a todos cómo te afectó a ti.

En cualquier caso, mi infancia (al menos mientras Marie vivió) tuvo algunos momentos buenos. Fui muy querida y lo sabía, aunque todo el amor procediera de la misma persona. A las madres se les da muy bien suministrar amor desde todos los ángulos, tanto es así que a menudo no te enteras de que te falta el de otras personas hasta mucho más tarde en la vida. Marie soportó el peso de la adversidad y me lo ocultó por completo. Por supuesto yo sabía que tenía problemas, los niños siempre se dan cuenta de eso, ¿no os parece? Pero los niños también son asombrosamente egoístas y, mientras mi madre consiguiera tapar la mayoría de las grietas, yo le seguía la corriente tan pancha. Mi madre ahorraba parte del salario de sus dos empleos: en la barra de un café en el barrio de Angel donde una bebida caliente no costaba menos de tres libras y se hacían bizcochos sin harina para esas mujeres que habían descubierto recientemente su intolerancia al gluten, y de limpiadora en casas de Highgate para señoras que probablemente ni comían bizcocho. Cada tres meses conseguía reunir lo suficiente para llevarme «de excursión mágica y misteriosa», lo que significaba una visita al buque museo Cutty Sark o un viaje en metro hasta Selfridges para ver las luces navideñas. Una vez me llevó a la feria de Hamsptead Heath, donde comí algodón de azúcar por primera vez y gané un pez en un juego de aros. Al pez lo metimos en un jarrón en la mesa de la cocina y lo llamamos RIP, que me parecía divertido porque los peces de feria no suelen vivir mucho. Marie lo encontró cruel y cuidó de aquel pez, le limpiaba la pecera cada semana y le

añadió algunas plantas verdes y alguna que otra piedra. Yo perdí el interés por él, pero, gracias a los tempranos cuidados de mi madre, RIP terminó viviendo diez años. Sobrevivió a mi madre.

Marie y yo salíamos adelante a base de mucho esfuerzo. Fui a una agradable escuela primaria al lado de Seven Sisters e hice una única amistad, un niño llamado Jimmy cuya familia vivía en una casa enorme con una cantidad excesiva de alfombras y cojines y las paredes de todas las habitaciones forradas de libros. Su madre era terapeuta y su padre, médico de familia, y podrían haber mandado a su hijo a un colegio privado que no estuviera situado junto a una tienda de empeños con un pequeño negocio paralelo de venta de drogas duras. Pero tenían un gran cartel laborista en la ventana, cargaban con una buena dosis de culpa progresista por su buena suerte en la vida y la educación de Jimmy era una de las formas de las que disponían para expiarla. Jimmy sigue presente en mi vida. De hecho, creo que puedo afirmar que, en los últimos tiempos, nuestra relación ha madurado.

Podríamos haber seguido así, Marie y yo. Estudié en una escuela secundaria en nuestra misma calle (al principio con Jimmy, al que en séptimo ya atacaban sin piedad por ser pijo y hubo que cambiar a un colegio privado de día en el que había cabras y se daban muchas clases de arte, una dolorosa concesión más de sus padres) e hice unos cuantos amigos más. Tal vez, si hubiéramos tenido más tiempo, Marie habría conseguido un empleo mejor y, quién sabe, habría conocido a un buen hombre que compartiera con ella algunas de sus cargas. Yo podría haber ido a la universidad, y, más tarde, ganado lo suficiente para cuidar de mi madre, comprarle un piso, un coche. Pero de haber sido esa nuestra suerte, yo ahora no estaría aquí escribiendo esto, esperando a que Kelly entre como una exhalación en la celda e intente entablar conmigo una conversación sobre sus mechas cobrizas de realización casera. En lugar de ello, Marie se fue volviendo más torpe, más gris, empezó a dormir mucho, hasta que hubo un momento en que yo me iba a clase sola y la dejaba en la cama. Perdió el trabajo de limpiadora porque una mañana no se despertó hasta las once y una arpía de cara almidonada con una casa de seis cuartos de baño y sin alma la despidió por SMS a las once y media. Le dolía la espalda, le explicó una noche a Helene mientras charlaban en el sofá y yo dormitaba en la cama. Helene la apremió a ir al médico, pero mi madre le quitó importancia. «¿Cuándo no he tenido dolores desde que me vine a vivir a este país tan frío y húmedo?», bromeó.

Quién sabe lo mal que se encontraba en realidad. Desde luego yo no. Los niños viven ensimismados y, además, se supone que los padres son invencibles. Así funciona el trato. Pero Marie lo rompió. Dos

meses después me llevó de vacaciones por primera vez, a Cornualles. Dormimos en un camping de caravanas en un acantilado que daba al ancho mar, paseamos por senderos costeros y yo me atiborré de helados. Marie bebía vino en el escalón de entrada de la caravana mientras yo, tumbada en la hierba, le hacía preguntas sobre su infancia en Francia, sobre si podría estudiar para fotógrafa de mayor o sobre si alguna vez me gustarían los chicos como les gustan a las personas mayores si eran todos igual de inmaduros que los de mi clase. Eso le hizo reír. Aquellas vacaciones se rio mucho.

Yo acababa de cumplir trece años cuando se hizo evidente que sus dolores no eran mera consecuencia del trabajo interminable y la preocupación constante. Un día, Helene me recogió pronto del colegio y me llevó al hospital. Marie se había desplomado en el trabajo y, antes de dejarme verla, la única amiga de mi madre se sentó conmigo en una sala para las visitas y me explicó que tenía cáncer. Había tardado en ir al médico y, como muchas otras mujeres con personas a su cargo, había descuidado por completo sus necesidades. No quería que yo lo supiera, me explicó Helene, pero yo merecía estar enterada. Miré el tubo fluorescente del techo y me zumbaron los oídos mientras Helene me preguntaba si sería capaz de estar tranquila y ser valiente delante de mi madre. En ese momento noté cómo un interruptor en mi cerebro se apagaba, como si de repente me hubiera quedado en modo de espera y no pudiera funcionar a plena capacidad. Más tarde supe que esto se llama disociación, cuando tu cerebro desconecta para protegerte del estrés o de una situación traumática. Es una sensación horrenda que, sin embargo, me ha resultado útil en momentos en los que, digámoslo así, he tenido que hacer algunas cosas desagradables. Francamente, cuando estás rodeada de sangre y de gritos de una persona agonizante, es un alivio poder desconectar.

Marie nunca volvió a casa y, seis semanas más tarde, mi adorable y exhausta madre murió. En el breve intervalo entre su diagnóstico y su muerte, mi madre y Helene acordaron que yo me iría a vivir con esta, como si hubiera otra opción. Mis abuelos ni siquiera vinieron al funeral, que tuvo una asistencia discreta, compuesta por exmodelos de los primeros años de mi madre en Londres, unos pocos compañeros de trabajo y los padres de Jimmy, John y Sophie. Brindamos por ella en el café al que solíamos ir los sábados por la mañana a tomar un chocolate caliente cuando necesitábamos escapar de la humedad y el frío de nuestro apartamento. Y así, más o menos, dije adiós a la infancia. Me mudé al piso de Helene en Kensal Rise y por primera vez tuve mi propio dormitorio, una habitacioncita antes usada para guardar ropa y aparatos para hacer gimnasia olvidados hacía tiempo.

El pez se vino conmigo, la pecera terminó encima de una cómoda. Helene nunca había contado con tener que vivir con una adolescente, pero he de decir a su favor que lo hizo lo mejor que pudo. En la casa siempre había comida y me daba dinero para viajar y para ropa. Nunca lo dije en voz alta por miedo a incurrir en la ira de alguna deidad vengativa, pero era un nivel de vida mucho más alto que el que habíamos tenido Marie y yo en nuestro deprimente estudio. Me cambié a un colegio más cerca del nuevo apartamento y, casi enseguida, me volví bastante independiente. Helene trabajaba en una agencia de modelos y salía mucho, así que yo paseaba por el parque durante horas después de clase para hacer tiempo o me iba al Costa del barrio a echar la tarde delante de una taza de té. Cualquier cosa antes que volver al piso vacío y ponerme a pensar en todo lo que había perdido.

Helene había vaciado el apartamento de mi madre, y, aunque no encontró grandes cosas de valor que darme, se aseguró de que tuviera el anillo de ópalo favorito de Marie, que me quedaba perfecto en el pulgar y que me pasaba el día acariciando. También me dio una caja con cartas, documentos y fotografías de juventud de Marie, incluido su preciado póster de Kookai. Nunca los miré. Con excepción del anillo, no me interesan las reliquias sentimentales (eso sí, siempre me ha gustado guardarme algún recuerdo después de un asesinato, pero eso difícilmente podría considerarse sentimental). Sin embargo, un día, mientras revolvía debajo de la cama de Helene en busca de su plancha de pelo, encontré otra caja. Era distinta de la que tenía yo en mi cuarto, que estaba decorada con flores y corazones. Esta era como las que había visto en el despacho del director de mi colegio, maciza y sobria. Y tenía algo cuidadosamente escrito con tinta roja en el lomo: «Grace/ Simon».

Por supuesto, la abrí. Es que ni siquiera vacilé. El presunto derecho a la intimidad de los demás me sigue importando un bledo: si dejas algo cerca de mí lo miraré, me empaparé en ello, lo memorizaré. Supongo que crecer dependiendo de una única persona me hace necesitar más información de la que bastaría a alguien normal para sentirme segura. O quizá solo quiero entender cómo piensas y tener así una ventaja sobre ti. No siempre funciona. He estado leyendo el diario de Kelly desde que entré en esta cárcel, pero es complicado acceder a los pensamientos íntimos de una persona cuando no tiene ni una sola idea propia.

Me senté en el suelo, a la entrada de la habitación de Helene, y no me moví de allí por si volvía a casa. La amiga de mi madre había sido testigo de la breve relación de mis padres, pero jamás me había dado

información al respecto, ni siquiera cuando murió Marie. Yo sabía que pensaba que no serviría de nada, que me estaba protegiendo, así que no le insistí. Pero quizá aquella caja me contaría más de lo que me habría contado ella. Helene era buena persona, pero en absoluto una lumbreras, y su perspicacia era bastante limitada. Sus programas de televisión favoritos eran todos de la ITV, no digo más.

Dentro de la caja había un fajo de papeles sin orden aparente. Vi varios recortes de periódico, cartas y fotografías mezclados y empecé a clasificarlos en montones. Cuando terminé, estudié las fotos con atención. Unas pocas eran de mi madre y sus amigas en discotecas poco iluminadas de Londres. De Marie y Helene con minivestidos, ambas fumando y en pleno baile. De chicas que no conocía agitando botellas de champán y rociando con ellas a los presentes. A medida que iba pasando fotografías, las chicas se desdibujaban y desplazaban poco a poco a los márgenes, mientras Simon pasaba a primer plano. Había instantáneas de Simon con otros hombres, todos con camisas blancas y pantalones vaqueros costosamente desgastados, cinturones con grandes hebillas doradas. Posaban pasándose los brazos por los hombros igual que hacen los niños en el colegio, pero ellos mordían puros, sostenían vasos de chupito y miraban lascivos a la cámara. Luego había fotografías de mi madre con Simon; él la hacía girar y su falda de topos estaba desdibujada, pero su expresión era de lo más nítida. Estaba extasiada, con la cabeza girada para no apartar la vista de mi padre. Este en cambio no la miraba a ella, sino que sonreía con suficiencia a la cámara. De hecho no la miraba en ninguna de las fotografías, sino que sonreía a sus amigos —los cuales parecían tan prendados de él como Marie— o hacía muecas a la cámara, bebía chupitos, bailaba entre vítores subido a una mesa o simulaba hacer una llave de yudo a un camarero de aspecto agobiado mientras varias personas a su alrededor hacían muecas y aplaudían.

Es extraño darse cuenta de que odias a tu padre antes de haber tenido siquiera la oportunidad de conocerlo. Por supuesto yo sabía que se había portado mal con mi madre, pero es que no acababa ahí la cosa. Solo verlo en aquellas pocas fotos me puso los pelos de punta. Su cara bronceada y brillante delataba una vanidad que nunca me había encontrado antes. Su evidente necesidad de acaparar toda la atención daba pena. Se apropiaba del espacio de otras personas: las mujeres eran empujadas a los márgenes, posaban solo como atrezo de Simon Artemis. Sus amigos tenían una pinta de lo más sospechosa; de esos hombres que harían bien en mantener la cabeza baja en esta era post #MeToo. Todo lo que vi me produjo ligeras náuseas. Aquel hombre, con su horriblemente ostentosa ropa y su clara necesidad de publicitar

sus niveles de testosterona en cada pose, aquel hombre, digo, compartía y contribuía a mi ADN, a mi personalidad, a mi existencia. De nuevo me pregunté si Marie no se las habría arreglado para ocultarme algún importante defecto de su personalidad. ¿Cómo si no explicar aquel individuo, aquella elección? ¿Cómo podía haberse equivocado tanto?

Yo tenía trece años cuando descubrí esas fotos. No sabía gran cosa de las relaciones entre hombres y mujeres, del concepto de patriarcado, de manipulación emocional; ni siquiera conocía los fundamentos de la atracción sexual. Solo vi a un hombre repugnante desplegando sus peores defectos ante la cámara mientras mi querida madre no le quitaba la vista de encima. Y en aquel momento la odié también a ella.

Al guardar las fotografías en la caja, reparé en que tenía el puño cerrado y empezaban a dolerme un poco los músculos del cuello, algo que era siempre el preámbulo de una jaqueca, pero supe que, si no seguía, podía no presentárseme otra oportunidad en mucho tiempo. ¿Quién sabía qué planeaba hacer Helene con aquellos papeles?

Lo siguiente eran los recortes de periódico, mohosos y desvaídos. Los titulares eran una mezcla de información de negocios y ecos de sociedad. «Simon Artemis adquiere la cadena de moda juvenil Sassy Girl». «Artemis criticado por la explotación laboral en sus fábricas». «Simon y Janine presentan a su perfecta hija recién nacida». «Simon Artemis, candidato a oficial de la Orden del Imperio Británico. Rumores de condecoración para el CEO del grupo empresarial Artemis». El último recorte era de una revista de papel cuché y contenía fotografías de Simon y su mujer (que ahora yo sabía que se llamaba Janine) rodeados de perros peludos en una alfombra también peluda y con un árbol de Navidad que llegaba hasta el techo al fondo. Simon tenía en brazos a la hija de ambos, que, según leí, se llamaba Bryony. Aparentaba unos tres años. Miré la fecha del artículo. Los músculos del cuello me ardían cada vez más. Me sacaba trece meses. Mi hermana era una niña de pecho cuando Simon andaba por las discotecas cortejando a mi madre y prometiéndole a saber qué. Las fotografías mostraban la misma casa que me había enseñado mi madre aquel día lluvioso en Hampstead. Era, incluso a mis jóvenes ojos, un puto espanto. Janine (supongo que fue ella, puesto que los hombres a menudo siguen dando por hecho que corresponde a la mujer mantener bonita la casa) era claramente una apasionada de los tonos gris y plata. ¿Habéis visto alguna vez una repisa de chimenea de plata? No estoy hablando de una repisa de metal, o pintada, me refiero a plata de ley. Importada de Viena, supe muchos años después cuando visité

brevemente la casa durante una fiesta de empresa. Janine era una anfitriona magnánima que hablaba unos minutos con todos los invitados como si fuera la reina y yo le hice muchas preguntas sobre su, digamos, peculiar visión del diseño de interiores. Probablemente no habría sido tan amable conmigo de haber conocido mis planes para ella y sus seres queridos, aunque estaba tan orgullosa de aquel espanto de chimenea que es difícil saberlo con seguridad.

Los recortes me dieron algo de información sobre lo que hacía Simon. Era dueño de, entre otras cosas, Sassy Girl, la compañía aérea de bajo coste Sportus y unas mil ochocientas propiedades en el sudeste del país, el estado de las cuales le había granjeado el divertido apodo de «arrendador roñoso». También era dueño de unos pocos hoteles y de un par de yates que podías alquilar por semanas si considerabas que un hotel de cinco estrellas no era un alojamiento lo bastante exclusivo para tus vacaciones. Y, en lo que me pareció un gesto de vanidad suprema, en 1998 Simon y Janine habían adquirido un viñedo y empezado a producir un vino que supongo solo compraban sus amigos y compinches. Se embotellaba con el nombre de Chic Chablis. Con eso lo digo todo.

Lo último que contenía la caja era un grueso sobre color crema. Dentro había dos hojas de papel. La primera que abrí era una carta del propio Simon. Había sido escrita a toda prisa en tinta negra y las palabras casi rasgaban el papel.

> Marie, gracias por tu carta. Siento saber que estás enferma, pero lo que sugieres es imposible. Como ya te he dicho muchas veces, la decisión de tener a tu hija fue solo tuya. No tenías derecho a esperar que pusiera en peligro a mi familia y mi reputación por el producto de una aventura de seis semanas. Pero elegiste tener a la niña (que, por cierto, no tengo prueba alguna de que sea mía) y después intentaste persuadirme de que la conociera. Deja de hacerte ilusiones. Tu hija no es y nunca será parte de mi familia. ¡Tengo una mujer, Marie! Tengo una hija. Es posible que el año que viene me hagan oficial de la Orden del Imperio Británico. Deja de intentar formar parte de mi vida. Te adjunto un talón por importe de cinco mil libras; es una cantidad más que generosa pero, dados tus problemas de salud, me parece lo correcto. A cambio, exijo que dejes de ponerte en contacto conmigo. Simon.

La otra carta dentro del sobre era la que mi madre le había enviado y que había propiciado tan espeluznante diatriba. No quería leer sus ruegos, ver la vulnerabilidad y la tristeza en su escritura. Me daba demasiada vergüenza comprobar lo débil que se mostraba mi madre frente a aquel hombre. Ella había sido débil, pero yo era fuerte. De

manera que leería la carta y reforzaría así la furia en mis entrañas, la revestiría de acero y conservaría allí. Desdoblé la hoja de papel.

Queridísimo Simon:

Sé que me pediste que no te escribiera, y he tratado de respetar tu decisión, por mucho que me entristezca. Pero he de decirte que estoy enferma. Según los amables doctores del hospital Whittington (no está lejos de tu casa), no me queda mucho tiempo de vida. Estoy resignada, no porque tenga deseos de morir, sino porque estoy cansada. Estoy cansada, llevo años ya sin encontrarme bien y la vida desde que tuve a Grace ha sido dura y no parece que vaya a mejorar. Pero no pienses ni por un momento que culpo a Grace de ello. Ha sido mi luz todo este tiempo. Me gustaría tanto que la hubieras conocido de recién nacida, cuando tenía meses, cuando tenía seis años y se empeñaba en que la llamáramos Crystal... Ojalá hubieras estado ahí durante su fase de rana, cuando pasó una semana croando en vez de hablar, o cuando ganó el concurso de dibujo en el colegio. Te has perdido muchas cosas, pero no tienes por qué seguir haciéndolo. Yo en cambio sí lo haré. Me lo perderé todo y eso me preocupa tanto que no puedo dormir, aunque también es verdad que el monitor y los ruidos de la planta no ayudan. Simon, tienes que quedarte con ella. Tienes que contárselo a tu mujer; seguro que te perdona algo ocurrido hace tanto tiempo ya. Estoy segura de que, como madre que es, no querrá que una niña crezca sin padres. No dispongo de dinero suficiente para asegurar que no le falte nada durante su adolescencia y mis padres no me han perdonado nunca mi decisión de tenerla. No permitiré que aplasten su floreciente espíritu. Mi amiga Helene se ha ofrecido a quedársela, pero no es lo mismo que crecer rodeada de tu propia familia. No quiero suplicar, pero lo voy a hacer, por nuestra hija. Te lo ruego, cumple con tu deber, sé que eres un buen hombre y que no dejarías a tu hija sola en el mundo. Ya no volveré a casa, así que, por favor, escríbeme al hospital, planta 4.a, pabellón Hummingbird.
Con todo mi amor y afecto,

MARIE

Cerré la caja archivadora, la metí debajo de la cama y comprobé que no quedaba por el suelo ningún papel que pudiera delatarme ante Helene. Después debí de salir del apartamento, porque cuando quise darme cuenta estaba en el parque, donde me senté en un banco e intenté recuperar un ritmo cardiaco normal. Me acaricié la palma de una mano con la otra, me pellizqué la base de la garganta en un intento por aflojar el nudo que, de pronto, se me había instalado allí. Ahora sabía más cosas de mi padre. Sabía que tenía una familia, un hogar, una repisa de chimenea feísima. Era dueño de negocios que conocía; Sassy Girl era una marca de ropa que usaban las chicas de mi

colegio. Era un personaje público. Mi madre le había pedido ayuda (humillándome a mí de paso) en su lecho de muerte. Y él la había rechazado, sermoneado y criticado. Quería correr a su casa y abalanzarme sobre él, pegarle, meterle los dedos en los ojos y abrirle la cabeza contra su espantoso suelo de mármol. Respiré despacio e intenté concentrarme en el balancín del parque infantil. Pero la furia seguía conmigo. Sabía que no se disiparía, por muy tranquila que aparentara estar. Mientras vivía, mi madre había logrado protegerme del rechazo, del desinterés despiadado y frío de aquel hombre. Y en el amor del que me había rodeado yo me había sentido segura. Pero, al haber muerto, Marie ya no podía absorber el dolor por mí. Sabía que no podía presentarme en casa de mi padre, llamar al timbre y exigir que pagara alguna clase de precio por lo que había hecho. Solo llegaría hasta las verjas de bronce y tendría que dar media vuelta. La familia Artemis estaba claramente acostumbrada a erigir muros y a expulsar a intrusos, ya fueran acreedores, admiradores, mendigos o hijos no deseados. Supe que tendría que esperar, ser paciente e idear un plan para cuando fuera mayor y tuviera más herramientas para llegar hasta él. Aquel pensamiento me reconfortó. Me quedaban cinco años para cumplir los dieciocho. Cinco años para encontrar la manera de hacer sufrir a la familia Artemis. Aún recuerdo ese momento como si fuera hoy y he pensado en él muchas veces desde entonces y siempre con una sonrisa. Porque, ya a mis trece años (y aunque por aquel entonces yo era demasiado buena persona para pensarlo de una forma explícita), me consoló saber que crecería y le devolvería, se lo devolvería a base de bien, todo el sufrimiento que habíamos padecido nosotras.

5

No puedo decir que tuviera ganas de matar a Andrew Artemis. Era necesario, por supuesto, eso lo sabía y no albergué dudas, pero no estaba preparada para que un Artemis fuera tan..., no sé, buena persona. Había investigado a sus familiares de manera concienzuda, meticulosa, supongo que hasta obsesiva. Y gracias a eso había comprobado lo moralmente podrida que estaba aquella familia. Y eso me hacía más fácil centrarme en la tarea que tenía por delante, saber que no estaba privando al mundo de algo bueno. En mi cabeza, incluso había empezado a justificar mi proyecto exclusivamente personal como un favor a la humanidad. La familia Artemis era la personificación del capitalismo tóxico, un abismo de inmoralidad, un icono de avaricia. Dios, qué insufriblemente joven era yo entonces.

La facilidad con que me deshice de Jeremy y Kathleen me envalentonó. En realidad tuve suerte: un volantazo brusco y se despeñaron por el barranco sin dejar en el coche de Amir ni un arañazo que pudiera despertar sospechas. Podían haber salido mal muchas cosas, cosas que me hacen estremecer cuando echo la vista atrás. Y, si algo hubiera ido de manera distinta, yo podría haberme puesto nerviosa, haber reconsiderado mis planes o algo peor: podrían haberme cogido. Pero no fue así. Aquella noche acerté de pleno. A decir verdad, fue la consideración que tuvieron mis abuelos de morir tan rápido lo que me hizo seguir. Al menos por eso puedo estarles agradecida.

Andrew era el hijo de Lee, hermano de Simon, y posiblemente el miembro de la familia sobre el que más me costó reunir información fiable. No asistía a ninguna de las grotescas celebraciones familiares en las que había camareras disfrazadas de pavo real (gracias, revistas de cotilleos, por esa perla informativa) y enanos con chistera que ofrecían rayas de cocaína pulcramente dispuestas en bandejas de plata. No estaba en el yate familiar al llegar el verano, pringado de aceite solar y tomando el sol en cubierta con Bryony y sus delgadas y bronceadas amigas. Ni siquiera tenía un simulacro de puesto de trabajo en el cuartel general del grupo Artemis, un imponente edificio junto a Great Portland Street a las puertas del cual siempre había esperando un Bentley gris impoluto cuando Simon estaba en la

oficina, en una versión moderna de izar la bandera cuando la reina se encuentra en palacio. Ni siquiera Tina, mi confidente de Artemis —alguien de quien me había hecho amiga a mi pesar mientras trabajaba allí (más tarde os lo cuento)—, me fue de gran ayuda cuando le pedí información sobre Andrew y se limitó a sugerir que «era posible que hubiera buscado su propio camino» cuando le mandé un mensaje para preguntarle por qué no lo mencionaban en el reportaje que publicaba una revista del baile benéfico anual de los Artemis. Como siempre con Tina, no podía insistir. Tenía que dejar que la información saliera de ella para no despertar sospechas, y estaba claro que mi primo no la interesaba en absoluto.

Supe que pasaba algo cuando Andrew tampoco asistió al funeral de sus abuelos (presenciar aquel acto desde una distancia respetuosa fue una experiencia extrañamente deliciosa). Perseveré. Cuando Facebook no consiguió localizarlo, creé una alerta de Google para mi joven primo y me armé de paciencia. Por fin apareció mencionado en un diario gratuito online de información local, en un reportaje sobre la labor de un viejo hippy con la población de ranas en humedales del este de Londres. Una vez actualicé mis conocimientos sobre lo que es exactamente un humedal, me di cuenta de que Andrew vivía más distanciado incluso que yo de la familia Artemis. Lo cual no es poco, si pensamos que mi existencia misma había sido negada desde que nací.

La labor de Andrew no consistía en arrasar el humedal y construir en su lugar una fábrica en la que niños pequeños cosieran ropa de poliéster inflamable, tampoco era su intención cazar las ranas y usar su piel para hacer bolsos de marca, tal y como habrían sugerido casi todos los miembros de su familia de sospechar que había allí un margen de beneficios lo bastante alto. Nada de eso. Andrew trabajaba de voluntario, ayudando a observar hábitos de apareamiento, asegurándose de que esos bichos repugnantes tenían espacio para vivir y multiplicarse. Y por un sueldo mísero. En serio, creo que si no llego a sacar a sus abuelos de aquella polvorienta carretera marbellí, se habrían tirado ellos solos de enterarse de lo que hacía su nieto en la vida.

Enseguida quedó claro que el trabajo que había dedicado a documentarme sobre las empresas Artemis no me serviría para acercarme a Andrew. Es más, sospeché que actuaría en mi contra. Por las pesquisas disimuladas (para mi desesperación, pocas, dada la naturaleza decididamente subalterna de mi puesto) que había hecho mientras trabajaba en el cuartel general de Artemis, todo apuntaba a que mi primo había roto vínculos con la familia algunos años atrás y que hablaba con sus padres de año en año. Lo cierto es que resultaba

irónico, como dice la canción de Alanis Morissette (claro que ¿quién sabe en realidad lo que es la ironía?), que hubiera dedicado tanto tiempo a infiltrarme en el círculo íntimo de los Artemis y en cambio mi primo hubiera empleado idéntica determinación en salir de él.

Pero, a pesar de sus evidentes intenciones de llevar una vida distinta, Andrew seguía siendo uno de ellos. Seguía siendo probable que lo recibieran con los brazos abiertos si algún día se aburría de ayudar a unas ranas asquerosas a gentrificar el este de Londres, algo que, admitámoslo, era altamente posible. Y, lo que era más importante, seguía siendo un heredero potencial una vez el resto de la familia muriera (y, como sabéis, yo estaba contribuyendo de forma activa a que ese día llegara). Así que hice lo que tenía que hacer, me documenté sobre las ranas, me compré un cortavientos feísimo y me apunté de voluntaria en el proyecto de recuperación del humedal de Walthamstow.

Recuerdo haber visto una de esas películas «inspiradas en hechos reales» en el Canal 5 un domingo por la noche. Trataba de una exitosa urbanita que renunciaba a todo por una vida sencilla cuidando cabras en las montañas. Renunciaba a sus bolsos de marca (aquí quedaba claro que el director era hombre) y a su insustancial vida. Descubría la pureza en el mundo, en la naturaleza, en trabajar la tierra. Todo era bonito, la protagonista vestía prístinos pantalones de peto, el sol brillaba, y por un breve instante quedé seducida (hasta que recordé mi acuciante misión de exterminio familiar). Lo que intento deciros es que el proyecto del humedal de Walthamstow jamás en la vida podría ser el escenario de una película así. Nadie descubrirá nunca que el gran amor de la vida es uno mismo llevando una redecilla de pelo y unos guantes de goma para no contaminar el hábitat sagrado de unos batracios.

Mi ingreso oficial en el voluntariado se produjo un pegajoso Primero de Mayo. Viajé en tren desde King's Cross ataviada con gafas sin graduar, zapato bajo, anorak y un gorro de pescador. Me sentía completamente invisible, lo que me resultaba a la vez desconcertante e interesante. Nadie me miró, ningún hombre me sonrió. Incluso me llevé el almuerzo, algo que siempre me ha parecido mala señal en personas de más de ocho años. Según Google Maps, cerca de los humedales no había cafeterías de cadenas conocidas y no tenía intención de arriesgarme a comer nada de origen mínimamente silvestre y que además estuviera dentro de la zona tarifaria 4.

El centro de visitantes era pura desolación. Llamarlo centro de visitantes ya es engrandecerlo, no vayáis a imaginar un complejo bien iluminado, con letreros de bienvenida y un cuarto de baño operativo.

Era una caseta con tejado de chapa e interior decorado a base de carteles infantiloides de plantas esmirriadas y algún que otro pájaro abstracto. Roger, el tipo que dirigía el proyecto, estaba allí para dar la bienvenida a los dos voluntarios que nos habíamos presentado. Me dejó un poco atónita que alguien sin motivaciones asesinas se ofreciera voluntario a trabajar en un lodazal. Y, sin embargo, así era. Lucy, según nos explicó a Roger y a mí, tenía treinta años y trabajaba en tecnologías de la información, pero siempre había querido pasar más tiempo en la naturaleza. Tenía aspecto de persona que sufre déficit de vitamina D, con rostro pálido y ojeroso. Me esforcé por poner cara inexpresiva cuando vi iluminarse los ojos de Roger mientras asentía entusiasta a cada palabra que decía aquella mujer.

—¡Has venido al lugar indicado, Lucy! —exclamó—. Puede que la UNESCO no nos haya declarado Patrimonio de la Humanidad, pero a mí me gusta decir que estos humedales son la auténtica octava maravilla del mundo! —Al reír le desaparecieron los ojos detrás de las arrugas que los rodeaban. Supuse que le diría aquella frase a alguien al menos una vez al día y me pregunté si no tendría una esposa que me agradecería que me deshiciera también de él.

Resultó que había elegido el chubasquero perfecto. Lucy llevaba uno parecido. Roger, por su parte, había ido un poco más allá, e iba enfundado en lo que solo puedo describir como un esquijama impermeable. Sacó un termo con té y, reclinado contra el mostrador de recepción, nos explicó cuáles serían nuestras tareas. Aunque nos aseguró repetidas veces que estábamos a punto de entrar en el emocionante mundo de la conservación de la vida silvestre, nuestras funciones parecían reducirse en realidad a arrancar malas hierbas. Esto era muy importante, a decir de Roger, para mantener el delicado equilibrio ecológico del lugar. A continuación nos hizo una visita guiada de los humedales que duró un total de veinticinco minutos. Quizá habría sido más apropiado llamarlo «humedal», en singular.

Era un sitio bastante deprimente sin nada que pudiera calificarse de majestuosa belleza. A lo lejos se veía una garza solitaria y un enjambre de moscas revoloteaba sobre los juncos, pero, aparte de eso, la vida salvaje brillaba por su ausencia. Tampoco rebosaba visitantes. En un determinado momento, Roger murmuró algo sobre que el centro de ocio del pueblo se llevaba toda la financiación. Imagina tener de enemigo a un centro de ocio.

Lucy parecía de verdad interesada en la presentación y hacía preguntas detalladas sobre redes y compostaje. Yo guardé silencio y asentí con la cabeza mientras buscaba hombres que pudieran ser Andrew. Por las pocas fotos hechas en su juventud, era un tipo alto y

delgado, con pelo rubio oscuro y dientes irritantemente rectos. Se podría decir que era guapo, de esos a los que quizá miras dos veces en un bar, atractivo para los estándares londinenses. Pero aparte de Roger y una señora mayor que me recordó un poco a la dama de la furgoneta de Alan Bennett arrancando unas plantas inidentificables, allí no había nadie.

Cosa curiosa, Roger no quiso darnos ninguna tarea práctica aquel primer día. Dijo que el trabajo era delicado e insistió en que pasáramos una hora en la caseta repasando medidas sanitarias y de seguridad. Estas consistían, en su mayor parte, en repetidas advertencias sobre las charcas, que a mí me parecían más bien unos míseros charcos, aunque Roger dijo muy serio que eran mucho más profundas de lo que imaginábamos y que los juncos enmascaraban sus dimensiones. Debíamos andarnos con mucho cuidado cuando trabajáramos cerca de ellas, porque un solo paso en falso podía causarnos problemas. Ni siquiera Lucy pareció muy convencida al oír esto.

Hacia el final de la presentación, Roger hizo una pausa solemne y miró al cielo, como si quisiera pedirle permiso para hablar.

—Y ahora ha llegado el momento que seguramente estabais esperando —anunció—. Las ranas.

»Solo hay —continuó Roger con una sonrisa— dos especies autóctonas de ranas en este país: la rana bermeja y la rana verde centroeuropea. Suelen vivir en aguas poco profundas y jardines. Sin embargo, aquí tenemos un inquilino más exótico. Sí, señor. Aquí tenemos la rana verde europea. —Esperó el murmullo de aprobación, que Lucy diligentemente hizo, y prosiguió—: La rana verde es un animal muy especial. Un señor llamado Edward Percy Smith se trajo doce ejemplares desde Hungría en 1935 y, como era de esperar, escaparon de los confines de su jardín y se multiplicaron, las muy sinvergüenzas —dijo asintiendo con la cabeza como si las ranas hubieran trazado un plan diabólico para colonizar las islas británicas.

Nos condujo hasta la orilla de la charca principal y nos pidió silencio. Roger debía de pesar por lo menos cien kilos y sin embargo se movía con la agilidad de un experimentado hombre araña.

—No debemos asustarlas —nos indicó formando las palabras solo con los labios a la vez que inspeccionaba el lugar. Mientras esperábamos, me pregunté si de verdad aquella era la estrategia adecuada para llegar hasta Andrew. Imaginé fines de semana con Roger atendiendo en silencio a esas criaturas, con el barro colándoseme en las botas y la lluvia calándome hasta los huesos, y me entró cierto desánimo. Pero no tenía una opción mejor. Andrew era el

siguiente nombre en mi lista y, una vez tengo un plan, no me gusta apartarme de él, lo trastoca todo.

Después de cerca de quince minutos de silencio incómodo, durante el cual Roger se mantuvo al acecho y Lucy esperó inmóvil como una estatua con el cuerpo casi vibrando de expectación, algo se movió. Roger agitó la mano y nos conminó a acercarnos doblando un dedo. Caminamos de puntillas entre los juncos alargando el cuello para intentar ver al animal prometido. Por la descripción de Roger, yo había medio imaginado una criatura gigante y multicolor, de piel reluciente y dando saltitos en alegre desenfreno. Pero lo que vimos era una mota verde cieno con unas pocas rayas verde claro en el lomo por todo adorno. Era una de las cosas más sobrevaloradas que había conocido en mi vida, y eso que la madre de Jimmy, Sophie, una vez nos obligó a ver *La vida es bella*.

La rana correteó (¿puede corretear una rana?) de vuelta a los juncos en cuanto nos acercamos y Roger nos miró con profunda decepción, como si hubiéramos intentado matarla a flechazos.

—Qué le vamos a hacer, aún no conocéis sus hábitos de comportamiento. ¡La semana que viene es posible que veáis algún apareamiento! Es la época.

Decidida a no aprender jamás los hábitos de comportamiento de aquella rana tan sosa, seguí a Roger y a Lucy de vuelta al centro de visitantes para recoger mis cosas. Cuando nos íbamos, detecté un tablón de anuncios con fotografías del personal y voluntarios y notas escritas en Comic Sans explicando quién era quien. Sin importarme lo que pensaran de mí Roger o Lucy, fui directa a él. Y allí estaba. Tardé un minuto en localizarlo, ya que buscaba el pulcro galán que había visto en otras fotografías. Pero en esta llevaba coleta y... un pendiente enorme hecho con una concha. Ni siquiera en el mercadillo de Camden venden ya esa clase de basura hippy. ¿Qué terrible desgracia habría empujado a Andrew a hacer semejante elección vital? Y el caso es que se había reafirmado en ella, pues completaban su look un dilatador del lóbulo en la otra oreja y un collar de madera que hacía pensar en un año sabático pasado (y desperdiciado) en el extranjero.

Probablemente estuve mirando la foto demasiado tiempo antes de preguntar a Roger por sus colegas como quien no quiere la cosa.

—Pues tenemos a Linda, a quien igual habéis visto fuera, quitando malas hierbas. —Bajó la voz—. Se siente sola, pobrecita mía, le está tocando cuidar a un marido con demencia senil.

Me pregunté si limpiar maleza del hábitat de una rana era preferible a eso y llegué a la conclusión de que probablemente sí. Mejor que ayudar a ir al baño al hombre del que habías estado

enamorada.

—Y luego está Phyllis. Phil, la llamamos. Un poco mandona, pero muy buena cuando vienen colegios. Y por último tenemos a Andrew. Es estudioso de la vida silvestre y sabe mucho de conservación. Somos afortunados de contar con él, se licenció en Ecología en Brighton y tiene una beca para identificar especies salvajes indocumentadas en Australia el año que viene. Allí ya tienen doscientas cuarenta especies conocidas —dijo con tono melancólico.

—¿Está por aquí hoy? —pregunté simulando despreocupación.

—Hoy no. Ha ido a un seminario sobre los hongos en la población general. —Debí de poner cara de susto, porque se apresuró a añadir—: ¡En la población de ranas, quiero decir! —Y rio a grandes carcajadas.

Por fin liberada del día de prueba, cogí mis cosas y me excusé diciendo que tenía un compromiso y que debía irme corriendo. Me preocupaba que Lucy quisiera volverse conmigo y me horrorizaba la idea de pasar cuarenta y cinco minutos en tren comentando los acontecimientos del día con alguien con el listón tan bajo a la hora de buscar una ocupación de tiempo libre. Pero, cosa inexplicable, Lucy había remoloneado, para alegría de Roger, quien le había ofrecido otra taza de té y le estaba preguntando por sus conocimientos sobre tritones. Confié en que no fuera esa la frase que usaba Roger para ligar y salí huyendo.

Y así empezó todo. Cada sábado me iba a servir a Roger en su minúsculo y aburrido reino. Cada sábado arrancaba malas hierbas, despejaba caminos e intentaba no sentirme insultada porque Lucy trabajara codo con codo con Roger en el mantenimiento de las ranas mientras yo hacía labores manuales. Les oía palabras sueltas y risas esporádicas mientras, con las cabezas muy juntas, él la enseñaba a coger y marcar las ranas, nunca sabré con qué fin. Desde entonces he sabido que la rana verde europea ni es especial, ni está amenazada ni es apreciada. No había anfibios en peligro necesitados de los tiernos cuidados de Roger, aquellos bichos híbridos habrían estado perfectamente sin el ojo atento de un cincuentón calzado con algo sospechosamente parecido a unos Hush Puppies.

Lo único que me impedía aplastar la cabeza a alguno de estos animales y abandonar para siempre el centro era Andrew. El día de mi primer turno de verdad, lo identifiqué enseguida, estaba limpiando el camino que llevaba a las charcas y tarareando una canción (no logré saber de qué género musical, puesto que sus enormes auriculares la silenciaban, pero imagino que sería algo tipo UB40). Esperé a la inevitable presentación y, efectivamente, durante el descanso, Roger nos lo trajo para que lo conociéramos. Mientras nos saludábamos y

Lucy soltaba un rollo sobre lo interesante que era el trabajo, yo lo estudié hasta el último detalle. El pelo casi le llegaba a los hombros y lo llevaba mal cuidado y lleno de greñas. Vestía pantalones caqui y una camiseta sin mangas gris del año de Matusalén y tenía las uñas llenas de tierra y de porquería. Pero era fuerte y estaba en forma, con músculos claramente resultado del trabajo manual y no de ir a un gimnasio caro. De ir arreglado habría encajado a la perfección en la familia Artemis. Tenía cara de buena persona, pero en sus ojos reconocí las mismas motas grises que en los de mi padre y, cuando se giró, comprobé que su perfil era idéntico al de Jeremy. ¿Compartiría también su arrogancia? Era difícil saberlo.

Le conté la misma historia imprecisa que le había contado a Roger y a Lucy. Me llamaba Lara, era agente inmobiliaria en el norte de Londres, acababa de romper con mi novio de toda la vida, estaba buscando nuevos retos y desde mis años de universidad me fascinaban la conservación y la reintroducción de especies. Me había puesto adrede el nombre de la madre de Andrew para ver si lo ponía nervioso, pero ni pestañeó. En lugar de ello asintió con la cabeza vigorosamente y me explicó que también a él se le había despertado este interés siendo universitario. Al menos habíamos empezado con buen pie.

Aquel primer día, Andrew estaba ocupado arreglando una valla caída, mientras la extraña pareja formada por Lucy y Roger atendía a las ranas y yo limpiaba el centro de visitantes. Debo decir que, a aquellas alturas, yo no había visto a un solo visitante, pero Roger esperaba emocionado la visita de un colegio para el lunes siguiente. «Justo lo que necesitan nuestros jóvenes: más naturaleza y menos actividades aburridas en centros de ocio».

Miré a Andrew trabajar, reconstruir sin esfuerzo la cerca, absorto en su tarea. De no haberse parecido tanto a su abuelo, habría pensado que estaba ante la persona equivocada. Aquel hombre era despreocupado, sencillo, trabajador. Me habría apostado cualquier cosa a que ni un solo miembro de la familia Artemis había dedicado un solo día al trabajo físico desde alrededor de 1963, a no ser que consideraras trabajo duro pisotear a otras personas para conseguir tus fines.

Necesitaba una excusa para hablar con él. Y como pedir consejo sobre cómo limpiar la minúscula cocina no me iba a servir, esperé a que todos hubieran hecho un alto para comer y me llevé los sándwiches hasta donde estaba sentado con los ojos cerrados y empapándose del sol primaveral.

—Qué agradable es trabajar al aire libre —comenté—. Estoy harta

de trabajar en un despacho solo buscando beneficios y embaucando cínicamente a clientes.

Vale, lo reconozco, fue un poco demasiado obvio, pero obtuvo la reacción deseada. A muchas personas les encanta que les repitas sus opiniones. Sobre todo a los hombres, y Andrew, por muy ecoguerrero *woke* que se considerara, no era una excepción.

—Madre mía, QUÉ GRAN VERDAD —dijo volviéndose hacia mí con una sonrisa—. Este sitio es mi santuario. No soporto el hecho de que, como sociedad, quienes más tienen nos empujen a pasarnos la vida persiguiendo objetivos inalcanzables solo para que las grandes corporaciones puedan explotar más a sus trabajadores.

Vale, aquello iba a ser más fácil de lo que había pensado. Después de quince minutos de charla sobre el capitalismo y las maldades del imperio, le hablé un poco de «mi» familia, los Latimer. Por supuesto no usé sus verdaderos nombres ni expliqué que Sophie y John no eran en realidad mis padres, pero supuse que hablarle de una familia progresista que se manifestaba contra el cambio climático y votaba al Partido Laborista lo animaría a sincerarse sobre sus propios parientes.

—Imagino que tu familia sería parecida —dije mientras cogía una aceituna de su tarro de Waitrose. Cambió un poco de postura y se rascó el cuello con el dedo meñique.

—La verdad es que no. Son conclusiones a las que llegué yo solo. Mis padres no me transmitieron ninguna ideología en particular. Estaban demasiado ocupados divirtiéndose, ganando dinero... Bueno, gastándolo más bien. Me eduqué en los mejores colegios, tuve niñeras encantadoras, un buen hogar y, durante un tiempo, digamos que seguí por ese camino, fui becario en un fondo soberano de inversión a los dieciséis años, disfruté de todos los lujos que tenía mi familia. Pero la uni me cambió, me abrió los ojos a la desigualdad. La gente cree que Brighton es un sitio de ricos, ¿sabes? Pero hay bolsillos de verdadera pobreza, ¿sabes?, y los otros estudiantes... estaban tan comprometidos y conectados con el mundo real que... me avergoncé de mí mismo, ¿sabes?

Fui magnánima, di por hecho que los «¿sabes?» eran un tic nervioso y traté de pasarlos por alto.

—Bien por ti —le dije y le apreté el brazo—. Hace falta valor para abrir de verdad los ojos.

En realidad no, si tienes un fondo multimillonario al que recurrir cuando te canses de vivir como la gente de a pie, pero Andrew pareció agradecer mi comentario y se frotó distraído el trozo de piel donde acababa de tocarle.

A partir de entonces fue pan comido. Tuve que pasar dos semanas

más arrancando hierbas antes de proponer ir a tomar algo, pero se apuntó encantado. El problema fue que Lucy también. Y, aún peor, también Roger. Terminamos en un pub lúgubre cerca del centro que supongo podría haber estado bien si no lo hubieran encerrado en una rotonda en algún momento del pasado reciente (y, seamos sinceros, si la clientela hubiera sido completamente distinta y la carta de vinos hubiera tenido algo más que un chardonnay templado de Australia). La conversación versó principalmente sobre las putas ranas, con Andrew loco por hablarnos de su colección privada.

Roger puso los ojos en blanco.

—Aquí el amigo opina que las especies locales no son lo suficientemente interesantes, ¿a que sí, colega? Siempre anda en busca de algo más... exótico.

Lo dijo como si una rana extranjera fuera algo peligroso que apartara a Andrew de las especies más decentes y esforzadas de los humedales. Estoy segura de que Roger votó salir de la UE. Fingí interés y animé a mi primo a contar más cosas, mientras Roger intentaba entablar con Lucy una conversación sobre mantillo. Andrew bajó la voz y ladeó un poco la cabeza hacía mí.

—El centro es un sitio estupendo y la intención de Roger es buena. Pero tiene razón. Me interesan las ranas más «exóticas», como las llama él. Puede parecer una locura... —se interrumpió y yo lo miré con interés—, pero he estado investigando cómo pueden ayudar las ranas en una depresión. ¿Has oído hablar del Kambo?

Joder, Andrew, pues claro que no. Las personas normales no piensan en cosas como las ranas y la depresión. Las personas normales no pasan sus días en humedales siniestros al lado de una autovía esperando a visitantes que nunca llegan. Claro que las personas normales tampoco intentan exterminar a toda su familia, así que debería aprender a juzgar menos y a escuchar más. Abrí los ojos de par en par.

—Es la secreción de un tipo de rana, y hay un montón de investigaciones sobre cómo ayuda a curar la depresión y la adicción. Nos hemos hecho dependientes de la medicina occidental impuesta por las grandes farmacéuticas, pero cada vez es más evidente que la naturaleza nos brinda maneras mejores de tratar nuestros problemas humanos. Kambo, tío... —Hizo una pausa—. Ha hecho milagros con muchísima gente. —Miró a Roger para asegurarse de que no estaba escuchándonos y se volvió otra vez hacia mí—. Por eso tengo esas ranas en casa. Estoy intentando perfeccionar la dosis. Si te pasas, empiezas a vomitar a lo bestia. Es complicado. Y las estoy criando para así tener más ejemplares y ayudar a más personas.

A esas alturas, yo ya no necesitaba fingir interés. Qué camino tan extraño había tomado Andrew, dopándose a base de zumo de rana. Sin duda tenía que haber en Harley Street un psicólogo agradable con el que tratar sus problemas de una forma menos desquiciada. Claro que los chicos ricos siempre intentan labrarse su propio futuro, llevados por una falta de objetivos en la vida y niveles de confort que hacen parecer innecesario el trabajo duro. Algunos se convierten en relaciones públicas de clubes. Otros en artistas que fuman hierba. ¿Por qué no en traficante de ranas?

Lo bombardeé a preguntas y le dije que me parecía muy valiente. No me avergüenza reconocer que me sinceré sobre mi lucha personal contra la depresión y me mostré vulnerable a sus ojos. Daba igual que fuera todo una patraña y que, aunque la vida me había dado buenas razones para la profunda tristeza, había tenido la suerte de librarme de ella. A los hombres les gusta que las mujeres se muestren vulnerables. Les gusta sentir que podemos necesitar ayuda, por mucha seguridad que aparentemos.

Salí del pub con la sensación de que lo tenía en el bolsillo. Y sin embargo, de camino a la estación, notaba los hombros tensos y los puños cerrados. Andrew era un hombre agradable, pensé, aunque estaba bastante perdido. No notaba bilis en la garganta al pensar en él como sí me ocurría antes, cuando lo había imaginado como una réplica de su padre o de su abuelo. Y ese sentimiento, esa ira siempre viva que me daba la sensación de tener las orejas ardiendo, era lo que me había permitido matar a Jeremy y a Kathleen. Lo que lo había hecho divertido. Pero ahora llevaba semanas sin esa sensación corrosiva en la tráquea. ¿Cómo iba a disfrutar de mi nueva empresa sin el subidón de ácido?

Para el siguiente turno, nos habíamos dado los teléfonos (uno de los peligros de los móviles prepago es que nunca te sabes el número) y entre semana intercambiábamos mensajes con vínculos a artículos de investigación que pensábamos interesarían al otro. Yo jamás me leí nada de lo que Andrew me sugería, pero era sencillo reaccionar de la manera adecuada con solo echar un vistazo a las conclusiones. Que Dios bendiga a esos académicos absurdos que nadie leerá nunca pero que tienen el detalle de añadir una nota al pie resumiéndolo todo en dos minutos. Lo de los mensajes puede hacer pensar que coqueteábamos, pero por suerte creo que Andrew simplemente disfrutaba de tener a alguien dispuesto a alimentar su interés de campo en anfibios y alucinógenos. Lo otro habría añadido una dimensión espantosa a lo que yo confiaba fuera un aquí te pillo aquí te mato lo más directo posible.

Pasadas cuatro semanas, éramos íntimos. Yo sabía dónde vivía (Tottenham, en una casa compartida con otros cuatro chicos más, todos estudiantes de posgrado), cuál era su novela preferida (una de William Boyd, pero la he olvidado) y que era un vegano estricto. Empezamos a ir a un pub lúgubre cada sábado después del turno; una vez allí, nos emborrachábamos bastante y yo hacía chistes sobre Roger hasta que él me regañaba. A aquellas alturas yo ya sabía cómo lo iba a matar. Al igual que con mis abuelos, mi plan era impreciso y podía fracasar, pero había ganado seguridad después de mi primera incursión y Andrew no podía ser más confiado. Un sábado después del pub propuse volver al centro y llevarnos una botella de vino. Era una noche cálida y el cielo estaba estrellado, algo inusual en esta ciudad siempre envuelta en esmog. Andrew se mostró dispuesto, aunque un poco nervioso.

—Roger se pondría furioso —rio—, pero supongo que no hacemos nada malo. —No era demasiado rebelde, mi primo, por mucho que presumiera de radical. Supongo que es lo que consiguen catorce años de educación privada. Los padres no sueltan doscientas cincuenta mil libras para que su hijo se salte voluntariamente las reglas no explícitas de la buena sociedad británica.

La seguridad en los humedales... no existía. No había seguridad. Ni cámaras de vigilancia (¿qué ibas a robar? ¿Unos renacuajos?) ni alambrada de espino. Andrew abrió con su llave y entramos. Fuimos hasta la charca principal y nos sentamos en una pequeña tarima que había montado Roger para poder observar mejor las ranas. Yo abrí el vino y bebí a morro. Mientras nos pasábamos la botella, abordé el tema al que había estado dando vueltas en la cabeza.

—¿Puedo probar la medicina de rana, Andrew? Me has hablado tanto de ella que suena a aventura que me daría mucha rabia perderme.

Hubo un silencio y a continuación lo oí tomar aire y soltarlo enseguida.

—Me parece que no, Lara. No soy experto aún, y sigo trabajando en perfeccionar la dosis. La semana pasada tomé demasiada y estuve quince minutos inconsciente. Es muy imprecisa... No quiero usarte de conejillo de indias.

Asentí con la cabeza e hice murmullos de aprobación.

—Lo entiendo perfectamente. Lo último que quiero es meterte presión. Lo que pasa es que pienso que igual me ayuda con los ataques de pánico...

Dejé la frase sin terminar con la esperanza de apelar a su innata cortesía británica. Suspiró otra vez.

—No sabía que tuvieras ataques de pánico. Yo también, desde que era pequeño. Le decía a mi madre que no podía respirar. Pero no sabía explicarlo. Hace poco me han vuelto a lo bestia. —Me miró con expresión comprensiva y me acarició con torpeza el pulgar—. Mis abuelos tuvieron un accidente... —Bajó la vista y me soltó la mano. Decidí no forzar las cosas, así que volví al vino y metí los dedos en la charca.

—Oye, ¿qué profundidad tiene? Por cómo se comporta Roger, uno diría que dentro está escondido el monstruo del lago Ness.

Andrew rio, se apartó el pelo de la cara haciendo tintinear el espantoso pendiente de concha. La tensión se disipó.

—Este sitio es su vida. Le gusta imaginarlo más grande e intenso de lo que quizá es. Las charcas son muy poco profundas, aunque esta la he vadeado y me sorprendió lo mucho que cubre por la parte central, calculo que te llegaría el agua hasta la cintura. Y que no te pille Roger. Lara, piensa en las ranas —dijo con tono de falsa indignación.

Nos terminamos la botella y dije que iba a pedir un taxi. Andrew me ayudó a ponerme de pie —estaba más borracha de lo que había pensado— y volvimos dando tumbos a la entrada riendo y mandándonos callar el uno al otro. Me ofrecí a dejarlo en su casa, pero dijo que quería tomar el aire y yo me subí como pude a un Toyota Prius conducido por un hombre que escuchaba un extraño popurrí de canciones de musicales en versión acústica. Unos minutos antes de llegar a mi apartamento, oí sonar mi teléfono dentro del bolsillo. Desbloqueé la pantalla con dedos torpes y leí.

«Ok, lo hacemos. El próximo sábado después de trabajar. Tú trae el vino (creo que rosado irá muy bien). Pero es alto secreto. Nadie sabe que hago esto».

A pesar de la pésima versión de *All That Jazz* que sonaba cuando llegamos a nuestro destino, conseguí sonreír. Lo tenía en el bote.

La semana siguiente se me hace dura. Me cuesta dormir, trabajar, hacer algo que no sea pensar en lo que va a pasar el sábado. Recuerdo una ocasión, cuando tenía diecisiete años y nos habían invitado a Jimmy y a mí al cumpleaños de un chico del colegio en una discoteca en Finsbury Park. ¡Ah, el glamour! Habíamos dedicado semanas a falsificar documentos de identidad y a consultarnos mutuamente lo que nos íbamos a poner. Se nos había ocurrido una mentira elocuente que contarle a Sophie y practicábamos los detalles para que no nos pillaran en el último momento, como a tantos muchos adolescentes idiotizados. Por cierto, que la mentira la diría yo, a Jim lo habrían

cazado al momento, no sabía disimular. Para cuando llegó el lunes anterior a la fiesta, estábamos tan emocionados que yo no conseguía dormir. Se me encogía el estómago, la adrenalina me inundaba las extremidades y daba más y más vueltas preocupada por si nuestro plan funcionaría o no, por si conseguiríamos entrar en la discoteca y disfrutar de la velada que habíamos imaginado. Lo pasé fatal. Al final lo logramos, nuestro plan funcionó, pero la fiesta fue una decepción tremenda y en la parada del autobús a la una de la mañana nos pilló una lluvia gélida mientras Jimmy intentaba no vomitar y yo procuraba no acercarme a él por si lo hacía. Toda aquella preocupación y expectación para casi nada. La sensación de ahora es similar, solo que aquí me juego mucho más y me niego en redondo a coger otro autobús nocturno.

La preparación del sábado tiene menos que ver con qué vestido ponerme y más con asegurarme de que el vino que compro es de tapón de rosca y con conseguir un par de guantes discretos. Ambas cosas las compro el lunes. Luego paso cinco días de no poder estar quieta, de pensamientos vertiginosos e imágenes de un Andrew sonriente insertándose en mi cerebro en los momentos más inoportunos. Francamente, no recuerdo a Patrick Bateman teniendo ataques pasajeros de culpa ni corroído por la sensación de estar cometiendo una transgresión moral. Llevar adelante este plan con un espíritu verdaderamente despreocupado me está resultando mucho más difícil de lo que esperaba.

A pesar de todo, llega el sábado y, en lugar de coger el tren al centro, como siempre hago, decido ir caminando, con la esperanza de tranquilizarme al ritmo de mis pies. Lo cierto es que la táctica funciona bastante y llego con una sonrisa, preparada para ponerme manos a la obra pintando la puerta del cuarto de baño accesible, tal y como me ha pedido Roger. Andrew llega tarde y durante treinta estresantes minutos me preocupa que no venga. Pero entonces aparece, con el pelo recogido con un trozo de camiseta vieja y con unos pantalones cortos de *patchwork* que sospecho están hechos con retales de franela. Pienso, con un escalofrío, que lo más seguro es que su padre tenga cuenta en un sastre de Jermyn Street. Qué trágico desperdicio. Lo saludo con la mano, pero no dejo de pintar. Tampoco hay necesidad de parecer demasiado ávida, sobre todo si se siente incómodo respecto a lo que vamos a hacer después. A medida que pasan las horas, hace más calor. Roger, Lucy y la señora mayor que huye del decrépito helecho que es su marido están sentados en igualmente decrépitas hamacas a la puerta del centro de visitantes, escribiendo nombres de plantas en palos para después clavarlos en el

suelo como si esto fuera un parque propiedad de Patrimonio Nacional. Gracias a Dios que hace sol. De estar lloviendo, seguramente nos habría tocado quedarnos dentro y el plan que tengo pensado se iría al garete.

Creo que nunca he trabajado tanto como hoy. Dos capas de pintura impermeable y un buen repaso a las paredes de dentro de propina. Resulta que no hay nada como la perspectiva de un asesinato para aumentar la productividad de una. A las cinco de la tarde, Roger hace té y todos paramos y nos lo tomamos en el porche. Lo cierto es que me siento bien. Como si formara parte de algo. Algo prosaico y completamente inútil, pero eso ya es mucho cuando no conoces esa sensación. He tenido algunos momentos así durante mi viaje, momentos en los que me he preguntado si no me estará diciendo Dios que me aparte de este camino y emprenda un nuevo rumbo. Pero entonces me acuerdo de que no creo en Dios y que, si existe, él fue quien me dio esta vida. Así que ¿por qué iba a hacerle caso?

A las seis nos vamos al pub, con Roger y Lucy detrás. Durante el tiempo que llevamos en el centro, Lucy se ha vuelto mucho más sociable. Atrás ha quedado ese leve aire de conejo nervioso. Hoy lleva un pañuelo en la cabeza y peto y tiene la cara bronceada de trabajar al aire libre. ¿Será Roger como una figura paterna para ella? No consigo saberlo, aunque, dada la alternativa, espero fervientemente que sí.

El pub está bastante tranquilo, solo hay unas pocas mesas con inadaptados y un hombre joven que sorbe una pinta a solas con un libro y que queda un poco fuera de lugar. No es este uno de esos establecimientos a los que vas a leer y a pensar en tus cosas. Andrew y yo nos bebemos una botella de un vino blanco rancio mientras Lucy y Roger sorben cerveza con limón. La conversación es forzada. Nunca formamos un grupo natural y, hoy, menos todavía, con Andrew y yo contando los minutos igual que dos amantes desesperados por llegar a casa y meterse en la cama. Para acelerar las cosas, pido otra botella y anuncio con aspaviento que necesito entonarme para una cita que tengo luego. Al oírlo, Roger se anima y me dice que «obligue al muchacho a invitarme», a continuación me sugiere temas de conversación para romper el hielo, uno de los cuales es, y no estoy de broma, decidir qué juego de mesa es el mejor.

—Mi preferido es..., y sé que es una elección polémica..., ¡el Monopoly!

Ninguno preguntamos dónde está la polémica y la cara de desilusión de Roger es una recompensa en sí misma.

Andrew empieza a dar golpecitos en el suelo con los pies y me preocupa que se eche atrás si seguimos aquí demasiado rato. De

manera que decido ser audaz. Apuro mi copa, me pongo de pie y sonrío de oreja a oreja.

—Bueno, pues deseadme suerte. Tengo que estar en Angel a las ocho y media, esperemos que merezca la pena. —Me cuelgo el bolso del hombro y le doy una palmada entusiasta a Andrew en la espalda. Roger me mira con el vaso levantado y Lucy agita la mano con desgana. Salgo del pub, cojo la carretera y vuelvo hacia el centro de conservación. Decido no mandar un mensaje a Andrew para darle ocasión de coger él las riendas. Así que me siento en el bordillo y doy sorbos a una petaca con vino que me he traído.

No soy muy de beber en recipientes que dicen a gritos que necesito ayuda, pero es importante llevar mi propio vino. El que he elegido para Andrew está generosamente aderezado con vodka y yo tengo que tener la cabeza despejada. Ahora entendéis por qué necesito una botella con tapón de rosca, los siempre fiables corchos no son fáciles de falsificar. Un tercio del contenido de la botella fue a parar a mi petaca y después la rellené con la mejor bebida espirituosa que encontré. No es que Andrew vaya a tener resaca mañana, pero tampoco me parece respetuoso atizarle garrafón. Por aquello de la última cena y tal. Aunque, al parecer, en Estados Unidos han suprimido las últimas cenas. Un tipo pidió comida por valor de cientos de libras y luego se negó a comérsela. Los guardias se enfadaron tanto por este alarde de independencia que ya nadie disfruta de ese privilegio. Sus compañeros reclusos maldecirán su nombre, pero yo admiro la determinación de ese tipo de cabrear a todo el mundo hasta el último momento.

Después de lo que calculo que es medio vaso, veo a alguien que se acerca por la carretera dando tumbos. Hay hombres que caminan con tal falta de compostura que se diría que tira de ellos un niño pequeño. Andrew es uno de ellos. Por si cabía alguna duda, la silueta de su pelo me confirma que es él. El ligero balanceo sugiere que se ha bebido esa segunda botella de vino. Me pongo de pie y río mientras lo saludo con la mano libre.

—Eres una cabrona por dejarme solo —dice con un puñetazo suave en mi hombro—. Roger se puso a hablar de horarios de reciclaje y Lucy no hace nada por disuadirlo. Hasta parece que lo encuentra encantador.

Suelta la mochila y se pone a buscar sus llaves. Cuando estamos dentro, deja la bolsa en el mostrador principal y yo voy a la cocina a buscar tazas. Tengo que evitar que vea que estamos bebiendo cosas distintas. Para cuando las encuentro, ha salido y empezado a prepararlo todo. Con un cosquilleo de diversión, reparo en que parece

llevar guantes de vinilo. Así que esta noche los dos estamos tomando precauciones.

—Voy a darte el líquido con un cuentagotas, ¿vale? He pensado que no te apetecería lamer una rana. —Ríe, pero me doy cuenta de que sigue nervioso.

—Por eso no te preocupes; tú prepara todo y vamos a tomarnos otra copa. Luego lo hacemos —digo con una sonrisa mientras le doy una taza que tiene escrita la palabra «¡Ranavilloso!». La acepta agradecido y da un sorbo. Me pongo tensa al preguntarme si notará lo fuerte que está, pero se limita a dar otro trago y a sentarse en la tarima, a mi lado.

Mientras Andrew decanta el puré de rana, hablamos de su trabajo de campo y de los sitios a los que quiere viajar después de Australia. Decido que no tengo nada que perder y le pregunto si sus padres apoyan sus ambiciones.

—No nos hablamos —responde sin rodeos—. Desde hace unos cuantos años ya. Es mejor así. Mi familia es tóxica. —No lo sabes tú bien, pienso, y le acaricio el brazo.

—¿Qué pasó?

—Bueno... Nada y todo. No nací en la familia adecuada, sencillamente. Solía decir en broma que me habían cambiado al nacer y que el verdadero hijo de mis padres iba en un Bentley camino de alguna playa. No son malas personas... Bueno, por lo menos mi madre no. En realidad es encantadora. Pero las expectativas que tenían para mí estaban todas centradas en ganar dinero y en el negocio de mi tío y era todo un horror y un asco. Durante un tiempo mantuve el contacto después de anunciar que no pensaba trabajar para la familia, pero era demasiado duro. Me presionaban, me decían que estaba tomando una decisión estúpida y que me comportaba como un niño mimado.

Da otro trago de vino. Todo el mundo debería beber vino en taza. Emborracha mucho más.

Andrew se sincera más conmigo a medida que se relaja. Cuando le sirvo más vino mezclado con vodka, me explica que a su padre lo consumía la envidia por su hermano mayor, que su madre estaba desatendida emocionalmente y que su hermana murió con nueve meses dejándolo con la perpetua sensación de que estaba obligado a vivir por los dos. Yo hago el papel de amiga silenciosa y comprensiva mientras interiormente doy gracias al universo por tener que ocuparme de un único primo. A estas alturas me he pasado al agua, pero Andrew está tan borracho que ni se entera. Se ha puesto totalmente en modo confesión, convencido de que puede confiarme sus pensamientos más íntimos y complejos. Desde luego, los

psicólogos están muy mal pagados. No quiero meterle prisa, pero esta charla sobre su familia no es lo bastante detallada para servirme de ayuda y las pocas preguntas incisivas que le hago solo reciben respuestas imprecisas y farfulladas. Es hora de probar la baba de rana, antes de que Andrew esté demasiado borracho para hacer nada y yo tenga que esperar otra semana. No quiero ni pensar en otra velada con Roger en el pub.

Por suerte, la caballerosidad de colegio privado que le han inculcado a Andrew por la fuerza no parece desaparecer con el alcohol, y, cuando le recuerdo el plan original, se pone manos a la obra. Saca los cuentagotas ya preparados y me explica que tendrá que hacerme una pequeña quemadura en la piel para que el suero penetre más fácilmente en mi cuerpo.

—¿Dónde quieres que te queme? —pregunta—. La mayoría de las personas prefieren un sitio que sea fácil de tapar.

Me decido por un pie porque no quiero tener que acordarme de esconder o explicar una cicatriz. Me quito las zapatillas y los calcetines, que enrollo y meto dentro de las zapatillas. Inspecciono la tarima para asegurarme de que no me he dejado nada por ahí encima. No dispondré de mucho tiempo cuando hayamos terminado. Cuando haya terminado con él. La botella de rosado está vacía y la dejo junto a mi bolso, la taza me la guardo en un bolsillo lateral para devolverla después a la cocina.

—Tienes que hacerlo conmigo, Andrew —le recuerdo—. Soy demasiado cagueta para hacerlo sola. Tiene que ser los dos a la vez. Saltamos juntos.

Me agita un dedo delante de la cara y sonríe mientras se sujeta una rasta solitaria detrás de la oreja.

—No te preocupes, Lara, estoy acostumbrado. Seré tu guía de viaje.

Puaj. Viaje. No se puede hablar de viaje si no vas de un punto físico A un punto físico B. Lo que supongo que sí va a hacer él, en cierto modo.

Elige un lugar en su brazo, debajo de un tatuaje de algo que recuerda sospechosamente a un atrapasueños. Supongo que tengo que dar gracias por que no sea un símbolo chino. Saca unas cerillas, enciende dos y las acerca a la planta de mi pie izquierdo. La sensación es de calor, pero indolora, prueba clarísima de que necesito una pedicura en condiciones. A continuación aplica el líquido.

—Túmbate —me indica—. Espera unos minutos y respira. —Miro el cielo nocturno y a él quemándose su propia piel por el rabillo del ojo. Lo oigo exhalar y tumbarse a mi lado—. Si tienes ganas de vomitar, dímelo y te pongo de costado. Por suerte, disponemos de un

lago. —Luego ríe durante lo que me parece una eternidad, antes de quedarse callado. Tumbados juntos en la oscuridad, esperamos. Empiezo a notar calor, una sensación de bienestar que me recorre el cuerpo como si lo que me rodea me abrazara, como si el viento me sostuviera.

—Lo noto —susurro y me vuelvo hacia él. Andrew tiene los ojos cerrados y gime suavemente. Decido que no me quiero mover. No quiero romper la conexión que ahora mismo siento con todo lo que me rodea. La cháchara constante de mi cabeza se acalla y solo oigo mi corazón. Me pregunto si Andrew lo oye también. Pausado y constante. Latiendo bajo mi piel. Siento como si un animal me rozara los dedos y bajo la vista. Es la mano de Andrew cogiendo la mía. Solidaridad. Una suerte de parentesco. Y es agradable.

NO.

Me pongo de lado y uso el poder de nuestras manos entrelazadas para empujarlo al agua. Tiene el cuerpo flácido de tan relajado que está y apenas necesito emplear fuerza, lo que es de agradecer porque estoy superatontada. Mientras cae, y su cuerpo se endereza, nuestras miradas se encuentran y, por un segundo, sale de su ensueño. Arruga la cara por la sorpresa y abre mucho la boca, como si fuera a gritar. Pero no le sirve de nada. El vino y el zumo de rana han hecho su trabajo y cae de cabeza a la charca. Yo me siento en la tarima, meto los pies en el agua y le empujo la cabeza sujetándome del borde de la madera para aplicar presión. Aunque patalea por un breve instante, hay un chapoteo notablemente escaso antes de que deje de oponer resistencia y el agua vuelva a estar en calma. No sé si ha tardado mucho tiempo, tengo la sensación de verlo todo de lejos y miro el agua en busca de signos de vida. Probablemente no sea buena idea cometer un asesinato estando bajo la influencia de una droga anfibia no testada. En realidad es una chapuza. Pero en esta vida una tiene que apañárselas con lo que hay.

Una vez estoy segura de que no va a salir de pronto del agua, como siempre ocurre en la mayoría de las películas de terror, me inclino sobre la charca y le paso una mano por el cuello. Me mojo la cara y me pongo de pie, me calzo, saco una toalla de la mochila y seco la tarima, en la que dejo la botella y uno de los viales de suero. El resto de los detritos va a una bolsa de plástico. Cojo su teléfono, que le he visto desbloquear con un código que es la fecha de su cumpleaños (hasta los hippies tienen iPhones), y borro nuestros últimos mensajes. Me he cuidado de no ser específica por escrito respecto a nuestros planes, pero él mencionó que habíamos quedado y no quiero preguntas. Uso la linterna de mi teléfono para revisar la escena del

crimen, con Andrew flotando detrás de mí, hasta que me convenzo de que está todo bien. Parece un accidente. Trágico, pero no sospechoso, el equilibrio perfecto.

Llevo mi taza de vuelta a la cocina, la lavo y la seco con torpeza y la guardo en el armario. Luego salgo del centro, me pongo la capucha y camino a buen paso hacia la carretera, donde me espera un Uber. Ya en la carretera, me paro un momento y miro a mi alrededor con la inquietante sensación de que alguien me sigue. Pero las drogas me hacen percibir cosas que pueden no ser, y ahuyento el pensamiento. El coche circula por tranquilas calles secundarias antes de llegar a las principales, llenas de parranderos de sábado por la noche dándolo todo, y sus figuras se desdibujan a medida que los dejamos atrás. Durante todo el camino de vuelta, respiro profundamente por la ventanilla abierta para tranquilizarme y retuerzo las cuentas del collar que le quité a Andrew cuando estaba en el agua. Otro recuerdo, supongo. En realidad ha sido una impostura, algo copiado de las películas sobre asesinos en serie. Claro que en su mayoría estos eran hombres solitarios que obedecían a perversiones sexuales y mis actos persiguen un fin. Uno que no incluye una foto policial mía ilustrando un programa del Canal 5 sobre crímenes con encanto.

Me bajo del taxi a por lo menos diez minutos de mi apartamento y tiro la bolsa con la toalla y los guantes en una papelera. Hago un alto y contengo la respiración un momento, con la sensación de que me falta el aire, antes de decidir que tengo permiso para estar triste el resto del camino. Durante nueve minutos justos dejo que rueden lágrimas por mis mejillas y soporto los remordimientos que me asaltan. Cuando giro la llave para entrar en casa, me seco los ojos con la manga y meneo la cabeza. Ya está bien. Una copa de vino blanco y dos capítulos de *Las chicas de oro* más tarde, decido que el efecto de la droga ha remitido lo bastante para dejarme dormir. La pesadumbre que he sentido de camino a casa abandona mi organismo de manera considerablemente rápida y mi último pensamiento antes de quedarme dormida no es sobre mi encantador primo, ahora mismo boca abajo en una charca embarrada. Mientras me envuelvo los pies con el edredón y me coloco una almohada debajo del muslo en un ángulo muy concreto para estar cómoda, mi penúltimo pensamiento es que al día siguiente voy a regalarme un buen brunch. Me duermo decidiendo que a continuación me haré una pedicura que elimine cualquier posible resto de puré de rana. El autocuidado es la última tendencia consumista que las mujeres disfrazan de empoderamiento. Pero eso no quiere decir que no sea un placer. Y, después de todo, es importante cuidarse después de una ardua semana laboral.

6

Lo peor de estar en la cárcel no son las horas de espera en la celda, ni la comida, tampoco los recortes ni la privatización que han puesto a necios incompetentes con uniformes baratos a cargo de criminales peligrosos. Ni siquiera los edificios viejos y heladores donde hay tantas ratas como imagino había en la prisión de la pequeña Dorrit. A decir verdad, podría soportar todas esas cosas a cambio de la esperanza de salir libre algún día y no tener que dormir más debajo de una mujer que puntúa las íes con corazoncitos. Lo peor de estar en la cárcel es que, de vez en cuando, un gobernador o un político deciden que los cautivos necesitamos algo que enriquezca nuestras almas, que nos haga mejores, menos rudos y aterradores. De esa idea repentina saldrá todo un plan. Este por lo general incluye a algún incauto de izquierdas (nunca encontrarás a un *tory* que quiera enseñarnos que la cerámica puede ayudarte a controlar tu ira) que se ofrece voluntario a dar un curso (siempre de asistencia obligatoria) en el que se nos anima a pintar nuestros sentimientos o tonterías por el estilo.

No falla. Vienen a una clase y luego, o bien están demasiado abrumados para volver, o sienten que ya tienen postureo ético suficiente para el resto del año. Los más emprendedores escriben un artículo para *The Guardian* sobre el respeto y la educación que necesitan los prisioneros, como si hubieran trabajado en cárceles cuatro años y no una hora durante una actividad tranquila.

Hoy nos han mandado a todas al ala donde están las aulas y han dedicado una hora a enseñarnos a hacer cucharas. Lo digo en serio, ni siquiera un asesinato justifica un castigo así. La único memorable ha sido tener una navaja en las manos por primera vez en mucho tiempo. Es una pena que, al recogerlas, las cuenten tan cuidadosamente. Kelly está celosísima porque yo sea parte de este grupo obligado a aguantar semejante tontuna y hace aspavientos cuando ve la cuchara de madera que he tallado. Le habría encantado ir a esa clase, dice, cuando me la encuentro más tarde, y «Menudo regalo de Navidad tan chulo sería esa cuchara para tu madre». La miro imperturbable mientras me pregunto cuánto tardará en acordarse de que mi madre está muerta, pero no llega a hacerlo. Así que le tiro la cuchara y le digo que finja que la ha hecho ella y se la regale a la suya. Se queda encantada y me pregunto,

no por primera vez, qué clase de mujer será la madre de Kelly. Para que te haga feliz una cuchara torcida hecha por tu hija mayor de edad y convicta, debes tener unas expectativas verdaderamente bajas. Puede guardarla junto al pájaro bordado que recibió por Pascua y el estremecedor azucarero hecho de algo parecido a la plastilina que fue su regalo de cumpleaños. La cuchara solo se diferencia en que tiene algunas marcas especiales. Recuerdan un poco a los jeroglíficos, pero en realidad son las iniciales de todas las personas que he asesinado, aunque nadie la va a inspeccionar tan de cerca. Ya sé que resulta un poco burdo por mi parte, pero había terminado de tallar mucho antes que las otras idiotas de la clase y quería aprovechar mi tiempo con la navaja. Me pregunto si la madre de Kelly las valorará.

De vuelta en la celda, saco el papel y el boli de dentro de un par de calcetines. Aquí no tenemos intimidad, y menos con una compañera de celda como la mía. Aquí todas intentan robar cosas a las demás, descubrir sus secretos para usarlos en su contra, conocer sus historias. Kelly ni siquiera se molesta en esconder su diario; esa mujer te lo contaría todo de su vida si fueras lo bastante corta o estuvieras lo bastante aburrida para preguntar. Una vez le haces una pregunta a Kelly, es muy difícil que vuelvas a caer en semejante equivocación. ¿He dicho por qué está aquí? No es por violencia ni por robo, como algunas. Kelly era chantajista. Su especialidad era conseguir que hombres casados le enviaran fotos que podrían no gustar mucho a sus mujeres. Empezó poco a poco, con apps de citas, y se volvió más atrevida cuando descubrió Twitter y empezó a escoger como víctimas a hombres de perfiles más altos. Es atractiva, Kelly. Gruesos labios en forma de corazón que sospecho son de relleno barato pero que de lejos dan el pego y abundante melena pelirroja. Por desgracia, su limitado intelecto la hizo fácil de localizar cuando por fin un hombre reunió valor para dejar de pagarle y hablar con la policía. Kelly había metido el dinero en la cuenta corriente de su novio, la muy simple, y por eso ha terminado aquí, condenada a dieciocho meses. Lo suyo no es un delito elegante, lo reconozco, pero tampoco me dan pena sus víctimas. Si eres lo bastante iluso para creer que alguien quiere ver una fotografía borrosa de tu flácido amiguito hecha con un iPhone, entonces mereces que te saquen hasta el último penique.

Desenrollo el papel y escribo un rato hasta la hora de cenar. No sabía si me iba a gustar recordar mi pasado, pero resulta que estoy disfrutando al revivirlo. Es más, ponerlo por escrito me produce orgullo. Recuerdo la intensidad de mis emociones de juventud y mi urgencia por corregir las injusticias. En los años transcurridos desde entonces no he sentido en realidad gran cosa, puesto que la tarea que

tenía entre manos me exigía demasiada disciplina.

A simple vista, no ocurrió mucho entre la muerte de mi madre y el momento en que puse en práctica mi plan. Cualquiera que me hubiera conocido en esa década me habría considerado una milenial bastante mediocre. Y en cierto modo lo era. Seguí viviendo con Helene durante un año más o menos, lo que estuvo bien porque ella viajaba mucho y yo tenía mucho tiempo para estar conmigo misma. Que le pareciera bien dejar sola tan a menudo a una adolescente que acababa de quedarse huérfana decía poco de sus cualidades como tutora, pero yo nunca me quejé. Me gusta estar sola, las otras personas a menudo me enfurecen o me irritan con su cháchara inane y sus torpes intentos por crear vínculos conmigo. Cuando tenía catorce años, Helene me dijo que le habían ofrecido un trabajo en París y que pensaba que era hora de volver a casa. Me cogió la mano y me dijo que se quedaría si yo así lo quería, pero que los padres de Jimmy me habían ofrecido una habitación en su casa y estarían encantados de que viviera allí. Lo decía con verdadera tristeza, y me pareció descortés ponerme enseguida a hacer el equipaje, de manera que derramé una lagrimita y miré al suelo mientras le insistía en que aceptara el trabajo. La echaría de menos, dije, pero no podría vivir conmigo misma si impedía que aprovechara una oportunidad así. Lo cierto es que Helene era una mujer bastante agradable y que yo valoraba el vínculo con mi madre que representaba, pero estaba loca por seguir con mi vida y empezar a trabajar en mi plan, y Helene, con sus contactos y recursos limitados, no iba a serme de gran ayuda. Los padres de Jimmy, a pesar de la incomodidad con la que sobrellevaban una vida de privilegios, habitaban un mundo en el que, si conocías a las personas adecuadas, se te abrían puertas. Estaba convencida de que me resultarían útiles. Y, en cualquier caso, nada perdía con intentarlo, al no conocer yo a nadie relevante ni poseer ventajas propias.

Un mes después, ya tenía hechas las maletas. El pez y yo cogimos un taxi a casa de Jimmy. Helene estaba embalando sus cosas en preparación de su mudanza a Francia y bastante histérica, lo que aproveché para agenciarme la caja que tenía escondida debajo de la cama. Supuse que no la echaría de menos, pero tampoco me preocupaba mucho si así era. Se trataba de papeles sobre mí y sobre mi familia y dudé que fuera a montar un número. Para cuando se diera cuenta, estaría al otro lado del canal de la Mancha e inmersa en su nueva vida. Jimmy y Sophie me recibieron en la puerta y su perro, Angus, casi tiró a RIP al suelo cuando saltó para lamerme la cara.

—Te hemos preparado una cena de bienvenida, Grace. Lasaña de verduras. Y Annabelle ha hecho un postre.

Jimmy miró a su madre con los ojos en blanco.

—¿Por lo menos puede ver su cuarto antes de que tenga que sentarse a la mesa y comerse esa porquería de tarta?

Cogió mis maletas y subió los escalones de dos en dos, mientras yo daba las gracias a Sophie y saludaba con la mano a Annabelle, que trajinaba en la cocina con una manga pastelera. La hermana pequeña de Jimmy era una niña de once años larguirucha y nerviosa. Yo no la había visto últimamente, pero Jimmy me había informado de que ya hacía terapia. Como era de esperar, Sophie era muy partidaria de la terapia para jóvenes. Confié en que no fuera a sugerírmela a mí y me propuse, si lo hacía, inventarme que el colegio ya me había asignado un orientador.

Mi cuarto estaba en el último piso, bajo los aleros del tejado y frente al de Annabelle. Jimmy estaba una planta más abajo (era la primera vez que vivía en una casa con distintas alturas y subir de la cocina al dormitorio ya me había resultado agotador), algo que, según me explicó, no era casualidad. Annabelle y él habían intercambiado sus dormitorios una semana antes, cuando a Sophie y a John les entró el pánico al pensar en Jimmy y yo durmiendo en la misma planta. Aunque no hubo comentarios explícitos, me los imaginé a los dos muy agitados delante de una botella de vino tinto una noche, hablando de cosas como el consentimiento, las hormonas y preguntándose si su casa sería o no un entorno cómodo para una chica vulnerable. No tenían motivos para preocuparse porque, aunque Jimmy me parecía buen chico y valoraba muchísimo su amistad, siempre había opinado que, desde determinados ángulos, recordaba un poco a una patata (la similitud con el tubérculo se disipó más adelante, por suerte). Y, en cualquier caso, las distracciones típicamente adolescentes como el sexo y el alcohol no me interesaban. No tenía intención de terminar como esos mofetas indolentes siempre con un porro en la mano que remoloneaban a la hora de ir a la universidad y se hacían mochileros para retrasar el momento de tomar decisiones adultas. Yo quería ir al tajo.

Después de dejar mis maletas y ponerme al día de las novedades con Jimmy, bajamos a cenar. John acababa de llegar a casa y se estaba sirviendo una copa de vino tinto con una mano mientras con la otra se quitaba la corbata. Se volvió para saludarme, me besó en la frente y me acarició el hombro antes de que Sophie le diera un montón de platos para que pusiera la mesa. Aquel gesto de cariño me dejó una sensación algo extraña. Los miembros de la familia de Jimmy eran muy afectuosos los unos con los otros, sus padres siempre estaban abrazándose o cogiéndose de la mano sin que a nadie le

resultara ni invasivo ni molesto. En la casa siempre había alguien, en la cocina siempre había una olla en el fuego, los sonidos de la vida cotidiana estaban siempre presentes. El gesto cariñoso de John no me molestó, de hecho me resultó agradable, cálido, amable. Pero también me escoció, quizá porque me hizo darme cuenta de que me había perdido cosas así. Aquel pensamiento me enfadó. Normalidad... Yo no estaba acostumbrada a la normalidad, por mucho que Marie se hubiera esforzado en procurarme algo que se le aproximara. Me pregunté si aquella configuración familiar era algo que aprendería a amar, si algún día yo también abrazaría y besaría de manera instintiva, si olvidaría los años pasados con mi madre y adoptaría esta nueva manera de estar en el mundo. La idea era atractiva, pero tenía que evitar convertirme en una blanda. Los Latimer son personas encantadoras y estaba contenta de vivir con ellos, pero, si abrazaba su estilo de vida con demasiado entusiasmo, corría el peligro de terminar leyendo *The Guardian*, trabajando en el mundo de la cultura y regalando vino británico ecológico por Navidad. Una existencia balsámica, si exceptuamos el perpetuo complejo de clase alta y esa hipocresía flagrante que Sophie cultiva tan bien pero que tan inútiles son.

A pesar de mi temor a relajarme demasiado, pronto me aclimaté a la vida con los Latimer. Sophie dedicó mucho tiempo a ayudarme a sentirme cómoda.

—Siéntate donde quieras, niña querida. Y come lo que te apetezca.

Ese énfasis continuo en hacerme sentir parte de la familia me dejaba claro que no lo era, pero comprendía que se trataba de la única forma que conocía Sophie de Ser Una Buena Persona. Volví a mi antiguo colegio y preparé los exámenes de secundaria, en los que saqué todo sobresalientes, cosa que me valió la felicitación de la jefa de estudios por mi éxito en «un momento de especial adversidad». La forma en que ladeó la cabeza, compasiva, cuando me hizo entrega de un triste papel con mi nombre escrito en pésima caligrafía solo me resultó levemente ofensiva. Aun así, de camino a casa desde el colegio, tiré el certificado a la papelera.

Jimmy y yo pasábamos juntos casi todo el tiempo que teníamos libre. Yo me llevaba bien con los otros chicos del colegio, pero no me interesaba tener pandilla, pasarme los días en plan siamesa con chicas que dedicaban horas a hacer análisis forenses de lo que «en realidad» significaba el saludo de un chico. Jimmy tenía el mismo grupo de amigos desde la escuela primaria —jugaban al fútbol en el parque del barrio y los fines de semana organizaban noches de juegos—, pero, cuando yo me mudé, sus colegas pasaron a segundo plano. A Sophie

aquello le preocupaba, me di cuenta. A menudo sugería una partida de tenis, o se ofrecía a invitar a pizza a «todos nuestros amigos», con lo que en realidad se refería a los amigos de Jimmy. Pero este se limitaba a poner los ojos en blanco y decirle que otro día. Yo no podía compartir la preocupación de Sophie. Los amigos de Jimmy se comunicaban con monosílabos a no ser que estuvieran insultándose los unos a los otros y ninguno me miraba a los ojos cuando le hablaba, como si mirar a los ojos a alguien del sexo contrario implicara un compromiso serio de alguna clase y fueran a tener que regalarme su Xbox cuando llegara la inevitable ruptura. Además, Jimmy y yo nos llevábamos tan bien que no necesitábamos a nadie más. Nos encantaba pasar horas charlando, o en amistoso silencio, incluso hacer juntos los deberes. Jimmy nunca insistía en hablar de mi pérdida, pero yo sabía que la veía cada vez que me miraba. Y sin necesidad de ladear la cabeza.

Me acostumbré a vivir con los Latimer. Sophie y John conseguían tratarme casi como a una hija y solo en ocasiones me exhibían triunfales ante sus amigos como si fuera una refugiada a la que habían heroicamente acogido. Aunque supongo que en cierta manera lo era. Resultó que ese era el trato. Yo me mostraba alegre, dispuesta y hacía feliz a Jimmy; a cambio los Latimer me alimentaban, vestían y trataban con amabilidad y todos evitábamos tácitamente cualquier pregunta incómoda sobre cuándo expiraría mi pertenencia a la familia. A pesar de mis protestas, insistieron en costearme sesiones con una terapeuta amiga de la familia llamada Elsa, una mujer rechoncha que usaba grandes gafas de pasta negras y collares de cuentas de madera y apenas abría la boca. Le dije varias veces que miraba al futuro con ilusión y a las seis semanas me dio el alta.

Tardé uno o dos años en ser consciente de la magnitud de la fortuna de los Latimer. No era el botín ostentoso de mi padre, nunca se mencionaba, pero saltaba a la vista. Llegaban grandes entregas de comida de exclusivas tiendas delicatessen. Había flores frescas en todas las mesas de la casa, enormes ramos de tallos artísticamente dispuestos de los que no se encuentran en un supermercado. Sophie podía gastarse cientos de libras en cojines de la tienda de decoración iraní de Crouch End y calificarlos de ganga sin asomo de sarcasmo. Hablaban de lo importante que era vivir en el «auténtico Londres», pero estaban aislados de todo lo que fuera remotamente real. Yo ni siquiera sabía a qué se referían con ese adjetivo. Creo que ellos tampoco. La mansión de la familia Artemis estaba protegida por altas verjas. A los Latimer esto les habría horrorizado, aunque a decir verdad no eran muy distintos. Yo me daba cuenta de lo absurda que

era su vida, pero era difícil no disfrutarla. A los quince años ya usaba las lujosas cremas de cara de Sophie y me tomaba en serio la elección de uno entre tres tonos distintos de pintura verde de Farrow & Ball para las paredes de mi cuarto. Hasta entonces nunca se me había ocurrido que podía tener gustos caros. No me había surgido la ocasión de comprobarlo. Pero ahora lo estaba descubriendo rápidamente.

El verano anterior al último curso del instituto, a Jimmy y a mí se nos permitió irnos de vacaciones solos por primera vez. Viajamos a Grecia con su amigo Alex y la novia de este, Lucy, que estudiaba en un colegio privado del oeste de Londres y disfrutaba haciéndose la escandalizada cada vez que yo reconocía no haber hecho alguna cosa. Era un crimen que no hubiera estado nunca en Grecia, cómo podía no haber probado un *macchiato* en toda mi vida, en serio, era un disparate que nunca me hubiera bañado en el mar. Resultó un gran alivio cuando, el segundo día de vacaciones, sufrió una intoxicación alimentaria y no volvió a molestarnos hasta el sexto, en el que ya tocaba volver a casa. Bueno, he dicho intoxicación alimentaria, pero sin duda fue algo mucho menos aleatorio. Unas pocas dosis de jarabe de ipecacuana con el desayuno (que insistí en preparar yo justo por esa razón) funcionaron de maravilla. No creo que nadie pueda culparme, no es posible soportar indefinidamente a alguien que dedica los fines de semana a cazar y llama «mami» a su madre sin estar de broma. Alex también pareció animarse en su ausencia y las vacaciones terminaron siendo una delicia. En el vuelo de vuelta, Lucy estaba mucho más dócil y se limitó a estremecerse un poco cuando le rocé la pierna con una mano para coger mi maleta. Nadie más se dio cuenta. A las pocas semanas, Alex y ella rompieron, algo que fue lo mejor para todos, dadas las circunstancias.

De vuelta en Londres, elegí mis asignaturas para el título de bachillerato: literatura y lengua inglesas, francés y negocios. Jimmy dedicó tiempo a estudiar folletos de universidades y a debatir los méritos de las distintas facultades de Oxbridge durante las cenas mientras Annabelle y yo alternábamos los ojos en blanco con los suspiros exagerados. Yo había decidido no ir a la universidad, para espanto de John y Sophie, que no parecían comprender que había otras opciones. A sus ojos, dejar de estudiar a los dieciocho años te destinaba automáticamente a trabajar de empaquetadora en un almacén, quedarte embarazada, hacerte drogadicta o, lo que quizá era peor: podía obligarte a dejar Londres para vivir a varios kilómetros de una tienda de quesos artesanos. Pero yo no estaba dispuesta a malgastar tres años más de mi vida matándome a estudiar, endeudándome y perdiendo el tiempo con estudiantes cuyas aficiones,

supuse, consistirían en mantener charlas trascendentales sobre espacios seguros y organizar manifestaciones inútiles en días lluviosos. Yo tenía cosas que hacer.

7

Tal y como era de esperar, la mayoría de las actividades de la cárcel son obligatorias. Algunas están montadas como si pudieras elegir. «Esta noche toca concurso en el cuarto de la televisión, ¡formen parejas, señoras!», pero, cuando declinas cortésmente la invitación, una guardia deja la sonrisa hipócrita y dice: «A las seis de la tarde, Grace. Espero verte allí con una pareja». Es el momento en que Kelly me coge de la mano y anuncia a grito pelado que vamos a jugar las dos juntas y yo intento sin éxito disociarme de mi cuerpo. Hoy hay una conferencia no opcional sobre cómo ser líder. Kelly lleva toda la mañana cantando: «¿Quién dirige el mundo? ¡las mujeres!», a voz en cuello, como si el seminario fuera el primer paso para dirigir una compañía que cotice en la bolsa de valores y no una retahíla de tópicos que permitan tachar una casilla en algún formulario gubernamental sobre objetivos en política social. «Empoderemos a estas mujeres», ha debido de decir algún niñato empollón con camisa de manga corta. «¡Tenemos que animarlas a que canalicen sus destrezas específicas hacia oportunidades laborales más generalistas!». Como si fueran a enseñar a Kelly y al resto de las mujeres de mi pabellón a cometer chantaje, robo, fraude y otros delitos varios de maneras más respetables. Para ser justa con la mayoría de estas mujeres, en otra vida habrían sido unas excelentes banqueras. Pero incluso entre banqueros el asesinato está mal visto. Me quedan unas pocas horas antes de esa espantosa charla, así que voy a seguir escribiendo.

Cuando terminé el colegio y me negué a ir a la universidad, para disgusto de John y Sophie, encontré trabajo en la tienda Sassy Girl de Camden. Estaréis pensando: qué línea argumental tan poco imaginativa para nuestra protagonista, pero tenía dieciocho años, necesitaba empezar por alguna parte e, ingenua de mí, supuse que trabajar en uno de los negocios de Simon me proporcionaría alguna clase de ventaja. Empecé en el almacén, abriendo cajas de pedidos y pegando etiquetas con los precios, y poco después ascendí a cajera. Las jornadas eran largas y frenéticas. El género volaba de las estanterías. Por entonces la marca sabía muy bien cómo atraer a adolescentes y vendía lo que la *celebrity* de moda en aquel momento

hubiera llevado puesto solo unos días antes. El proceso me resultaba un misterio; recuerdo haber imaginado que los diseñadores de la casa tenían tan cogido el pulso de la moda que sus prendas coincidían exactamente con las tendencias del momento. Más tarde comprendí lo que pasaba: el grupo Artemis contaba en su cuartel general con mujeres de cara amargada fusilando diseños de modistos y remitiendo los patrones al departamento legal. Una vez este daba luz verde, las prendas se fabricaban en algún tejido sintético previamente adquirido al por mayor. A las adolescentes les importaba una mierda. ¿Unos vaqueros cortos con lentejuelas como los que le han visto a su cantante favorita por quince libras? ¿Y qué si huelen un poco a goma?

Para mi sorpresa, trabajar en la tienda me gustó. No tenía ni un minuto para pararme y pensar, no hacía otra cosa que trabajar duro y cumplir con lo que se me pedía. Doblar prendas de poliéster manchado y arrugado abandonadas en los vestuarios me quitó para siempre las ganas de comprar ropa barata, pero mi diligencia llamó la atención de mi jefa, una mujer un tanto escuálida que a mí me parecía viejísima, pero seguramente no había cumplido los treinta. Me propuso para el programa de formación de mánagers de Artemis, un nombre de lo más rimbombante que venía a decir que se me podía confiar la gestión de la caja del día. Con diecinueve años, era empleada fija con una tarjeta identificativa al cuello y poder para mangonear al personal de almacén recién llegado.

Jimmy se había ido a la universidad, igual que casi todos los miembros de nuestra promoción. Unos pocos lograron entrar en Oxford o Cambridge, pero la mayoría acabaron en Sussex, donde se decía que las drogas y las fiestas eran más abundantes, o en Manchester, que daba a los niños mimados del norte de Londres la falsa ilusión de llevar una vida de esfuerzo. Sophie, pobrecita mía, logró convertir el hecho de que no aceptaran a Jimmy en Oxford en una suerte de triunfo moral.

—La verdad es que Oxbridge es demasiado estirado. Sussex es un campus tan animado y progresista. Allí se aprende muchísimo más de la vida de lo que aprendíamos en St. Hilda's. ¡Jim, el afortunado!

Seguí en casa de los Latimer ocho meses más, lo que resultó una experiencia profundamente incómoda para todos excepto para Annabelle, a quien, sospecho, le gustaba tener a alguien allí que no fuera de la familia. Con Jimmy en la universidad y Sophie cayendo en la cuenta de que solo una hija se interponía entre ella y un nido vacío, su necesidad de hacerse la madre abnegada se volvió más insoportable. Cada día le preparaba a Annabelle un batido de semillas de lino para desayunar («Ay, mi niña, si es que está en los huesos.

¡Todavía ni usa sujetador!») y se obsesionó con que su hija meditara con ella a la mínima ocasión. Para ser terapeuta, era bastante obtusa respecto a la raíz de los problemas de su neurótica hija. Pero quizá los hijos de otros psicólogos dirían que es algo normal.

A todos nos quedaba claro que el incómodo pacto que habíamos hecho cuando la familia me acogió no se podía estirar más. Yo había llegado a la vida de los Latimer demasiado tarde para convertirme en uno de ellos y Jimmy había sido el pegamento que nos había mantenido unidos. Sin él, nuestras interacciones menguaron rápidamente y empecé a pasar más tiempo fuera de la casa o en mi habitación. Estar ganando mi propio dinero por primera vez significó que no me sentía tan inclinada a obedecer las reglas no explícitas de Sophie tan al pie de la letra. Cambiaba la comida casera por la del McDonald's y me corté el pelo en un *bob* tan exagerado que yo misma reconozco que fue una equivocación. No tengo mandíbula para ese tipo de melena. Si no cenaba con la familia una noche, Sophie me decía que estaba preocupada por mí. Nunca se enfadaba, esa era una emoción que le habría resultado demasiado vulgar. Se limitaba a expresarme constantemente su preocupación. Por mi pelo, mis ambiciones, mi falta de amigos. En lo de falta de amigos tenía razón. Jimmy también había sido el pegamento en eso. Nunca me había resultado fácil cultivar relaciones. En parte era como si no poseyera esa destreza, pero sobre todo se debía a que tiempo atrás había decidido que los adolescentes eran un horror. Quería pasar directamente a la edad adulta, donde podría estar sola todo el tiempo que quisiera. Me gusta la soledad y nunca he entendido qué flaqueza aqueja a esas personas que necesitan estar siempre acompañadas. Quizá esa fue una de las razones por las que Sophie y yo nunca nos habíamos entendido. John era como yo, podía encerrarse en su despacho o trabajar hasta tarde cada noche de la semana. Pero Sophie quería a todos a su alrededor, porque eso demostraba que era una persona de éxito, con una familia que la consideraba su eje.

Así que me fui. Protestaron, algo que, como personas educadas que éramos, sabíamos que era lo correcto, y después John me costeó una furgoneta y me compró un colchón. También me subvencionaron parte del alquiler, algo que al principio me resultó incómodo, pero llegué a aceptar. Después de todo, las personas como John y Sophie necesitan expiar su culpa. Apadrinar a un niño al que nunca conocerás en otro país sería primero de expiación. Acoger a una (semi) huérfana ya eran palabras mayores. Yo había hecho mi parte, así que ¿por qué no dejarles que me ayudaran a largo plazo? Encontré un estudio en Hornsey, a apenas quince minutos caminando de la buhardilla en la

que había vivido con Marie, y aguanté una última cena con los Latimer. Jimmy vino desde la universidad por insistencia de Sophie y, después de una musaka que no venía a cuento (aquella mujer solo cocinaba platos cuya procedencia le resultara exótica en un sentido u otro), nos fuimos los dos a mi apartamento. Nada más llegar, Jimmy sacó una botella de vino escamoteada de la bodega familiar. Aquella noche dormimos juntos, lo que fue un acontecimiento extraño, pero inevitable. El sexo era una forma de intimidad que había ido despertando nuestra curiosidad a medida que cumplíamos años, a medida que estábamos más unidos. Acostarnos fue una manera de unirnos todavía más, algo que no compartíamos con nadie. Quizá a mí me empujó también un deseo de control. De abrir otra parte de mí a él y solo a él, consciente de que así valoraría todavía más nuestra amistad. Tampoco es que fuera un acto calculado. A estas alturas de mi vida, llevo años debatiéndome entre querer a Jimmy como a un hermano o como a una pareja. A veces no es más que un hombro amigo que sé que está siempre ahí. Pero también es la única persona con capacidad de romperme el corazón. La verdad es que es todo bastante confuso, siempre estoy o echándolo de mi lado o atrayéndolo hacia mí. No es extraño que aquella noche no lo dejara quedarse a dormir. No quería encontrármelo por la mañana, cuando me despertara en mi nueva casa. Quería que fuera mía y solo mía. Pero, aun así, aquella mañana abrí los ojos medio esperando verlo allí, a mi lado.

Trabajaba, salía a correr y de vez en cuando quedaba con algún amigo del colegio que estuviera en Londres de vacaciones de la universidad. Cocinaba mucho, algo que casi no había hecho antes. Estudiaba libros sobre cómo triunfar en el *retail*, algunos de los textos más soporíferos que una persona puede tener la triste obligación de leer. Y que sin embargo me resultaron útiles, aunque solo fuera porque la ridícula jerga que usaban me proporcionó un vocabulario que sigo usando hoy. Si dejas caer unas cuantas frases selectas, tu interlocutor decidirá que eres competente. Algo del tipo «Al consumidor sensible a los precios le encantará este *discount*» le dice a un jefe de la división de venta minorista que entiendes cómo funciona el negocio y a ti te da ganas de pegarte cabezazos contra la pared.

Casi todas las semanas daba un paseo hasta la casa de los Artemis solo para recordarme a mí misma mi gran objetivo. Dicho objetivo pareció estar más a mi alcance cuando, desde la oficina central, me animaron a presentarme para un puesto en el equipo de marketing. Llevaba casi un año trabajando en Sassy Girl y no pintaba nada en la sede central, pero había estado dando la tabarra a mi jefa de equipo

casi cada día para que me informara si salía algún puesto fuera de la tienda y debió de apiadarse de mí. Me recomendó por mi trabajo duro y por mi interés en aprender sobre la marca y alabó mis escaparates, que debió de ser lo que, en última instancia, decidió la cosa. ¿Quién iba a pensar que combinar una parka de cuero sintético con una riñonera fosforito contaba como experiencia laboral? Era un puesto subalterno, pero al menos ya tenía un escalafón por el que trepar y además trabajaría en el mismo edificio que Simon. Nos separarían cinco plantas y un universo de mármol, pero aun así era una conexión que en su momento me pareció importante.

Duré exactamente trece meses. El trabajo era entontecedor y sonrojante a partes iguales. Yo no tenía ningún interés en «hacer fluir la energía creativa» en mesas redondas sobre escaparatismo y cuando oía hablar de un «*merchandising* visual con el que los clientes se mearían de gusto» tenía la impresión de estar dentro de un juego de simulación barato. De aquella experiencia saqué tres cosas buenas. La primera fue que gané mucho dinero para alguien de veinte años y ahorré como una hormiguita. La segunda fue que entré en la casa de Simon con ocasión de la fiesta anual para el personal de las oficinas centrales. Habría dado todo lo que tenía por un atisbo de aquella mansión en la colina y allí estaba él en persona, dándome la bienvenida. A mí, la víbora traidora infiltrada en el seno familiar.

Las invitaciones eran aleatorias. Se decía que invitaban sacando nombres de un sombrero para que el sistema no favoreciera a unos más que a otros. Así que debió de ser casualidad que la fiesta estuviera llena de directivos sénior y chicas guapas con puestos júnior. Gary, el diseñador web obeso que se sentaba a tres mesas de la mía, nunca había estado entre los elegidos. Claro que con su aspecto físico y esa aura de «derrotado por la vida» yo tampoco lo hubiera querido en una fiesta mía. Estamos hablando de un hombre que se pasó un año entero almorzando sopa instantánea con la misma cuchara de plástico. Cuando en la cocina de uso común había muchas otras cucharas. Perpleja es poco.

La fiesta para el personal de Artemis era una celebración bastante insulsa de dos horas de duración en el jardín, con canapés y vino de aguja caliente servidos por estudiantes con pinta de aburridos. Había un minilaberinto y, junto a él, una máquina de algodón dulce, y algunos invitados habían cometido el error de aceptar las coronas de flores tejidas por una mujer de aspecto rústico que estaba totalmente fuera de lugar en aquel monumento a la avaricia. Incluso con la lamentable oferta de actividades, saltaba a la vista que era una fiesta de puro compromiso, pensada para levantar la moral de los empleados

simulando valorarnos lo bastante como para recibirnos en la casa de los dueños de la compañía. Claro que no nos valoraban tanto como para permitirnos usar los baños del piso de arriba, y al pie de la escalera había una persona de servicio con aspecto severo, no fuera que se le ocurriera a alguien subir a fisgar. Aun así, me resultó fascinante. Aquella casa a la que me había llevado mi madre, a cuyas puertas había estado sabiendo en mi fuero interno que nunca me invitarían a entrar. Y ahora estaba dentro. Me recibieron con una copa y una sonrisa tibia. Pasé casi veinte minutos observando a una criada seguir discretamente a personas y a continuación desinfectar todo lo que tocaban. Apasionante.

Bryony tenía mejores cosas que hacer que alternar con empleados y no se la veía por ninguna parte. Simon fumaba en un rincón con miembros del equipo directivo y el humo de los cigarros dibujaba un redondel sobre sus cabezas. No lo vi interactuar con su mujer ni una sola vez. De cuando en cuando, una empleada joven era convocada al círculo de hombres y las risas resonaban en todo el jardín. Era imposible adivinar cuántas infracciones de la normativa laboral estaba cometiendo, en nombre de la «charla distendida», aquel puñado de hombres con mocasines color camel y camisas con el cuello abierto. Me di una vuelta con una copa en la mano simulando buscar a alguien y crucé las puertas acristaladas que daban al salón. Segundos después entró flotando Janine con el pelo peinado a modo de casco y joyas de oro tintineando igual que una armadura. Supuse que estaba en modo alerta y que la idea de que alguien le robara alguna de sus chucherías de alta gama compradas a granel era más de lo que sus nervios podían soportar. Volví la cabeza y simulé mirar un cuadro de lo más hortera de bailarinas de flamenco y pasó a mi lado de camino a la cocina, seguida por una mujer de aspecto nervioso con delantal y guantes blancos. Quedó claro que no me había visto; las personas como Janine no tienen una visión como los demás. Son ciegas a quienes consideran irrelevantes. No le guardo rencor por ello, es un talento que admiro. ¿Por qué perder tiempo en personas que no aportan valor? El pasillo estaba vacío, así que seguí andando hasta llegar a una escalinata de caracol que conducía al piso de arriba, a los espacios privados. Vacilé, preguntándome qué pasaría si me pillaban revolviendo en el dormitorio conyugal. ¿Me echarían a la calle y me despedirían? ¿Investigarían mis orígenes? Probablemente no merecía la pena arriesgarse, por grande que fuera la tentación.

Lo que sí hice fue abrir, en un acto reflejo, la puerta que había junto a la escalera y que conducía a lo que era claramente una biblioteca. Librerías cubrían las paredes llenas de volúmenes

encuadernados en piel comprados a modo de decoración. Dudé que nadie en aquella familia hubiera leído las obras completas de Dickens, y mucho menos un ensayo de Derrida. Y, oh, Dios mío, los libros estaban en orden alfabético. Sobre la mesa de caoba había una pluma, un fajo de grueso papel de cartas color crema y un adorno en forma de corazón de plata que supe que era un diseño clásico de Tiffany. Había dos fotografías de marco dorado, las dos del trío Artemis: una era del bautizo de Bryony; la otra era más reciente y, cuando la estudié de cerca, vi que era la familia en una fiesta en los jardines del palacio de Buckingham. La gigantesca pamela de Janine no lograba tapar del todo el edificio a su espalda. Debían de haber exprimido aquel momento al máximo, como si fuera una reunión privada de amigos y no un evento de mil personas que la familia real habría calificado de pavorosas de haber podido hablar con franqueza y escaquearse de sus obligaciones. Cogí la fotografía y la tiré al suelo. La gruesa moqueta crema amortiguó la caída, por supuesto. De manera que la pisé con el tacón hasta que oí un suave crujido, luego la devolví a la mesa. El cristal roto se había desprendido y usé una esquirla para arañar un poco la cara de Simon. Luego volví al pasillo sin hacer ruido.

No quería regresar enseguida al jardín, así que remoloneé un rato en el salón principal con la copa en la mano. Janine salió de la cocina y me sentí preparada para establecer contacto visual. Tenía esa expresión avinagrada propia de señora rica con insatisfacción crónica grabada en la piel. Pero claramente se sintió obligada a acercarse, o quizá solo quería asegurarse de que no le robaba la plata. Cuando me abordó, tuve un momento de pánico. Sophie decía a menudo que mi cara nunca delata emoción alguna. Parece que hasta la ofende que no revele mis sentimientos más profundos en una sola mirada. Pero en aquella fracción de segundo me pareció que Janine podía leerme las intenciones en la expresión. Me puse a hablar de la casa empleando adjetivos para describir su estilo que en realidad no dejaban saber si me gustaba o no. Charlamos brevemente sobre la repisa de la chimenea, el único tema que se me ocurrió. Su actitud se relajó un poco a medida que le hacía preguntas sobre la variedad de mármoles empleados en el salón, pero su sonrisa continuó siendo tensa. Eso podía deberse a todo lo que se había hecho en la cara, que tenía congelada hasta el punto de dificultar una expresividad espontánea, pero era difícil saberlo. Habló de lo complejo que era decorar una casa de aquellas dimensiones y me explicó que sus adornos preferidos los tenía en la casa de Mónaco, como si yo fuera a entender las penalidades que trae consigo no acordarse de en cuál de tus casas están tus mejores candelabros de oro.

—¿Siempre han vivido aquí? —pregunté mientras pasaba la mano por la repisa de la chimenea dejando deliberadamente una leve mancha de huella dactilar.

Le tembló un poco la mano y me di cuenta de que estaba necesitando toda su fuerza de voluntad y su educación para no pegarme una torta.

—Sí, nos mudamos poco antes de que naciera Bryony, porque con los niños íbamos a necesitar una casa más grande. —Me extrañó oírla hablar de niños, en plural. Supuse que no se refería a los hijos ilegítimos de su marido, que podían ser unos cuantos, sino que estaba dando a entender que habían esperado tener más descendencia. Me planteé preguntárselo, a riesgo de terminar escoltada hasta la puerta por uno de los muchos gorilas que había por allí, pero decidí morderme la lengua.

—Pues encantada de conocerla. Los hijos de Simon son muy afortunados de tener un padre con el que no les faltará de nada —dije antes de salir al jardín. La oí llamar al ama de llaves antes de que hubiera llegado siquiera a las puertas acristaladas.

Me marché de la fiesta con la sensación de estar por fin haciendo progresos. Había estado en su ambiente. Mi plan ya no era una quimera. Hasta entonces mis interacciones con Simon habían sido inexistentes, a no ser que contaras mis patéticas y ocasionales incursiones hasta la verja de su casa y una única vez que coincidí con él en el vestíbulo de las oficinas. Y aquellos, por mucho que quisiera hacerme ilusiones, no habían sido verdaderos encuentros.

La tercera ventaja de trabajar en el grupo Artemis fue conocer a mi querida confidente, Tina. No sé si «querida» es la palabra adecuada, puesto que no le habría dedicado un segundo de mi tiempo de no haber tenido ella nada que ofrecerme excepto su amistad, pero era una buena informante, y eso para mí tenía más valor que la amistad. Tina era la asistente personal del viceconsejero delegado Graham Linton, amigo cercano y secuaz de Simon. Un hombre que vestía trajes color gris con un ligero brillo, de esos que venden en tiendas que tienen siempre puesto el cartel de liquidación total. Un día terminé de casualidad hablando con ella durante un descanso para fumar, cuando llevaba ya varios meses trabajando en las oficinas centrales. La jefa de personal era muy estricta respecto a que se fumara cerca de la entrada a las oficinas. Había una terraza para fumadores para los mandamases de la cuarta planta, y cada vez que Graham, Simon o su hermano Lee hacían uso de ella, el olor a humo de cigarro flotaba durante horas en las oficinas. Los demás teníamos que ir a la entrada de mercancías, en la parte de atrás. Un día, Tina dijo que le gustaba mi pañuelo, yo le

contesté con una sonrisa desganada y no necesitó más para venir a sentarse conmigo. Era la mujer más jovial que había conocido en mi vida, lo que habría bastado para que yo dejara de fumar y evitara aquella zona a partir de aquel día. Y lo habría hecho, de no mencionar Tina para quién trabajaba justo cuando yo apagaba mi pitillo a toda prisa. Es horrible tener que recular cuando te das cuenta de que puedes sacar algo de alguien, ¿verdad? De pronto debes ponerte a halagar y alabar a un donante potencial que lleva toda la noche mirándote con lascivia o reírle los chistes a un tipo dispuesto a pagar todas las rondas. Te sientes un poco sucia. Pero lo cierto es que, en esta vida, todo se compra o se vende. Y yo decidí que tal vez Tina pudiera contarme cosas sobre la familia que yo no podía descubrir por mí misma, de manera que puse buena cara y me hice la simpática. Supersimpática. Le llevaba café, le mandaba alegres mensajes de saludo por el chat interno de la oficina, salía a comer con ella y mentía diciéndole que había adelgazado cuando me preguntaba. Pero resultó un intercambio productivo. Tina era una trabajadora leal a Graham (a quien las mujeres de la oficina a menudo llamaban asqueroso y no solo porque llevara un muy poco convincente peluquín), pero cantaba como un pajarito cuando se trataba de la familia Artemis. Nada de lo que me contó fue en sí mismo la bala de plata de mi arsenal, pero aprender cosas sobre aquellas personas que llevaba tanto tiempo observando de lejos resultó fascinante. Y, como casi nada de lo que me contó Tina los retrataba con una luz que no fuera un puto horror, me recordó que por algo los había imaginado yo en mi cabeza como auténticos monstruos. Sí, Tina fue un regalo, pese al hecho de que tuve que destrozarme todavía más los pulmones para pasar tiempo con ella.

Con todo, y a pesar de mis ingenuas expectativas, trabajar en el grupo Artemis no me estaba sirviendo para acercarme a mi padre. No sé por qué me había imaginado escalando puestos hasta terminar siendo su ayudante personal en pocos años, ganándome su confianza, infiltrándome en su vida para un buen día revelar mi identidad en un melodramático giro argumental y matarlo en el instante mismo en que comprendía, atónito, mi traición. Pero aquel hombre tenía miles de empleados y la misma intención de invitarme a su círculo íntimo que de leer un libro que no tratara sobre triunfar en los negocios. De manera que cuando otra empresa de relaciones públicas y marketing me hizo una oferta, la acepté. Mi resolución era la misma, pero mi sueldo nuevo casi doblaba el anterior y, sobre todo, había llegado a la conclusión de que asesinar a una familia entera siendo empleada en su empresa podía no ser muy inteligente. Me perdono esa metedura de

pata inicial porque en aquel momento yo era joven.

Fue entonces cuando la niebla que siempre había flotado a mi alrededor empezó a disiparse y mi vida se despejó. Había llegado a un punto en el que me sentía segura y dueña de mis actos, capaz de mirar al futuro con cierta serenidad. En algunos aspectos, eso implicó ir más despacio y familiarizarme con el arte de la paciencia. Desde entonces he trabajado para la misma compañía. He vivido en el mismo apartamento, que alquilo a un anciano turco que vive encima de mí y lleva sin subirme el alquiler desde que me mudé, para gran disgusto de su hijo. He ahorrado dinero, sido discreta y llevado una vida pequeña, todo ello sin dejar de esperar el momento en que pudiera poner en marcha mi plan y pasar al capítulo siguiente. No es un periodo de mi biografía sobre el que puedan narrarse grandes historias, pero hay muchas personas que viven así siempre y no necesitan cambiar de capítulo. Están satisfechas con sus existencias pequeñas y banales en las que tienen cubiertas sus necesidades básicas y «¡Uy, qué bien, una botella de prosecco!» para los días especiales. Así que no encuentro ni raro ni decepcionante haber pasado unos años siendo un poco aburrida. Se dice que los mejores años de la vida de uno son los vertiginosos veinte, en los que bebes, sales de fiesta y vives espontáneamente. En mi caso no ocurrió así. Pero los que siguieron fueron una emocionante carrera contrarreloj mientras ponía en práctica mi plan y ahora presiento que me esperan muchos más llenos de plenitud y emociones.

Con esto no quiero dar a entender que fuera una asceta. De vez en cuando me concedía algún pequeño lujo. He observado en mí cierta tendencia a valorar más las cosas «un poco mejores», una predilección que supongo he heredado en parte de mi madre y de mi padre y después tenido ocasión de desarrollar en casa de los Latimer, con su afición a los vinos ecológicos y el interiorismo desorbitado. Por eso mi pequeño apartamento tiene una pared entera dedicada a zapatos, la droga de iniciación para mujeres a las que les gusta darse caprichos. A medida que cumplí años, empecé a irme de vacaciones sola a sitios maravillosos que casi no podría haber imaginado de niña, con Marie. Y, cada vez que me sentaba a tomarme una copa de vino en alguna terraza, ahuyentaba el pensamiento de que quizá mi vida era mejor de lo que habría sido de vivir Marie. Sí, la pérdida de mi madre fue traumática y los Latimer nunca fueron familia, pero colarme en la clase media acomodada y cultivar un rencor feroz y perdurable me habían dado buen resultado, en cierto modo. Como digo, casi siempre ahuyentaba el pensamiento.

Ha vuelto a saltar la alarma. Seguro que ha sido la chica esa tan

rara a tres celdas de esta que no deja de gritar, pero van a pasar lista. Luego sigo.

8

De camino al trabajo aquella soleada mañana de viernes me sentía llena de energía. Una aburrida semana de tormentas de ideas para un eslogan se había hecho eterna y había salido a correr cada noche solo para sacudirme un poco el tedio. Pero para el fin de semana había despejado mi agenda. Me había asegurado de tener buen vino y velas bonitas en el apartamento. Para el sábado había reservado un masaje con mi masoquista favorito disfrazado de masajista y después, por la noche, tocaban juegos sexuales. No os hagáis los escandalizados, por favor. No os horroricéis, ni, lo que sería aún peor, os pongáis cachondos. No es que de repente haya cambiado de aficiones. Era un trabajo de documentación.

Habían pasado nueve meses desde que observé a Andrew Artemis alejarse flotando para reunirse con sus amadas ranas y desde entonces había intentado pasar desapercibida, trabajando duro y reprimiendo los impulsos de retomar mi plan. Sabía desde antes de empezar que tenía que ser estricta con los tiempos..., por mucho que el cuerpo me pidiera librarme de toda la familia en una semana sin importarme las consecuencias. Los asesinatos iniciales y, afrontémoslo, menos relevantes tenían que ser espaciados entre sí para no despertar sospechas. «Trágico accidente», quería que dijera la gente. De ahí se podía avanzar a una «desafortunada racha para la familia», antes de pasar directamente a «la maldición que pesa sobre el clan Artemis». Apurando mucho, el último asesinato podía llevar a unas cuantas personas a murmurar algo sobre juego sucio, pero para entonces la familia al completo estaría muerta y enterrada, y serían muchos los beneficiados. Además, dudaba bastante de que fuera a aparecer alguien de repente clamando venganza.

De forma que, después de Andrew, dejé que las aguas se calmaran. Y, cuando evocaba lo ocurrido, no sentía alegría alguna, ni asomo de la euforia que me había invadido cuando Kathleen y Jeremy cayeron por aquel barranco, de manera que hacer un alto me vino bien. Sabía que el funeral de Andrew había tenido una nutrida asistencia, compuesta a partes iguales por activistas con chubasquero y

excompañeros de colegios privados de expresión ruborizada. Había leído que su madre, Lara, había quedado destrozada por la muerte de su único hijo, que no había hecho declaraciones, pero sí dimitido como vicepresidenta del Grupo Artemis y creado en honor a Andrew una ONG para la conservación de la vida silvestre. Me pregunté si lo sucedido la habría llevado a romper con la familia además de con la marca. Lee seguía saliendo a menudo en las páginas de sociedad, pero Lara parecía haberse retirado por completo de la vida londinense y pasaba casi todo su tiempo en la casa de campo familiar en Oxfordshire. He visto la propiedad en Rightmove. La casa principal está toda pintada en distintos tonos de gris mate y hay un gran surtido de elegantes alfombras persas, pero también un campo de tiro y el jacuzzi más grande que he visto nunca, con vistas a un jardín de plantas aromáticas. No es difícil adivinar cuál de los cónyuges se encargó de elegir una cosa u otra. Como pista, solo os diré que Lee calza botas de cowboy y las llama «su firma personal».

Por lo que había leído, Lara no parecía encajar en absoluto en el estilo de los Artemis. Quizá por eso al principio asumí que Lee no sería tan horripilante, a pesar de que todo apuntaba a que resultaría ser exactamente así. Lara era inteligente, se había graduado con matrícula de honor en Cambridge y tenía un máster por una universidad de la Ivy League. Él era un oportunista, ahogado en privilegios y avaricia. La familia Artemis podía ser astuta, pero dudaba mucho de que las conversaciones de sobremesa estimularan intelectualmente a Lara. Según Tina, que había seguido contándome toda clase de chismes cuando dejé la empresa, la elección de pareja que había hecho Lara seguía siendo fuente de perplejidad. «Lee era guapo, en eso estaban todos de acuerdo. ¡No pongas esa cara! Cuando eres joven, el físico importa. Y se le daba bien adaptar su comportamiento para mimetizarse con su entorno. Ponía ojos de admiración cada vez que Lara abría la boca y le decía a todo el mundo que era inteligentísima. Ella era tímida, pero saltaba a la vista que tanta atención la halagaba. Era una chica guapísima y supervergonzosa, pero muy lista. No estaba preparada para un hombre como Lee y, para cuando se dio cuenta de quién era de verdad, ya fue tarde. Por supuesto, a los padres de él no les hacía gracia que fuera mestiza. No lo dijeron de manera explícita, pero era evidente. Lee les calló la boca. Creo que estaba enamorado de ella. A su manera». Era una explicación poco convincente que, en mi opinión, no justificaba el comportamiento de Lara. A los dieciocho años es posible que te dejes engañar por un hombre así, pero con el tiempo aprendes. O aprendes rápido o terminas atrapada.

Después de conocer al marido de Lara, las explicaciones de Tina me resultaron menos convincentes aún. Lee era tres años menor que Simon. De ser cierto lo que daban a entender números atrasados de *Hello!* (y me había comprado en eBay los ejemplares publicados a lo largo de seis años en busca de menciones a los Artemis, lo que me proporcionó también una sólida formación en los escándalos varios de familias reales europeas), en los años dorados de la década de 1990, Simon había sido el playboy por antonomasia y Lee, su entusiasta escudero. Lee también era guapo según los cánones de la época (tenía pinta de sociópata sin corazón, no puedo entender cómo entonces eso se consideraba atractivo), con cara siempre bronceada y pelo negro azabache engominado. La verdad es que el look le favorecía, cuando aún estaba delgado y no tenía arrugas. Las fotografías lo muestran rodeado de mujeres, a menudo con una botella mágnum de champán cerca. Pero veinte años más tarde, esa misma estética quedaba levemente empañada por unos diminutos círculos blancos alrededor de sus ojos que delataban que el bronceado era de una cabina de rayos UVA de barrio residencial y un cerco de suciedad en sus cuellos que aparecía siempre que sudaba y que daba a entender que no daba suficiente propina al estilista que le teñía el pelo.

Lee nunca fue una oveja negra en el sentido estricto del término. No tuvo problemas de adicción graves, aunque sin duda coqueteaba con las drogas. Tampoco se declaró nunca en bancarrota, a pesar de haber sido CEO de no menos de veintisiete empresas distintas según el Registro Mercantil, todas las cuales cerraron a los pocos meses. Uno de sus negocios, GoGoGirl Pictures, solo duró sesenta y tres días. El nombre no remitía precisamente a cine de arte y ensayo. Quizá la gazmoña de su madre se escandalizó al conocer la noticia y dijo hasta aquí.

Kathleen y Jeremy tenían a Simon para defender el apellido familiar. Era la encarnación del éxito, un tipo que había logrado colarse en cenas reales a golpe de talonario, que se codeaba con el alcalde, el primer ministro y cualquiera dispuesto a dejarse influir por su dinero, lo que equivale a decir con casi todo el mundo. Incluso las personas honradas se vuelven locas en presencia de los superricos. Pueden tener fuertes convicciones sobre la desigualdad en el reparto de riqueza y opinar que los millonarios controlan injustamente un sistema en el cual ellos no cesan de enriquecerse en detrimento del resto de la sociedad, pero tú dales una copa de champán y pídeles que posen junto a un magnate con capacidad de ofrecerles un puesto de trabajo o un cheque para su organización y sonreirán como el que más.

Antes de que surgieran distintos escándalos en torno al grupo Artemis, se rumoreó que Simon podía ser nombrado oficial de la Orden del Imperio Británico, un auténtico disparate, puesto que lo máximo que hizo ese hombre por nadie fue dejarse caer en unas pocas cenas benéficas anuales y apostar por estúpidos premios que subastaban ricos como él. En una ocasión salió en los periódicos por comprar el retrato de un caballo de un artista controvertido pero popular, que vendía basura a precios millonarios. Por supuesto no se trataba de un bello retrato pintado del natural, algo sencillo, como esos cuadros de George Stubbs que requieren tanta práctica como destreza. Aquel caballo tendría el rostro de su comprador. Se vendió por trescientas mil libras. Y ahora, de alguna pared de la mansión de los Artemis, cuelga orgulloso un centauro gigante. Era una parte de la herencia a la que yo tenía intención de renunciar cortésmente.

En cualquier caso, la idea del oficial de la Orden del Imperio Británico quedó aparcada, pero Simon continuó siendo una personalidad respetable, un icono de los negocios británicos. Y, como resultado, a Lee le tocó encarnar el estereotipo de hermano más joven y algo incompetente sin peso real en la familia. Esta acudía al rescate cada vez que la cagaba (en una ocasión se subió borracho a la galería de la cúpula de San Pablo después de un partido de fútbol y sacó un vídeo de sus compañeros cantando y haciendo un calvo al otro lado de la barandilla. Alguien dio el aviso y, tras profusas disculpas a la Iglesia de Inglaterra, el caso se archivó) y, cuando sus aventuras empresariales se iban al garete, lo colocaban en un puesto de escasa responsabilidad dentro de la empresa. Digo más, pienso que lo animaban a no tomarse demasiado en serio su papel en la compañía, no fuera a cometer algún estropicio.

A los veintinueve años conoció a Lara, que trabajaba en el Grupo Artemis, y se casó con ella ocho meses después en una celebración de tres días por todo lo alto en una isla griega. Tocó uno de los Bee Gees y un tabloide envió a un reportero a que se infiltrara en la fiesta disfrazado de camarero. El reportaje se recreaba en el comportamiento gamberro de algunas de las *celebrities* invitadas, incluida una modelo tan borracha que se cayó a la piscina enfundada en un vestido de alta costura e incrustaciones de perlas que le habían prestado para la ocasión. A decir de Tina, quien no había estado allí, pero que siempre estaba debidamente informada, antes de la boda a Lara le habían entrado dudas, pero Lee le había asegurado que aquella sería su última juerga, que la hacía solo para la familia y los amigos y después sentaría la cabeza. Le prometió que su vida de crápula era historia y le habló de construir un futuro en que ella sería la jefa de la casa. Qué

pocas promesas hacen los hombres y con qué desesperación nos aferramos a ellas las mujeres.

La familia de él les compró una espaciosa casa con fachada de estuco en Chelsea, cerca de Kings Road, y Andrew nació poco después de que se instalaran. Lara escaló puestos en la sociedad y parecía dedicar el resto de su tiempo bien a organizar comidas benéficas para iniciativas de prestigio, bien a cabildear al gobierno en nombre de los niños desfavorecidos. La familia Artemis debió de tolerar la naturaleza caritativa de Lara porque les daba una pátina de respetabilidad, pero imagino que Lee marcó como límite que sus hermanitas de la caridad no pusieran nunca un pie en su casa. En cuanto a él, siguió cultivando los excesos de juventud y las páginas de sociedad publicaban fotografías suyas en clubes nocturnos o circulando por Kings Road en su último supercoche. También figuraba como socio de bares y restaurantes que cerraban seis meses después de abrir, en cuanto el verdadero dueño descubría que el escaso margen de beneficios y las largas jornadas laborales no se correspondían con el glamour de la noche de la inauguración.

Yo sospechaba que, en sus incursiones nocturnas, Lee no se conformaba con tomar un par de copas y coquetear. Su rostro, en otro tiempo firme y de facciones angulosas, ahora parecía hinchado, y en las fotos de los paparazzi siempre aparecía con ojos algo vidriosos.

Solía salir en el asiento trasero de un Bentley verde chillón conducido por un chófer. Una imputación por conducir borracho de la que fue absuelto después de que un astuto abogado argumentara que la medicación para el catarro que tomaba Lee había interferido con otra medicación de índole más privada (los periódicos se divirtieron en grande a costa de la frasecita) había aconsejado la contratación de un chófer. Ello hacía fácil localizarlo si te dabas una vuelta por Londres de noche: el coche aparcaba en doble fila incluso en las calles más estrechas. La ruta de Lee empezaba en los bares más caros de Mayfair, continuaba en los clubes más exclusivos y, para las tres de la mañana, cuando la mayoría de los noctámbulos empezaban a retirarse, ponía rumbo a Chinatown y a establecimientos un poco más sórdidos y siempre reacios a revelar su verdadera actividad.

Esto yo lo sabía porque había seguido el Bentley varias noches por la ciudad. Era la forma más fácil de investigar a Lee. No tenía redes sociales, a excepción de una cuenta de Facebook que apenas usaba y parecía haberse extinguido en algún momento de 2010, pero que me proporcionó cierta diversión al principio gracias a su afición a hacer test sobre qué animal sería y qué superpoder era más probable que tuviera (suricata, visión láser). Rara vez salía de casa antes de las tres

de la tarde, hora en que iba al gimnasio, y a continuación se reunía con hombres también calzados con mocasines de Gucci en un café de Knightsbridge que servía las bebidas en tazas con baño de oro. Todos dejaban los teléfonos encima de la mesa, como si estuvieran gobernando el país y pudieran tener que marcharse en cualquier momento. Pero yo me senté en la mesa de al lado una o dos veces y solo los oí hablar de las acciones que deberían comprar, el siguiente viaje a Las Vegas que harían, todo siempre intercalado con algún comentario misógino que aligerara la conversación. Vamos, que estadistas no eran.

Pero la noche constituía el mejor momento para localizar a mi disoluto tío. Cuanto más lo observaba en su mundo decadente, más me preguntaba si se habría llevado alguna vez a Andrew en sus salidas. Ello explicaría en gran medida que mi primo se hubiera ido con las ranas. Después de unas cuantas noches de seguir el coche pero sin entrar en ninguno de los locales que frecuentaba Lee, di el salto. Nada de intentar colarme en los reservados VIP de las discotecas, la idea de vestirme de putón e intentar seducir al gorila de turno me resultaba degradante. Pero en los bares era más fácil y en Chinatown en concreto resultaba pan comido. Podía terminar con una copa en la mano justo al lado de su séquito y con los ojos y los oídos bien abiertos.

Por lo que deduje, la diversión nocturna consistía en ver y dejarse ver. El champán se pedía por botellas, las mujeres jóvenes recibían besos dados al aire y los hombres se saludaban agarrándose por las muñecas mientras las piedras preciosas de sus relojes de pulsera proyectaban dibujos en el techo. Treinta minutos después, con compañía convenientemente renovada y o desechada, Lee y su comitiva cambiaban de local. Alrededor de la medianoche, aumentaban las visitas al cuarto de baño y Lee empezaba a animarse, a conminar a los presentes a «darlo todo» y a hacer llaves de yudo a sus fornidos colegas. Para cuando daban las tres de la madrugada, yo estaba muerta de aburrimiento y bebiendo agua. Ninguno de ellos se fijaba en mí, no era el tipo de mujer que llamaba su atención. No era lo bastante joven. Mi género no estaba lo bastante a la vista. Siempre llevaba un traje pantalón negro y una camiseta, los labios pintados de rojo para demostrar que había hecho un esfuerzo y zapatos de tacón. Los tacones eran mi única concesión. Si te presentabas con zapato plano en los bares que frecuentaba Lee, te tomaban por policía secreta y te miraban con suspicacia.

En mi tercera expedición de reconocimiento hablé con mi tío Lee. No fue algo intencionado —conocerlo mejor no era necesario para mi

plan—, pero me pareció más divertido que limitarme a verlo beber chupitos y bailar tan mal como para que una chica joven con pinta de modelo diera un respingo y se quitara el brazo que le había pasado por los hombros.

Lee y su séquito habían entrado en un club exclusivo para miembros junto a Berkeley Square, en Mayfair, y yo me metí en un bar que había enfrente, tras desistir de intentar camelarme al abuelo con sombrero de copa que hacía guardia a la puerta del establecimiento, acordonada de rojo. Me senté junto a la ventana con una copa de vino rosado y esperé a que apareciera el Bentley, señal de que Lee cambiaba otra vez de sitio. Aquella noche el club no debía de estar muy animado, porque el Bentley llegó a la una de la madrugada. Salí corriendo del bar, paré un taxi y le dije al conductor que siguiera a mis amigos, que iban en otro coche. La explicación sonó floja, e interiormente me di bastante pena, pero el taxista ni pestañeó. Tal y como había sospechado, fuimos directos a Chinatown y paramos a la puerta de un local que yo no conocía. Claro que tampoco tenía aspecto de bar. En realidad no tenía aspecto de nada. Era una puerta diminuta sin letrero ni carta de precios, encajada entre dos restaurantes de *dim sum*, un sitio que ni advertirías aunque pasaras mil veces delante de él. Miré como Lee y dos de sus fornidos amigos llamaban al telefonillo y empujaban la vieja puerta. Justo antes de que se cerrara, metí un pie en el umbral y entré. Esperé a que sus pisadas se alejaran antes de seguirlos, no quería topármelos en las estrechas escaleras. El lugar era de lo más sórdido, con empapelado rojo oscuro y moqueta descolorida. Cada detalle apestaba a burdel, excepto la música a todo volumen que llegaba del piso de arriba. Aquello por lo menos me animó a intentar entrar. De haber reinado el silencio, me habría ido inmediatamente.

Esperé un par de minutos al pie de la escalera y, a continuación, subí. Me encontré con una gran puerta negra de emergencia, que probé a abrir. Daba a una habitación pequeña, una especie de recepción, con estores de encaje negro en la ventana. Dos atractivas mujeres de más o menos mi edad estaban sentadas en banquetas detrás de una mesa en la que había copas de champán y un cuenco lleno de condones. Me sonrieron.

—Hola —dijo la que tenía melena corta muy recta y una raya del ojo que le llegaba hasta las cejas—. Bienvenida a Pleasure Parade. ¿Tiene invitación?

Siempre se me ha dado bien improvisar sin titubeos y mirando a los ojos de mi interlocutor. El truco es sonreír y no dar demasiadas explicaciones. Aquella era claramente una fiesta sexual. Yo no había

estado nunca en una, pero había leído suficientes artículos en revistas femeninas sobre el auge de la fiestas privadas en las que gente guapa queda para follar para entender de qué iba aquello. *Vogue* se había declarado partidaria de este tipo de reuniones. ¿Qué sentido tenía hacerme la tímida?

—Mil perdones —dije poniendo la mano encima de la mesa—. Estaba por el Soho cuando me acordé de que esto era hoy, pero se me ha olvidado la invitación, menuda tontería. Espero que no importe... Flick me dijo que no me la iban a pedir.

La segunda mujer, que llevaba una diadema de seda verde y grandes aros de oro, me estudió de arriba abajo y miró de reojo a la de la melena corta.

—Bueno, como sabe, estos eventos se basan en la exclusividad y... la discreción. —Se llevó un dedo a los labios—. Pero si Flick responde por usted, entonces no creo que haya ningún problema. ¿Puede firmar este papel y dejar el teléfono en esta caja?

Di gracias a Dios por la palabra mágica. Flick, un nombre de chica blanca rica que te abre puertas en determinadas situaciones. Siempre hay una Flick. Puede ser una relaciones públicas de discoteca, una galerista o simplemente amiga de una amiga. Dejar caer su nombre equivale a decir que puedes pasar, que formas parte de ese mundo, que es probable que también conozcas a una Floss y a una India.

Firmé el papel, que venía a decir que no puedo hablar a nadie de Pleasure Parade ni mencionar los nombres de ningún invitado conocido. No puedo sacar fotos ni grabar. Tengo que comprometerme a colaborar para que la velada sea «segura y divertida» en todo momento y respetar los límites de los demás.

Entregué mi teléfono y la chica de la diadema me dio un condón con un guiño.

—Recuerde que la habitación azul es para BDSM. Y, si alguien la molesta, Marco está en la barra.

—Perfecto, muchas gracias —dije. Le di mi abrigo y crucé la puerta detrás de recepción simulando una seguridad que estaba lejos de sentir.

Me gusta el sexo. No soy ni mojigata ni reprimida. Es una actividad divertida y antiestrés, incluso cuando no es bueno, algo que ocurre a menudo cuando te acuestas con hombres que han crecido viendo porno y se creen que la mujer no necesita demasiados preámbulos y le encanta practicar el contorsionismo. Los orgasmos son algo fantástico, sobre todo cuando se tienen en soledad y están seguidos de silencio, y no de la necesidad desesperada de echar a un desconocido de tu casa cuanto antes. Pero no me vuelve loca esa actitud tan positiva ante el

sexo tan de moda ahora mismo y con la que nos bombardean a todas horas. Mujeres empeñadas en contarte su trayectoria sexual como si saber disfrutar del sexo fuera un rasgo de la personalidad. Parejas que cuelgan fotografías de sus cuerpos enredados en sábanas en las redes sociales convencidos de que el postureo poscoital es un arte. Pésimos ensayos y poesía aficionada sobre follar. Señores, más practicar y menos teorizar.

Las orgías siempre me han parecido algo que organizan personas aburridas para demostrar que tienen un lado transgresor. Transgresor sería montar una orgía en un supermercado de tu barrio. Una fiesta por invitación en el West End con mujeres que usan diadema no tiene, en mi opinión, nada de alternativo. Es como un gimnasio exclusivo donde los batidos cuestan nueve libras, el gel de ducha es de marca y todos presumen de cuerpos enfundados en leggins caros sin apenas dedicar tiempo a ponerse en forma. Pura fachada.

Entrar en la fiesta aquella noche no me hizo apearme de esa convicción. El primer espacio que te encontrabas era el bar, donde personas vestidas bebían en copas de cristal. La iluminación era tenue, pero distinguí un bolso de Gucci, el destello de un anillo de diamantes, la embriagadora mezcla de demasiados perfumes de Tom Ford juntos. Se respiraba dinero y banalidad, por mucho que en habitaciones vecinas hubiera personas intercambiando fluidos corporales.

La música estaba alta, quizá para enmascarar los gemidos de placer procedentes de alguna parte, y me abrí camino hasta la barra mientras intentaba encontrar a Lee en la penumbra y rezando por que no se hubiera metido ya en alguna de las habitaciones. En primer lugar, porque mi visita habría sido en vano y, en segundo, porque no quería por nada del mundo encontrarme a mi tío desnudo. Mis planes de venganza eran ambiciosos, pero tenían un límite y resultó que ese límite era ver a un familiar sudoroso encima de una mujer como mínimo veinte años más joven. Mi nivel de remilgo me sorprendió, habida cuenta de que había matado ya a tres personas, pero ahí estaba.

Mientras el barman me preparaba un martini (odio los cócteles, pero me sentía como una actriz interpretando un papel), estudié a los presentes. Una pareja bien parecida de treinta y pocos años —él con camisa azul y pantalones chinos, ella con un vestido verde de seda, tacones altos rosa y expresión de ligera aprensión— estaban a mi lado en la barra. Él la tenía cogida de la mano mientras volvía la cabeza para sonreírme. Pero yo no tenía ganas de conversación. Por los frecuentes susurros de la mujer y la manera en que el hombre

intentaba tranquilizarla acariciándole la espalda, saltaba a la vista que ella solo estaba allí por complacerle a él. Recé por que no me consideraran la candidata ideal para su primer triste trío.

Hacia el otro lado de la habitación distinguí a dos mujeres, ambas flacas y con la elegancia nerviosa de los galgos, sentadas juntas en un mullido sofá de terciopelo escuchando a un hombre algo entrado en carnes acuclillado a sus pies. Por cómo gesticulaba, se veía que trataba de ser ameno, pero las sonrisas corteses y las miradas esquivas de las mujeres dejaban claro su aburrimiento. Desde luego no parecían desesperadas por abalanzarse sobre él. De hecho, ninguna de las personas que me rodeaban despedía energía sexual. El ambiente era mustio y un poco incómodo, como si todos esperaran a que alguien que no fuera ellos tomara la iniciativa y animara el cotarro. Quizá nadie había bebido aún lo suficiente.

Un manotazo me apartó el brazo de la barra y me tiró la copa. Me giré y vi que uno de los amigos de Lee se había hecho hueco en la barra sin molestarse en comprobar si el espacio que ocupaba ahora había sido de otra persona segundos antes. Así son los hombres, se despatarran en el metro como si tuvieran una necesidad intrínseca de llenar cualquier espacio vacío, caminan por el centro de una acera estrecha y luego se sorprenden cuando se chocan contigo, se pegan a ti en la cola del café como para que les cedas tu puesto. Ni siquiera son conscientes de su comportamiento. Son importantes, sus necesidades son importantes. Tú... no tanto. En realidad, nada en absoluto. A no ser que les resultes atractiva. Entonces ocuparán tu espacio de otras maneras. Te cerrarán el paso para llamar tu atención. Frenarán para hacerte sentir incómoda mientras cruzas la calle. Te rondarán en los bares, tocándote el brazo, cogiéndote la mano. Si tienes suerte, solo la mano.

No cedí ni un milímetro y miré fijamente el perfil sudoroso del hombre mientras intentaba llamar la atención del camarero. Si alguien te clava la vista el tiempo suficiente, terminas por devolverle la mirada. Aquel tipo tardó un minuto, pero lo hizo.

—Me acabas de tirar la copa que tenía en la mano —dije sin mover ni la cara ni ninguna parte del cuerpo. Sin pestañear.

—Estoy intentando pedir una copa, bonita. Si no te importa. —Sentí la furia crecer dentro de mí y empezó a arderme la cara.

—Me has dejado sin bebida. ¿Qué vas a hacer al respecto? —El hombre se volvió de nuevo a mirarme y apoyó el puño en la barra.

—A mí no me vas a sacar copas gratis. A ver si te crees que soy tonto.

Le hizo un gesto de desdén a su acompañante. Justo cuando yo

estaba a punto de explotar de rabia, Lee se interpuso. Tapó con su cuerpo a su rechoncho amigo y juntó las manos como si fuera a rezar.

—Siento muchísimo lo de mi amigo, cariño. No ha sido nada caballeroso, pero veo que te ha dejado sin copa de vino y me encantaría invitarte a una para compensar. —Me sonrió, entrelazó sus manos con las mías y las apoyó en la barra mientras le hacía una seña al camarero para que me sirviera otro vino.

Y así fue como entablé conversación con mi tío. Era encantador, de esa manera que, según mi madre, lo era Simon. Todo parloteo y sonrisas. Con esa confianza que permite dar órdenes y tomarse libertades, pero sin llegar a ofender. Me dejé invitar a vino. No le aclaré que me había estado tomando un martini. No objeté cuando eligió un vino que no me gustaba demasiado y no pestañeé cuando me cogió las manos sin pedirme permiso. No había nada agradable ni interesante en su comportamiento, era más la sensación de que había crecido convencido de que era todopoderoso y de que todos los demás lo sabían. Es asombroso el grado en el cual los hombres así se salen siempre con la suya. Incluso si odias esa clase de actitud, no siempre consigues resistirte a ella. Y después te odias a ti misma por haberla tolerado.

Lee obligó a su amigo, a quien llamó «perro escocés», a disculparse conmigo antes de dejarle volver al bar, donde enseguida desapareció por una puerta situada a la izquierda.

—Este Scott, no pierde el tiempo —dijo Lee guiñando el ojo—. Cuéntame, ¿qué hace una chica como tú en un sitio como este?

Le expliqué que un amigo me había recomendado estas reuniones como punto de partida para iniciarte en el BDSM. Lee asintió con la cabeza.

—Aquí todo es bastante *light*, nada demasiado atrevido, solo follar y algún rollo de chicas haciéndolo con chicas que no está mal. No tan *hardcore* como lo que me gusta a mí, pero algo es algo.

—¿Y qué es lo que te va a ti? —pregunté, y al darme cuenta de que aquello sonaba mucho a coqueteo tuve que reprimir la ligera náusea que empezaba a subirme por el estómago. Claro que en una fiesta sexual es difícil no dar impresión de estar coqueteando, incluso una conversación sobre impuestos municipales puede resultar sugerente cuando estás a cinco metros de gente practicando sexo con desconocidos.

Lee ladeó la cabeza y me sonrió. Fui consciente de que ahora sí me miraba a la cara y se tomaba su tiempo para fijarse realmente en mí. Para decidir si me estaba insinuando o era así de rara. Yo sorbí mi bebida y traté de no parecer coqueta. Si quería hablarme de sus

aficiones sexuales, estupendo, pero no tenía intención de seducirlo para sonsacarle.

—Esa es una pregunta atrevida, considerando que va usted vestida, señorita. —Lee sonrió y consultó su reloj, un enorme Rolex de plata con incrustaciones de diamante que proyectaban un reflejo centelleante en la superficie de la barra—. No son cosas que interesen a las chicas como tú, créeme. Empieza por probar este sitio y ya hablaremos.

La táctica de hacerme la ingenua descarada no estaba funcionando. Lee ya había empezado a aburrirse de mí.

—¿Qué pasa? ¿Tu rollo es que te humillen? ¿Eres el típico hombretón rico que no sabe lo que es un no y al que tratan como un príncipe pero en realidad busca a alguien que le haga enfrentarse a su secreta sensación de fracaso? ¿O te gusta que te peguen? Que te den una buena tunda. ¿O igual prefieres que te follen? Por supuesto no eres gay, Dios nos libre, pero ¿buscas a alguien que te dé un buen meneo y te domine? Tampoco resulta tan interesante, si te digo la verdad. ¿Te crees que tus fetichismos son únicos o diferentes? Pues no lo son, colega, eso te lo aseguro.

Aquello le hizo reír. Los hombres a menudo se ríen sorprendidos cuando una mujer resulta ser graciosa, como si fuera una habilidad que no se espera de nosotras. Lee había recobrado el interés, lo tenía otra vez en el bote. Desde luego, mis intentos por librar al mundo de aquella horrible familia estaban pasando factura a mi dignidad. El resultado final sería compensación suficiente, de eso no tenía duda, pero salir por Marbella, arrancar malas hierbas en una reserva natural y ahora hablar de sexo con un tío mío..., menudos tormentos. En cierto modo me hizo recordar una frase de Jane Austen en *Sentido y sensibilidad*: «Puede que el alquiler aquí sea económico, pero las condiciones son duras».

—A ti es difícil escandalizarte, ¿verdad? —Lee miró a su alrededor como si se dispusiera a divulgar secretos de Estado—. De acuerdo, señorita que está de vuelta de todo. Me gusta que me asfixien. Con cinturones, pañuelos, lo que haya. Quedarme sin respiración antes del momento de gloria. Es una puta pasada, créeme. Siempre me ha gustado. Supongo que un psiquiatra de esos que se creen muy listos diría que es porque a los diez años casi me ahogo en la piscina de mi casa o alguna tontería de ese tipo, quién coño lo sabe.

Le miré la mano.

—¿Y tu mujer te sigue el rollo? —dije haciendo un gesto hacia su alianza con una sonrisa—. Seguro que de vez en cuando le entran ganas de estrangularte.

He de decir, a su dudoso favor, que ni siquiera trató de hacerse el avergonzando.

—Mi mujer es... muy fina. Hace la vista gorda con determinadas aficiones mías y a cambio le dejo que redecore la cocina por enésima vez. A estas alturas, se comporta casi siempre como si fuera una señora mayor. Lo entiendo, ha tenido una buena vida gracias a mí, así es como funciona el matrimonio. Pero los hombres y las mujeres somos de especies distintas, ¿entiendes? Yo aún tengo deseos. Y si ella no está dispuesta a ayudarme a saciarlos, entonces no tiene derecho a hacerse la sorprendida si busco en otra parte.

En aquel momento, otro amigo de Lee vino hacia nosotros dando tumbos, derramando su copa y empujando a un grupo de personas que había cerca.

—Vaya por Dios, me parece que es hora de llevar a Benj a casa —dijo Lee—. Encantado de conocerte, preciosa, no hagas nada que no haría yo.

Reprimí una mueca de desagrado y le dije adiós con la mano mientras él cogía a su amigo y lo conducía a la salida.

Esperé cinco minutos para asegurarme de que se habían ido, me terminé el pésimo vino y me fui. Di un gran rodeo para evitar a la pareja nerviosa que ahora discutía junto a la puerta, a la mujer se le había corrido el rímel. Las chicas de la recepción me despidieron alegremente, sin parecer sorprendidas por lo breve de mi estancia. Igual estaban acostumbradas a ver personas salir huyendo de orgías.

Mientras volvía a casa en taxi no dejaron de venirme a la cabeza ideas interesantes. Qué hombre tan generoso era mi tío. En solo veinte minutos me había dado una copa gratis y una pista sobre cómo asesinarlo. Para que luego digan que los ricos no hacen nada por los necesitados...

Me quedé dormida durante el masaje, a pesar de la fuerte presión que me aplicó el fisioterapeuta, y después me di un largo baño mientras releía mi gastado ejemplar de *El segundo sexo*, antes de depilarme las piernas y aplicarme una mascarilla hidratante en el pelo. Mi costumbre de leer literatura feminista data de los dieciséis años, cuando a la madre de Jimmy empezó a preocuparla la cantidad de tiempo que pasaba con su hijo y sus amigos. Creo que pensaba que la falta de modelos femeninos podía llevarme por un camino en que no estaría en absoluto preparada para enfrentarme a las desventajas que me supondría ser mujer. Aquella era una de la actitudes bienintencionadas propias de Sophie, pero también demostraba lo

privilegiado de la vida que llevaba. Una mujer blanca rica que desconoce por completo la verdadera discriminación, pero está deseando hablar de ella con toda la indignación del mundo. Los Latimer y sus amigos eran maestros en esto: meneaban la cabeza cuando cerraba la tienda de la esquina, pero luego iban derechos a la delicatessen contigua; proclamaban a los cuatro vientos en las cenas de amigos que siempre pagaban a su limpiadora las bajas por enfermedad y luego la despedían porque no podía trabajar los miércoles. «Nos ha decepcionado. Lleva diez años trabajando con nosotros y los martes no nos vienen igual de bien».

¿Pensaría Sophie que yo ignoraba cómo trataba el mundo a las mujeres? Supe que el sistema conspiraba contra ellas mucho antes de ser capaz de articular las palabras para describir las maneras en que se nos margina, se nos aparta, se nos degrada. Vi cómo iba socavando a mi madre día a día. Criada por unos padres estrictos con ideas muy rígidas sobre cómo deben comportarse las hijas (y que la repudiaron cuando decidió llevar una vida diferente), valorada por ser guapa hasta que dejó de serlo, utilizada por un hombre en busca de diversión hasta que se aburrió de ella. Encadenando un empleo mal pagado tras otro donde nunca la valoraron. Criando sola a una hija sin que eso contara para nada.

Pero la literatura feminista fue una revelación y siempre le estaré agradecida a Sophie por descubrírmela. Quizá sí estaba pasando demasiado tiempo con chicos y adaptando mi comportamiento para que encajara en el de ellos. De no haber hecho aquel curso intensivo sobre Wollstonecraft, De Beauvoir y Plath, es posible que hubiera reprimido los primeros atisbos de furia que sentí, que hubiera intentado hacerme pequeña, como se enseña a hacer a las mujeres desde que nacen. Pero leer sobre otras mujeres furiosas me hizo más audaz, me permitió alimentar mi indignación, verla como algo valioso y justo. Por supuesto no es mi intención achacar a esas autoras responsabilidad alguna en mis actos posteriores, aunque estoy segura de que, de hacerse pública mi historia alguna vez, los tabloides disfrutarían como locos construyendo un relato de «malvada feminista».

Hubo un libro que sí me hizo ver la venganza cruel de manera más positiva: *La cámara sangrienta*, de Angela Carter. Ese libro no me lo dio Sophie, sino que lo encontré en una librería del Soho una lluviosa tarde de otoño al poco de cumplir diecisiete años, mientras paseaba sola por la ciudad. Su cubierta me llamó la atención desde una pila de libros, los remolinos negros y rojos parecían representar lo que por entonces pasaba por mi cabeza adolescente. Leí deprisa los paratextos,

pagué el libro y me lo leí de una sentada en un sórdido café cerca de Tottenham Court Road. Los oscuros cuentos de hadas de Carter, en los que las mujeres conspiran y engañan, abrieron una puerta en mi cabeza. Entendí que, igual que no teníamos que mostrarnos pequeñas, calladas o débiles, las mujeres estábamos obligadas a ser buenas o fuertes, virtuosas pero, en última instancia, sacrificadas. Podíamos ser turbias, ir a lo nuestro, regirnos por deseos que no nos atrevíamos a expresar. Terminé el libro y salí a la calle con la cabeza llena de nuevas posibilidades. Las Navidades siguientes le regalé el libro a Annabelle, pensando que a una niña tan nerviosa le vendría bien esa inyección, pero Sophie frunció los labios cuando la vio abrir el paquete y después de comer hizo un aparte conmigo para explicarme que Annabelle era demasiado sensible para leer historias tan sangrientas.

—En serio, Grace, ya sé que tú eres una chica dura, pero Belle sufre muchísimo con sus preocupaciones y me parece que deberías haberlo tenido en cuenta. Te admira y evidentemente ahora va a querer leer el libro. Y me va a tocar a mí prohibírselo hasta que sea un poco mayor. ¿No podrías cambiarlo por uno de Primo Levi? Este trimestre va a dar la Segunda Guerra Mundial en clase.

Me limité a mirarla fijamente hasta que se fue corriendo a remover la salsa. Cambié el libro de cuentos de hadas por un grito de horror autobiográfico sobre la mayor atrocidad cometida por la humanidad. Annabelle tuvo pesadillas tres noches seguidas después de leer *Si esto es un hombre*. Sophie estaba orgullosísima de lo empática que era su hija.

Cuando se enfrió el agua de la bañera, me sequé con cuidado el pelo y me lo ricé de manera que me cayera por la espalda en suaves ondas.

Me pinté las uñas de naranja intenso y me puse unas medias nuevas con mucho cuidado para que no se me hicieran carreras. El vestido que había elegido para la velada era negro y corto, con manga larga y cuello alto con volantes. Me daba un aspecto serio, pero atractivo. Después de mi primera y breve incursión en el mundo de los clubes sexuales, donde mi tío tan generosamente me había dado la idea para este asesinato, había investigado en internet. Hay docenas de clubes así en Londres, en una gradación que va desde los «Bailes de máscaras llenos de modelos» al «Ve preparado para un antro deprimente y lleva toallitas desinfectantes». Pero era fácil determinar cuáles era mejor evitar: «El club se encuentra a tres minutos andando del MacAuto» o «Tráete tu propia bebida, no se admiten latas» eran un no clarísimo. Era improbable que Lee asistiera a una fiesta sexual

celebrada en una circunvalación cerca de Wembley. Y yo estaba dispuesta a ir a documentarme, pero lejos de polígonos industriales. Ya había tenido tristeza suficiente en mi vida.

Después de visitar un montón de sitios web de fiestas genéricas que usaban la palabra «diversión» con tal generosidad que parecía que hablaban de un parque de atracciones, encontré tres clubes elegantes que fomentaban la asfixia, el BDSM y los juegos de dominación, y me suscribí a sus boletines. No eran tan informales como el tugurio de Chinatown. Te pedían una fotografía y un pequeño párrafo sobre ti antes de permitirte asistir a un evento. Mandé una fotografía de una instagramer pseudofamosa que se parecía a mí lo bastante como para no suscitar preguntas en la puerta y tres líneas de banalidades diciendo que era una relaciones públicas en busca de experiencias nuevas con sensuales desconocidos. En los sitios así no es difícil entrar si eres una mujer tirando a atractiva, los organizadores son mucho más estrictos con hombres solitarios que es más probable que terminen de mirones.

Además —y ahora que lo pienso me resulta ridículo—, me apunté a una clase de primeros auxilios. No sé por qué, decidí que, si iba a estrangular a alguien hasta matarlo, me sería útil saber qué buscan los expertos cuando intentan salvar a alguien de ese destino cruel. Quería ser capaz de identificar el momento crítico, aquel en que los ojos inyectados en sangre y la pérdida de conciencia eran irreversibles. Por desgracia, eso supuso pasar dos aburridas horas de una tarde de martes en un centro comunitario en Peckham mientras una mujer ocupadísima llamada Deirdre nos enseñaba a hacer reanimación cardiopulmonar en muñecos que parecían más viejos todavía que ella. A pesar de que no es fácil dejar caer preguntas sobre estrangulación como si tal cosa, sí aprendí que, aunque la víctima suele perder el conocimiento a los pocos segundos, puede tardar hasta cuatro minutos en morir, incluso si su aspecto sugiere lo contrario. En conjunto, no mereció la pena tener que vendar la mano a un hombre bastante sudoroso llamado Anthony que no me quitó ojo para aprender algo que podría haber consultado en Google, pero qué le vamos a hacer. Ahora sé que el papel film es útil en las quemaduras de poca importancia. Gracias, Deirdre.

Una vez maquillada, me tomé una copa de vino de pie delante del fregadero. Esta clase de fiestas empieza tarde y decidí que no me encontraría cómoda yendo completamente sobria. El evento lo organizaba el hijo de un miembro de la Cámara de los Lores. Suele hacer declaraciones en la prensa publicitando sus noches locas, pero respecto a esta faceta de negocios se muestra mucho más discreto. Yo

solo supe de su participación porque la fiesta se celebraba en el mismo edificio detrás de Regent Street en el que está registrada su compañía. Tiene sentido. Invita a los ricos y guapos a tus fiestas y obsérvalos. Identifica a los que buscan algo distinto. A los que miran con ojos vidriosos la pista de baile y el champán de grifo. Lo tienen todo, pero quieren más. Cuando piden la cuenta se les da una discreta tarjeta de visita color negro con un sitio web grabado en letras con relieve. Exclusivo, dice la tarjeta. Para los que buscan algo más. Es el negocio perfecto para el honorable Felix Forth. Conoce a sus clientes potenciales. Es uno de ellos. Envié mi solicitud y tuve que esperar tres semanas a que me contestaran.

Cuando por fin me llegó, era una sencilla invitación con la fecha y el lugar. Nada más, ni texto de bienvenida ni instrucciones. Supuse que no debía escribir preguntando si debía llevar mi propia mordaza de bola, así que hice lo que cualquier milenial: me metí en Google. De los tres lugares que vi, este parecía el más exclusivo. Las reseñas en un sitio web llamado Sexpertos comentaban con orgullo lo difícil que era conseguir una invitación (creo que mi caso deja claro que no era así), lo lujoso de las instalaciones y lo «oscura» que podía ponerse la cosa. Todo resultaba tan impreciso como exasperante. Pero al menos me quedó claro que, si buscaba un local donde se favoreciera el sexo no convencional, iba por buen camino. Más de un usuario comentaba que nunca antes había podido abandonarse a tanta depravación, lo que resultaba extrañamente prosaico en una página de reseñas diseñada para parecer una copia de TripAdvisor.

No tenía forma de saber si Lee estaría allí, pero tampoco me importaba demasiado. Principalmente iba para comprobar cuáles eran los límites en aquella clase de reuniones. Le gustaba que lo asfixiaran, me había dicho. Pero ¿había sido una fanfarronada o de verdad disfrutaba caminando por esa delgada línea que separa la vida y la muerte? Y, de ser así, ¿le permitían esas fiestas hacerlo, o tenía que cultivar sus aficiones en discretas habitaciones de hotel donde nadie pudiera interrumpir ni expresar su desaprobación?

Cogí el metro hasta Tottenham Court Road e hice el resto del camino andando. Siempre me ha gustado caminar por la ciudad. Cuando era más joven y me hartaba de los Latimer, pasaba horas en Hampstead Heath paseando con su viejo perro, Angus, dejando que mis pensamientos flotaran, entraran y salieran de mi cerebro con cada paso que daba. Cuando estoy en movimiento, nada se me queda mucho tiempo dentro de la cabeza. Por eso me encanta correr. Me

permite escapar de mis pensamientos obsesivos, desconectar de los planes que he hecho, aplacar la urgencia por ponerlo todo en marcha. De no haber tenido ese tiempo para mí, creo que mi actividad cerebral me habría aplastado hasta paralizarme.

Llegué al local a las doce menos cuarto. Lo bastante tarde para no parecer ansiosa y ser por tanto presa de los impacientes y siniestros; lo bastante temprano para no entrar y tener que encontrarme directamente con sexo en vivo. Si el bar de Chinatown era el equivalente en fiestas eróticas a un billete *low cost* de última hora, entonces aquel lugar era un vuelo privado. Y con bebidas gratis. Y por supuesto también frutos secos. Las grandes puertas dobles las abría desde dentro una mujer con un vestido que recordaba sospechosamente a un modelo de Chanel de la temporada pasada. Puse un pie en el suelo de mármol y me encontré una escalinata de hierro dividida en dos que terminaba en un vestíbulo palaciego, donde un hombre con esmoquin y antifaz me ofreció en silencio champán en una bandeja. También me tendió un antifaz idéntico al suyo, hecho de delgada seda negra, que supuse era obligatorio. Me lo puse, me alisé el pelo y entré en la sala principal, que ya rebosaba de cuerpos. Por los ventanales del fondo se veían los neones de las tiendas de Regent Street. Por un instante me pregunté cómo de sensual resultaría poder ver la tienda Apple mientras tenías un orgasmo, antes de caer en la cuenta de que la gente rica es precisamente la que encuentra erótico algo así.

Me terminé la copa. Le cogí otra a una mujer vestida como si fuera a un baile benéfico y recorrí el perímetro de la habitación. A mi derecha había tres personas acariciándose los brazos las unas a las otras. Vi a una mujer besando a otra mientras un hombre con pajarita acercaba su cara a las suyas, deseoso de unirse. La alfombra era tan gruesa que a cada paso que daba se me hundían los tacones. Tanta caricia y tanto beso resultaban aburridos. Los antifaces eran un poco cursilones. Ya que me había quedado despierta hasta tan tarde, quería ver un poco de acción.

Me dirigí a una puerta protegida por una cortina negra y salí a un pasillo en el que había más puertas. Las habitaciones tenían nombres, que apenas distinguí en la luz mortecina. En algún momento debían de haber sido despachos de victorianos virtuosos. Ahora tenían letreros que te informaban de que estabas entrando en la «Sala de juegos». En fin, la tuberculosis está erradicada, así que supongo que algo hemos progresado.

Sentía demasiado respeto por mí misma para entrar en esa habitación, de manera que seguí camino y me encontré ante «El cuarto

oscuro». Había leído sobre cuartos oscuros en el curso de mis investigaciones. Habían nacido en bares gais en la década de 1970, pero ahora eran algo común en esta clase de fiestas. Podían ser algo tan inocuo como una habitación en penumbra, o un lugar para aquellos que buscan actividades algo más transgresoras. Abrí despacio la puerta teniendo presente que la sala podía estar ocupada y que las visitas no siempre eran bien recibidas.

Dentro había una luz azul débil que proyectaba serpentinas en los rodapiés. La puerta se cerró sin hacer ruido y me quedé quieta mientras se me acostumbraban los ojos a la penumbra. Oí a alguien gemir de dolor, jadeando y tomando aire a bocanadas, hasta que otro sonido se superpuso, el sonido de cadenas. Poco a poco distinguí la escena que tenía ante mí. Había una mujer colgada del techo en lo que parecía una tosca aproximación al *Hombre de Vitruvio*, de Leonardo. A su lado, un tipo desnudo a excepción de pantalones y antifaz sostenía una pesada cadena y se preparaba para pegarla con ella. Contuve la respiración y esperé a ver qué ocurría.

El hombre echó el brazo hacia atrás y enseguida lo levantó. La cadena salió disparada y aterrizó en el abdomen de la mujer. Esta gritó brevemente antes de cerrar la boca y los ojos. El hombre fue hasta ella y la besó en el hombro mientras la mujer trataba de controlar su respiración. A pesar de la oscuridad, vi como se formaba en su estómago una roncha roja. Supuse que la regla era dejar marcas solo en partes del cuerpo que pueden ocultarse con facilidad de vuelta a la oficina el lunes. A pesar de mis recientes actividades, a mí no me excitan los actos de violencia, ni siquiera los que son consentidos. Para los asesinos en serie, haber pasado la infancia torturando animales es casi un requisito indispensable antes de pasar a las personas, a explorar la excitación que les sobreviene al ver sufrir a otros.

A mí estas acciones sin sentido me desconciertan. Aquella mujer con el estómago sangrando me deja perpleja. La violencia y el castigo son necesarios en determinadas situaciones, pero no me imagino sembrando dolor o miedo por puro placer. Yo extraigo placer de la venganza, de enmendar una injusticia o de castigar a alguien que de verdad se lo merece. Lo que hago me hace más fuerte. Pero no lo hago porque me excite ver sufrir a alguien. Sí, ver al carcamal de mi abuelo debilitarse por momentos junto a su mujer muerta y decapitada fue una pequeña recompensa, pero secundaria a la serie de acontecimientos que estaba desencadenando con ello. Estaba eliminando de la sociedad a un grupo de personas tóxicas. Una familia que no había hecho nada más que mirar por sus propios intereses y tratar a las otras personas con desdén.

Mis pensamientos se habían alejado tanto de aquel cuarto oscuro que me sobresalté al oír un nuevo chasquido de la cadena. Esta vez la mujer gritó la palabra «¡poderoso!» y el hombre soltó la cuerda de metal, cogió una botella de agua y se la acercó a los labios mientras le acariciaba el pelo. Qué palabra de seguridad tan elegante, pensé mientras retrocedía hacia la puerta. La pareja apenas me había mirado. Había ternura y confianza entre ambos. Un acuerdo tácito de que, pasara lo que pasara, era un acto compartido. Empezaba a darme cuenta de que la comunidad de sexo grupal funcionaba según estas normas no escritas. Que era posible ser transgresor y dejar de lado la sensación de vergüenza que suele acompañar estas acciones. Y salir por la puerta cinco minutos después sin conocer siquiera el nombre de tu víctima. Por supuesto, la «vergüenza» era algo que quedaba en suspenso dentro de las cuatro paredes de aquella mansión. Pero ¿y fuera? Estaría esperando. Si Lee iba a morir en un lugar así, yo sabía que la familia Artemis haría todo lo posible por ocultarlo y disimular. Ninguno se esforzaría por comprender qué buscaba Lee en aquellos cuartos oscuros. Ninguno buscaría respuestas.

Me asomé a otras dos habitaciones: en una había una pareja haciendo experimentos con un traje de látex y, en la otra, un grupo de personas intentando montar una orgía pero teniendo problemas con la logística postural, aunque no me entusiasmaron. Tampoco parecía entusiasmarles a ellos, a juzgar por lo que vi. Si Lee estaba allí, iba a ser difícil identificarlo en aquella penumbra, y tampoco quería tener que acercarme demasiado para atisbar a mi enmascarado y posiblemente desnudo tío.

De vuelta en el bar, me puse a hablar con otra mujer que estaba sola. Me atrajo porque me gustaba su traje, un esmoquin negro muy elegante que había estado dudando si comprarme pocos días antes. Así soy yo, en mitad de una fiesta sexual e interesada solo en la moda. Esa era mi transgresión. Le pregunté a la mujer qué tal se le estaba dando la noche y dirigió su mirada enmascarada hacia mí antes de encogerse de hombros.

—De haber querido follarme a un banquero puesto de coca, me habría ido a la estación de Liverpool un jueves por la noche —dijo.

Aquello me hizo reír y cuando capté la atención del barman le hice un gesto para que le sirviera una copa.

—Entonces ¿dónde irías? —pregunté—. Quiero decir... si buscas algo más. Tengo la sensación de que todo el mundo presume de *hardcore*, pero estas fiestas se parecen más a un publirreportaje fino sobre una ginebra o algo así.

Asintió para darme a entender que estaba de acuerdo, calló un

instante y a continuación paseó la vista por el bar, que se iba quedando vacío a medida que la clientela se desplazaba a las salas privadas.

—Si te digo la verdad, lo único bueno de este sitio es que está céntrico y el vino no te deja una de esas resacas que te hacen arrepentirte. Pero es demasiado «seguro». Prometen depravación, pero para la mayoría de estos hombres eso se reduce a llamarlos pringados cuando se corren. A eso llaman los tipos ricos sexo duro. Pero tú ¿qué estás buscando?

Aquella mujer era verdaderamente guapa, incluso con la cara medio oculta bajo un antifaz. Tenía unos pómulos que no desaparecían cuando dejaba de sonreír. Unos hoyuelos que hacían parecer su cara menos amenazadora de lo que habría sido con sus facciones. Unos labios agradablemente gruesos pero no rellenos de silicona, como los de la mitad de las mujeres que había visto aquella noche. Me pregunté cuál sería su rollo, si acudía a aquellas veladas para conocer a hombres con dinero o si de verdad buscaba un tipo de satisfacción sexual que a mí me resultaba incomprensible. Fuera lo que fuera, saltaba a la vista que le gustaba la franqueza. Así que me lancé.

—Quiero atar a un hombre y dejarlo completamente indefenso. Luego quiero asfixiarlo hasta que pierda el conocimiento. Algo que para él sea excitante y a mí me ayude en mi proceso de curación. ¿Conoces algún sitio donde pueda darse una situación así?

De camino a casa, abrí internet en mi teléfono y busqué el club que me había recomendado. «Pues entonces tienes que ir a ese sitio, cariño. Todo esto es una pérdida de tiempo. —Señaló con un gesto el espacio palaciego que nos rodeaba—. Ahora, también te digo una cosa. Si has venido aquí es porque eres todavía una aficionada, y yo te estoy hablando de un sitio donde la ele de prácticas no te va a beneficiar. No vayas a no ser que lo quieras de verdad».

Aquella mujer no sabía hasta qué punto lo quería yo y tampoco me hizo preguntas. Se marchó con su bebida en dirección a la sala de juegos. Tal y como me había avisado, había poca información en línea sobre el sitio que me había recomendado, solo un mapa con la ubicación —Mile End— y un número de móvil. Quizá por fin estaba en el camino correcto. Ahora solo necesitaba que Lee me acompañara. Conseguir que accediera a dejarse asfixiar por una desconocida no parecía la parte más difícil del plan. Me preocupaba más tener que convencerlo de que fuera al East End.

Por fin tuve un golpe de suerte. Un martes por la noche, mis compañeros de trabajo me obligaron a ir a tomar algo con ellos (ahí no fui tan afortunada, la verdad, no aguanté más de treinta minutos en el pub). Formaban la mesa siete mujeres y Gavin, un chico de la división digital encantadoramente camp que usa demasiados cárdigan (y esto lo digo siendo amable, porque la cantidad correcta es cero). Las carcajadas se oían desde la barra, donde me pedí una copa grande de Brunello porque sabía perfectamente que a aquella gente no se le ocurriría pedir otra cosa que no fuera una botella de blanco de la casa. Cuando por fin me acerqué adonde estaban sentados, vi que mi instinto había sido correcto. Mi único error había sido pensar que pedirían una botella. Había tres en la mesa y solo quedaba vino en una. Me recibieron con exclamaciones de bienvenida y me ofrecieron una silla.

—Estábamos discutiendo cuál de los hermanos Hemsworth está más bueno, Grace —dijo arrastrando las palabras Jenny, quien no me dirigía la palabra en la oficina pero solía sonreír cuando yo la miraba.

—Uy, perdón —dije mientras me quitaba la bufanda—. No sé quiénes son.

Por supuesto que lo sabía, opino que un desconocimiento deliberado de la cultura pop es lamentable, pero no quería que pensaran que soy de esas personas a las que les interesan esos temas de conversación. Eso implicaría entrar en un terreno resbaladizo en el que de pronto podría esperarse de mí que fuera más sociable en el trabajo. Y yo no tenía intención de hacer carrera en la empresa. En cuanto mi plan estuviera ejecutado, me largaría sin ni siquiera un correo electrónico de despedida.

La conversación prosiguió a mi alrededor y alguien sacó un móvil para enseñarme diferencias cruciales entre los hermanos Hemsworth. Escuché, resistiéndome a cualquier intento de hablar con alguien en particular, y aproveché para despedirme cuando Christie fue al baño y Gavin se levantó a pedir otra ronda. Traté de poner buena cara cuando intentaron convencerme de que me quedara, pero me temo que me pasé un poco cuando Jenny me cogió de la mano e hizo amago de quitarme la bufanda. Le apreté la palma con la misma fuerza con que me apretaba ella la mía y a continuación le hundí las uñas en los dedos y me separé con cierta brusquedad. Jenny dio un respingo y se frotó la mano mientras yo daba las buenas noches al grupo. De camino a la puerta, me volví a mirar hacia la mesa. Todos estaban atentos a Marga, que estaba contando algo que incluía simular hacer una felación a una botella vacía. Todos excepto Jenny, que seguía mirándome con expresión de absoluta sorpresa y con la mano debajo

de la axila, como si necesitara consuelo. Tuve que hacer un esfuerzo por no guiñarle el ojo antes de dar media vuelta y salir.

No tenía ganas de volver a casa aún, así que me detuve a fumar un cigarrillo; solo me molestó alguien para pedirme fuego, qué pesadez. El hombre en cuestión era atractivo de una manera un tanto anodina, y claramente tenía ganas de conversación, pero se veía a la legua que su declive estaba cerca. Empezará por quedarse calvo, imaginé, y luego le saldrá papada. No me apetecía dedicar ni un solo minuto a alguien con ese panorama. Paseé un rato por el Soho, mirando escaparates y considerando la posibilidad de cenar algo. No eran más que las ocho, así que fui a mi italiano preferido, en el que te puedes sentar en la barra y no sentirte rara por comer sola. Uno de los grandes placeres de la vida es comer sin que nadie te hable. ¿Hay algo peor que una mala cita con buena comida? ¿Cómo vas a disfrutar comiendo con alguien que te dice que no le gusta leer? ¿O, peor aún, que te explica que su película preferida es *Uno de los nuestros*? Un hombre que prefiere *Uno de los nuestros* a cualquier otra película es un hombre que nunca se ha molestado en cultivar su personalidad.

Después de un plato de *cacio e pepe*, otra copa de vino y un *macchiato*, miré el reloj y comprobé que eran más de las diez. Es curioso como treinta minutos con los compañeros de trabajo pueden parecer una eternidad y dos deliciosas horas a solas con tus pensamientos se pasan en un suspiro. Creo que ya mientras cenaba supe que terminaría pasándome por el tugurio de Chinatown que frecuentaba Lee. Quizá por eso había remoloneado tanto. No lo había decidido de forma consciente, pero, en cuanto pagué la cuenta y salí del restaurante, supe que la idea me había estado rondando. Era algo temprano para mi tío, y yo ni siquiera sabía si el bar abría los martes. Pero el sexo no es solo para los sábados por la noche, y Lee no parecía ser de los que les gusta pasar veladas en casa, más bien al contrario, de modo que decidí arriesgarme. Además, tenía ganas de pasar a la fase siguiente del plan y era hora de ser más proactiva. Necesitaba persuadir a Lee de que viniera conmigo a Mile End. Aquello podía parecer imposible, dado que apenas nos conocíamos, pero yo sospechaba que su adicción al peligro y su baja tolerancia al aburrimiento lo empujarían a aceptar. Los hombres como Lee no tienen el mismo umbral de confianza que otras personas. Simon nunca habría aceptado un ofrecimiento como el que iba a hacerle yo a Lee. Pero Lee era la combinación perfecta de poca inteligencia y mucha vanidad. Una mezcla peligrosa que me hacía estar bastante segura de que aceptaría la oferta. Solo necesitaba acorralarlo.

Fui caminando hasta el bar. Con ropa de trabajo, bufanda de lana y

sombrero, no iba vestida para una fiesta sexual, pero era martes por la noche y un local que parecía creer que no escatimar en alfombras color rojo transmitía opulencia tampoco podía exigir excelencia sartorial.

El sitio estaba bastante vacío, como cabía esperar. Había unas cuantas parejas tomando una copa en sillas bajas tapizadas de terciopelo y un hombre algo borracho con chaqueta de cuero acodado en la barra del bar y que se puso recto en cuanto me vio.

—¿Puedo...? —dijo mientras yo me quitaba la bufanda.

—De ninguna manera. No —contesté y seguí andando.

Nunca hay que ser amable con hombres que intentan darte conversación. Son capaces de interpretar una negativa cortés como una provocación, sobre todo si estáis en un club sexual.

Decidí darme una hora. Si a las once Lee seguía sin aparecer, entonces me iría a casa. Soy de las que piensan que a partir de las dos de la madrugada nunca ocurre nada bueno y en un sitio como aquel no estaba de más adelantar el toque de queda unas pocas horas.

Para no dar al hombre que estaba a mi lado nuevas oportunidades de hablarme, cogí mi copa y me fui a dar una vuelta. En una habitación contigua al cuarto de baño accesible (¿sería el municipio de Westminster igual de estricto a este respecto en los clubes sexuales que en los Starbucks?), me encontré a dos hombres y una mujer haciendo un trío. Ese número de personas intentando darse placer las unas a las otras siempre me ha parecido excesivo. ¿Cómo vas a concentrarte en tu propio orgasmo cuando tienes que estar pendiente de si hay alguien desatendido? En aquel trío había una clara diferencia entre los grados de atractivo de los dos hombres, algo que supuse los implicados sabían, pero no podían reconocer explícitamente. Uno de los hombres lucía uno de esos cuerpos moldeados en el gimnasio, de esa manera vanidosa que sugiere que ha dedicado muchas horas a parecer fuerte pero probablemente no lo es tanto. Tenía aspecto de poder partir leña con sus propias manos, pero las pulcras uñas daban a entender que la mera idea lo horrorizaría. El otro tipo tenía bastante barriga y pelo en la espalda, algo que me niego a aceptar que pueda resultar atractivo a nadie hoy en día. El pelo para protegerse del frío ya no es un plus. Claro que lo peor de aquel tipo era el trasero, que tenía un grave problema de acné. Ni siquiera la iluminación clemente lo disimulaba. Ojalá tuviera yo la confianza en mí misma para ir a un club sexual con un culo lleno de granos. Lo digo en serio, aquello era la encarnación misma (y fea) del movimiento *body positive*.

Claro que a la mujer no parecía importarle demasiado. Por lo

menos el hombre se esforzaba, tenía la cabeza entre las piernas de ella, que, inclinada hacia atrás, daba servicio al guapo y falso musculitos. El efecto era un poco como de dominó, y las contorsiones sin duda estaban dando lumbalgia a la mujer. Saltaba a la vista que el hombre guapo disfrutaba de la parte exhibicionista, prácticamente lo vi flexionar sus músculos abdominales cuando me miró y me hizo un gesto para que me uniera. Se me escapó una risita, que hizo que la mujer levantara la vista y frunciera el ceño, y me sentí poco solidaria por interrumpir su momento de placer. Era imposible que aquellos tres pensaran que quería unirme a ellos. Era absurdo. Por otro lado, estaba con el abrigo puesto y mirando a tres desconocidos masturbándose entre sí, así que es posible que la ridícula fuera yo.

Salí de allí y volví al bar, donde el hombre de la chaqueta de cuero había encontrado a otra mujer a la que aburrir, y me pedí una copa.

Mientras esperaba a que me la sirvieran, se abrió la puerta y entró una mujer guapísima. La seguía Lee, con sus botas de cowboy y todo. Primero salté de alegría y luego se me cayó el alma a los pies. Porque Lee le puso una mano en la cintura a su acompañante y supe de inmediato que sería difícil quedarme a solas con él esa noche cuando aquella mujer, que claramente no era su esposa, acaparaba toda su atención. Incluso a mí me costaba trabajo mirar a otra parte. Lee tenía cincuenta y cuatro años. Por mucho que intentara quitarse algunos tiñéndose el pelo y yendo al gimnasio, la realidad era esa. Y la realidad se imponía aún más cuando lo veías al lado de aquella mujer, que era poco más que una niña. Una niña que me sacaba doce centímetros y que tenía unos labios que parecían esculpidos por los dioses, pero una niña al fin y al cabo. Siempre me ha asombrado que los hombres mayores se sientan cómodos mostrándose en público con mujeres tan jóvenes. ¿Es que no se dan cuenta de que la gente se ríe y hace apuestas sobre si la mujer es su hija o su amante? O, lo que es peor, pensamos que la chica va coaccionada, ya sea por el poder económico o por la manipulación emocional. Claro que yo soy mujer. Quizá otros hombres de edad similar los miren con una mezcla de envidia y admiración. Yo soy de las que a menudo piensan que es mejor no saber lo que pasa por la cabeza de un hombre. Si lo supiéramos, sospecho que dedicaríamos gran parte de nuestras vidas a despreciarlos profundamente.

La chica que tenía edad de ser hija de Lee le dijo alguna cosa y se dirigió hacia una puerta lateral. Lee se acercó al bar con el diminuto bolso de Chanel de la chica en su manaza, estrujándolo como si estuviera hecho de papel y no costara cerca de tres mil libras. Saltaba a la vista que estaba borracho, tenía los ojos algo vidriosos y la frente

brillante de sudor. Al verme me sonrió, reconoció mi cara. Se le daba bien saludar a las personas como si fueran amigas de toda la vida, era un engatusador redomado que jamás se acordaba de tu nombre pero te hacía sentir bienvenida y especial durante los quince segundos que te dedicaba antes de pasar a la siguiente persona.

—Hola de nuevo —dijo cuando llegó donde estaba yo y besó el aire junto a mi cabeza—. Pensaba que buscabas algo más extremo que este sitio.

—Y lo he encontrado —contesté—. He venido para invitarte a que vengas conmigo. Pero ya veo que estás acompañado.

Pareció algo desconcertado y a continuación miró el bolso que tenía en la mano.

—Ah, esta chica. Es una profesional, no sé si me entiendes.

Asentí con la cabeza, no quería entrar en detalles sobre si tenía la costumbre de contratar a una trabajadora sexual treinta años más joven que él, pero debió de pensar que no le había entendido a la primera, porque se inclinó hacia delante, sus manos resbalaron por la barra y terminó pegado a mi cara.

—Virginie es puta —susurró teatralmente echándome su aliento a whisky—. Una puta... maravilla.

Rio de su propio chiste y chasqueó los dedos mirando al camarero, quien entornó los ojos e hizo caso omiso de él.

—Entonces ¿vas a venir a conocer este sitio conmigo o prefieres seguir fanfarroneando sobre todas esas cosas perversas y retorcidas que te gustan y sin atreverte a probar nada que sea un poco distinto? Supongo que Virginie hará lo que tú quieras. Pero no lo encuentro muy sugerente. No te seguirá el rollo por que le vaya la marcha, sino para pagar el alquiler.

Lee rio de nuevo, pero estaba demasiado borracho y a mí no se me ocurría cómo lograr mi propósito antes de que volviera su acompañante.

—Todas las mujeres sois iguales. Presumís de que os va la marcha, pero luego nunca queréis hacer lo que necesito. Es más fácil pagar. A esta no tengo que persuadirla, lo hará si pago el precio que pide. Y eso que es bastante arisca.

—Bueno, pues no voy a perder más el tiempo. He encontrado un sitio que ofrece de todo sin hacer preguntas. Comparado con él, este parece una clase de yoga para amas de casa aburridas. No quiero ir sola, porque ¿dónde está la gracia entonces? Creo que podríamos pasarlo bien juntos. Si te cansas de pagar por horas y te apetece jugar con alguien que de verdad quiere darlo todo, llámame. —Sonreí al camarero, que enseguida se acercó a mí—. Siento que este señor haya

sido tan maleducado. Creo que se quiere disculpar. Sírvele, por favor, un whisky con hielo y tómate tú algo también. ¿Y me puedes prestar un boli? —El camarero me trajo un bolígrafo y escribí mi número de teléfono en una servilleta de papel, que le metí a Lee en el bolsillo de la chaqueta—. Acuérdate de sacarlo antes de que te lo encuentre la doncella. O, peor aún, tu mujer. Aunque dudo de que encontrarse el número de otra mujer la sorprenda a estas alturas.

Lee me miró y frunció el ceño.

—Eres una arpía, ¿lo sabes? —dijo pronunciando mucho las letras, como hacen los borrachos.

—Sí, lo sé —repuse antes de dar media vuelta para irme—. Pero eso es lo que buscas, ¿no, Lee?

Salí del bar y cogí un taxi. Sabía que me llamaría. Ahora solo tenía que completar los preparativos.

Prepararse para cometer un asesinato es algo raro. Me encantaría que existiera un grupo en internet donde pudieras intercambiar consejos y orientar a novatos sobre aspectos tales como cuáles son los guantes más prácticos o si un empujón escaleras abajo es un modo efectivo de matar. Algo tipo TodoMamas.com, pero para asesinos. En realidad, seguro que ya existe algo parecido en alguna parte de la red oscura, pero no pienso ponerme a investigar. Es una actividad solitaria y requiere mucha paciencia y bastante aprendizaje a base de prueba y error.

Para lo de Lee necesitaba hacer dos cosas. La primera ya la tenía encaminada: una visita al establecimiento de Mile End donde diría adiós a este mundo cruel. Después de conocer el sitio me convencí de que a su familia le produciría más vergüenza su ubicación que el hecho de que Lee muriera por autoasfixia. El local estaba en una bocacalle, debajo de un puente y con la puerta casi oculta por sus arcos. Dentro no había chicas glamurosas con carpeta, solo dos hombres con cara de pocos amigos detrás de una ventanilla, que me pidieron veinte libras, me requisaron el teléfono y me señalaron una escalera que conducía a un sótano. Dios mío, aquel lugar era perfecto. Oscuro, con suelos pegajosos y sin ventanas. Cuerpos apretados, música atronadora que casi amortiguaba los gemidos llegados de todas partes. No había una zona de bar donde intercambiar cortesías e iniciarte poco a poco en el libertinaje, aquel sitio rebosaba gente en diversos grados de desnudez. Y se entregaban al desenfreno con verdaderamente alegre abandono. En verdad era bastante genial. Personas de todo sexo y condición retorciéndose como si estuvieran en

una bacanal y no en un antiguo depósito de locomotoras. Me abrí paso entre el gentío preparada para defenderme de una mano juguetona o un abrazo, pero, para mi grata sorpresa, resultó que se respetaban las reglas del consentimiento. Yo no buscaba magreo, pero siempre es agradable que te pidan permiso antes.

Al igual que en otros clubes que había visitado, en la sala principal había unas puertas que daban a reservados y fui comprobando la idoneidad de cada uno de ellos. La mayoría eran pequeños y agobiantes, con rudimentaria decoración de variada temática. Una habitación tenía las paredes forradas de látex negro. En el centro de otra colgaba un enorme columpio cuyo límite de peso estaba siendo puesto a prueba por cuatro enérgicos cuerpos. Pero eran espacios demasiado amables, que no servían para mis propósitos. Seguí buscando. A medida que te alejabas de la sala principal, había menos gente. Entonces encontré el sitio perfecto. Una puerta pintada de negro brillante se abría a una habitación con aspecto de antiguo almacén. Sujetos a la pared de ladrillo había grandes ganchos plateados de los que colgaban cuerdas. Cuando los miré despacio comprobé que formaban la silueta de una persona y que otro gancho colgaba prometedoramente del techo. Pegada a una de las paredes había una silla metálica. Me senté en ella y estuve un rato estudiando la habitación. Puesto que en el club no estaba permitido hacer fotos, necesitaba memorizar cada detalle. La silla era crucial para el plan, así que confié en que nadie se la llevara. Tener que salir a buscar otra sin duda le cortaría el rollo a Lee.

Entonces alguien empujó un poco la puerta y dije con voz firme: «Esto es una sesión privada». La puerta se cerró. Qué personas tan educadas había en aquel antro de perdición. Ese respeto a las reglas típicamente británico. Tampoco tendría demasiada importancia si nos interrumpían, porque desde fuera parecería una simple sesión de BDSM, pero aun así confié en que tuviéramos suerte.

Lo segundo que tenía que hacer era practicar. Al fin y al cabo, la práctica hace al maestro.

Del atento estudio de un viejo tratado titulado *25 nudos que debe usted aprender* —descubierto por una feliz casualidad mientras curioseaba en una librería de viejo—, aprendí que, cuantos más nudos hagas a una cuerda, más la debilitas. De manera que hay que hacer solo uno y resistente. Que Dios me ayude, pero aquello me resultó fascinante. Decidí que el nudo que más me convenía era el llamado de horca. No creo que haga falta explicar de dónde toma dicho nudo su nombre. Parecía un lazo corredizo bastante complicado de hacer, y mi explicación será sin duda insuficiente, pero, si mal no recuerdo, era

algo así: das una vuelta con la cuerda y pasas uno de los extremos por el agujero varias veces antes de unirlo al otro. Hacían falta tres lazos flojos, que se apretaban al final. Esto tuve que practicarlo varias veces para que me saliera a la perfección, porque tenía que hacerse antes de atarlo al gancho. Me pasé un domingo entero ensayando y viví varias horas de desesperación hasta que me salió a la primera. E incluso entonces tardé más de tres minutos enteros y con concentración plena. Cuando llegara el día, no podría tardar tres minutos en hacer un nudo, resultaría demasiado siniestro incluso para un hombre que participaba en aquello de manera voluntaria. Una hora después, logré reducir el tiempo a cuarenta y cinco segundos, lo que me pareció aceptable.

El otro consejo fundamental que saqué de *25 nudos que debe usted aprender* fue que una cuerda usada para sujetar un objeto que cae tiene que poder soportar el equivalente a varias veces el peso de dicho objeto. Por este motivo me decidí por una cuerda de nailon de diez centímetros de grosor. Me salió un poco cara, pero la tranquilidad no tiene precio.

Cuando las mujeres se preparan para dar a luz, hacen una maleta y la dejan en el recibidor. Yo hice algo parecido mientras esperaba a que Lee se pusiera en contacto. Tenía una bolsa de lona de Celine de tamaño mediano y un precioso color marrón chocolate que me pareció perfecta para la misión, dado que era espaciosa y no demasiado llamativa. Como todo lo de Celine. Dentro guardé la cuerda, unos guantes que confié en que no parecieran de asesino de callejón y sí de esclava de la moda, un sombrero de lana de ala ancha que me daba un ligero aspecto de detective de tebeo y unas toallitas desinfectantes. Preparar una bolsa sin tener aún una fecha concreta se antojaba una precaución innecesaria, pero estaba llegando a un punto, como siempre que un asesinato era inminente, en que me encontraba impaciente y agitada.

Pasé diez días caminando sin rumbo por Londres, cruzando puentes y subiendo cuestas en un intento por liberar un poco de energía nerviosa. Una noche fui con Jimmy al pub, donde se rio de mí varias veces por quedarme mirando a las musarañas. Le dije que estaba esperando la llamada de un hombre, lo que no era del todo mentira. Me acostumbré a poner el teléfono en modo avión durante varias horas seguidas para no mirarlo cada dos por tres en busca de mensajes nuevos. Aquello empezó a parecerse a una tortura. Hasta que, un viernes por la mañana, al despertar, me encontré un mensaje de mi tito. Lo había enviado a las 3.48 de la madrugada y decía solo: «Vale, doña sabionda, estoy aburrido. Quedamos?».

Me senté en la cama como un resorte y lo releí. Luego dejé el

teléfono y me di una larga ducha, hice cien sentadillas y preparé café. Solo entonces cogí el móvil para contestar. Después de escribir el mensaje, decidí que era demasiado temprano para enviarlo. Supuse que Lee estaría todavía dormido y no quería parecer ansiosa. Por fin, a la hora de comer, cuando salí de la oficina y tuve espacio para pensar, releí mi respuesta y le di a enviar.

«Te prometo que con lo que tengo pensado no te vas a aburrir. Nos vemos el sábado en la estación de metro de Mile End, a medianoche. Mándame un mensaje cuando llegues. No te retrases».

Dos horas después, recibí un mensaje que decía: «He tenido que buscarlo en el mapa. Espero que merezca la pena. Nos vemos allí».

Aquel viernes tenía una cita con un hombre, pero la cancelé. Es probable que me hubiese calmado los nervios, pero necesitaba conservarlos. Quería sentir tensión. Estaba aburrida de esperar a que aquellas personas se adecuaran a mis planes. La fase inmediatamente anterior era la mejor parte, saber que pronto habría caído otro más, ver menguar la lista, estar atenta a posibles reacciones de la familia. La euforia podía durarme días. Por supuesto, mezclada con una punzada de miedo de que el plan no funcionara, de que tuviera que empezar desde el principio. Pero eso precisamente lo hacía tan adictivo. Si salía bien, siempre podría concertar una nueva cita. Aunque era improbable, el tío parecía algo ñoño. Cuando le cancelé, me mandó un mensaje diciendo que le daba mucha pena no verme y añadió un emoji lloroso.

El sábado corrí de Shadwell a Battersea y de vuelta a San Pablo, en lo que, según mi app, fue la carrera de quince kilómetros más rápida que había hecho nunca. Como estaba algo cansada, me senté en las escaleras de la catedral a mirar a los turistas. Otro corredor me imitó, se sentó a unos cuantos escalones de mí y empezó a estirar las piernas. Me sonrió y le devolví la sonrisa de forma involuntaria. Era guapo, de una manera algo rústica, pero algo en su mirada sugería que era más interesante de lo que su apariencia pija daba a entender. Me di cuenta de que seguía allí por mí y cuando comprendí, molesta, que se disponía a decirme algo, me levanté y me metí en el metro. Qué pena, la verdad. El chico prometía no estar del todo mal, pero yo no tenía ni tiempo ni energía para quedarme a ligar en la soleada escalinata de una iglesia. No era el día para algo así. En realidad para mí ninguno lo era. Como mucho, habríamos follado una o dos veces y luego, en algún momento, me habría pedido que fuera a Putney después del rugby a conocer a sus amigos y yo habría tenido que borrarlo de mis contactos. Mejor evitarme ese suplicio desde ya.

Cuando faltan quince minutos para medianoche, me ciño bien el abrigo al cuerpo y rescato mi sombrero de la bolsa de suministros. Por suerte tengo una cabeza a la que favorecen los sombreros. Eso se tiene o no se tiene; si te queda mal un sombrero, te quedan mal todos. Hay demasiadas mujeres que se creen favorecidas con un gorro de lana con pompón. No lo están. Un gorro con pompón no transmite más que el deseo desesperado de parecer adorable con un gorro con pompón. Odios aparte, a mí los sombreros me quedan fenomenal y me aportan una muy deseable capa de anonimato añadido. La excelente tienda de pelucas de Finsbury Park me ha sido de gran ayuda y esta noche soy una arrebatadora *femme fatale* de pelo negro azabache. Tengo el convencimiento de que nadie va a dedicar demasiado tiempo a investigar a posibles sospechosos en relación con la muerte de Lee, pero tampoco quiero ser vista entrando en el lugar de los hechos cogida de su brazo. El sombrero y la peluca son una buena medida de precaución.

Aguardo su mensaje en un pub cercano (juro que es el primero y el único pub del este de Londres al que la gentrificación no ha tocado ni de lejos, con lo refrescante que es no ver la cabeza de un pobre venado en la pared o un montón de manoseados juegos de mesa en un rincón), medio esperando que se haya olvidado o haya encontrado un plan mejor. Pero cuando pasan cinco minutos de la medianoche, me escribe diciendo que está a la entrada de la estación.

«Genial. Nos vemos en Bushell Street», le contesto. Dos minutos después, un Mercedes cuatro por cuatro negro se detiene junto a la acera. Vaya por Dios, en esa monstruosidad va a ser imposible pasar desapercibidos.

El chófer abre la puerta y sale Lee. Va enfundado en un enorme abrigo de borreguillo con un gran dragón bordado en la espalda. Sus botas negras de cowboy tienen efecto piel de serpiente, está claro que ha elegido estrenar su par más elegante esta noche. Me busca con la mirada y dejo que dude un minuto, escondida en un portal a pocos metros. Está fuera de su territorio habitual y se siente vulnerable. Quiero que así sea. Quiero que entienda que aquí mando yo. Que soy yo la que da las órdenes. De manera que me demoro unos segundos y él parece cada vez más inseguro, preguntándose si le han dado plantón o algo peor: si le han tendido una trampa. Me doy cuenta de que está considerando refugiarse en el coche y echar el pestillo. Justo antes de que eche a correr, salgo del portal y silbo bajito, como si llamara a un perro que se ha perdido.

Lee me mira y sonríe aliviado. Viene hacia mí con el brazo extendido, me coge la mano y la besa.

—Menos mal, este sitio es un estercolero y pensaba que había hecho un viaje en balde. —Retiro la mano lo más amablemente que puedo y me obligo a devolverle la sonrisa—. Bonito pelo, te sienta bien. Pareces más joven. Sube al coche, no nos conviene andar por aquí, cariño. Llevo un Patek Philippe que cuesta más que una casa en este barrio.

Le digo que el sitio está a pocos minutos andando y me burlo un pelín de él por ser tan cobarde. Su ceño fruncido me deja ver que no le hace demasiada gracia, pero le da una orden con una seña al chófer y el coche se va.

—¿Cómo funciona esto del chófer? —pregunto cuando echamos a andar—. ¿Te espera cada vez que te deja en alguna parte o le pagas por horas y entonces te toca coger el autobús nocturno como al resto de los mortales?

La pregunta le hace echar la cabeza atrás y reír a carcajadas. Qué fácil es hacer reír a Lee. Basta un comentario sobre lo rico que es. Supongo que el concepto de autobús nocturno puede ser divertido si no tienes que cogerlo nunca.

—Mi chófer, Ke, trabaja para mí las veinticuatro horas. Soy un hombre ocupado y, como se suele decir, el tiempo es oro. Puede llevarme a cualquier sitio en veinte minutos y, con lo que le pago, puede pasarse días esperándome en el coche. Si te portas bien, después te llevamos a tu casa.

Por suerte no tengo intención alguna de portarme bien, así que la oferta de llevarme a casa se quedará sin aprovechar. Doblamos la esquina y llegamos al arco que señala la entrada de nuestro destino final. Bueno, el de Lee.

—¡Tachán! —digo y extiendo las manos.

Lee parece un poco horrorizado y se detiene en seco.

—Déjate de bromas, bonita. ¿Se puede saber qué es esto? ¿Un túnel o algo así?

Pongo los ojos en blanco y le hago una seña para que se dé prisa.

—Mira, ya sé que no estás acostumbrado a clubes sin mayordomos, pero también estás, tú mismo lo has dicho, aburrido. Este sitio te va a poner la carne de gallina, pero te garantizo que al final te gustará. Tú pruébalo, joder. Además, tienes a tu chófer de toda la vida esperando a la vuelta de la esquina por si te entran ganas de volver corriendo a Chelsea.

—Más te vale que sea tan emocionante como dices —murmura mientras me sigue escaleras abajo hacia la entrada.

Para mi alivio, el local está abarrotado. En la barra hay tres hileras de cola y mientras esperamos para pedir una copa hay personas que

ya se están desnudando. Me quito el sombrero y me toco con disimulo el arranque de la peluca para comprobar que no se me ha movido. Lee se ha animado muchísimo en cuestión de segundos y está observando a la gente. Puede que no esté acostumbrado a un sitio así, pero reconoce el desenfreno cuando lo ve. Lleva el abrigo doblado en el brazo (se ha negado a dejarlo en el guardarropa diciéndole medio en broma a la sosa encargada que era de Gucci y hecho a medida y que no podía confiárselo) y está muy recto, metiendo un poco el estómago. Por mucho que vayan al gimnasio, los hombres mayores de cincuenta siempre tienen algo de grasa en el abdomen. Un pequeño recordatorio de que están perdiendo su juventud cada vez que bajan la cabeza para mirarse la polla. Lo veo entornar los ojos mientras inspecciona la sala, en busca de cuerpos que explorar. Si lo dejara solo ahora mismo, casi ni se daría cuenta. Pido dos vodkas dobles y le guío hacia el centro del local. Ya tenía decidido dejar que juegue un rato. Que disfrute de su última cena, no hay prisa alguna.

—La sala principal es muy sosa —le digo y señalo una puerta lateral—. Vamos a ver las zonas privadas.

El hombre no puede mostrarse más dispuesto, prácticamente me empuja. La primera habitación en la que entramos tiene una pared llena de *glory holes* y Lee hace una mueca y me saca de allí.

—Ver a mujeres chupar pollas que no son la mía no me pone, la verdad.

Reprimo el impulso de insultarlo con violencia y pasamos a la siguiente habitación, que le gusta más. Hay un simulacro de jaula de la cual tres mujeres fingen intentar salir para mi gusto con demasiados aspavientos mientras un hombre desnudo las provoca desde fuera. Le grito a Lee que necesito ir al baño y lo dejo solo. Apenas se vuelve a mirarme, ya está pasando por encima de las barras y diciendo algo a una de las mujeres. Espero quince minutos, los suficientes para que le dé tiempo a alguna asquerosidad, y, aun así, vuelvo preparada para lo peor. Pero cuando entro en la habitación, Lee ha desaparecido y hay otras personas jugando a los prisioneros sexis. Reprimo una leve punzada de pánico y corro al cuarto siguiente, donde me lo encuentro tumbado boca abajo en una mesa mientras una mujer con pasamontañas lo azota con un látigo. Lee tiene los vaqueros enrollados alrededor de los tobillos, supongo que porque no ha querido quitarse las botas, y la camisa negra subida hasta las axilas. La estampa es tan absurda que casi me da pena y tengo que reprimir una carcajada. Lee tiene la cabeza vuelta hacia mí pero con los ojos cerrados y expresión de felicidad absoluta, así que no interrumpo. Me limito a observar con leve indiferencia a mi tío siendo azotado por una mujer que parece

una ladrona de bancos de una película porno de bajo presupuesto. Ay, mamá, si me vieras ahora.

Al cabo de un rato entran más personas en la habitación y surge una sutil tensión. Salta a la vista que empieza a haber cola para el potro de tortura y un hombre tose con disimulo para hacérselo saber a Lee. Hacer cola. Es un hábito tan consustancial a su naturaleza que ningún británico puede resistirse a él. Lee levanta la cabeza y gruñe cuando cae en la cuenta de que los latigazos se han interrumpido y, de mala gana, se sube los pantalones. El hombre que se había impacientado se tumba en la mesa y espera ansioso. Observo que entre un ocupante y otro no se desinfectan las superficies.

—¿Y ahora qué? —me pregunta Lee mientras se estira la camisa, coge su abrigo y me quita la bebida de la mano—. Este sitio es una barbaridad, tenías razón. Voy a pasarme semanas pendiente de que mi mujer no me vea las marcas. Aunque tampoco es que vaya a fijarse mucho. Últimamente no le interesa casi nada que no sean telas de cortina o recaudar dinero para almas cándidas.

¿Es esto una referencia indirecta a la muerte de su hijo? Yo no le había mencionado nada a Lee, por supuesto, y, a decir verdad, desde que empecé a acercarme a él, me había costado relacionar a este hombre con Andrew. Si Lara había sentido la pérdida de su hijo profunda y dolorosamente, Lee no parecía haberse enterado. Por supuesto cada persona afronta el duelo a su manera, y yo había pensado que aquellas escapadas nocturnas podían ser la de Lee, pero viéndolo ahora me parece improbable. De pronto siento furia por cómo Lee parece haber borrado a Andrew de su vida. Es una furia irracional, dado que yo soy la causante de que eso sucediera. Pero su padre es él, y el escaso tiempo que tuve para conocer a mi primo me bastó para darme cuenta de hasta qué punto le había perjudicado su familia.

—¿Tienes hijos? —le pregunto cuando entramos en una habitación donde una mujer camina sobre la espalda de un hombre con tacones peligrosamente afilados (muchos de los reservados contienen mujeres humillando a parejas del sexo masculino).

—¡Juego privado! —nos ladra la mujer mientras continúa hundiendo un zapato en la nalga del hombre, y salimos muertos de la risa en dirección a la habitación que he elegido para nosotros.

—No —dice Lee—. Tuvimos dos. Una murió de bebé, pobre cabronceta, y el otro no hace mucho. Pero no quería saber nada de nosotros. Pensaba que éramos malvados solo por tener dinero. Lo que no le impidió disfrutar de él durante un tiempo. Mi mujer no lo lleva bien, pero hay que tirar para adelante, por muy hecho polvo que estés,

¿no? Ella usa lo ocurrido como excusa para huir de todo y yo en cambio he seguido con mi vida.

Llegamos a la puerta de «nuestra» habitación y me detengo, no sé qué decirle a un hombre que ha despachado la pérdida de un hijo en solo tres frases. Desde luego, no hay duda de que Lee y Simon son hermanos.

—Y aquí ¿qué hay? ¿Por fin va a empezar la diversión?

Sonríe y empuja la puerta. La verdad es que me he arriesgado de la hostia. De haber sido Lee un pelín menos monstruoso, mi pregunta sobre los hijos podría haberlo disgustado demasiado para disfrutar de lo que le había preparado y entonces yo habría perdido mi oportunidad, es posible que para siempre. Tengo suerte de haber dado con un hombre capaz de hablar de su hijo muerto y al momento siguiente seguir buscando su propio placer. La habitación está vacía, probablemente solo porque es la más distante del bar. Lee enciende la luz y veo que la silla sigue en su sitio. Respiro despacio por la nariz y dejo la bolsa en el suelo. Me pongo los guantes en lo que sé que es un gesto autoritario y digo:

—Esta es mi habitación ahora. Vas a hacer lo que yo quiera, ¿a que sí? —Lee sonríe de nuevo—. Aunque en realidad no es una pregunta. Vas a hacer lo que yo te diga ahora mismo.

Lee simula un saludo militar y lo miro sin pestañear hasta que baja el brazo.

—Desnúdate —digo. Saco la cuerda de la bolsa y empiezo a hacer el nudo. Él obedece y, como era de esperar, tiene dificultades para quitarse las botas. Mientras está en ello, termino el lazo y me aseguro de que queda bien hecho. A continuación uso una cuerda más pequeña para atarle las muñecas sin apretar demasiado; creer que las ataduras pueden soltarse fácilmente le dará una falsa sensación de seguridad—. Súbete a la silla y déjame verte bien.

Lee se ha metido en el papel que quiere interpretar y obedece de inmediato. Le meto la cuerda anudada en la boca y camino a su alrededor. En uno de los bíceps lleva tatuada una telaraña de gran tamaño. Leo unas iniciales en uno de los lados del brazo: K. A. Su madre. Si mi madre se horrorizaría al verme ahora, no quiero ni pensar en cómo se sentiría Kathleen. Compruebo que Lee tiene los glúteos sorprendentemente firmes, con profundas marcas de bronceado que solo pueden ser resultado de muchas sesiones de rayos UVA. Me obligo a mirarle el pene, erguido de expectación. No mirarlo habría sido signo de debilidad. Le saco la cuerda de la boca y se la pongo en las manos.

—¿Palabra de seguridad?

Vuelve a sonreír y me dice que le gusta «Barbados», lo que me parece estupendo porque no tengo intención de respetarla.

—Podrías ganarte la vida haciendo esto. Físicamente no das el tipo, pero cuidas mucho los detalles —dice mirándome.

Hago caso omiso y le paso la soga por el cuello.

—Te voy a atar a este gancho y te vas a masturbar mientras lo voy apretando. Yo controlaré la intensidad y te miraré mientras te acercas al orgasmo. Te vas a retorcer y sacudir, pero vas a seguir tocándote. No me hagas perder tiempo quedándote a medias. Y, cuando hayas terminado, será mi turno.

Ato uno de los extremos de la cuerda al gancho con otro nudo y me concedo un momento para felicitarme mentalmente por mi destreza. Cojo los extremos de ambas cuerdas y comienzo a apretar la soga, tirando con suavidad. Lee empieza a acariciarse con los ojos cerrados y jadeando. Tiro más fuerte y entonces abre los ojos, pero le ordeno cerrarlos con un bramido. Dejo la mano quieta para que se acostumbre a la presión, mientras el cuello se le hincha un poco y la cara se le va poniendo colorada debajo del bronceado artificial. Pasados treinta segundos, empieza a gemir y le ordeno que se masturbe más fuerte. Entonces me acerco mucho a su cara sonrojada y doy una patada a la silla. Mi nudo aguanta y Lee empieza a patalear frenéticamente; tanto se retuerce y menea que tengo que darme prisa en apartarme de él. Tiene las manos en el cuello, agarrando la cuerda, pero me coloco a su espalda y tiro de ella hasta que la suelta. Es importante no dejar marcas. La cosa no dura mucho. Es rápida, pero angustiosa. Para él, pero también para mí, porque he de estar pendiente de la puerta. Lee tiene los ojos desorbitados y la lengua le cuelga hinchada entre los labios mientras intenta desesperadamente coger aire. Por un momento considero decirle quién soy, pero me da pereza. Lee nunca me ha importado. Matarlo es solo un medio para un fin más importante y no se merece una explicación. Transcurridos cuarenta segundos está inconsciente y, a continuación, muerto. Miro la hora y compruebo que todo ha llevado menos de cuatro minutos, tal y como Deirdre, la socorrista de Peckham, tuvo a bien informarnos. *Voilà!* Un hombre bastante asqueroso muere de forma bastante asquerosa también. Un suceso nada trascendental. Excepto para él, supongo.

Una vez estoy segura de que ha muerto, me doy prisa. De haber entrado alguien durante nuestro jueguecito, le habría dicho que aquella sala era solo para parejas y se habría ido sin problema. Pero esta escena es más difícil de explicar. Le desato las manos a Lee y las desinfecto con toallitas antibacterianas. Acerco un poco la silla para que parezca que le ha dado la patada él mismo y guardo con cuidado

mis cosas, dejando solo la cuerda alrededor del cuello de Lee. Yo la he tocado con guantes y él la tuvo entre las manos durante un minuto más o menos, así que con un poco de suerte no pasará nada. Me cuelgo la bolsa del hombro y miro por última vez al hombre a mi espalda, que ahora cuelga inerte. Es una pena que no dejen entrar aquí con móviles, una última foto de recuerdo del tito Lee habría estado bien. Claro que no para enmarcar; su aspecto es bastante grotesco. Cierro la puerta y salgo al pasillo, donde cada vez hay más personas, besándose, coqueteando. Un hombre alto con máscara animal está recostado contra la pared y me mira de arriba abajo cuando paso delante de él, busca mi mano y me roza los dedos. No me detengo y me pregunto quién de estos desconocidos calenturientos encontrará a Lee. ¿Será esa chica con pantalones sin tela en el culo, o quizá la pareja con antifaces baratos que bien podrían haber echado unas horas más en el gimnasio antes de ponerse ese látex tan poco favorecedor? Ahora todo depende de los dioses, pero deseo con toda mi alma que, sea quien sea quien lo encuentre, tenga la visión de futuro suficiente para contarlo a la prensa sensacionalista. Me calo bien el sombrero, paso por el guardarropa para recoger mi teléfono y salgo a la noche.

Si bien el asesinato de Lee fue el que más trabajo me dio de todos, los días posteriores resultaron una delicia. Aunque hacer tiempo en bares pijos y tener que mirar a desconocidos desnudos humillándose voluntariamente me resultó una tortura, la cobertura mediática de su muerte me compensó con creces. La noticia saltó el lunes por la mañana, justo cuando me disponía a ir a trabajar. «Hermano de un magnate muere al llevar demasiado lejos un juego sexual», tituló el *Daily Mail*. «Miembro del clan Artemis aficionado al BDSM hallado muerto en mazmorra sexual», es como enfocó el *Mirror* la noticia. Ni siquiera *The Guardian* se pudo resistir, aunque a su titular le faltaba garra: «Hermano de empresario muere en accidente» maquillaba un poco la noticia, en mi opinión. Aun así, me gustó que hablaran de «accidente», algo que parecían subrayar todos los periódicos. Se veía la mano de la familia Artemis, cuyo portavoz se había apresurado a calificar lo ocurrido de trágico accidente y había intentado sin éxito enmascarar el hecho de que el hermano del multimillonario hubiera aparecido muerto en un club sexual de Mile End. «No tiene explicación alguna —declaraba un amigo de la familia cuyo nombre no constaba—. Lee era un hombre felizmente casado al que nada gustaba más que pasar los fines de semana en el campo con su círculo

cercano. Supongo que seguía en pleno duelo por la devastadora muerte de su hijo Andrew. Nunca sabremos lo que una pérdida así puede hacer a una persona». Muy inteligente, pensé. Es difícil ser demasiado crítico con alguien una vez se ha sacado a relucir la muerte de su hijo.

El asunto fue noticia durante unos pocos días, pero la maquinaria de la familia funcionó a pleno rendimiento, acallando a cualquiera que pudiera hacer declaraciones, y el informe forense tampoco dio mucho de sí. Me arrepentí un poco de no haber adornado algo más la escena. Una naranja en la boca o un bonito par de zapatos de tacón habrían garantizado una mayor cobertura mediática, pero mi sentido común había terminado por imponerse. No tenía necesidad de ponerme chula. Quería a Lee muerto y quería que su muerte fuera algo sobre lo que la familia deseara correr un tupido velo. Durante las semanas siguientes pensé a menudo en Lara. Me pregunté si estaría secretamente —o quizá no tan secretamente— aliviada. La pérdida de su hijo tenía que haber sido un golpe durísimo. Pero es probable que la pérdida de un marido mujeriego e inmaduro que la había tratado con crueldad durante décadas fuera un regalo. Quizá ahora podría distanciarse por completo de la familia Artemis y hacer realidad las aspiraciones que había tenido antes de entrar en contacto con todos sus miembros. Imaginaba un futuro para ella, lo que resultaba extraño, dado que seguía en mi lista. Pero, cuantas más vueltas le daba, más me desalentaba la tarea. En muchos sentidos, Lara me parecía tan víctima como mi madre, con su existencia engullida por un hombre egoísta y desconsiderado al que no le importaba su felicidad si no pasaba por la suya propia. Y, desde un punto de vista práctico, sin duda existía un acuerdo prematrimonial blindado por el que Lara renunciaría a cualquier derecho sobre la fortuna de Simon, lo que quería decir que no suponía una amenaza para mi gratificación final.

Tomé la decisión el día del funeral, que iba a celebrarse en la intimidad pero terminó en circo, con asistencia de famosillos, alguna que otra cara del mundo de la moda y una legión de fornidos empresarios deseosos de ser vistos presentando sus respetos en la iglesia de Saint Peter, en Kensington. No estoy segura de cuánto respeto sentían en realidad, pero tampoco era lo que los había llevado allí. Leí la noticia en el periódico de la mañana siguiente; me había tomado una hora para almorzar diciendo que tenía dentista y había cogido el metro hasta la iglesia, para ver si conseguía colarme. Resultó que era facilísimo. Los hombres con camisetas polo negra y auriculares que hacían guardia en la puerta no pusieron pegas a una

mujer joven elegantemente vestida de negro que entró con determinación detrás de una mujer con abrigo de pieles y unos diamantes que incluso Joan Collins habría encontrado vulgares.

Me senté al fondo, por supuesto, y me puse a leer el programa con la cabeza gacha mientras entraban los invitados. De cuando en cuando paseaba la vista y vi a Janine y a Bryony sentadas en primera fila. Bryony miraba su teléfono disimuladamente mientras Janine hablaba con un hombre canoso vestido con traje azul de raya diplomática sentado a su izquierda. Cuando giró la cabeza y vio lo que hacía su hija, le cogió el teléfono y se lo guardó en el bolso mientras le decía algo con la boca fruncida. Janine estaba despampanante. Llevaba el pelo tan perfectamente peinado que apenas se le movió cuando volvió la cabeza, con las brillantes mechas color caramelo sujetas detrás de las orejas, que llevaba adornadas con unas esmeraldas tamaño adoquín. Vestía una blusa de seda color crema, que no logré ver lo bastante bien para poder juzgar, y tenía las uñas pintadas de rojo intenso. El dinero que había gastado en su aspecto era patente de una manera que sin duda ella consideraba sutil, pero que era imposible no detectar. Claro que su atuendo solo contaba parte de la historia. Incluso desde los últimos bancos, los efectos del bisturí eran visibles en cada una de sus facciones. La nariz no estaba mal, se la había operado muchos años atrás, cuando estaba de moda eliminar cualquier atisbo de personalidad y dejar un apéndice chato e infantil. Pero en lo demás no había sutileza alguna, la piel tensada sobre los pómulos le hacía los ojos pequeños y furiosos. Los labios estaban tan hinchados que no podía cerrar la boca del todo. Y su piel tenía un brillo ceroso, como si llevara una máscara de su cara encima de la cara. El efecto general era grotesco. Un rostro que solo podía parecer normal si todas las demás personas lo tenían también. De manera que vivir en Mónaco era una buena idea. Pero en la luz que entraba a raudales por las hermosas vidrieras antiguas de la iglesia daba un poco de miedo.

La ceremonia empezó muy tarde, algo apropiado quizá para un hombre que nunca había necesitado ser puntual. Los últimos en llegar fueron Lara, Simon y un hombre al que no reconocí y que le cogió el brazo y acarició el hombro a Lara en un gesto de ánimo cuando entraron en la iglesia. Simon frunció levemente el ceño y los siguió hasta el altar, donde los esperaba un vicario inesperadamente joven.

Lara no respondía en absoluto a la imagen de mujer rota que me había descrito Lee. Caminaba con la espalda recta, en un traje pantalón color vino y unos zapatos rosa chillón por cuya procedencia, en otro contexto, yo habría estado tentada de preguntar. El hombre

que la acompañaba hacia el altar era casi lo contrario de su marido. Alto, delgado, con un traje gris oscuro bien cortado aunque algo arrugado y zapatos caros. Pelo castaño moteado de gris y gafitas con montura de carey. Tenía pinta de profesor universitario en una habitación llena de tiburones.

El servicio religioso fue aburrido, tradicional, con himnos y lecturas y todo ese rollo. El féretro estaba en la parte delantera, envuelto en una tela de seda dorada, y quienes salieron a hablar se colocaron junto a él y dijeron que Lee había sido un hombre carismático, el alma de la fiesta. Todo eran lugares comunes, nadie habló de sus cualidades como persona. Cuando se hubieron cantado todos los himnos, el vicario se dispuso a dirigirse por última vez a los presentes, pero entonces se interrumpió y alargué el cuello para ver qué pasaba. Lara se había puesto de pie, dicho unas palabras al pastor y caminado hasta el féretro. El vicario se sentó y hubo un momento de silencio mientras esperábamos a que Lara hablara. Esta se alisó los pantalones con las manos, parecía algo incómoda, entendí que aquello no estaba planeado y comprobé de nuevo el programa de mano en busca de una mención a la desconsolada viuda. No la había. Caramba, caramba.

—Gracias a todos por venir —dijo Lara en voz queda—. A mi marido le habría encantado oír a tantas personas decir que era fantástico. —Hubo risas ahogadas—. Aunque lo cierto es que no lo era, ¿verdad? Sí, le encantaba salir de noche. De hecho salía muchas noches. Todas. Pero, se mire como se mire, no era una buena persona. A vosotros os caía bien porque pagaba la cuenta al final de una noche de fiesta, o porque invertía en vuestras empresas, os llevaba de vacaciones, quizá incluso por la posibilidad de que hiciera alguna de esas cosas. Pero a mí me tocó vivir con él y soportar su egoísmo y su falta de respeto. A diario. Durante años. —Miró el féretro junto a ella—. Cuando nos conocimos, yo era muy joven. Demasiado, en realidad. Y él era encantador, pero eso vosotros ya lo sabéis, ¿verdad? Lo encantador que sabía ser. Lo fácil que resultaba pasar por alto sus peores instintos. Claro que, sin que nadie lo obligara a controlarlos, crecieron más y más, ¿no? Cuando murió nuestra hija, la reacción de Lee fue encadenar tres días de juerga para después volver a casa colocado y en compañía de una chica letona de diecinueve años vestida con shorts y pedirle a nuestra ama de llaves que les preparara el desayuno. Yo achaqué su conducta al dolor, por estúpido que suene. Pero cuando, años más tarde, murió nuestro hijo, hizo algo similar. Desde luego, coherencia no le faltaba. Resulta que era una persona cruel y sin corazón con una buena fachada. Claro que, en cierto modo,

yo fui peor. Porque seguí a su lado y toleré su comportamiento. Y ahora se ha matado él solo. Ha muerto buscando su propio placer, que es lo que hacía siempre. Y no puedo quedarme callada escuchándoos reescribir por completo su vida. Ya no podéis sacar nada de él, así que parad. Parad.

Lara se estremeció ligeramente, creo que por efecto de la adrenalina, no de la tristeza. Los presentes inclinaban la cabeza y se mordían los labios. La incomodidad era total. Fue maravilloso. El hombre alto de gafas se levantó, cogió a Lara de la mano y juntos recorrieron el pasillo y salieron de la iglesia. Yo habría aplaudido, de verdad os lo digo. Pero lo que hice fue seguirlos mientras el vicario se ponía de pie y trataba de reconducir la situación como fuera. En la calle, Lara se había fundido en un abrazo con el tipo con pinta de profesor. Lo oí llenarla de cumplidos mientras le acariciaba el pelo y le besaba la mejilla. Ella levantó la vista y le sonrió llorosa, antes de que bajaran las escaleras y se subieran a un Mercedes que los estaba esperando. Fue entonces cuando supe, mientras miraba el coche alejarse, que la dejaría en paz. Bastante le habían quitado ya. Lee y yo también. Las mujeres que habían terminado atrapadas en la redes de esta familia no eran mi objetivo principal. Al fin y al cabo, mi madre había sido una de ellas. Puede que nunca lo sepa, pero aquel día Lara salvó su vida.

9

Oscar Wilde escribió *De profundis* en los últimos tres meses de los dos años que pasó en la cárcel. Es una obra muy elogiada, una (suerte de) carta de amor a lord Alfred Douglas en la que alternativamente ataca y ensalza a su destinatario. Es Oscar Wilde, así que seguro que el libro tiene sus virtudes (la frase que se supone pronunció en su lecho de muerte: «Este papel pintado y yo sostenemos un duelo a muerte. O se va él o me voy yo», es innegablemente buena), pero también era un hombre blanco con estudios, de manera que partía con ventaja para llegar a ser un genio.

Wilde dormía en una celda minúscula sobre una cama sin colchón. Cada día le permitían salir una hora para hacer ejercicio y siempre estaba hambriento. A decir de quienes lo conocieron, la cárcel lo destruyó. Murió tres años después de salir.

Sé que es fácil imaginarme a mí en una cómoda litera, entretenida con la consola de juegos que, según se empeñan en contar los tabloides, recibe cada recluso nada más entrar en prisión. O con una sudadera calentita y viendo Netflix en un televisor de pantalla plana mientras me como la chocolatina Mars que he comprado con mi paga semanal en la tienda de chucherías. Son muchas las personas que se consideran liberales, de mentalidad abierta, progresistas. De esas que incluso debaten durante una cena las bondades de no castigar a los presos y en su lugar educarlos para que se reformen, que hacen vagas alusiones al modelo penitenciario nórdico sin saber en qué consiste. Pero en su fuero interno, en esa parte de su cerebro que ni siquiera admiten tener, siguen pensando que los que terminamos entre rejas somos escoria, aunque pronunciar en voz alta esa palabra les produzca escalofríos. Es así. Es la clase de personas que se apiadan en secreto de las mujeres que llevan hiyab y que dan un rodeo si se cruzan con un bull terrier en el parque. Hacen donaciones a Amnistía Internacional y nunca le dicen a nadie que se alegran de que los muros de las prisiones sean sólidos y altos, o que hicieron un minúsculo e hipócrita gesto de satisfacción cuando leyeron que el gobierno *tory* había votado por ampliar las penas de cárcel para delincuentes sin antecedentes.

Y lo peor es que no se equivocan del todo. Los prisioneros son escoria. Al menos es lo que me dice mi experiencia en este lugar. A

estas mujeres les faltan unas cuantas capas del barniz civilizador. Tienen mala dentadura, ojos de locas, la costumbre de gritar agresivamente, todo ello con independencia del tiempo que lleven aquí. Si se les diera la oportunidad, desobedecerían cualquier reglamento instituido por las clases dirigentes y se regirían por normas no dichas que ni conocéis. Resulta fascinante de ver, pero en cuanto salga de aquí pienso reforzar la seguridad en mi casa.

Y, ahora que he reconocido esto, dejadme volver a las videoconsolas y el confort. A este respecto el liberal hipócrita se equivoca. La celda de Oscar Wilde, a pesar de no tener colchón, se parece mucho a esta que ocupo yo tantos años después. De acuerdo, dispongo de una colchoneta de poliéster y llena de bultos en la que tumbarme, pero aquí no hay ni televisor ni máquinas expendedoras y yo sigo teniendo que soportar la tortura de los miércoles por la tarde. No falla, justo tres horas después de que Kelly se haya zampado el chili con carne que sirven los miércoles a mediodía (los menús de prisión son semanales, igual que en los colegios, pero sin cubiertos como es debido desde aquel apuñalamiento con tenedor de 1996 que aún da que hablar), se sienta en el váter de nuestra diminuta celda y se dedica a gemir y resollar durante casi media hora. No se ha parado a pensar que igual el chili con carne no le sienta bien. No se ha parado a pensar que este traumático espectáculo no me sienta bien a mí.

Como Wilde, también nosotras tenemos oficialmente una hora al día para hacer ejercicio. La mayoría de las mujeres ni se molestan en aprovecharla. Yo sí. La necesito. De hecho, es lo que me da fuerzas para el resto del día. En mi vida normal, es decir, en la que tenía cuando vivía en un piso con luz natural, reservas de buen vino del que no venden en Tesco y libros que no son recomendaciones de revistas femeninas, salgo a correr a diario. Corro para liberarme de la rabia, para desconectar de mis continuos pensamientos, para combatir cualquier estado de ánimo sombrío y, seré sincera, para mantenerme delgada. A las mujeres de aquí ese último punto no les interesa demasiado, como demuestra su inexplicable afición al chili con carne, y parecen pensar que su ira les imprime carácter, a la vista de los altercados que hay cada tarde a las cinco. Esa es la hora precisa en que mis comadres parecen comprender que están en la cárcel. Como si de nueve a cinco hubieran estado cumpliendo un horario normal y, justo cuando se preparan para volver a casa a desplomarse delante del televisor, caen en la cuenta de que no pueden ir a ningún sitio. Ese momento Día de la Marmota se repite todos los días sin que nadie en absoluto aprenda de la experiencia. Ahí es cuando estas paredes se te caen de verdad encima.

No puedo correr, puesto que me niego a hacer minicarreras en el patio como si fuera un triste hámster, así que hago sentadillas clásicas y con salto, saltos de tijera, pesas... Cualquier cosa que ayude a mi corazón a bombear. Cualquier cosa que me deje lo bastante agotada para dormir a pesar de los ronquidos de Kelly. Una hora de ejercicio al día no es suficiente para mí estando aquí. Necesito hacer dos más si no quiero volverme loca. Así que aprovecho para seguir entrenando en la celda cuando Kelly se va a alguna de sus clases. No me pega que Oscar Wilde dedicara demasiado tiempo en prisión a preguntarse cómo conseguir una tableta abdominal, pero a mí no me avergüenza admitir mi hambre de ejercicio físico. Mis brazos, en otro tiempo esbeltos y ligeramente tonificados por el yoga con que complementaba mis carreras, empiezan a estar musculosos. Las piernas, antes delgadas de correr, pero sin demasiada fuerza, me pesan ahora como plomo. Se acabaron las carnes colgantes. Las curvas femeninas se están borrando. Y me gusta. Esto no tiene nada que ver con esas chorradas de Instagram tipo «fuerte, no flaca» que en realidad enmascaran un trastorno alimenticio con un régimen de ejercicio obsesivo, una matrioska de neurosis. Yo tengo una creciente sensación de dureza, de armadura, de ser capaz de herir físicamente a alguien usando solo mi cuerpo y no solo mi inteligencia. Los hombres deben de tener esta sensación desde que nacen. De haber sabido yo cómo usar la fuerza física para liquidar a mi familia, ¿habrían salido las cosas de manera distinta? ¿Me habría resultado más sencillo, más satisfactorio?

Aparte de eso, asisto a las sesiones de terapia obligatorias. Tolero a Kelly y a sus secuaces lo mejor que puedo. Y, desde hace unos pocos días, escribo. Puede que las guardias no nos peguen, ni nos maten de hambre (aunque diría que la comida que sirven en la cantina convierte la muerte por inanición en una opción válida), pero dudo de que Oscar Wilde sufriera más en su momento de lo que sufriría ahora, con Kelly de compañera de celda, obligado a hacer talleres de cerámica, hablar de episodios traumáticos con un grupo de mujeres llorosas calzadas con zuecos de goma y pasar horas cada día sentado en su celda mientras a tu alrededor todos gritan y gimen porque, debido a los recortes del gobierno, no hay guardias suficientes para supervisarnos.

Sobre todo, a diferencia de lo que parecen sugerir las últimamente populares series televisivas de tema carcelario en las que cada minuto está cargado de acción, mi estancia aquí ha sido aburrida. Hay encuentros lesbianos clandestinos, por supuesto, de vez en cuando estallan peleas, pero la mayor parte del tiempo lo pasas tumbada y sola, contando, en intervalos de diez minutos, el tiempo que falta para

que termine otra nueva semana, o mes o, en algunos casos, años. Supongo que en algún momento podría dejar de contar. Pero soy incapaz. Dejar de llevar el paso del tiempo equivaldría a admitir la posibilidad de quedarme aquí más de lo necesario.

A pesar de todas estas cosas, nadie comparará mi obra con *De Profundis*. Para empezar, no soy hombre y por supuesto tampoco tan ilusa como para considerarme una intelectual. No escribo estúpidas cartas de amor desde mi celda. Estar aquí encerrada no me hace descubrir verdades fundamentales acerca del ser humano. Pero tampoco saldré de este sitio medio destruida. Seguiré viviendo y este periodo de mi existencia no me marcará.

Además, creo que tengo una ventaja añadida sobre Wilde. A pesar de que su escrito carcelario se considera el más hondo ejemplo del género, lo cierto es que dedica gran parte de él a quejarse amargamente de un hombre que lo trató mal. Al parecer lord Douglas era un consentido, un presuntuoso al que no le importaban los sentimientos de los demás. Olvidaba las cartas de Wilde en bolsillos de prendas de vestir que después regalaba a prostitutos. Negó su relación con Wilde y lo condenó después de su muerte. Douglas me recuerda mucho a mi padre. Encantador, arrogante, el centro del universo. Son hombres que te iluminan plenamente con su luz durante unos pocos segundos y después te pasas el resto de tu vida buscando ese calor artificial. A ti te destrozan y a ellos ni les afecta. Pero es algo que yo aprendí muy pronto y, en cambio, Wilde, nunca. Así que es posible que hubiera podido enseñarle algo. Nunca ansíes la luz con la que determinados hombres pueden iluminarte por un breve instante. Mejor apágala.

Hoy, después de desayunar y limpiar las cocinas, he ido a reunirme con Kelly y su amiga Nico. No me apetecía nada, pero Kelly me había prometido comprarme tabaco del servicio semanal de economato y fumar es lo mejor que se puede hacer aquí. En el mundo exterior está casi siempre mal visto, pero aquí los cigarrillos son útiles para hacer amistades, obtener favores y mitigar el aburrimiento. Así que me tomé un té tibio con ellas. Nico nos ofreció algo que aseguró era bizcocho. Es lo único que te ofrecen aquí: engrudo y más engrudo, a veces acompañado de mermelada. Todo es color marrón. Es extraño cómo mi cerebro se desconecta de las cosas importantes y se obsesiona, en cambio, con platos que me gustaría comer, prendas que me gustaría vestir. Quiero un cuenco de pasta de La Bandita y quiero vestir tejidos transpirables que tengan una bonita caída y no me hagan temer estar

cerca de una llama. Sueño con darme un baño un mínimo de diez veces al día y siento que me entra el pánico —empiezo a arañarme las clavículas—, aunque intento que este tipo de pensamientos no me abrume. Porque eso significaría rendirme y no puedo permitírmelo. No puedo salir de aquí y ponerme a parpadear. No voy a poder dedicar tiempo a aclimatarme. Quiero salir de aquí corriendo, no tratando de poner mi cerebro otra vez en marcha.

Es más fácil escuchar a Nico que a Kelly, tiene una voz no tan nasal. Y, además, ha terminado aquí por un motivo interesante. El año pasado mató a martillazos al compañero maltratador de su madre. Nunca le he preguntado nada al respecto, no soy tan tonta como para sacar a relucir el delito de una presa antes de que lo haga ella, pero Nico lo menciona a menudo. Explica orgullosa que su madre está haciendo terapia y también estudiando para hacerse orientadora. Nico la llama dos veces por semana y a menudo llora en silencio mientras la escucha. Me cae bien Nico. Fuera de aquí ni me acercaría a ella, es una persona herida y tiene ojos de loca, pero respeto lo que hizo por su madre. No estuvo tan bien ejecutado como mi plan de venganza, pero en su caso el impulso debió de requerir más celeridad que planificación. Por desgracia, su falta de previsión supuso que cuando se presentó la policía, diez minutos más tarde, la encontró junto a su víctima. Nico no tenía ninguna posibilidad de aducir una coartada creíble, y se va a pasar aquí doce años más. Su madre tiene sesenta. Para cuando Nico salga, la mujer habrá cumplido los setenta y dos. Ha renunciado a su juventud por una pensionista. Eso es amor. Pero también una idiotez como un piano.

Hoy, Nico y Kelly están hablando de sus tetas. Kelly tiene ambiciosos planes para hacerse una remodelación corporal cuando salga de la cárcel y ha estado leyendo sobre aumento de pecho con la meticulosidad de un científico que aspira al premio Nobel. Al parecer hay que ir a Turquía, cuesta la mitad y después de la operación tienes vacaciones pagadas. Pagará Clint. O quizá esta vez tenga más éxito chantajeando a algún pobre pringado y le haga apoquinar. A Nico le preocupa la anestesia general y ha oído hablar de un tratamiento en el que te aumentan el pecho una talla solo a base de inyecciones. Kelly parece desdeñar la idea.

—Las inyecciones son para la cara, niña. Las tetas son más complicadas.

Las dos se vuelven a mirarme.

—¿Tú qué te harías, Grace? —me pregunta Nico y las dos me estudian la cara antes de fijar sus ojos en mi pecho. No tengo nada contra la cirugía plástica. No quiero saber nada de ese fenómeno

moderno de las caras de plástico e infladas, pero, en general, la idea de unos cuantos retoques no me escandaliza. No creo que sea mutilación, ni tampoco una afrenta al feminismo. Si odias algo con lo que tienes que vivir todos los días, entonces cámbialo. Lo cierto es que me gustan mis tetas. Son pequeñas, lo que quiere decir que puedo ponerme lo que quiera sin parecer la enfermera de un internado de los años cincuenta. Me gusta casi todo mi cuerpo. No de esa manera desesperadamente empoderada propia de los milenials, en la que las estrías son «marcas de guerra» y la celulitis es bella, pero sé que soy atractiva. Algún día terminaré tan hirsuta y arrugada como la que más, pero ahora mismo cuento con una ventaja cosmética. La aprovecho al máximo. La gente tiene conmigo deferencias que no tiene con otras personas, ¿por qué no voy a reconocerlo? Dedicar energía a examinar cada uno de mis defectos sería una completa pérdida de tiempo.

Dicho esto, odio mi nariz. Es una buena nariz, según los estándares generales. Más de una mujer ha alabado sus líneas rectas y limpias. Pero es una nariz Artemis y eso es lo único que veo cuando me miro al espejo. Marie solía frotármela con el pulgar cuando me portaba mal y me decía que tenía el carácter de mi padre. A veces, no mucho después de que muriera, me ponía delante del espejo del cuarto de baño del piso de Helene y me agachaba hasta ver solo el reflejo de mis ojos. En momentos así, tenía la sensación de estar frente a mi madre. Miraba mis ojos y recordaba todas las veces que la había mirado a ella y me había sentido segura. Cuando las piernas empezaban a temblarme por lo forzado de la postura, tenía que ponerme recta y entonces me veía el resto de la cara. Atrás quedaba el pequeño consuelo.

Bryony tenía la nariz de su madre. Bonita, pequeña, un poco chata después de pasar por el quirófano. Estandarizada. De no ver a Simon en el espejo, daría gracias por mi perfil tan marcado, estaría orgullosa de tener una nariz que no se adhiere estrictamente a rígidos patrones de belleza. Pero, puesto que no es así, me la cambiaría en un segundo. He consultado con los mejores cirujanos, he visto cuál podría ser mi aspecto con solo unos cuantos toques de bisturí. Eliminar de un tajo mi parte Artemis. La única razón por la que no lo he hecho aún es que quería que mi padre me reconociera antes de morir, cuando lo mirara desde arriba y le dijera quién soy.

Levanto la vista de la taza de té; Kelly y Nico han terminado su valoración de mi cara y mi cuerpo y están esperando a ver cómo encaja mi respuesta con sus sugerencias.

—Nada —digo y doy un sorbo del agua tibia—. La verdad es que

no me gusta la cirugía.

Esta tarde viene a verme mi abogado, lo que me proporciona la rara oportunidad de ver a alguien que no sea Kelly o alguna de esas guardias cuadradas y con cara de pocos amigos que me alegra que trabajen aquí y no en una de las profesiones asistenciales. Imagino que algunas de estas mujeres llegaron a un momento de sus vidas en que tuvieron que decidir si querían ser enfermeras, profesoras o psicólogas. Y ahora que he visto cómo reaccionan ante la enfermedad mental, las dolencias físicas e incluso a muchachas asustadas que necesitan un momento de consuelo, solo puedo decir que hicieron bien no eligiendo esos trabajos. A las once de la mañana me llevan al cuarto de visitas, donde ya me está esperando George Thorpe. Hoy trae un traje especialmente bonito. De lana fría azul marino, más adecuado ahora que el tiempo es más cálido, y con solo un destello de aburrido forro color terracota cuando se pone de pie. No le miro los zapatos. Yo llevo un chándal gris. Me pregunto si un desconocido que entrara en esta habitación ahora mismo se daría cuenta de que no soy una más, si mi actitud y mi postura delatarían una vida muy distinta de la de las otras mujeres que están aquí. Yo siempre he reconocido la riqueza en los demás, la educación en desconocidos, el refinamiento en las maneras. Es algo muy británico, identificar enseguida el lugar que ocupa cada uno dentro del sistema de clases sin necesidad de cruzar una palabra, ¿verdad? Hay quienes afirman no fijarse, pero son las mismas personas cansinas que aseguran no reparar en la raza, y eso se debe casi siempre a que son blancas y por tanto no lo necesitan. Pero el chándal gris es un gran igualador. Es difícil transmitir que no eres como las demás vestida con una tela inflamable que tardará cien años en pudrirse en un vertedero. Ni siquiera la tierra la quiere.

Aunque George Thorpe conoce mi historia, y a pesar de que le pago una tarifa desorbitada por hora, sigo sintiendo el ridículo impulso de demostrarle que no soy como las otras reclusas. Que soy mejor. Y esto aprendí a hacerlo muy bien mientras escalaba puestos en el grupo Artemis. El secreto consiste en tratarlo de puta pena.

Se levanta para recibirme y me tiende la mano. Hago como si no la viera y me siento.

—Sé que ya me estás cobrando, George, así que, si te parece, ponme al día de cómo están las cosas.

Los hombres como George Thorpe vienen con buenos modales de serie. Colegio privado. Oxbridge, niñeras que los crían y les crean un complejo de Edipo que después pagan con sus mujeres... Entornos rígidos que les inculcan una necesidad de cortesía, de etiqueta, de hacer las cosas de determinada manera. Yo he desbaratado ese orden.

Farfulla algo mientras se sienta y yo pongo cara de impaciencia mientras abre su cartera y saca unas notas.

—Bien, vamos a ver. Eh...

Calla para ponerse las gafas y me pregunto, no por primera vez, si este hombre es de verdad un tiburón. Quiero un tiburón. Lo necesito. Cuando empezó este desastre, me documenté sobre abogados de forma obsesiva y casi todos a los que me molesté en preguntar me dijeron que Thorpe era el mejor, alguien con la virtud añadida de tener aspecto de que varios miembros de su familia gobernaron en algún momento el imperio británico. Es cierto que ha ganado una lista interminable de juicios, que ha sacado adelante muchos recursos de apelación (y librado así de la cárcel a malas personas, personas que deberían estar encerradas de por vida y que sin embargo quedan en libertad porque Thorpe explora cada tecnicismo, cada miembro dubitativo del jurado al que asusta tener que vivir con el hecho de haber mandado a alguien a prisión). De manera que es el mejor. Pero ¿dónde está su lado de tiburón? Desde luego lo tiene muy escondido, y yo necesito que muerda.

George Thorpe me explica una vez más el procedimiento del recurso de apelación y me asegura que estamos preparados para cuando se falle la semana que viene. Hay una razón por la que esos documentales televisivos de *true crime* explotan la parte de los asesinatos y diluyen la del proceso legal posterior: es compleja, aburrida, desalentadora y consiste principalmente en pasarse meses esperando. El recurso de apelación lo presentamos transcurridos tres días desde mi sentencia. Solicitamos mi libertad bajo fianza hasta que se resolviera el recurso sin ningún éxito, supongo que debido a la publicidad que rodeaba mi caso. Así que llevo aquí más de un año ya, esperando y envenenándome. No tendría mucha emoción para el lector imaginarme tumbada en esta cama tratando como sea de librarme de sesiones de terapia de grupo en las que una mujer se dedica a relatar entre lágrimas abusos sexuales horribles y a continuación las demás la acusan de acaparar la atención.

Me parece que no os he contado demasiado sobre por qué estoy aquí, ¿verdad? Eso se debe a que no me resulta agradable. Lo que me molesta no es tanto la injusticia; sería una cretina si me pasara el tiempo despotricando sobre lo injusto de mi encarcelamiento cuando de lo que me libré es muchísimo peor. Lo que me pone de mal humor es lo banal que fue todo. El móvil que me atribuyeron es lamentable. El delito que supuestamente cometí fue resultado de un ataque de furia, con una falta de premeditación que yo no habría tolerado. Yo no soy Nico. Pero eso no puede usarse como argumento de defensa, claro.

«Perdone, señor mío, pero yo cuando asesino lo hago con un poquito más de precisión, no sé si me entiende». He tenido que morderme la lengua durante todo el proceso legal, que se alargó durante meses y a un elevado costo. ¿Cómo es ese dicho? El hombre propone y Dios dispone. Bueno, pues yo me propuse asesinar a siete personas y terminé en la cárcel por la muerte de una a la que ni siquiera toqué. Dios debe de estar muerto de risa.

10

Cuando teníamos veintiséis años, Jimmy conoció a una chica. Ya había salido antes con otras, agradables, calladas, que usaban bolsos de yute con logos de librerías independientes, trabajaban en ONG, en pequeñas editoriales..., ya sabéis a qué clase de chica me refiero. Usan gafas, llevan pequeños aros de plata en las orejas, disfrutan con intensidad de una taza de té. Estaban bien. No tenían absolutamente nada de malo. Pero Jim es tan acomodaticio, tan amable y bienintencionado, que las relaciones con chicas de esas mismas cualidades carecían de futuro. Estaba Louise, que tenía un huerto, no demostraba una pasión comparable por nada más y pasó a la historia al cabo de un año. Estaba Harriet, que funcionó un poco mejor, incluso llegó a compartir casa con Jim y unos amigos de la universidad en Balham durante un tiempo. La ruptura fue tan indolora que casi pasó desapercibida (para mí). Cuando Harriet se fue, yo estaba desbordada de trabajo y para cuando Jimmy y yo conseguimos quedar para tomar una copa me dio la impresión de que lo había superado por completo y me alivió no tener que dedicar una de mis pocas tardes libres a consolarlo por la pérdida de una mujer cuya cara a aquellas alturas apenas recordaba.

Su siguiente novia fue Simone y pensé que podía ser la definitiva. Era galerista y usaba joyas interesantes (por interesantes me refiero a angulares) y zapatos oxford en distintos colores. Era una chica seria, todas lo eran. Pero a esta le gustaba mi sentido del humor y no parecía preocuparle la larga y en ocasiones equívoca relación de amistad que tenía yo con su novio. Y, lo que es más importante, parecía querer de verdad a Jimmy y hablaba de su futuro juntos sin ninguna de esas sonrojantes aclaraciones a que recurren algunas mujeres para no ahuyentar a un hombre. Pasaban fines de semana en Norfolk y adoptaron un gato. Hablaron de comprarse un piso. Y yo me acostumbré a Simone, compartirla con Jimmy no me suponía sacrificio alguno. Es posible que hasta hubiera podido verlos envejecer juntos con cierta satisfacción. Pero Simone era más ambiciosa de lo que yo había supuesto y, justo cuando empezó a mirar pisos con Jimmy, le ofrecieron dirigir una galería recién abierta en Nueva York. Creo que dio por hecho que Jim haría las maletas y se mudaría a

Brooklyn sin rechistar, pero lo cierto es que dudó. Acababa de entrar en *The Guardian* y no soportaba la idea de renunciar a un preciado puesto en la plantilla de un periódico en el que siempre había querido trabajar. En Nueva York no encontraría un trabajo con esa categoría, protestó. Tendría que buscarse la vida como freelance en una ciudad llena de ellos. Simone lo escuchó con paciencia, rebatió sus reparos con opciones y recalcó lo mucho que significaría aquel cambio para ella, pero Jimmy se fue cerrando en banda más y más. Al cabo de una semana, casi no se hablaban. Siguieron juntos en un mudo simulacro de sus vidas anteriores mientras Simone gestionaba su visado, vendía sus muebles y hacía una fiesta de despedida. Jimmy todavía no le había dado un no definitivo y supongo que Simone pensaría que solo estaba dudando, esperando a que su marcha se convirtiera en un hecho real, consumado, antes de rendirse y acompañarla a Nueva York. Pero lo que ocurrió es que ella se fue un sábado y el martes siguiente Jimmy le envió un breve correo electrónico diciendo que no podía hacerlo, que la quería y que lo sentía mucho. Esto lo sé porque diez minutos después me lo reenvió con el siguiente asunto: «Soy lo peor».

El problema de Jimmy es que está demasiado cómodo, y eso lo ha convertido en un cobarde. Sus padres son agradables, ha pasado su vida rodeado de estabilidad, afecto y seguridad. Creció conociendo a personas inteligentes, influyentes, que le hicieron sentir que podría hacer lo que se propusiera. Tuvo vacaciones maravillosas, habla alemán con fluidez y toca dos instrumentos. Todo esto lo equipó para salir ahí fuera y ser el rey del mundo que eligiera. Pero también lo convirtió en alguien que tiene miedo de ir a ningún sitio, porque ¿en qué otra parte del planeta estaría igual de cómodo y tan afianzado? Tantas ventajas, tantos privilegios y resulta que todo lo que Jimmy quiere es instalarse a dos calles de su mamá y su papá y vivir exactamente como han vivido ellos. Y, aun así, me siento atada a él. Su cercanía, su olor, esos brazos lo bastante fuertes para hacerme sentir segura. Es ridículo y tópico y me da vergüenza sentirlo. No hay persona a la que conozca desde hace más tiempo que a Jimmy. No he tolerado a nadie como lo he tolerado a él. Y como es tan paciente y tan buena persona, me permito confiar en él, abrirme a él (aunque no del todo) y apoyarme en ese vínculo que se ha mantenido constante. Nunca le he contado quién es en realidad mi padre, he preferido mantener esa faceta de mi vida por completo separada. Pero, aparte de eso, Jimmy me conoce como nadie me ha conocido ni me conocerá. Y si resulta que no quiere ser el rey del mundo, entonces intentaré serlo yo y le permitiré acompañarme en el viaje. Solía acariciarme el

brazo mientras yo me quedaba dormida, consciente de que siempre me entraba ansiedad al final del día. Se tumbaba a mi lado y seguía el rastro de las pecas de mi brazo con el dedo. «Qué suave eres, Gray. Suavíííísima», canturreaba con la melodía de una canción que nos encantaba. Entonces ya me podía dormir.

Ahora Simone tiene su propia galería. Se casó con un dramaturgo famoso y tienen un dóberman, lo que me parece el colmo de la arrogancia para alguien que vive en una ciudad en la que solo caben chihuahuas. Esto lo sé porque, cuando Jimmy se emborracha, entra en su Instagram y me pone el teléfono en la cara para intentar demostrarme que se alegra por ella, al tiempo que me pregunta si la camiseta de pico que lleva el marido no le da pinta de gilipollas.

Seis meses después de que Simone se fuera a Nueva York, Jimmy se mudó a una casa justo a la vuelta de la esquina de la de sus padres y conoció a alguien. Me gustaría poder decir que la ruptura le había hecho menos cobarde y que conoció a esta chica en el transcurso de una juerga de tres días en algún rincón no gentrificado del sur de Londres, pero no fue así, porque Jimmy solo sale del norte de Londres para alguna que otra presentación de un libro. A esta chica la conoció en una cena en casa de su padrino, en Notting Hill. Horace es consultor —o algo así— de éxito (fue el que me consiguió a Thorpe, así que supongo que soy tan culpable como Jimmy cuando se trata de aprovechar la agenda de contactos burguesa que nos proporcionaron sus padres) y una vez al mes organiza cenas a las que invita a «gente joven interesante» para charlar sobre lo que pasa en el mundo. A mí nunca me ha invitado a uno de esos *salons*, pero suenan espeluznantes. Me consolé de tan grave ofensa diciéndome que Horace es un carcamal y un esnob y también robándole cincuenta libras de su cartera la última vez que coincidí con él en casa de los Latimer.

Después de aquella cena estuve semanas sin ver a Jimmy porque, por entonces, yo tenía cosas más importantes en la cabeza. Acababa de mandar a Bryony al otro barrio —más tarde volveré a eso— y me debatía entre la euforia por mis avances y la exasperación por mi incapacidad de encontrar una forma factible de llegar hasta Simon. Con semejante panorama, no disponía de demasiado tiempo para Jimmy. Estando en plena ejecución del plan, se me hacía demasiado duro ver a mi mejor amigo y no poder contarle siquiera el más nimio detalle de mis actividades. Pero debería haber sospechado algo cuando sus mensajes de texto empezaron a espaciarse y, a continuación, hubo ocho días de cese de comunicaciones. Hasta que, un sábado por la mañana, se presentó en mi apartamento sin avisar con café y cruasanes. No hay nada que grite más claramente «Tengo noticias»

que presentarse en casa de alguien sin enviar antes un mensaje. Es un gesto tan egocéntrico que solo lo justifica la necesidad de informar a alguien de una terrible desgracia o dar la brasa sobre una nueva relación amorosa. Y puesto que la cara de Jimmy me decía que su madre no había muerto en algún feo accidente en moto de agua, la alternativa era que había una nueva mujer en su vida. Así que decidí torturarlo un poco: en lugar de preguntarle, hablé sin parar de mis planes para renovar la cocina. Yo no tenía ningún plan para renovar la cocina. De hecho, vivía en aquel apartamento precisamente porque venía con todo en perfecto estado, algo muy de agradecer, porque la gente que habla de reformas de casas es insufrible.

Al cabo de un rato, cuando me encontraba inmersa en un soliloquio especialmente soporífero sobre tiradores de cajón, Jimmy no aguantó más y me habló de Caro. Caro Morton era una joven abogada que trabajaba en el bufete de Horace. Se habían sentado juntos en la cena debate de marras y, según Jimmy, a los pocos minutos se había enamorado de ella. En las semanas transcurridas desde entonces, habían salido varias veces y ya hablaban de irse a vivir juntos. Todo apuntaba a que Caro no era de esas mujeres que se hacen las duras y fingen no estar buscando un hombre dispuesto a comprometerse.

—Quiero que la conozcas, Gray —dijo Jimmy—. John y Sophie ya la conocen, pero ahora tiene que pasar tu examen.

Aquello me consternó. ¿Ya le había presentado a sus padres? Con Simone había tardado meses en dar ese paso. Claro que Caro pertenecía al mismo círculo de Jimmy. Era asociada en el despacho de Horace, una abogada que sin duda había estudiado en Oxbridge y que sin duda tenía un progenitor conocido directa o indirectamente de los Latimer. Simone, por muy maravillosa que hubiera sido, no formaba parte de ese círculo. Nacida en el este de Londres, de madre enfermera y padre funcionario del ayuntamiento, nunca había encajado en la familia de Jimmy con la facilidad que lo haría alguien de la misma tribu. Sophie y John la colmaban de alabanzas —en una ocasión Sophie la llevó a la casa de campo que alquilaban en Oxfordshire para estrechar lazos y se pasaron todo el fin de semana haciendo mermelada—, pero entre ellos no había verdadera familiaridad. Era algo que yo había vivido en carne propia. Que una familia te acoja no equivale a que te acepte. Que alguien se sienta bien por ayudarte no es igual a que alguien te quiera.

En cuanto a Caro, no voy a andarme por las ramas. La odié desde el momento en que la conocí. A muerte. Imagino que os preguntaréis si ello se debía a que su presencia amenazaba con dejarme sin mi

mejor amigo, el hombre que había sido mi confidente desde la infancia. Pues vosotros mismos. No pienso entrar en psicologías baratas. Un mes después de que Jimmy me hablara de su nueva novia, me la presentó.

Quedamos para tomar una copa en un bar de Maida Vale un miércoles por la noche, algo que me cabreó secretamente porque seguía sin haber hecho grandes progresos respecto a mi operación final. Pero Jimmy me dejó claro que era importante para él y no se me ocurrió ninguna excusa lo bastante buena para posponer otra vez. Nos bebimos una botella de vino entera mientras la esperábamos. Caro tenía siempre mucho trabajo, me explicó Jimmy mientras consultaba en su teléfono la última actualización sobre su paradero. Diez minutos después, apareció. No hizo falta que me dijeran que era ella; lo supe. Las personas que esperaban a ser sentadas se separaron para dejarla pasar sin que tuviera que decir una palabra. Llevaba el teléfono pegado a la oreja, tenía una larga melena roja (que parecía de lo más natural pero que más tarde supe era teñida. Nunca hay que fiarse de las pelirrojas de bote, su necesidad de parecer diferentes e interesantes implica que no son ninguna de las dos cosas) y vestía una blusa de seda color crema y pantalones anchos. El único maquillaje que distinguí fue un toque de rojo en los labios. Y, por supuesto, no hace falta decir que era guapa, etérea, cautivadora y todas esas cosas. Pero además lo sabía. Las mujeres siempre saben algo así. Jimmy se pensaría que había descubierto una belleza en bruto porque Caro no vestía ropa ajustada ni se molestaba en pintarse las uñas. Los hombres siempre creen que la falta de vanidad superficial es un rasgo superior, como si el esfuerzo que mujeres como Caro invierten en su apariencia fuera muy distinto del de esas chicas emperifolladas que se ven en cualquier calle británica un sábado por la noche. Simplemente es otro enfoque. La belleza sigue siendo obvia, pero a los hombres les parece más refinada, como si la belleza en una mujer solo fuera pura cuando finge que le trae sin cuidado.

Vaya por Dios, al final sí que he perdido tiempo dando explicaciones. Pero merece la pena describiros un poco a Caro, aunque sea solo para felicitarme a mí misma por no perder la calma mientras recuerdo cómo acabó aquello. Caro era joven, más joven que Jimmy y que yo, pero tenía mucho aplomo. Como ya he dicho, era abogada y su especialidad eran las adquisiciones complejas. Me explicó que su trabajo consistía en «por ejemplo, organizar una hipotética adquisición de Adidas por parte de Nike». Fue una explicación que yo no le había pedido. Creo que durante aquella descripción tan condescendiente fue cuando me di cuenta de que no la podía soportar.

No intentó conquistarme ni tampoco cubrió a Jimmy de besos para dejar claro que era de su propiedad. Con él estuvo distante, algo que por supuesto hizo que Jimmy se mostrara mucho más efusivo, y conmigo, directa. Pasamos un par de horas estudiándonos la una a la otra, pero yo no di lo mejor de mí porque no conseguía concentrarme en otra cosa que no fuera en lo colado que estaba Jim. En la cantidad de energía nerviosa que desprendía. En lo desesperado que se le veía por que las dos conectáramos, nos hiciéramos íntimas, creáramos vínculos alrededor de él. Yo estaba cada vez más nerviosa, los dedos se me iban a la nuca, locos por rascarla. A las once de la noche, cuando Jimmy estaba contando una anécdota de unas vacaciones familiares en las que terminamos escalando una montaña por equivocación, Caro le puso una mano encima de las suyas, le acarició la piel entre el pulgar y el índice y le dijo que tenía que irse a la cama. Y así, dicho y hecho, se terminó la velada. Pedimos la cuenta, llamamos unos Ubers y me largaron a casa con un abrazo de oso de Jimmy y un beso al aire de Caro para el que no necesitó tocarme. Su coche llegó antes que el mío y se fueron, Caro con la vista fija en su teléfono, sin volverse siquiera a mirarme. Ninguno de los dos había dicho una palabra sobre quedar otro día.

Supe que no había manera de gestionar aquello en la que yo saliera ganando. Jimmy estaba coladísimo por aquella mujer y la más mínima reticencia por mi parte lo empujaría más hacia ella. Siempre me he preguntado por qué se ponen las personas tan a la defensiva cuando alguien critica a sus parejas. Si tu madre, alguien que te conoce desde que eras una patata chillona con pañales, cree que la persona con la que estás tiene algo raro, ¿por qué coño no vas a hacerle caso? Si yo me he enamorado de alguien que parece un monstruo, quiero que me lo digas. Que me des ejemplos. Que me proporciones detalles, me hagas un gráfico. Quiero toda la información. Pero nadie más parece pensar así. Y Jimmy no era una excepción. Lo único que podía hacer yo era mostrarme simpática y confiar en que Caro se aburriera. Desde luego, su actitud hacia Jimmy no hacía pensar en absoluto que estuviera «rendida a sus pies» y durante un tiempo a eso me aferré.

Una velada en casa de los Latimer no tardó en arrebatarme esa esperanza. Para entonces yo hacía tiempo que no vivía allí, pero mi penitencia por escapar (los jóvenes de clase media en Londres siguen viviendo en casa de sus padres hasta los treinta; puede que se alquilen un apartamento en otro sitio, pero incluso así siguen viviendo parcialmente en casa de sus padres hasta sacarles la entrada para una hipoteca que les permita tener su propio hogar) era haber prometido no sé muy bien por qué a Sophie que iría a cenar con ellos al menos

dos veces al mes. Se trataba de una promesa que yo no tenía intención de cumplir —el setenta y cinco por ciento de la vida moderna consiste en cancelar planes para alivio de las partes interesadas—, pero había menospreciado la necesidad de Sophie de seguir en contacto, de sentir siempre que había desempeñado un papel fundamental en la vida de sus conocidos. Al principio intentaba cancelar, aduciendo jaquecas o largas jornadas de trabajo. Cada vez que le ofrecía una excusa plausible que nos ahorraría molestias a ambas, ella se mostraba compasiva y me proponía otra fecha. Y si cancelaba esa también, proponía otra más. Debéis entender que no es que me quisiera allí, pero seguir en contacto con la chica huérfana que tan generosamente había acogido la hacía quedar bien. No tardé en entender que era mejor elegir las fechas que me resultaran más convenientes y tragarme el sapo. Durante años eso significó cenar con los Latimer el segundo y el último domingo de cada mes. Siempre en la casa familiar. Siempre una receta de Yotam Ottolenghi que requería unas especias que ni siquiera Sophie, que salivaba en las tiendas de alimentación igual que salivan otros delante de un escaparate lleno de diamantes, era capaz de encontrar. Como resultado, todas las cenas sabían principalmente a albahaca, que vendían en todos los Waitrose.

El domingo que comprobé que Caro había calado más profundamente de lo que yo pensaba fue inusual, en el sentido de que no estuvieron presentes ni John ni Annabelle (tampoco Jimmy, de hecho). Normalmente Sophie y yo nos escudábamos en otras personas y manteníamos discusiones inútiles sobre el desastre que suponía que la biblioteca del barrio fuera a cerrar o cómo por fin salían a la luz las verdaderas víctimas de las medidas de austeridad. Esa clase de conversaciones sobre política que no conducen a nada, pero que determinadas personas insisten en tener porque les hace sentir que están ayudando a solucionar un problema solo por mencionarlo. Dios sabe que, durante los años que viví con ellos, ni uno solo de los Latimer puso un pie en la biblioteca del barrio.

Sophie parecía resuelta a no evitar la intensa conversación que ahora no nos quedaba más remedio que mantener la una con la otra. Nunca se siente incómoda conversando. Tal y como lo ve ella, siempre tiene algo interesante que decir, y armada con semejante certidumbre ¿por qué razón va a sentirse incómoda?

Después de servirme una copa de vino y de expulsar al anciano gato del sofá, empezó a hablar con entusiasmo de Caro.

—Una chica encantadora... Me ha dicho Jimmy que ya la has conocido. Resulta que es la hija de Anne Morton, ya sabes, la última secretaria de Exteriores, y Lionel Ferguson, que escribe unos libros

maravillosos sobre el imperio británico. Conocemos bastante a la familia de un curso de preparación al parto que hice cuando estaba embarazada de Annabelle. Las dos teníamos una barriga enorme y establecimos un fuerte vínculo ante las absurdas críticas de la profesora que dirigía el grupo. Luego hemos coincidido en fiestas a lo largo de los años, pero claro, Anne tenía un trabajo muy exigente y para entonces se habían mudado a Richmond. Es extraordinario que nuestro hijo haya terminado saliendo con la pequeña Caro.

Ay, Dios mío. Tenía que haberlo imaginado. Ese aplomo de Caro tenía que salir de alguna parte. Su padre se llamaba lionel, joder. Su madre era política. Y, por si no había nacido con suficientes privilegios, encima era guapísima y también inteligente. En la oficina yo a veces hojeaba las páginas de sociedad de *Tatler*, sobre todo para ver si salía Bryony, y las mujeres de las fotografías eran, por regla general y como cabía esperar, siempre hijas de duques o condes. Pero a mí lo que me molestaba era que también fueran etéreas, gráciles, bellas. ¿Por qué los socialmente afortunados siempre son también superiores a nivel físico? Cabría suponer que la endogamia de ese tipo de personas bastaría para asegurar la debilidad de sus genes, y sin embargo allí estaban todas esas Caros, flotando en apariencia despreocupadas y perfectas, deslizándose por la vida con la seguridad de alguien a quien le ha tocado el premio gordo en la lotería genética.

Sophie siguió poniendo a Caro por las nubes. La semana anterior le había mandado una edición limitada de los ensayos de Toni Morrison. Había cocinado para toda la familia en casa de Jimmy. Un pollo perfecto. Había sugerido que pasaran todos un fin de semana en Francia para primavera. Yo seguía con los dedos las marcas de los arañazos que había hecho el viejo y rencoroso gato en el brazo del sofá y asentía con la cabeza. Tampoco es que Sophie me animara a contribuir a la conversación. Y, en cualquier caso, no le habría gustado nada de lo que yo tenía que decir.

—Sí, ya sé que es pronto, pero John y yo solo llevábamos juntos unos meses cuando nos mudamos a ese apartamentito en el barrio de Angel —la oí decir. Levanté la vista y rebobiné la conversación. ¡Se iban a vivir juntos! Habían pasado..., hice memoria..., poco más de dos meses desde que se conocieron. Hay que estar loco y muy necesitado de cariño para irte a vivir con alguien que ni siquiera te ha confesado aún que en realidad su película favorita es *La jungla de cristal* y no, como te dijo en vuestra segunda cita, *El cartero y Pablo Neruda*. Aunque no creo que Jimmy haya visto nunca *El cartero y Pablo Neruda*. Igual citó la típica película de Tarantino.

Caro no me parecía necesitada de cariño. No transmitía esa clase

de vibración desesperada de tantas mujeres de éxito que en realidad suspiran por un buen hombre y la oportunidad de pasar horas mirando muestras de pintura para la cómoda vintage que han comprado los dos. ¿Por qué forzaba las cosas? Jimmy podía estar loco por ella, pero lo de vivir juntos era imposible que hubiera salido de él; esa clase de energía, ese empuje no le pegaban. Para Jim, que las cosas siguieran plácidamente su curso era la situación ideal.

—Por supuesto, a mí me rompe el corazón que sea Jimmy el que se muda a casa de Caro: Clapham está a kilómetros de aquí. Pero el apartamento es ideal y Caro tiene el trabajo al lado, así que lo entiendo. —Sophie levantó la vista del risotto al que estaba dando vueltas y me sonrió—. Imagino que te afectará un poco no tenerlo tan cerca. Debemos buscarte tu propia Caro.

Claro que me afectaba. No pensaba reconocérselo a Sophie, a quien mi cercanía a su hijo siempre ha puesto un poco nerviosa. Tampoco es que se haya opuesto a ella, no de una manera explícita. Creo que simplemente le resultaba extraño que su hijo se pasara toda la adolescencia con una chica sin estar enamorado de ella. O, al menos, sin reconocer que lo está. Ni Sophie ni John tienen amigos del sexo opuesto; los invitados a sus cenas son siempre parejas o algún amigo soltero al que quieren presentar a alguien, por lo general sin éxito. Sigo sospechando que Sophie se pasó todos nuestros años de adolescencia detrás de la puerta del cuarto de estar, esperando a abrirla un día y encontrarnos desnudos. Nunca ocurrió. Creo que eso le resultó aún más desconcertante. Porque la otra dinámica la habría entendido mejor.

Lo cierto es que probablemente Jimmy siempre ha estado enamorado de mí. A ver, nunca lo ha dicho. Puede que ni siquiera lo supiera de forma consciente. Jimmy no es demasiado aficionado a la introspección. Pero yo siempre lo he sabido. Es algo que notas, no sé si me entendéis. Y que por lo general termina por destruir una amistad: llega un momento en que uno de los dos confiesa, o se insinúa, o empieza a comportarse de forma extraña. Pero Jimmy no haría algo así. Me quiere muchísimo. Soy parte de él. Nuestra relación nunca cambió de manera sustancial. Bueno, sí, hubo aquel momento de flaqueza cuando estábamos en el umbral de la edad adulta y yo no quería que saliera por completo de mi vida. Pero a excepción de aquella vez, siempre puse límites, nunca le di a entender que entre nosotros podía haber algo más ni lo animé a explorar esa posibilidad. Nada de largas miradas ni abrazos ebrios un poco demasiado intensos. He sabido gestionar las cosas y, gracias a eso, he conservado a mi amigo. Sabía que cualquier posible exploración de sentimientos más

profundos nos causaría daños irreparables. ¿Y por qué iba a mandarlo todo a la mierda a cambio de un intento de relación adolescente en la que nada significa algo? Así que guardé la idea en un cajón, con la intención de regresar a ella cuando los dos fuéramos mayores, cuando la misión que guiaba mi vida estuviera cumplida. Un vínculo que había cultivado durante tantos años me recompensaría con un futuro sencillo y sin complicaciones. Pero no podía pensar en ello aún, no cuando tenía tanto trabajo por delante. Ni siquiera me había parado a meditarlo despacio, a imaginar los detalles específicos de esa vida con Jimmy. No era más que un proyecto impreciso pero firme, que siempre estaba ahí. Y ahora me daba cuenta de que Caro iba a echarlo por tierra. En el mundo siempre hay imponderables como Caro, por mucho que te esfuerces en tenerlo todo controlado. Las personas como ella disfrutan irrumpiendo en tu vida y arrebatándote lo que les apetece. Yo puedo ser capaz de ejecutar sin piedad una venganza bastante épica, pero no sabía cómo detener el amor. Eso era algo que me superaba por completo y que me hacía sentir como si me estuviera ahogando.

Me he ido por las ramas. Mi madre lo hacía mucho y siempre me ponía furiosa. Una historia sobre ir al supermercado podía derivar en no sé qué cuento triste sobre la dueña de un café del barrio y sus problemas de espalda, y yo la escuchaba rascándome el brazo y reprimiendo las ganas de darle un grito para que cortara el rollo. A nadie le importa una mierda esa estúpida señora del café, quería decirle. Deja de preocuparte tanto por desconocidos que ni siquiera saben cómo te llamas y concéntrate en conseguir que vuelvan a encendernos la calefacción. Con todo esto quiero decir que podría escribir un libro sobre mis problemas con Caro, pero no es la historia más interesante que puedo contar y además está muerta. Así que gané yo. Solo que no fue así. Porque estaba claro que Caro no iba a ponérmelo fácil, ¿verdad?

Los hechos son los siguientes: Jimmy se mudó al inmaculado piso de Caro en Clapham. La comunicación entre él y yo se resintió casi de inmediato. Lo primero en desaparecer fueron las largas charlas por teléfono a altas horas de la noche. Después, adiós a las citas espontáneas para tomar un café o vernos en alguno de los pubs que frecuentábamos desde que teníamos edad de salir. Al fin y al cabo, Clapham es como otro país si vives al norte del Támesis. Los mensajes de texto no desaparecieron por completo, pero casi siempre era yo la que escribía, lo que me hacía sentir patética y furiosa. Y, lo que era

peor, las pocas veces que conseguía quedar con Jim, Caro solía apuntarse. Copas (con los amigos de Caro), cenas en casa de los Latimer (siempre me recibía ella en la puerta), alguna que otra fiesta en su apartamento, donde me presentaba con grandes aspavientos a hombres rubicundos increíblemente aburridos que vestían pantalones chinos y a continuación se largaba con pinta de estar divirtiéndose.

Lo acepté todo. No entré en su juego. Tenía cosas más importantes que hacer, estaba preparándome para mi asalto final a la familia Artemis y el hecho de no disponer de un plan como es debido ya me irritaba bastante. No pensaba poner eso en peligro solo para seguir la corriente a una niña pija aburrida que me buscaba las cosquillas a mayor gloria de Jimmy. En lugar de eso, me dediqué a observarla. Y descubrí cuatro cosas:

Caro tenía un trastorno alimentario grave.

Caro tenía una adicción a las drogas importante.

Caro tenía ataques de ira contra Jim que a menudo rozaban el maltrato físico (por parte de ella).

Caro era profundamente infeliz.

Qué puto cliché.

Él le propuso matrimonio el día de su cumpleaños. No quiero decir con esto que Jimmy no sea espontáneo, pero las personas que proponen matrimonio en fechas señaladas no tienen imaginación. No se me ocurre una ocasión peor para hincarte de rodillas que unas Navidades en familia con tu padre poniendo canciones de Buck's Fizz desde las once de la mañana. Sophie estaba como loca. Incluso John sonreía de oreja a oreja durante la comida de celebración. La familia Morton estaba invitada, y pronto se rescataron antiguos vínculos familiares alrededor de un cuscús y un bonito surtido de vinos blancos italianos salidos de la bodega de Lionel. Caro estaba con su compostura de siempre, vestida con un mono de seda y presumiendo de anillo solo cuando alguien pedía verlo, con las uñas cortas y sin esmaltar. Jimmy le sonreía a menudo pero estuvo muy callado, la seguía a todas partes y solo hablaba cuando ella le preguntaba alguna cosa.

Hubo un momento gracioso durante la comida, cuando la madre de Caro empezó a hablar de la conmoción que había supuesto la muerte de Bryony Artemis. Todos los presentes se inclinaron sobre la mesa y se pusieron a chismorrear como viejas cotorras de una joven a la que no habían conocido, exponiendo teorías sobre su muerte y comentando lo espantosa que era su familia.

«He oído que pagó cincuenta mil libras al gobierno para intentar que lo nombraran lord. Como si hicieran falta más trepas en la Cámara de los Lores. Los hombres como él hacen que el sistema parezca un circo». Yo los escuché en silencio, sorbiendo mi vino y disfrutando de la hipocresía de aquellas personas, que se creían por encima de los cotilleos procaces pero no se habían divertido tanto en todo el día. La conversación que siguió, sobre la última novela de Ian McEwan, no fue ni la mitad de animada, creedme.

Dos días después de la comida, me derrumbé. Había bajado la guardia, angustiada como estaba por mi plan maestro y por la creciente impotencia que me producía no ser capaz de llegar hasta Simon. Había supuesto, tonta de mí, que dispondría de más tiempo para ocuparme de este problema menor, pero estaba muy equivocada. Quedé con Jim en Southbank, lo recibí con un café y dimos un paseo por la orilla del río. Se puso a acariciarme, pensativo, las pecas del brazo, como hacía cuando éramos adolescentes y nos considerábamos inseparables. Un gesto sin la emoción de las expectativas sexuales, pero de agradable familiaridad. Me llamó «Gray», como en los viejos tiempos, y se metió con mis zapatos nuevos.

—Son un poco cantosos, Gray, los zapatos no tienen que parecer una obra de arte moderno.

Le contesté diciendo que su pañuelo de seda nuevo le daba aspecto de viejo conde italiano y tuvo la prudencia de parecer avergonzado. Los dos sabíamos que el pañuelo lo había elegido Caro. Al cabo de un rato, le pregunté por sus planes de boda, sacando el tema con un tono de despreocupación que resultó demasiado obvio. Contestó con vaguedades, algo sobre que Caro quería hacer el convite en un club privado del que era socio su padre. Jim no parecía entusiasmado con la idea y mantuvo la vista fija en el agua que discurría a nuestro lado. Aproveché una pausa en la conversación para ir al grano.

Le dije que los arrebatos de Caro me preocupaban, que durante la comida le había visto los arañazos del cuello. Dije que Caro lo había monopolizado, había borrado todas las cosas que le hacían ser él y que casarse con ella me parecía una mala idea. Me había convencido a mí misma de que era un gesto valiente y de que, pasara lo que pasara, Jim querría oír lo que yo tuviera que decir. Mientras le hablaba desvió la mirada, tiró su vaso en una papelera y a continuación caminó hasta la barandilla del río y suspiró profundamente.

—Entiendo que se te haga raro. Tenemos una amistad muy intensa, lo que es maravilloso. Eres mi familia, mi mejor amiga, creo que incluso mi novia suplente. Durante gran parte de mi vida pensé que terminaríamos juntos... Pero tú nunca lo permitiste, ¿verdad? —Debí

de dar un respingo porque insistió—. ¡Es así, Grace! Mantuviste nuestra relación en una intensidad en la que te sentías cómoda. Hay personas que quieren quererte y eso te repele. —Se pasó una mano por el pelo y exhaló—. Pero bueno, como quieras. El caso es que me lo dejaste claro y lo acepté porque sé que me das lo que eres capaz de dar. Pero Caro quiere más. Estoy enamorado de ella y ella de mí. Y esto no te lo puedo tolerar, Grace. No puedo. Sabía que no ibas a conformarte con decir que te alegras por mí... Mamá me lo avisó, Caro también. Y lo entiendo. Pero eso no quiere decir que puedas volver a hacerme esto. —Entonces me miró con una sonrisa amable y me acarició la mano—. Nuestra relación no va a cambiar. Pero no puedes volver a hablar así de ella. Tienes que tomarte esto como lo que es. No te estoy abandonando. No soy tu padre; simplemente, estas cosas pasan. —Me dio un pequeño abrazo y se alejó en dirección a Waterloo. No dije una palabra. Me odiaba por ser tan pusilánime. Odiaba que Jimmy tuviera razón. Odiaba haberme rendido. Los odiaba a todos.

Un mes más tarde, Caro y Jim celebraron su fiesta de compromiso.

En las semanas que siguieron a nuestro encuentro en el río Jim y yo no habíamos hablado gran cosa, pero fui porque estaba invitada y porque, si no iba, daría que hablar. Aún peor, Caro pensaría que estaba destrozada y lo disfrutaría. Me puse un traje de chaqueta de terciopelo verde botella con una camiseta blanca e hice caso omiso de las ligeras náuseas que me provocaba haberme gastado un dineral en el conjunto. Me pinté los labios de rojo. Nos vestimos para otras mujeres. Es un cliché banal, pero responde a una realidad. Caro entendería el mensaje. Y solo eso compensaba la factura de la tarjeta de crédito.

Llegué a las diez de la noche, después de tomar una copa en el bar de la esquina cuando decidí que era demasiado temprano para subir. Las fiestas de Caro no solían empezar hasta por lo menos las nueve y media, y yo no tenía intención de perder tiempo con sus bulliciosos amigos mientras estuvieran sobrios. El apartamento estaba en el piso cuarto de un edificio señorial con vistas al parque. Era hermoso, con escaleras de mármol y un ascensor de época, con puertas de bronce. Nunca me crucé con nadie ni en el vestíbulo ni en los pasillos. Los propietarios de aquellos pisos eran personas ricas. De esas que tienen casas en varios lugares del mundo a las que llaman «pied-à-terre» y en las que nunca hay cajones llenos de cachivaches ni bicicletas viejas obstruyendo los pasillos.

La fiesta se estaba disgregando cuando llegué. Un pequeño grupo de amigos de Jimmy se había reunido en la cocina: algunos

excompañeros de colegio que me caían bien y unos cuantos tipos aburridos de la universidad con los que se empeñaba en seguir en contacto. Pero, en su mayor parte, el piso estaba lleno de amigos de Caro. Chicas enfermizamente delgadas y enfundadas en vestidos de seda en tonos mate. Todas tenían pelo de niña pija —ya sabéis a lo que me refiero—: abundante, brillante, largo, parece descuidado pero solo las mechas han costado quinientas libras y son cualquier cosa menos descuidadas. Los hombres iban de uniforme: pantalón chino y camisa azul. Se veía algún que otro mocasín, pero casi todos llevaban zapatillas deportivas en un intento por parecer más relajados de lo que en realidad estaban. Casi todos los invitados eran de raza blanca. La música estaba alta, pero nadie bailaba.

Saludé con una inclinación de cabeza a unas cuantas caras que reconocí, pero seguí camino hasta la mesa de las bebidas; cogí una copa de vino y salí a la terraza. Nunca lo paso bien en las fiestas. La abundancia de cháchara insustancial que exigen me deja sin energía y hace que se me tense todo el cuerpo. No es un problema de timidez, sino de que me aburro tanto que me entran ganas de morirme. La vida es muy corta y pasamos gran parte de ella hablando con personas espantosas sobre las minucias de sus insulsas vidas. Soy incapaz de hacerlo con entusiasmo. Y la cárcel no es mucho mejor, que lo sepáis. No vayáis a pensar que aquí hay menos conversaciones de relleno sobre gilipolleces. En prisión no tiene sentido hablar del tiempo, de lo que tardas en llegar a la oficina o del trabajo de plástica de tu hijo. Pero la cárcel vuelve a las personas más mezquinas de lo habitual, las hace aferrarse a cualquier cosa que les dé sensación de reconfortante normalidad. Eso quiere decir que hay mucho parloteo sobre lo que hay para desayunar o lo que ponen por televisión esa noche. Y, a diferencia de en la vida normal, no puedo escapar de él.

En la terraza, me enciendo un cigarrillo, me coloco entre dos grupos de personas que no conozco y les doy la espalda para dejar claro que no quiero unirme a la conversación. Me fumo el pitillo (intento que sea solo uno a la semana, igual que Gwyneth Paltrow, y ahí se termina lo que ambas tenemos en común) y escucho las conversaciones a mi alrededor. Alguien llamado Archie se va a esquiar con su nueva novia en Semana Santa y una tal Laura finge que le parece maravilloso, pero su zureo cada vez más agudo da a entender que le encantaría que la susodicha novia se despeñara. Alguien a mi derecha está contando que una vez coincidió con nuestro espeluznante primer ministro en un bar cerca de Kings Road y le pareció «un tipo verdaderamente gracioso».

Todas las conversaciones de la terraza se interrumpen cuando Caro hace acto de presencia. Su delgado cuerpo está enfundado en un vestido ceñido verde esmeralda que requiere ir sin sujetador (las niñas pijas no necesitan sujetador), lleva el pelo suelto y va descalza. Eso ya no es aparentar despreocupación, sino lo siguiente. Como si tu vida consistiera en veranear en villas con criadas que se dedican a barrer los suelos y a hacerte periódicamente la pedicura. Todos la aclaman cuando se une al grupo y se apresuran a ofrecerle pitillos y vino. Me ve y me atrae hacia ella con una de sus delgadas muñecas.

—Hola, cariño, qué bien que hayas venido. Ya veo que tienes bebida. Jimmy está dentro histérico por si se nos acaban los vasos, pero seguro que se pone contentísimo de verte. Ve a buscarlo. Sé que lo tranquilizará mucho comprobar que... estáis bien. —Me mira arqueando mínimamente una ceja, con solo un atisbo de sonrisa. Jimmy se lo ha contado. Cómo no.

Entro, sin ganas de hablar con Jim, pero loca por alejarme de Archie, de Laura y de un tal Phillip que está pidiendo a gritos que alguien reparta coca. Que no estamos en 1989, Phil, joder, si es que das pena.

Encuentro a Jimmy en el sofá con una simpática chica llamada Iris que trabaja con él. Recibo un abrazo de oso, de esos que solo un hombre alto y fuerte puede dar, y entiendo que está decidido a olvidar nuestra conversación e intentando comunicarme físicamente que quiere que yo haga lo mismo. Así que lo hago. Jim me da palmaditas en la espalda y sonríe aliviado por que estemos bien otra vez. El apartamento se llena, la gente sigue bebiendo hasta que las únicas botellas de vino que quedan son de un chardonnay con pinta de haber sido comprado en Tesco, así que me paso al vodka. Para la una de la madrugada, casi todos los invitados están colocados. Yo nunca he tomado drogas —por la clásica razón de que no me gusta perder el control— y nunca me las ofrecen. Pero sé identificar los síntomas: las pupilas vidriosas, ese morderse el interior de la boca, las conversaciones gilipollescas (aunque, claro, esto último podría deberse a la compañía). Caro está en el centro de la habitación, balanceándose y acariciándose un brazo. Jim va hasta ella y le coge la mano. Ella se aparta con brusquedad, dice alguna cosa y le da la espalda. Jim lo intenta de nuevo y entonces Caro le da un empujón. No fuerte, pero torpe, visible.

—Vamos a espabilarnos un poco. Estáis todos adormilados —proclama, y se va a la cocina. Yo miro a Jimmy y le hago una mueca en un intento por comunicarle que estoy aquí y también por sugerirle con disimulo que su prometida es una pesadilla, pero me mira con una

expresión cercana al desdén y se sienta. Caro sale de la cocina con una bandeja de plata llena de vasos de chupito y la gente se congrega a su alrededor—. Por mi futuro esposo —brinda antes de apurar el vaso de un trago y pasarle el brazo por los hombros a una chica morena que está cerca de ella. A Jimmy no le ofrece. Yo estoy cada vez más furiosa. Con Caro por ser tan arpía, con Jimmy por dejar que lo trate así. Alguien ha sacado una tarta cubierta de ganache y con las letras C y J escritas en glaseado color rosa. Quien la horneó se olvidó de ella con las prisas por emborracharse. Cojo un cuchillo y empiezo a cortarla en porciones gruesas. Coloco una en una servilleta y se la ofrezco a Caro.

—Caro, come un poco de tarta. Sé que no es tu dieta habitual, pero necesitas reponer fuerzas, ¿a que sí? No vayas a perder tu famoso derechazo.

El corrillo que está en la puerta ríe nervioso. Caro me mira con la boca congelada en una mueca de furia y se aleja hecha un basilisco. Jimmy, que estaba demasiado lejos para oír lo que he dicho, se acerca a mí con determinación y me hace entrar en el cuarto de baño.

—¿Se puede saber qué haces? —sisea furioso apoyándose en el lavabo y obligándome a sentarme en el váter—. ¿Quieres pelearte con Caro en nuestra fiesta de compromiso? Pensaba que habíamos quedado en que por lo menos ibas a intentar alegrarte por nosotros.

—¿Cómo voy a hacer eso cuando te vas a casar con una narcisista a la que ni siquiera pareces gustarle? —digo poniéndome de pie—. Quiero respetarte, no regalarte los oídos. ¿Por qué me pides a mí que sea amable y a Caro no?

Lo aparto, salgo del baño y me alejo de él y de la gente que hace cola para entrar.

La noche se ha vuelto intensa, se ha acelerado y afilado. No estamos aquí para ser testigos del amor de dos personas, tampoco para celebrar una unión, sino para consentir a Caro. Pero consentirle ¿qué? Tengo ganas de irme, pero no puedo abandonar a Jimmy con una prometida borracha y un grupo de gente que posiblemente ni siquiera sabe su nombre completo. Me siento en un rincón del salón y finjo estar en la periferia del grupo que tengo más cerca. Simulo leer mis correos, me salto mis reglas y fumo más cigarrillos. Los invitados empiezan a marchar, rehúyen a Caro cuando les pide que se queden. Solo ella sigue su propio ritmo, su cuerpo menudo es incapaz de quedarse quieto. Jimmy ni siquiera ha vuelto a intentar hablar con ella, pero a mí ni me mira. Por fin, a las tres de la madrugada, solo quedamos nosotros tres y otra mujer. Está hablando a Jimmy con expresión solemne y por encima de la música (que Caro ha subido de

volumen), pero capto palabras sueltas: «Preocupada...», «¿comido?», «¿otra vez?...». Imagino que los dos han visto más veces esta versión de Caro y están esperando para intervenir y meterla en la cama. Pero Caro está en su propio mundo, cambiando de canción cada minuto más o menos, sirviéndose una copa detrás de otra, anestesiándose. Yo la observo, estoy considerando llamar un taxi y dejar que se apañen solos, cuando de pronto Caro deja de bailar y me mira.

—¿Tienes tabaco? Necesito un pitillo, aquí hace muchísimo calor.

Jimmy se levanta y empieza a sugerir que nos vayamos todos a la cama, pero Caro lo interrumpe y yo saco mi cajetilla y le digo que la acompaño. Jimmy me mira por fin.

—Tranquilo, no pasa nada. Quédate aquí. Yo me ocupo —digo mientras guío a Caro por el pasillo y a la terraza.

Caro sale dando tumbos y se reclina sobre la barandilla. Saco cigarrillos y le enciendo uno. Me coloco delante de ella y la miro, consciente de lo pequeña que parece.

—Te estás portando como una lunática —le digo mientras doy una calada a mi cigarrillo. Ella no me mira—. Has convertido la velada en una pesadilla. Tengo que suponer que tu comportamiento se debe a que eres profundamente infeliz. ¿Para qué quieres casarte con Jim? Corta con él y búscate a alguien que cuente con una bonita propiedad en el campo y al que no le importe que te mates de hambre con tal de que salgas bien de su brazo en las fotos. Así de fácil. Tú serás más feliz. Jim no se irá destruyendo poco a poco y yo no me veré obligada a fingir que te soporto. Venga, Caro, sabes que estoy en lo cierto.

Se sube a la barandilla de la terraza hasta quedar a horcajadas y echa la cabeza hacia atrás. Se está riendo. Es el gesto más natural que le he visto en toda la noche. Tose, endereza la espalda y se sujeta el pelo detrás de la oreja.

—Mira que eres tonta —dice arrastrando las palabras—. Tonta del culo. No tengo ningún interés en casarme con un cabeza hueca con un fondo fiduciario. Sé que es lo que debería hacer, pero me moriría de asco. Quiero casarme con Jimmy. Es buena persona y me adora, no es un banquero rancio que me trataría con desprecio y se follaría a su secretaria en cuanto tuviera ocasión. Quiero a Jimmy.

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Menudo topicazo, Caro. ¿No te saldría más barato ir a terapia? Al menos te ayudaría con tus otros problemas. Que no van a desaparecer, por mucho que Jim intente echar una mano. ¿Para qué destruirlo también a él?

Esto no tiene sentido, pienso. Me odia, estamos intentando herirnos la una a la otra con palabras y ninguna vamos a asestar el golpe

mortal. Caro me taladra con unas pupilas dilatadas y negras.

—Cállate. No tienes derecho a opinar, mujer blanca soltera de mierda. Que vienes vestida de verde a mi fiesta de compromiso para eclipsarme. Por Dios, si es que no debería haber tolerado nunca tus celos y tus delirios. Todos estamos rotos, Grace, eso deberías saberlo. Pero somos adultos. Llegaremos a un entendimiento. Yo ganaré dinero y él será un hombre de provecho y tendremos una vida agradable. Sencilla. Normal. Normalidad es lo que necesito. No será como Lionel, que jamás estuvo ahí, jamás fue cariñoso, siempre estaba loco por pasar a otra cosa. —Da una calada a su cigarrillo—. Todo saldrá fenomenal. Pero, para que eso ocurra, cada vez tengo más claro que tú debes dejar de dar por saco.

Enfatiza mucho las últimas tres palabras y me mira; se está riendo.

—Jimmy te quiere; eres una especie de mujer-hermana rara para él, ¿verdad? Siempre en su vida, pero sin ser suya. Parte de su familia, pero en realidad no... En realidad no. A Sophie le obsesionan las buenas acciones y tú has sido una de muchas. ¿Cómo no te diste cuenta y te largaste al cumplir los dieciocho? Una mujer adulta con un trabajo aburrido no es exactamente lo mismo que una niña que ha perdido a su madre. Ya no sirves.

Está casi chillando y agitando el cigarrillo en el aire. Yo tengo los puños apretados y siento el impulso de sacarme el nudo que empieza a formarse en mi garganta. Me acerco a Caro, que se echa hacia atrás y abre los ojos solo un poco. Me arde la cabeza y hago una única e inútil respiración profunda en un intento por expulsar la adrenalina que me recorre todo el cuerpo.

¿Qué es lo que podría haber hecho de otra forma en aquel momento? ¿Podría haberle dado un fuerte empujón en pleno pecho para hacerla caer por la terraza? ¿Podría haberla agarrado de un pie cuando caía, haber sido consciente de mi furia impulsiva y tratado de rectificar, y todo ello en solo un segundo? ¿O podría haberla mirado amenazadora y haber dicho alguna cosa igual de cruel con la esperanza de ganarle un par de asaltos? Es algo sobre lo que he reflexionado a menudo, un pequeño e interesante «elija su propia aventura» en el que, dependiendo del camino que tomes, terminas en situaciones distintas. En todas las alternativas que he contemplado, mi reacción es menos impulsiva, y algo más elegante. Pero es el problema que tiene ver las cosas en retrospectiva. La realidad es que no hice nada. Caro se cayó de aquella terraza solita, su delgado cuerpo no pudo amortiguar la caída. Murió en cuestión de segundos. Ya os había dicho que gané yo.

Hasta que perdí, claro.

11

George Thorpe me explica cada una de las novedades sobre mi recurso de apelación. Reconozco que es meticuloso. Tanto que asiento despacio con la cabeza deseando que se dé prisa y me cuente solo los elementos importantes. Este hombre se debe de creer que necesita repasar cada detalle de mi caso antes de llegar a la parte en que, con un poco de suerte, me saca de aquí. ¿Será posible que me aburra mi propia historia de encarcelamiento injusto? Lo que son las cosas.

Cuando se va, obligado por el timbre que señala el fin del horario de visitas aquí en Limehouse, nos escoltan de vuelta a nuestras celdas en silencio. Quiero escribir lo que ha dicho Thorpe para después ir asimilándolo a mi ritmo, pero la cárcel no respeta la necesidad de soledad. Es cierto que aquí dentro puedes sentirte de lo más sola, pero también lo es que nunca te dejan tiempo para estar con tus pensamientos. Y, en mi caso, eso suele significar que Kelly anda cerca. Hoy, concretamente, me la encuentro sentada en mi litera.

Yo no creo en Dios, pero juro que a veces pienso que a Kelly me la ha enviado un ángel vengador para tocarme las narices. Si es verdad eso de que una deidad omnisciente habita en el cielo, entonces la felicito por idear un castigo apropiado para mis actos en forma de Kelly McIntosh como compañera de celda. Kelly está inclinada sobre un pie, limándose las uñas en mi alfombrilla. En mi cama hay trozos de uña.

—¡Ey! —dice sin levantar la vista—. ¿Qué tal la reunión?

Por lo que sé, Kelly jamás ha intentado recurrir su sentencia, no se ha reunido con su abogado ni se ha declarado inocente, a diferencia de muchas aquí. Como si a alguien le fuera a importar la situación de otras cuando tiene la suya propia de que preocuparse. Es como cuando oyes hablar de los hijos de otras personas; o, peor aún, es como oír hablar de cansinos problemas mentales ajenos. Kelly ha estado antes en la cárcel. Esta vez es por chantajear a hombres con fotos subidas de tono; cuando era más joven, fue por atracar a gente en Caledonian Road. Le gusta decir que la tasa de delincuencia en el código postal N1 cayó un ochenta por ciento cuando la metieron en la cárcel. Kelly es una mujer a la que no le gustan los cambios. Ser delincuente le funciona, dice; pasando olímpicamente por alto sus repetidas

encarcelaciones, ¿para qué cambiar de *modus operandi*? Claro que no dice *modus operandi* porque estoy segura de que piensa que es el título de una telenovela latinoamericana.

—Pues como siempre —contesto antes de colocarme a su lado y mirar sin disimulo los trozos de uña con lo que espero sea una expresión suficientemente clara de asco. Pero Kelly jamás se inmuta. Es imposible humillarla, disgustarla, avergonzarla. Sería un ser fascinante, de no tener la cabeza tan hueca. Un psicólogo podría pasar horas con ella y terminar por admitir que no siempre hay algo oculto en los pliegues más recónditos de la mente humana. Hay personas que habitan en aguas poco profundas. Kelly se ha pasado casi toda la vida chapoteando en la orilla.

—Entonces ¿vas a salir o qué? ¿Ha encontrado el abogado ese lo que buscaba? Supongo que necesitas un testigo, ¿no? ¿Tu amigo sigue sin hablarte? —Me molesta que Kelly demuestre tanto interés. Estoy segura de que ha cotilleado mi caso, puesto que no le cuento casi nada y sin embargo me hace preguntas que prueban que sabe más de lo que debería. Mi historia es pública y notoria, el *Daily Mail* prácticamente asignó un reportero a mi juicio. No puedo esperar que la gente no quiera saber más. Pero me niego a que nadie de aquí dentro tenga una información que luego pueda adornar y contar a un periodista cuando yo salga. Quiero volver a mi vida anterior sin que nadie se entere. Bueno, a la anterior no, pero sí a la que tenía planeada antes de este traspié.

Le hago un resumen insustancial de mi reunión, de cómo esperamos que el fallo sea pronto y de mi confianza en el resultado. Kelly se levanta de mi cama y se sienta en el suelo con las piernas cruzadas igual que una niña pequeña, mientras yo sacudo mi sábana y aliso mi almohada rezando por que no haya puesto los pies en ella.

—¿No te parece una locura —dice mientras empieza a pintarse las uñas de un escalofriante color coral— que yo haya hecho tantas cosas malas y nadie sepa mi nombre y en cambio tú hayas terminado siendo famosa por algo que ni siquiera hiciste?

Salta a la vista que le molesta que yo haya fascinado a tantas personas, como si no fuera merecedora de la dudosa atención que he recibido. Como si fuera a catapultarme a un *reality* de baile y conseguirme una sesión de peluquería gratis y una doble página en la revista *OK!* a cambio de contar mi tragedia entre lágrimas. Después de meses de vivir pegada a esta mujer, sé muy bien que ese es su sueño.

No sé cómo explicarle que mujeres como ella las hay a patadas. No va a terminar en la portada de la prensa sensacionalista porque en su historia no hay morbo alguno. Sí, de acuerdo, es atractiva hasta cierto

punto y sus delitos tienen un componente sexual (lo que siempre ayuda), pero una persona que se dedica a estafar a la gente después de que le haya ido mal en la vida no tiene nada de original. Nell Gwyn hizo lo mismo con Jacobo II hace ya varios siglos y con bastante más elegancia de la que nunca tendrá Kelly.

—Supongo que he tenido suerte —digo con los ojos en blanco.

—Pero ¿nunca habías hecho algo malo antes? ¿Ni siquiera robar alguna cosa en una tienda? Yo tuve una época de no parar en el Sassy Girl de mi barrio, nos guardábamos mazo de cosas en el pantalón de chándal y luego las vendíamos en el mercadillo de los sábados. Mi madre flipaba con lo mucho que me cundía la paga. Pero luego esa tienda se puso en plan fino, empezaron a poner alarmas antirrobo a las cosas y tuvimos que dejarlo.

El recuerdo la hace sonreír, como si fuera un acto inocente sacado de una novela de Enid Blyton. Yo también sonrío, con una sinceridad fingida resultado de la práctica. Una sonrisa falsa requiere esfuerzo: no te llega a los ojos y los músculos faciales parecen presentir que no es de verdad, así que tienes que tirar un poco de ellos. Pero tampoco puede parecer sarcástica, como les pasa a muchas sonrisas desganadas.

—No —contesto—. La verdad es que no. He llevado una vida muy aburrida.

Sé que es pura coincidencia. Sé que ha dicho Sassy Girl porque hay una en cada esquina. Estoy convencida de que no sabe que Simon Artemis es mi padre. No sabe de quién son esas tiendas, a quién estaba robando cuando se guardaba cosas en el pantalón para revenderlas un sábado por la mañana. Miro a Kelly, pero ha perdido el interés y está concentrada en aplicar una segunda capa a sus uñas de los pies recién pintadas. Cojo mi libreta y me voy al cuarto de los ordenadores para repasar mi reunión con Thorpe. Pero ya tengo los dedos pellizcando la piel de mi garganta. No me gustan las coincidencias.

Encuentro un sitio en el cuarto de los ordenadores lo más lejos posible de otras personas y me siento. Hay tres monitores enormes que parecen donados por Amstrad a principios de la década de 1980. Se supone que en algunas cárceles han empezado a autorizar los ordenadores dentro de las celdas, pero Limehouse parece estar muy abajo en la lista de centros con ese privilegio. Aquí todavía se dan cursos de manejo de ordenadores, como si alguien necesitara aprender a enviar un correo electrónico o a escribir un documento en Word, cuando lo que buscamos casi todas es entrar en Facebook y localizar a ese exnovio que nos dejó plantadas por una chica de recursos

humanos y averiguar si son felices juntos.

Escribo todo lo que me ha dicho mi abogado, punto por punto, y lo repaso una y otra vez hasta que creo haberlo asimilado. ¿No es ridículo? Todo lo que he hecho en los últimos años, todos los planes y todas las muertes. La única ambición que abrigaba, que alimenté, que logré hacer realidad... Y de repente: esto.

Ella se cayó por la terraza y a mí me detuvieron y juzgaron por asesinato. Se cayó porque era una trastornada borracha que se mataba de hambre y yo terminé aquí en chándal y pagando cientos de libras por hora a un hombre con gafas de carey para que intente demostrar mi inocencia. ¿Cómo se puede probar que algo no ocurrió si tú eres el único testigo? Caro nunca podrá contar la verdad sobre aquella noche, y sospecho que, aunque pudiera, no lo haría. Todo esto le resultaría divertido.

Yo he mirado a la muerte a la cara, si me permitís el chascarrillo perverso. He descubierto que ver una muerte en tiempo real a menudo provoca pánico en las personas, las vuelve locas de atar: gritan, lloran, se desmayan y corren en círculos. Gracias a Dios, nunca ha tenido ese efecto en mí. Claro que yo conocía su llegada con antelación, quizá resida ahí la diferencia. Con Caro, en cambio, no tenía ni idea. Sí, de acuerdo, se tambaleó, pero que pudiera llegar a caerse fue algo que ni se me pasó por la cabeza. Quizá me parecía demasiado obvio: la gente se cae por el balcón estando borracha en Magaluf, no en Clapham. Pero es que, además, fue increíblemente repentino... y silencioso. Ni gritó ni aulló. No hubo mano que agarrar, como en las películas. Caro estaba allí y al minuto siguiente, no. De no haberme encontrado mirándola, a centímetros de su cara, no lo habría creído. Así que me entró el pánico. Mi habitual frialdad en presencia del final de una vida me abandonó y empecé a ver borroso. Caí de rodillas, me sujeté a los balaústres de piedra y asomé la cabeza entre ellos para intentar divisarla. Pero solo vi el seto bien podado que rodeaba el edificio de apartamentos. No grité, tampoco corrí a buscar a alguien. Ni siquiera fui consciente de que tenía mi teléfono en la mano. Nadie sabe con seguridad cuánto tiempo estuve así, pero no pudieron ser más de un par de minutos. Jimmy le contó a la policía que salió para averiguar por qué tardábamos tanto en fumar un cigarrillo. Les contó que yo odiaba a Caro. Jimmy dijo muchas cosas a la policía.

Oí pisadas y me giré hacia las puertas acristaladas. Cuando levanté los ojos, vi a Jimmy y entonces volví a la realidad.

—¿Dónde está Caro, Grace?

No esperó respuesta. Señalé (al menos eso creo) hacia la barandilla y él se inclinó por encima de mí y se asomó. No llegué a ver lo que vio él. No miré. Y para cuando nos permitieron salir del apartamento más tarde esa mañana, ya se la habían llevado. Pero Jimmy sí la vio. Y no penséis que gritó ni gimió ni soltó un aullido gutural. Solo se giró hacia mí, se agachó y me agarró de las manos como si quisiera arrancarme los brazos del cuerpo.

—¿Qué has hecho? —cuchicheó con la cara arrugada en una mueca de desconcierto y conmoción—. ¿Se puede saber qué coño has hecho?

Me limité a mirarlo. Se puso de pie con brusquedad, cruzó las puertas acristaladas y oí cerrarse de golpe la puerta del piso. La chica que había dentro y cuya cara he olvidado por completo debió de llamar a la policía. Yo seguía sentada en la terraza cuando llegaron tres agentes uniformados con la sirena encendida. Los siguió al poco una ambulancia, lo que me resultó extrañamente gracioso, un auténtico triunfo de la esperanza sobre la experiencia. Porque Caro estaba muerta, ¿no? Menudo teatro.

Me dieron una manta y me ayudaron a ponerme de pie, me llevaron al salón y me dejaron con una agente, quien me insistió en que bebiera un poco de agua. Me dijo que se llamaba Asha y me explicó que estaba en shock. Aquello me pareció una ridiculez. No me caía bien Caro, aquello me había solucionado un problema importante y, además, en realidad no había visto nada. Pero ahora que lo pienso, seguramente tenía razón. Sentía un frío insoportable, no podía dejar de tiritar y necesitaba hacer pis cada quince minutos. Jimmy no subió al apartamento y yo no hacía más que preguntar por él. Para entonces la otra chica se había esfumado y yo me sentía demasiado cansada para oponerme cuando Asha me dijo que no podía bajar a buscarlos. Reconstruí en mi cabeza el momento en que cayó Caro lo más serenamente que pude. ¿Cómo de cerca había estado yo? ¿Pareció asustada? ¿Podía yo haber hecho algo?

A medida que repasaba lo sucedido, mi cuerpo empezó a relajarse y noté cómo desaparecía la ansiedad. Para recuperar el control necesitaba reconstruir la cadena de acontecimientos. Era normal haber tenido un momento de pánico: ver a la mujer cuya muerte has deseado morir delante de tus narices no es algo que ocurra todos los días. Pero prolongarlo más de un momento habría sido autocomplaciente y, lo que es peor, dañino. Aunque era obvio que se había tratado de un accidente, tendría que responder preguntas. Me había situado bajo el escrutinio de la policía, algo que podía llegar a ser catastrófico. Si no mantenía la calma, podía terminar

perjudicándome a mí misma.

Para cuando subió un inspector, yo ya había entrado en calor, estaba sobria y tenía clara mi versión de los hechos. El hombre se presentó como Greg Barker, pero no necesitó preguntar mi nombre y empezó a llamarme Grace desde el momento en que se sentó en el sofá de terciopelo azul y se subió las perneras de los pantalones enseñándome sus calcetines amarillos. Tenían dibujos de perritos calientes en miniatura. Espero que fueran un regalo de sus hijos por el día del padre. Espero que los cogiera sin querer del cajón cuando se vestía a oscuras para salir. Un hombre hecho y derecho no tiene excusa para llevar calcetines de dibujitos. Y mucho menos cuando se dirige a investigar una muerte trágica a las cinco de la madrugada.

El inspector Barker fue bastante brusco, pero no de una manera antipática. De hecho lo agradecí; estaba harta de que Asha me hablara con voz queda y me acariciara el brazo. A veces me gustaría poder llevar una chapa que dijera: «Agresiva, no acariciar».

—Siento informarla de que Caroline Morton ha sido declarada muerta por mis compañeros del equipo de emergencias sanitarias esta misma mañana. Es evidente que ha sufrido usted una terrible conmoción, señora Bernard, pero es imprescindible que nos hagamos una idea clara de lo ocurrido aquí anoche y, para que eso suceda, necesitaríamos interrogarla cuanto antes.

Fijó en mí sus ojos grises y consideré la posibilidad de resistirme, de exigir que me dejaran ir a casa, ducharme y quitarme aquella ropa que a la luz del día resultaba absurdamente frívola. Quería ponerme un jersey grueso y pantalones de talle alto. Quería que un blazer a medida envolviera mi cuerpo antes de hablar con la policía. Pero Greg Barker seguía con los ojos fijos en mí. Y me pregunté qué conclusiones sacaba la policía de un testigo que tardaba en responder. La policía no tiene precisamente fama de mentalidad abierta, tampoco de huir de las suposiciones fáciles, así que deduje que cualquier reticencia por mi parte sería como una gran flecha negra apuntándome.

—Qué cosa tan espantosa, joder —dije empujándome la ceja izquierda con la palma de la mano—. Tan innecesaria. Pobre Caro. Pobre Jim. ¿Puedo verlo antes de que hablemos?

Ante esa pregunta, Barker desvió mínimamente su mirada.

—Me temo que hoy no va a ser posible. Pero han avisado a la familia Latimer y está en buenas manos, así que no se preocupe demasiado.

Su puta familia soy yo. Su madre se pondrá en plan macabro, llorando y hablando sin parar de lo espantoso que es todo. Su hermana se pondrá cada vez más nerviosa y se encerrará en sí misma.

Y John intentará ser práctico. Ayudar a organizar las cosas. Los amigos de la familia se presentarán como si alguien los necesitara y no para demostrar su bondad haciendo acto de presencia desde el primer momento. Son de esas personas que llegan temprano a los funerales para sentarse en las primeras filas y alardear de su cercanía con el muerto ante los que están sentados más atrás. Pero Jimmy necesita alguien a quien chillar. O con quien estar callado. O que se siente con él en su antiguo dormitorio a ver episodios viejos de *Los Soprano* porque, a veces, eso es lo único que ayuda.

Una vez más, me debatí entre insistir o acceder. En esta ocasión, sin embargo, decidí que insistir transmitiría preocupación por mi amigo.

—Señor —a los hombres les encanta que los llamen «señor»—, solo quiero asegurarme de que mi amigo está bien. Acaba de perder a su prometida, pero si me dejan estar con él cinco minutos... Si su familia no ha llegado todavía, creo que me necesita.

De nuevo Barker fijó su vista en algún punto situado bajo mi oreja y soltó un leve gruñido.

—Me temo que de momento eso no va a poder ser. Le aseguro que mis agentes lo cuidarán.

Vale. ¿Quería eso decir que Jimmy ya se había ido? ¿O significaba en realidad que la policía no quería que habláramos antes de tomarnos declaración por separado? O algo peor. Mucho peor. ¿Significaba que Jimmy no quería hablar conmigo?

«¿Se puede saber qué coño has hecho?». Eso era lo último que me había dicho. Yo había dado por sentado que por efecto del pánico, de la incredulidad. Esa locura transitoria que te impone tu cerebro cuando no puede procesar con normalidad algo que ha ocurrido. Pero ¿y si no se trataba de algo momentáneo? ¿Podía haber prosperado la idea implícita en esa pregunta? ¿Podía incluso haber echado raíces a gran profundidad en el cándido cerebro de Jimmy, de manera que, una vez superada la conmoción inicial y conseguido dormir un poco, se hubiera despertado creyéndola?

Jimmy no era de esas personas que desconfían de sus propios pensamientos. Yo en cambio estaba siempre pensando cosas que después descartaba, sabedora de que eran retorcidas, autodestructivas, traicioneras. Pensamientos perniciosos que parecen tuyos, pero que en realidad se han colado a la fuerza en tu cerebro disfrazados de ideas propias. Cosas del tipo «Tu madre era una puta» o «Quieres follarte a ese viejo hasta que caiga redondo». Ya sabéis a qué me refiero. Jimmy no sabrá desconfiar de sus pensamientos porque nunca ha tenido uno tan espeluznante o perverso que le haya hecho comprender que su

cerebro no es siempre su aliado. Si le venía a la cabeza que yo había tenido algo que ver en la muerte de Caro, ¿por qué iba a cuestionarlo? La semilla de una idea estaba plantada en su cerebro, ¿bastaría eso para que se la creyera?

Confié en no haberme delatado delante del inspector, que seguía mirándome y esperando mi respuesta. Fuera, el sol estaba cada vez más alto en el cielo.

—Muy bien —dije—. ¿Cómo puedo ser de ayuda?

Me llevaron a la comisaría de Battersea y me prometí mentalmente no volver a cruzar el río en mucho tiempo. Hombres como cubas con pantalones chinos color rojo, chicas borrachas que se precipitaban por la terraza. Es un lugar donde nunca ocurre nada bueno.

A pesar de la decoración intencionadamente relajante en tonos crudos y de los ofrecimientos constantes de tazas de té o de conseguirme un jersey por parte de la alegre recepcionista, de pronto tuve la sensación de haber caído en una trampa. ¿Por qué no estábamos allí Jimmy, aquella amiga insípida de Caro y yo sentados muy juntos, compartiendo conmoción, testificando sobre lo ocurrido la noche antes y marchándonos después para recuperarnos en amor y compañía? Me llevaron a una sala de interrogatorios que parecía un decorado hecho a toda prisa para una mala película policiaca del canal ITV y me dejaron allí un cuarto de hora. Miré a mi alrededor en busca de una pared de espejo, al otro lado de la cual alguien pudiera estar observándome, o de un micrófono pensado para pillar a un delincuente pusilánime proclive a confesar sus actos en cuanto lo dejan solo cinco minutos, pero no había nada. Solo yo y un té poco cargado que prácticamente me habían obligado a aceptar. ¿Por qué te ofrecen té cuando te enfrentas a la cárcel? Prefiero vodka, así al menos me echaré unas risas cuando empiecen las preguntas.

Cuando por fin se abrió la puerta, no entró el inspector Barker, sino una mujer joven con jersey de cuello vuelto y falda de seda. Tanto su género como su indumentaria despertaron en mí esa misoginia inconsciente que suelo perdonarme, porque es imposible no crecer absorbiéndola al menos un poco. Lo que no puedo soportar es una mujer piloto. A eso no sé si podré acostumbrarme algún día.

La inspectora, cuando me fijé bien, no era tan joven, pero tampoco era la versión canosa de Helen Mirren en *Principal sospechoso*. No llevaba alianza. Bonitas uñas. Me pregunté qué rojo sería. ¿Marea carmesí? Yo siempre andaba a la busca del rojo perfecto.

—Hola, Grace, siento haberla hecho esperar. Hemos tenido una

mañana un poco caótica. Los domingos no suele haber tanto trabajo como hoy. Los calabozos están llenos y se nos acumula el trabajo. Soy Gemma Adebayo y esta es mi colega, Sandra Chisholm.

En aquel momento entró una mujer rubia achaparrada con uniforme y se sentó a su lado. Sonrió tensa.

—Estamos aquí para hablar de los tristes sucesos ocurridos esta mañana. No está aquí como sospechosa ni nada de eso, Grace, solo queremos tomarle declaración para poder entender cómo han ocurrido las cosas y, con un poco de suerte, brindar algún consuelo a la familia de Caroline.

Gemma arqueó las cejas en lo que interpreté como una señal para animarme a hablar; a continuación puso en marcha la grabadora y dejó constancia de la fecha, la hora y las personas presentes.

Hablé despacio, explicando todo lo ocurrido en la fiesta. Les conté a las policías que Caro había bebido mucho, tomado drogas y que parecía tensa, alterada y nerviosa. No les dije nada de nuestra conversación, solo que habíamos mantenido una charla ebria sobre bodas y vestidos de novia, como si hubiéramos sido dos amigas que se hacen confidencias antes de la boda de una de ellas. Me pareció que era algo que haría una novia durante su fiesta de compromiso con la mejor amiga de su prometido. Es decir, si la novia hubiera sido una chica normal y corriente a la que le gustaran las invitaciones de boda con dibujos de pajaritos y letras doradas en relieve y no una chiflada presuntuosa que iba a casarse con mi mejor amigo solo porque necesitaba sentirse querida por alguien que no fuera su padre. Dios mío, ¿por qué hay mujeres que le piden tan poco a la vida? «Que no sea mi padre» me parece que es poner el puto listón demasiado bajo. ¿Alguien tiene un padre que no le haya decepcionado de una manera a primera vista insignificante pero, en realidad, de lo más dañina? Oscar Wilde (otra vez) dijo en una ocasión: «Todas las mujeres terminan convirtiéndose en sus madres. Esa es su tragedia. Los hombres no, y esa es la suya». No tengo tiempo de explicaros hasta qué punto esta frase es equivocada, solo diré que más le habría valido a Oscar fijarse en los hombres que sí terminan pareciéndose a sus padres. Concentrarse en eso contribuiría mucho a solucionar los problemas de la sociedad.

Expresé mi total (y sincera) conmoción por que Caro se hubiera caído por la terraza mientras manteníamos nuestra agradable charla.

—Yo solo había estado dos veces en ese apartamento y nunca había salido a la terraza. No me entusiasman las alturas, así que no tenía demasiado claro a cuántos metros estábamos del suelo ni hasta qué punto era inestable la postura de Caro, pero desde luego no recuerdo

haber pensado que corriera peligro. Qué cosa tan... espantosa.

Ahora les tocaba hablar a ellas. Me tapé la cara con las manos, respiré por la nariz y me estremecí ligeramente al exhalar. Apropiadamente traumatizada, supuse, incluso para mujeres como aquellas, que lo han visto todo. La rubia de mayor edad asintió con la cabeza, en un claro gesto de empatía. Yo era la digna de compasión allí, una chica afectada, muerta de preocupación por su amigo, sobrepasada por la situación. Y en parte así era. Adebayo sonrió brevemente, pero no se apresuró a consolarme.

—Gracias, Grace, sé que estará cansada. Voy a hacerle unas preguntas y luego podrá irse. Seguro que está deseando volver a casa.

12

Bryony murió antes del accidente de Caro. En retrospectiva, me hace gracia recordar cómo cotilleó la familia de Caro sobre el trágico fallecimiento de Bryony solo semanas antes del triste final de aquella. Me pregunto si la muerte de Caro los afectó tanto como la de Bryony a Simon. Yo había sospechado (de manera fundada) que la muerte de Bryony sería el golpe de gracia para él. Siempre podías volver a casarte, y un hombre como Simon..., en fin, no esperaría demasiado. Antes de que diera tiempo a poner la inscripción en la lápida, ya tendría un nuevo ligue a la que doblaría en edad, eso no lo dudaba. Pero Bryony era su única hija y, a diferencia de su mujer, que se pasaba la vida entrando y saliendo de consultas de cirujanos plásticos y restaurantes rancios en Mónaco, había elegido vivir con Simon. Decidí que su muerte empujaría a este a emprender alguna clase de acción. Así que Janine moriría primero.

Había decidido cómo mataría a Janine antes de pensar en ningún otro miembro de la familia. La verdad es que suena absurdo, pero es así. El éxito de muchos de estos planes se ha debido, en última instancia, a la suerte, y eso que me pasé la adolescencia tramando, ideando formas concienzudas e ingeniosas de matar a estas personas. Resulta que, como con todo en la vida, la realidad a menudo tiene más que ver con el azar, o con una idea que te viene a la cabeza a las tres de la madrugada. El asesinato de Janine fue una mezcla de las dos cosas. Hace tres años leí en el suplemento dominical de no sé qué periódico un artículo sobre al auge del «internet de las cosas», un término que les encanta citar con entusiasmo a los locos de la informática, pero que básicamente consiste en una serie de dispositivos que pueden comunicarse entre sí mediante wifi. Tienen sistemas automáticos capaces de reunir información y desempeñar tareas: por ejemplo, hacer una lista de la compra cuando se te acaban los productos de limpieza o encender la calefacción de tu casa el día que vuelves de vacaciones. No es exactamente el futuro que imaginábamos, esto no son *Los supersónicos* y aún no tenemos monopatines voladores, pero sí podemos esperar que nuestras casas hagan ciertas tareas por nosotros. No hacen falta llaves para la puerta cuando basta con un sensor de huella, nada de pasar la aspiradora si

lo puede hacer un robot mientras tú estás fuera. De momento, lo máximo que se puede acercar el ciudadano de a pie a vivir en un hogar inteligente es comprando una Alexa o similar, a la que puedan ordenar orgullosos que ponga música o busque algo en Google. A ser posible, en presencia de amigos hartos que odian que los invites. Pero para los superricos puede significar tener conectada tanto su casa como todo lo que hay dentro de ella.

¿A que no adivináis qué había hecho Janine con su ático de Mónaco? A eso me refiero cuando hablo del azar. Leí ese artículo sin demasiado interés una mañana de ligera resaca y, tres semanas más tarde, Janine salió en la revista *Lifestyle!*, una publicación mensual en papel cuché dedicada en su mayor parte a sentar a mujeres muy ricas en mullidos sofás y dejarlas hablar de lo que les apetezca. Por lo general los temas de conversación son comidas benéficas o proyectos de interiorismo con gran presencia del cristal y el mármol y un uso excesivo de la palabra «auténtico». Creo que las únicas personas que compran esas revistas son otras mujeres ricas deseosas de leer artículos sobre sus rivales en sociedad para después ponerlas a parir, pero tienen mucha publicidad de firmas de interiorismo exclusivas y de negocios de artesanía, de manera que la pescadilla se muerde la cola y la publicación sigue siendo rentable.

El reportaje dedicado a Janine se centraba en su nueva terraza, que había añadido después de decidir un día que necesitaba un sitio con orientación este donde hacer yoga al sol de la mañana. El jardín de la azotea tenía una ligera inclinación, explicó, y era más apropiado para disfrutar de la luz vespertina. Me pregunté cómo reaccionaría el entrevistador a esta declaración, es posible que con compasión genuina por una entrevistada que soportaba una carga tan terrible. Pero Janine no se contentó con hablar de la terraza, que parecía una especie de capricho griego, con grandes macetas de barro y una —y no exagero— fuente de mármol del doble del tamaño del resto de elementos. El reportaje incluía un recorrido por la casa, que tenía tres plantas y nueve dormitorios, seis cuartos de baño y, no os lo perdáis, una «habitación para la serenidad», donde la serenidad parecía proceder de la ausencia de muebles a excepción de un sofá color crema y un espejo que ocupaba una pared entera. Janine explicó que se refugiaba en ella cuando «la vida me sobrepasa y necesito reencontrar mi centro», lo cual no explicaba lo del espejo, pero a veces es mejor no preguntar. Se había ido a vivir a Mónaco, dijo, por motivos de salud. Un susto cardiaco la había empujado a «replantearse su vida». La atención médica en el principado debe de ser buenísima. En cuanto a las exenciones fiscales, ni se mencionaban.

Como el artículo tenía más de cinco mil palabras, llegaba un punto en el que el entrevistador necesitaba con cierta desesperación un tema nuevo y original, así que animaba a Janine a hablar de su vestidor inteligente. «Háblenos del vestidor de sus sueños; tengo entendido que tiene unas características especiales que nuestras lectoras estarán deseando conocer». A modo de acompañamiento a la fotografía de un vestidor gigante, Janine explicaba que cada artículo que contenía estaba inventariado, fotografiado desde todos los ángulos y almacenado en una base de datos a la que accedía desde un iPad. Aquel sistema convertía vestirse por la mañana en un sueño, le contaba a la revista, porque le decía qué prendas podía combinar entre sí. «Me recuerda ropa que tenía olvidada. Por ejemplo, la semana pasada me compré una chaqueta *bouclé* de Chanel color azul índigo y, cuando la añadí a la base de datos, ¡resultó que tenía otra igual!». Esas chaquetas cuestan cinco mil libras. Qué risa. Pero la tecnología no se limitaba al vestidor. Eso era solo el principio. Todo lo que había en la casa estaba conectado a internet, explicaba Janine. Las luces ya no se encendían con interruptores, el horno no tenía mandos («¡Claro que hace mucho que no cocino!», gorjeaba) e incluso la temperatura de la sauna que se daba por las mañanas estaba controlada por domótica. Todas las habitaciones podían cerrarse por control remoto, en caso de que hubiera un fallo en la seguridad, y confesaba la tranquilidad que le daba saber que «aunque no entiendo muy bien cómo funciona, nuestra maravillosa ama de llaves sí lo domina y yo casi no tengo que hacer nada». Esa frase resumía muy bien el lema de Janine.

La alusión a la sauna fue lo que despertó mi curiosidad. Sonaba a escenario de novela policiaca y me imaginé infiltrándome en la casa, quizá disfrazada de criada, encerrándola en la sauna y oyéndola suplicar clemencia. Tal vez algo así no era demasiado factible. Pero el elemento control remoto me gustaba y decidí que una casa conectada a internet merecía, como mínimo, una pequeña investigación. ¿Podía usarse esa tecnología con fines perversos? ¿Era completamente segura o sería fácil hackearla?

La red estaba llena de historias sobre dispositivos inteligentes que se estropeaban, funcionaban mal y metían la pata. De parejas que habían roto cuando sus aparatos inteligentes mencionaban el nombre de un amante, de niños expuestos a lenguaje malsonante, de hervidores eléctricos que se quedaban horas encendidos y de sistemas de calefacción imposibles de manejar. Pero los fallos verdaderamente interesantes de este tipo de diseño inteligente tenían que ver con la seguridad. En internet circulaban un montón de historias de terror

sobre personas que interceptaban la transmisión de un vigilabebés y de padres que oían a desconocidos hablar a sus niños de noche. Había denuncias de sistemas antirrobo interceptados y silenciados antes de que los intrusos entraran en la casa. Familias agobiadas porque sus dispositivos inteligentes habían sido intervenidos por delincuentes que ahora les exigían un rescate a cambio de dejar de controlar la temperatura o de poner música a todas horas del día y de la noche. En la mayoría de los casos, esto se debía a que el sistema con el que funcionaban estos dispositivos no estaba ni encriptado ni actualizado. Sí, de acuerdo, algunos de los fabricantes eran un poco más serios, pero la mayoría se limitaban a venderte el equipo y a aconsejarte tener una buena contraseña.

Necesitaba averiguar si era posible hackear el sistema de Janine, pero ¿por dónde empezar? No podía escribir «cómo encontrar un pirata informático» en Google y arriesgarme (aunque en un principio sí lo hice y después estuve días sintiéndome como una tonta). Así que me puse a buscar académicos que se dedicaran a investigar dispositivos *smart* y encontré a una mujer que había escrito un artículo sobre las futuras implicaciones de la seguridad doméstica en la era de las casas inteligentes. Trabajaba en el University College de Londres y, Dios bendiga nuestro sistema educativo, su dirección de e-mail figuraba justo debajo de su nombre en la página web de la universidad, al alcance de cualquiera. Envié un correo a Kiran Singh desde el buzón de sarah.summers@journo.com y le pedí una entrevista. Le dije que quería vender al *Evening Standard* un artículo sobre los peligros de introducir esta clase de tecnología en nuestros hogares.

A todo el mundo le gusta ver su nombre en letras impresas. Por mucho que a la prensa en papel le queden dos telediarios, a la gente todavía le ilusiona aparecer mencionada en ella. Online, puedes desaparecer en cuestión de minutos. Pero tu abuela puede arrancar la página de un periódico y enseñárselo a sus amigas. Quizá enmarcar tu momento de gloria para colgarlo en el aseo de la entrada, donde verás el papel amarillear y combarse cada vez que entres a hacer pis. Los académicos no son una excepción. Kiran me contestó al cabo de una hora diciendo que estaría encantada de hablar conmigo y si me venía bien el viernes.

Quedamos en la cafetería del Museo Británico. Fue idea suya y mucho más agradable que comer en uno de los ocho millones de Pret A Mangers que hay en esta ciudad. Me presenté armada con una libreta y una grabadora comprada aquella misma mañana en una tienda de electrónica de Tottenham Court Road con la esperanza de

que me diera aspecto de periodista. Era fácil de usar, me había asegurado el algo desesperado vendedor que tenía el negocio vacío, encajado entre dos megatiendas de muebles con idénticos sofás de terciopelo rosa en sus escaparates. La encendí y crucé mentalmente los dedos.

Kiran era una mujer agradable, quizá un pelín intensa, que me esperaba sorbiendo un té verde. Se veía a la legua que era profesora universitaria. Las personas normales no usan pantalones de pana. Lo consideran, quizá incluso lleguen a probarse unos en la casi permanente sección de artículos al cincuenta por ciento en Gap. Pero al final se dan cuenta de que se te pegan a la pierna, atraen más pelusa que ningún otro tejido y, lo que es peor, te dan aspecto de profesor universitario. Después de un rato de charla insustancial, Kiran se mostró encantada de entrar en materia y me dio un montón de información acerca de cómo usar la tecnología para hacer daño a alguien. En su opinión, había una manera obvia en la que un hacker podía usar los dispositivos inteligentes de un hogar: una vez se lograba acceder a la central domótica, cualquier cosa era posible.

La central domótica, me explicó pacientemente cuando le pedí que me lo repitiera, era el cerebro que manejaba todos los dispositivos en un hogar inteligente. Les envía órdenes y los dispositivos obedecen. La central puede pedir al termostato que suba la calefacción, o al televisor que actualice los canales. Una vez la central determina que un dispositivo es «fiable», es admitido en la red y puede comunicarse con los otros aparatos.

Algunos de estos dispositivos inteligentes funcionan con cifrado de extremo a extremo.

—Amazon suele ser bastante bueno en la seguridad en la nube, pero yo ni me acercaría a los dispositivos de Ergo —dijo pasándose un dedo por la garganta.

Muchos no tienen el cifrado porque las compañías que los fabrican son más pequeñas y sus recursos son limitados. Kiran me contó que hay maneras muy sencillas de acceder a la central domótica. Si consigues sacarle el número de serie al propietario, es pan comido.

—Hay gente que incluso lo publica online, lo veo todo el tiempo —comentó con los ojos en blanco—. Pero si no te lo ponen en bandeja, hay maneras de conseguirlo por la fuerza si tienes conocimientos elementales de hackeo.

Una vez un hacker se hace con el control de la central y de los dispositivos conectados a ella, el hogar domotizado puede convertirse en un arma para la persona que lo controla.

—Puedes usar las cámaras de los dueños de la casa para espiarlos

—me explicó— o volver loco a alguien encendiendo la música a determinadas horas del día, abriendo puertas, bajando persianas. —Reprimí una sonrisa, no debía saber lo mucho que me estaba gustando aquella hipótesis—. Pero, en líneas generales, aún no hemos llegado a ese nivel. La mayoría de las personas que compran un dispositivo Alexa o el asistente de Google los usan para pedir leche. Por supuesto que esos dispositivos se pueden hackear, pero el verdadero peligro llega cuando todo en tu casa está conectado, y para eso todavía falta. Es una tecnología aún en pañales, privativa de los muy ricos.

Le pregunté quién hacía esa clase de hackeo y echó un vistazo rápido a la cafetería, como si pensara que nos rodeaban personas deseando iniciarse en el pirateo informático. La realidad era que a un lado teníamos a una mujer mayor con abrigo floral comiendo pastel de arándanos, al otro, una pareja de japoneses ocupados en hacerse selfis y, a tres mesas de distancia, un chico joven con pelo oscuro y abrigo caro absorto en un libro.

—El hackeo a gran escala lo hacen los gobiernos: China, Rusia, Estados Unidos..., a pesar de que lo niegan. Después están grupos centrados en la extorsión, que usan cámaras web para chantajear a personas del colectivo LGTB en Oriente Próximo, por ejemplo. Y luego tienes a adolescentes aislados en sus dormitorios que son totalmente autodidactas y lo hacen por diversión, porque se aburren, vete tú a saber. Les sobra tiempo para volver loco a alguien interviniéndole el timbre de la entrada o apagándole la calefacción y luego presumen de ello en Reddit, en 4Chan o en Babel...

Después de unas cuantas preguntas más y con la promesa de avisarla cuando el artículo estuviera escrito, salí de allí, cuidando de evitar a la pareja que seguía empeñada en hacerse el selfi perfecto, y volví al trabajo. Recorrí a buen paso las calles secundarias detrás de Oxford Street mientras sopesaba los riesgos de reclutar a un cómplice que me ayudara a hackear la casa de Janine. Desde el principio me había negado a externalizar ninguna parte de mi plan, reacia a crear pistas que llevaran hasta mí cuando ya había tantas. Pero sabía que no podría hacerlo sola, mi comprensión de las tecnologías se limitaba a saber actualizar el software de mi ordenador, y la idea de hacer que la casa de Janine se volviera contra ella ya me había cautivado. ¿Lograría reclutar a alguien de confianza para que me ayudara?

Aquel fin de semana me pasé veintiocho horas metida en internet, frotándome los ojos cada cinco minutos y alternando café o vino en función de mis niveles de energía. Miré los sitios web que Kiran había

mencionado, leí miles de posts de hackers aficionados que presumían de sus éxitos, se jactaban de infiltrarse en nubes, centrales domóticas y cámaras en un lenguaje que me resultaba casi por completo ajeno. ¿Era perezoso suponer que eran todos unos esmirriados de no más de dieciséis años que llevaban semanas sin ver la luz del día? Tal vez un poco, pero no dudo de que mi suposición fuera bastante acertada. Había muchos posts de personas pidiendo a hackers que las ayudaran, principalmente a espiar a parejas sospechosas de infidelidad. «Chica (22) necesita ayuda para demostrar que su novio (28) está liado con compañera de trabajo. ¡Socorro!» era una petición típica. Por lo general las respuestas sugerían continuar la conversación en privado, así que no me enteraba del resultado ni tampoco de si el hacker hacía bien su trabajo.

Pero estaba agotada y borracha de cafeína, así que publiqué un mensaje. Daba igual si no lograba atraer a nadie, merecía la pena intentarlo. Era impreciso y breve, explicaba que era mujer (16, puse, porque pensé que así atraería a algún caballero andante obseso de la informática) y que necesitaba ayuda para volver loca a mi horrible madrastra. No entraré en detalles sobre algunos de los mensajes que recibí en los días siguientes. Baste decir que mi solicitud fue lo que la miel a las abejas. Siendo la miel una chica joven e indefensa y las abejas, un puto enjambre de viejos salidos. Contesté a los mensajes menos asquerosos y bloqueé todos los demás. Pasé la semana siguiente proporcionando información con cuentagotas a tres usuarios para ver cómo reaccionaban, averiguar sus conocimientos de hackeo y lo que querían a cambio. El que menos esperanzas me daba era Fumado17, que parecía incapaz de usar palabras normales y me contestaba a horas inopinadas y a menudo con gifs incomprensibles. Estaba a punto de darle pasaporte, cuando me mandó un mensaje un día a las siete de la mañana mientras me preparaba para ir a trabajar.

«Keloké —escribía—, cuándo le metemos un susto a la vieja? Yo también puto odio a mi madrastra. Esto puede ser una terapia que le salga gratis a mi padre». El lenguaje era primitivo, pero que usara frases con sujeto y predicado resultaba prometedor. Descubrí que tenía diecisiete años (de ahí su nombre de usuario), vivía en Iowa con su padre y la malvada madrastra de marras y pasaba mucho tiempo trasteando en internet cuando debía estar estudiando. Le dije directamente que me parecía improbable que fuera una estrella del hackeo y resultó que yo no entendía demasiado bien a los jóvenes de diecisiete años. Estuvo una mañana entera bombardeándome con todas las maneras en que podía infiltrarse en cámaras de portátiles, intervenir monitores vigilabebés y apagar la calefacción de la casa de

alguien. Eran cosas bastante inocuas, pero impactantes comparadas con lo que podía intentar hacer yo, así que, en lugar de pasar de él, le hice caso.

Hablamos hasta altas horas de la noche usando una aplicación de mensajería instantánea encriptada. Él me contó lo solo que se sentía y yo le conté historias inventadas sobre lo mucho que odiaba a mis padres. Cuanto más hablábamos, más se relajaba y más usaba ortografía normal. Me dijo que le encantaba leer y nos confesamos el uno al otro nuestro amor por Jack Kerouac (yo no he leído a Kerouac en mi vida, pero Google enseguida me puso al día). Omití deliberadamente darle información concreta de mi plan, contentándome con construir primero una relación con él, aunque se basara en mentiras y tópicos sexistas sobre una madrastra de cuento infantil.

Así estuvimos semanas, en las que yo intenté comportarme como la ficticia chica de dieciséis años que él creía que era, a la vez que le inyectaba una dosis de autoestima que, supuse, le haría sentirse en deuda conmigo. Me confesó que había sufrido acoso de pequeño por tener padres divorciados (supongo que Iowa no era un lugar demasiado progresista) y me habló de su miedo a no tener nunca novia. A pesar de mis intentos por que nuestra relación fuera por completo casta, algunas mañanas me despertaban notas de voz en las que me cantaba cancioncillas sobre lo contento que le hacía sentir y que yo rechazaba, coqueta, a base de emojis de carita sonriente. Se estaba enamorando. Había olvidado lo fácil que es manipular a chicos adolescentes, pero aquello me refrescó la memoria. Resolví que iba por el buen camino con Pete (me reveló su verdadero nombre al cuarto día, yo le dije que el mío era Eve) y me decidí a dar el paso siguiente y hablarle un poco de lo que quería hacerle a Janine, mi malvada madrastra.

Le expliqué que mi madrastra vivía en Mónaco (es como Francia, sí) y que con los años me había ido enfrentando a mi padre hasta el punto de que ahora estábamos, por su culpa, completamente distanciados (esto en parte era verdad). Quería asustarla y darle una lección. ¿Sabía él algo de casas domotizadas? Un poco, dijo, pero al día siguiente ya se había informado a fondo sobre los distintos métodos usados por las compañías que ofrecían tecnología inteligente. Debió de pasarse toda la noche leyendo sobre las formas de infiltrarse en una casa como la de Janine, y me aseguró que conseguiríamos acceder a la central domótica. «Lo más fácil sería introducir un dispositivo nuevo en la casa. Si consigues añadir otro aparato al sistema entonces podemos controlarlo todo. Tienes pensado ir a

visitarla dentro de poco?». Aquello me descolocó. Había confiado en acceder a la central domótica sin necesidad de poner un pie en la casa y no tenía ni idea de cómo colarme en el apartamento de Janine sin arriesgarme a echarlo todo a perder. Pero lo cierto era que nunca había ido a Mónaco a ver cómo vivía Janine. Me quedaban días de vacaciones, quizá mereciera la pena inspeccionar el terreno incluso si solo servía para darme cuenta de que mi plan era inviable.

Le dije a Pete que tenía pensado ir a Mónaco en un par de semanas pero que no estaba segura de si me invitarían a la casa. «Me odia a tope —escribí—, y normalmente me quedo con mi madre en un hotel y veo a mi padre cuando ella no está». Si a Pete aquello le pareció un arreglo familiar un poco extraño, se guardó su opinión. A pesar de ser casi un adulto, su familia lo obligaba a ir a la iglesia dos veces a la semana y a diario durante las vacaciones, así que su vara de medir los comportamientos sanos no era la más indicada.

Pedí una semana libre en el trabajo y reservé un hotel en Mónaco, para dolor de mi bolsillo. Aquel proyecto estaba resultando una sangría para los ahorros que con gran diligencia había reunido, y me dolía ver el dinero que tanto me había costado ganar gastado de esa manera. Había empezado a ahorrar una pequeña cantidad mensual en cuanto Sophie y John me pusieron una asignación (evidentemente sentían que tenían que tratarme como a uno de sus hijos a este respecto. Aquel dinero me resultaba incómodo, pero aun así lo aceptaba) y eso, más que ninguna otra cosa, me daba sensación de seguridad. Pero ahora, cada vez que consultaba mi cuenta de ahorro, me enfurecía el desequilibrio entre el paisaje financiero de los Artemis y el mío. Ya sé que es ridículo, dado que me estaba gastando mi dinero en matarlos, pero no todas las emociones pueden ser racionales.

Con todo y con eso, una semana al sol no era como para desesperarse y además Mónaco es minúsculo, más o menos del tamaño de Central Park, así que hacerme la encontradiza con Janine no sería un problema siempre que estuviera en la ciudad. Por desgracia de esto no había garantías, dada la propensión de los superricos a coger un avión en cualquier momento. Su cuenta de Instagram era privada, pero aceptó la solicitud de seguirla que envié bajo el pseudónimo «Mónaco deluxe», una cuenta que creé con fotografías robadas de páginas web de noticias de sociedad. Mostraba a los ricos y famosos en fiestas y eventos benéficos y me resultó sencillo repostearlas acompañadas de efusivos homenajes a «doña Daphne Batiste, donando generosamente un bello abrigo de visón al Children's Care Fund» o «doña Lorna Gold, anfitriona de excepción en su hermoso ático para

una velada en ayuda a los perros callejeros». Si estas mujeres entraban alguna vez en mi página, aceptarían mis alabanzas sin hacerse preguntas. Eran pilares de la sociedad monegasca, por supuesto que la gente querría agradecerles públicamente su labor. Gracias a aquella página pude entrever a qué dedicaba su tiempo Janine, aunque ni publicaba a menudo ni tenía talento para la fotografía. Aparte de unas cuantos retratos hechos por profesionales, las imágenes de su cuenta eran en su mayor parte fotos desenfocadas de atardeceres sacadas desde la ventanilla de un avión, alguna que otra instantánea de una mesa de restaurante con textos del tipo: «Un rato agradable con Bob y Lily en el Café de Flore» y unas pocas fotos de reuniones familiares. Bryony retransmitía su vida en directo desde Instagram, algo que no tenía precio. Janine era de la vieja escuela. Su última fotografía era de tres días antes: un primer plano de sus ligeramente regordetas manos enjoyadas presumiendo de manicura y esmalte rojo oscuro. El pie de foto decía: «Gracias otra vez a @MonacoManis por su buen hacer», así que, por lo menos de momento, estaba en la ciudad.

Volé un lunes y, después de darme una ducha para quitarme de encima la tristeza del vuelo *low cost* y del autobús exprés desde el aeropuerto, salí a explorar. Por supuesto, sabía dónde estaba el apartamento de Janine. Es increíble lo fácil que resulta averiguar dónde vive la gente. Incluso si no figuran en el censo electoral, hay muchas personas que geoetiquetan su ubicación o que siguen cuentas en redes sociales del área en que viven. Si sigues ocho cuentas distintas en cuyo nombre figure «Islington», no hay que ser un genio para saber dónde compras el periódico por las mañanas. Y lo que es peor, la gente es tan confiada que cuelga fotos de las vistas desde las ventanas de sus dormitorios, o de la puerta de entrada de sus viviendas. Con las *celebrities* es aún más sencillo. Muchos medios de comunicación informan de la localización exacta de la casa de alguien. Y si ese alguien está envuelto en un escándalo, es posible incluso que envíen un helicóptero o reproduzcan un plano de la casa. Janine me dio su dirección directamente. De hecho, se la dio a todos los lectores de *Hello!* hace dos años, cuando abrió las puertas de su ático para una recepción en honor de una empresaria turca a la que todos alababan por haber encontrado una posible cura para el eczema. El artículo empezaba tal cual: «Janine Artemis nos recibe en su fabuloso ático del edificio Exodora, en el paraíso monegasco». Por cierto, la empresaria turca fue más tarde condenada a ocho años de cárcel por robar casi cien millones de libras de donaciones y falsificar sus investigaciones. La batalla contra el eczema continúa.

Hacía un día agradablemente soleado y usé el mapa de mi teléfono

para llegar hasta el edificio Exodora, dejando atrás cafés atestados de mujeres de rostros felinos y hombres barrigudos vestidos con camisas con cuellos de distintos colores, a todos los cuales les habría venido bien usar un factor de protección solar 50 cuando eran jóvenes. El edificio estaba a solo diez minutos de mi hotel, lo que era un alivio, porque empezaba a hacer calor y el rastro de humos fétidos que dejaban los cochazos de lujo cada vez que pasaban zumbando por mi lado empañaba ligeramente la esperanza de un paseo agradable. Se dice que uno de cada tres habitantes de Mónaco es millonario. Entiendo que los ricos dedican gran parte de su tiempo a conservar su dinero y que un paraíso fiscal como este los ayuda, pero a mí me pareció una gran urbanización privada donde no hay necesidad de espacios abiertos ni aire libre porque tu helicóptero puede despegar en veinte minutos y llevarte a Suiza o la Provenza si te entra el antojo.

El edificio en el que vivía Janine era espectacular... si te gusta la arquitectura ostentosa y sin personalidad, claro. Era una casa de estuco color crema, aunque llamarlo casa puede inducir a equívoco. Me había preguntado por qué habrían elegido los Artemis un piso en lugar de una villa retirada, pero después de ver el lugar lo comprendí. El edificio era enorme, del tamaño de al menos seis casas, y a medida que se elevaba aparecían terrazas más y más grandes. De los laterales de estas colgaban rosas de apariencia silvestre, pero que caían en una simetría perfecta. Cuidadosamente dispuestas para parecer naturales. Las cristaleras iban del suelo al techo, pero estaban protegidas por persianas, y en la azotea ondeaba, en una enorme asta, la bandera con los colores del principado. Retrocedí y conté las plantas. Eran ocho en total y yo sabía, por la revista de decoración, que la residencia de los Artemis ocupaba tres. Si alargaba el cuello, podía ver la terraza acristalada del último piso. Donde a Janine le gustaba hacer yoga bajo el sol de la mañana. Rodeé la propiedad hasta la parte trasera, pero estaba protegida por un imponente muro y una verja que, supuse, daba acceso al aparcamiento. A uno de los lados había una gran puerta metálica que sugería la existencia de un montacargas.

Por supuesto había cámaras de seguridad repartidas aquí y allí, las vi en al menos cinco sitios. Pero con todo y con eso, era bastante fácil llegar a la puerta principal, solo una verja de hierro forjado y un aldabón dorado se interponían entre el portero automático y mi persona. Ah, no, también un hombre que vigilaba la puerta. Iba de culo si pensaba que iba a poder entrar como si tal cosa. Sin duda habían elegido aquel edificio por sus medidas de seguridad. Estaba fortificado y supuse que contaría con vigilancia en alerta máxima las veinticuatro horas.

Desalentada, bajé la calle y encontré una cafetería, donde me pedí un *café crème* y escribí un mensaje a Pete. «Acabo de tener una megadiscusión con mi padre y no puedo quedarme aquí, así k no voy a poder entrar en la casa de mi malvada madrastra. Plan abortado, supongo». Añadí un emoji lloroso para dar efecto y me encendí un cigarrillo. Pete contestó al momento: «Uf, vaya putada. No puedes darle algo a tu padre para ke se lo lleve a casa?». Qué buena idea. Quizá no podía entrar en la casa, pero tenía que haber personal que entrara y saliera a lo largo del día. Estaba claro que Janine llevaba varias décadas sin mover un dedo excepto para seleccionar y hacer clic en contactos de servicio doméstico. Tenía que haber alguien dispuesto a introducir un pequeño dispositivo en la casa por un módico precio.

Me pasé los dos días siguientes espiando a todas las personas que entraban en el edificio por la puerta lateral. Al principio era difícil saber a qué apartamento iban, pero elaboré un perfil de cada una usando mi vista de lince y mi inteligencia perspicaz para deducir quién trabajaba dónde. Es broma. Resultó que todos los empleados de Janine llevaban uniformes blancos con la palabra Artemis bordada en el pecho con letra cursiva. Nada transmite mejor el mensaje de «He perdido mi humanidad» que obligar a trabajadores inmigrantes mal pagados a llevar tu nombre escrito en el pecho, así que encajaba a la perfección con los valores de marca de la familia. Mujeres de aspecto algo nervioso salían cargadas con sacos de lavandería que entregaban a repartidores para regresar dentro a toda prisa, como si las estuvieran cronometrando. Nunca tuve ocasión de hablar con ninguna, tan apresuradas iban siempre. Pero también había una señora que aparecía cada día a las ocho de la mañana, dos y seis de la tarde en punto con un bichon frisé que parecía un peluche. Odio los perros que parecen peluches. Se pasan el puto día ladrando y son unos creídos. Supongo que se debe a cómo los tratan sus amos. Nunca he visto a una persona agradable y serena con un bichon frisé. Siempre son mujeres de mediana edad y con insatisfacción crónica que usan al perro para transmitir su decepción. «Betty no puede sentarse aquí. Hace demasiado calor y se está poniendo nerviosa». A Betty no le pasa nada. A ti en cambio te vendría bien un poco de terapia.

El segundo día que hacía guardia, fui a comprarme un café y a continuación me dirigí al paseo marítimo en preparación para el paseo canino de las seis. Enseguida apareció la señora del uniforme inhumano tirando de una reticente bola de pelo. Esperé a que me adelantara y la seguí durante unos minutos antes de alcanzarla.

—Bonito perro —dije y sonreí.

Aquella mujer era diminuta y llevaba el pelo negro recogido en un moño bajo. Apenas reaccionó, y habría seguido caminando de no ser porque el perro se me echó encima y me dejó manchas de tierra en los pantalones claros.

—¡No, Henry! —exclamó la mujer y se agachó para reprender al perro, que no parecía en absoluto contrito.

Le aseguré que no tenía importancia, pero se detuvo junto a una pared, se sacó un pañuelo del bolsillo y se puso a frotarme las piernas vigorosamente.

—¿Es suyo el perro? —pregunté, aunque por su expresión saltaba a la vista que no sentía ningún afecto por el animal. Me contestó que su empleadora la mandaba sacarlo y me mostré comprensiva, le dije que pasear a un perro todos los días tenía que ser un aburrimiento y más si era tan maleducado como aquel. Eso la hizo sonreír antes de mirar a su alrededor como si Janine fuera a presentarse de pronto y reñirla por no decir alabanzas del animalito.

Me puse a caminar a su lado y le pregunté qué le parecía Mónaco; le expliqué que yo acababa de llegar y me resultaba un poco abrumador.

—La gente es maleducada —dijo con brusquedad—. Piensan que el dinero lo es todo y no tienen amabilidad.

Y qué hay de tus empleadores, le pregunté, ¿tampoco son amables? Fue entonces cuando lo soltó todo. Que Janine la sermoneaba por las cosas más insignificantes, que trabajaba seis días a la semana y solo tenía libres los jueves, y eso si no la necesitaban.

—¡La semana pasada me descontó dinero de la paga porque le habían encogido una camisa en la tintorería! —exclamó meneando la cabeza. Lacey, pues ese era su nombre, mandaba dinero a su casa y mantenía a tres hijos adolescentes. Llevaba trabajando en casa de Janine tres años, antes había estado en Dubái con otra familia. No es que fuera mucho mejor, pero al menos allí tenía alojamiento propio. Llegamos hasta el final del paseo marítimo y entonces dio la vuelta y el perro gimió en protesta.

Me mostré comprensiva y le dije que la tal Janine debía de ser un completo monstruo, con cuidado de no revelar mi nombre ni dar a entender que la conocía. Y así, como si nada, supe que lo había conseguido.

—Trabajo para un periódico inglés. Me parece que lo de las señoras ricas que explotan a los trabajadores del servicio doméstico puede ser un buen artículo. Serviría de denuncia y las obligaría a portarse mejor.

Negó con la cabeza.

—No, necesito este trabajo. No puedo seguir hablando contigo.

Lacey apretó el pasó, pero yo la seguí.

—No usaría tu nombre ni diría para quién trabajas. Pero podríamos sacar a la luz esta clase de comportamiento. El periódico es famoso y estas mujeres lo leerían. Si se enteran de que la sociedad las encuentra inaceptables, se portarán mejor, si no por respeto a vosotras, al menos para que los demás crean que son buenas empleadoras.

Por supuesto, aquello era una patraña. Se habían escrito centenares de artículos sobre lo mal que tratan los ultrarricos al servicio doméstico y jamás ha cambiado nada. En todo caso, la situación iba a peor y no hacían más que salir a la luz historias de empleadas domésticas que escapaban de condiciones terribles e inhumanas mientras que sus antiguos jefes apenas sufrían consecuencias, y eso si las sufrían. Yo también estaba explotando a aquella mujer, lo sé. Pero no me quedaba otra, y al menos le estaba ofreciendo algo a cambio de su cooperación.

Negó de nuevo con la cabeza, esta vez con mayor vehemencia.

—No puedo. Necesito el trabajo.

Casi habíamos llegado a la entrada trasera de la casa.

—De acuerdo, respeto tu decisión. Pero casi no tendrías que hacer nada y, además, te compensaría por las molestias. Dinero para tu familia, Lacey. —Aflojó el paso, pero siguió sin mirarme—. ¿Te lo pensarás? —pregunté—. Si estás interesada, me encontrarás aquí mañana a las dos. Ayudarías a muchas personas en tu misma situación.

Con un último tirón de la correa, Henry y ella volvieron al ático. Lo hará, pensé cuando se volvió a mirarme. Si Janine la hubiera tratado con un mínimo de decencia, yo no tendría nada que hacer. Por suerte para mí, no era ese el caso.

Aquella noche me di el lujo de arreglarme para salir a cenar. Mi vestido negro hasta la rodilla y mis zapatos de tacón rosa flúor resultaban casi informales para Mónaco. A pesar del calor, abundaban los chales de piel, estaba claro que la organización defensora de los derechos de los animales no había visitado últimamente el principado. Había diamantes del tamaño de huevos de codorniz adornando cada oreja y cada dedo, también relojes que no logré identificar, pero que supe costaban más que la entrada para una casa. ¿Sería yo así cuando tuviera dinero? Era difícil pensar en un ultrarrico que hubiera tomado un camino distinto. Quizá Bill Gates, pero ¿quién quiere llevar deportivas feas y pantalones chinos y ser tan intenso? Ninguna de aquellas personas parecía feliz. Lo de que el dinero no compra la felicidad es un tópico —que se lo digan a los que cobran el salario mínimo—, pero también está claro que a muchos les causa

insatisfacción. Quizá en mi caso la diferencia consistiría en que el dinero sería mío. Muchas de aquellas mujeres eran ricas por sus maridos, y eso tiene que hacerte sentir siempre insegura. Porque los hombres ricos no suelen casarse para toda la vida, ¿verdad? Cambian a sus mujeres por otras que les gustan más y rara vez dicen: «Gracias por estar a mi lado, cariño. Gracias por criar a mis hijos y llevar la casa y hacerte cargo de todo el trabajo emocional que me ha permitido a mí dedicarme a mi carrera profesional sin distracciones. Ha llegado el momento de probar algo nuevo, pero aquí tienes el cincuenta por ciento de todo lo que construimos juntos». No. Contratan abogados e intentan joderte escondiendo el dinero en otro país, fingiendo ser pobres, aduciendo que no aportaste nada al matrimonio, que los niños no necesitan tanto. O hacen lo que hizo mi padre y abandonan toda responsabilidad en cuanto tienen ocasión.

De camino a Mónaco, en el aeropuerto, vi a dos mujeres mirando una vitrina con anillos en el duty-free. Oí a una decir a la otra: «Por una vez en mi vida, me gustaría poder comprarme algo así sin tener que pedir permiso a mi marido». Yo jamás tendría ese problema. Nunca me dejaría dominar, cohibir o controlar de esa manera por nadie. Y, si rompiera con mi pareja, sería magnánima con mi fortuna. Iríamos a partes iguales y disfrutaríamos de lo que nos diera el dinero. Nada de anillos de diamantes que te hacen ir por la calle con miedo de que te roben, sino experiencias y confort. Una vida de infinitas posibilidades. Tal vez no pudiera saber cómo me afectaría el dinero hasta que lo tuviera, pero mientras miraba a la gente de aquel restaurante supe que intentaría no olvidar lo que no se debe hacer. Y tener presente a la familia Artemis ayudaría. De tanto en tanto donaría una buena porción de su fortuna a organizaciones benéficas que supiera de buena tinta que ellos habían odiado. Eso no borraría su huella en el mundo, pero yo extraería placer creando un fondo con su nombre dedicado a ayudar a los okupas a combatir avisos de desahucio.

De vuelta en el hotel, escribí a Peter para decirle que creía poder conseguir que mi padre metiera un dispositivo en la casa y le pregunté qué me recomendaba, antes de apagar el teléfono y sumirme en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, me desperté temprano. Pete me había contestado con una retahíla de mensajes sobre centrales domóticas, dispositivos no encriptados y rúteres, todos ellos escritos en un lenguaje técnico que no logré descifrar. Le mandé un mensaje bastante cortante pidiéndole que fuera más claro y salí a correr. Una hora después, cogí un libro, fui al paseo marítimo y me senté en un café a

esperar a Lacey. Era agradable dedicar una mañana entera a no hacer nada, casi me sentí de vacaciones, si no contamos el hormigueo en el estómago que me decía que estaba un poco nerviosa. Leí unos pocos capítulos de *Memorias de un asesino: Israel Rank*, que había descubierto años antes, cuando todavía estaba intentando decidir qué hacer con los Artemis. Después de tenerlo un tiempo sin leer en mi estantería, me fijé en él cuando hacía el equipaje para Mónaco y lo metí en la maleta. Habla de un hombre en la Inglaterra eduardiana que mata a su familia por venganza. ¿Os suena la historia? A las dos menos cuarto, pagué los tres cafés y una minirrosquilla, me contuve de ahogar a la camarera cuando vi que me habían soplado veintiséis euros y eché a andar hacia el apartamento de Janine.

Justo pasadas las dos, aparecieron Lacey y Henry. Cuando estuvieron cerca, le hice a Lacey un pequeño gesto de la mano y me puse a caminar a su lado. Intercambiamos saludos y dediqué unos minutos a hablar con despreocupación de lo caluroso del tiempo, hasta que el perro nos obligó a pararnos porque quería hacer sus necesidades.

—¿Qué tendría que hacer exactamente? —preguntó Lacey nerviosa mientras buscaba una bolsa de plástico en su bolsillo.

Tuve ganas de abrazarla y eso que no me va demasiado el contacto físico espontáneo.

—Creo que lo más fácil sería introducir un pequeño micrófono en la casa y grabar cómo te habla. De esa forma tendremos pruebas concluyentes para un artículo, pero no usaremos ni tu nombre ni te implicaremos. Después tú y yo tendríamos una pequeña charla sobre cómo funciona el sector y lo que debe cambiar. ¿Qué te parece?

Lacey se inclinó para recoger la caca del perro y dijo algo que no oí.

—He dicho que cuánto —repitió cuando se lo pedí.

Hice un cálculo rápido. No podía ofrecer mucho, por razones económicas, pero ¿cuánto esperaría ella? Si ofrecía demasiado, igual se sentía con derecho a exigir más.

—Mil —dije—. En la moneda que prefieras, y en metálico. Mi editor no me autoriza a más. ¿Ayudará eso a tu familia, Lacey?

Por su expresión no supe si le parecía o no una cantidad decente, y seguimos andando.

—De acuerdo —repuso por fin—. Pero quiero el pago por adelantado y tienes que prometer que no usarás mi nombre ni el de la señora, tampoco mencionar a Henry. —Aquello me desconcertó y debió de reflejarse en mi cara—. Es un perro maleducado, pero lo quiero mucho —añadió por toda explicación.

—Vale, Henry no saldrá —prometí tratando de disimular mi incredulidad.

Aquella mujer se disponía a permitir que una desconocida introdujera un dispositivo en la casa de su espantosa empleadora y solo le preocupaba un chucho inmundo que claramente la odiaba. De verdad que no hay quien entienda a la gente.

Le dije que nos encontraríamos al día siguiente a la misma hora para darle el dispositivo, que luego tendría que conectar a la central domótica. ¿Sabía hacerlo? Sí sabía. Resultó que era ella quien había tenido que aprender a usar el sistema inteligente de la casa.

—La señora no lo entiende, pero ha aprendido a usar comandos de voz.

Muy bien. Perfecto. Una vez estuviera conectado, Lacey no tenía que hacer nada más, el dispositivo transmitiría la conversación y me daría material para el artículo. Luego podríamos charlar un rato en su día libre y su trabajo habría terminado. Lacey asintió con la cabeza e hizo ademán de marcharse.

—Trae el dinero mañana. En euros. No haré nada si no cobro antes.

Muy astuta. Bien por ella.

—Por supuesto —dije y le di las buenas tardes. Henry me enseñó sus dientecillos y se marcharon.

Dediqué la hora siguiente a escribirme con Pete, quien por fin había amanecido, sobre el dispositivo idóneo. Yo le había dicho que tenía que ser algo que pudiera pasar por un regalo a mi padre, y elaboramos una lista de posibles cosas. Hice hincapié en que tenía que ser algo pequeño, para que la malvada madrastra no lo viera e hiciera preguntas. En realidad buscaba algo que Lacey pudiera meter en la casa sin llamar la atención. La aspiradora inalámbrica era demasiado grande, una bombilla era demasiado aleatoria. Al final Pete estuvo unos minutos desaparecido y volvió con una regleta controlada por wifi, algo que, traducido al cristiano, era un enchufe doble que cabe en un bolsillo.

«Eres un crack!», le dije mientras buscaba en internet dónde coño encontrar algo así en Mónaco. Pete quería seguir charlando, tenía un examen dentro de poco y estaba nervioso, pero me lo quité de encima diciendo que me estaba quedando sin batería y salí del chat. No me extrañaba que lo preocupara no encontrar novia con ese talento para los temas de conversación.

Resulta que en Mónaco no hay una cadena minorista tipo Argos, así que encargar la regleta con entrega al día siguiente me salió bastante caro. A continuación consulté el Instagram de Janine, donde había una nueva publicación. Era la fotografía de dos vestidos

colgados uno junto al otro. Uno era un modelo largo color oro pálido con manga larga y lentejuelas, el otro tenía forma similar, pero era color rojo oscuro y, en lugar de lentejuelas, llevaba un fino remate de plumón a la altura del pecho. Estaba claro que Janine no tenía criterio en lo referido a los adornos. El pie de foto decía: «Preparándome para la cena, ¿con cuál de estas dos maravillas me quedo?». Los comentarios eran todo alabanzas, exclamaciones acerca de la imposibilidad de escoger uno y asegurándola que estaría guapísima con cualquiera de los dos. Dolly Parton habría estado encantada. Suya es la famosa frase: «Hace falta mucho dinero para tener un aspecto tan barato».

Decidí arriesgarme. Me puse un traje de chaqueta negro con una camiseta blanca y los tacones flúor de la noche anterior. Un taxi me dejó en casa de Janine a las siete y media y le pedí al taxista que esperara al otro lado de la calle hasta que llegara mi acompañante. Quince minutos más tarde, Janine salió por la puerta principal (se había decidido por el vestido dorado), acompañada de un hombre de aspecto extravagante, con una americana plateada, y se metieron los dos en un Mercedes que había aparcado en la puerta. Cuando el Mercedes arrancó, suspiré teatralmente y le dije al taxista que mi amiga había debido de olvidar que iría a recogerla. Seguimos al Mercedes durante unos ocho minutos, hasta la puerta de un restaurante con un gran toldo rojo y ramos de flores repartidos en floreros a la entrada. El joven acompañante de Janine la ayudó a bajar del coche y entraron en el restaurante. Un portero inclinó un poco la cabeza cuando pasaron a su lado sin saludar. Esperé un minuto y los seguí. Una mujer con un jersey de cuello vuelto ajustado me recibió sin sonreír. Cuando personas así tratan de intimidarte, lo único que puedes hacer es imitar su comportamiento. Sin decir ni hola, pedí una mesa.

—¿Tiene reserva? —me preguntó.

—Pues no. ¿Se necesita reservar para una sola persona? —contesté mirando mi teléfono con gran aspaviento.

Suspiró con desdén y fue a buscar al maître. Unos minutos más tarde, me sentaron en el bar y me dejaron en paz. Janine estaba en una mesa con un banco forrado de terciopelo rojo y el tejido a juego con el vestido creaba un efecto festivo de lo menos favorecedor. El hortera de su acompañante estaba sentado a su lado y otras dos mujeres completaban la reunión. Yo estaba demasiado lejos para oír de qué hablaban, pero me conformé con mirar. Era dudoso que hablaran de nada interesante, pero me gustó poder estudiarla de cerca. Habría sido poco profesional no ver en primer plano esa piel

cerosa suya antes de matarla; ahora en cambio podía mandarla al otro barrio con la conciencia tranquila.

Cené un plato de pollo ligeramente repugnante y dos copas de vino mientras miraba al joven arreglarle el pelo a Janine u ofrecerle probar de su plato. Daba la extraña sensación de estar coqueteando, a pesar de que se veía a la legua que era gay y, por lo menos, veinte años más joven. Quizá tenían un acuerdo por el cual él la acompañaba en sus salidas y le prodigaba la atención que Simon claramente le negaba. A cambio, ella lo invitaba a cenar y le hacía regalitos. Qué retro todo. De cuando en cuando, todos rompían a reír igual que cascabeles y la cara de Janine se estiraba hasta esbozar una sonrisa. Cuando la vi pedir la cuenta con un gesto de la mano, hice lo mismo y salí detrás de ellos. El hombre se encendió un pitillo mientras las mujeres charlaban, una de ellas le dijo a Janine que se pasaría por su casa el jueves a tomar café. Janine negó con la cabeza.

—No, ven mañana. La criada libra los jueves y voy a pasarme todo el día durmiendo. El viernes salgo temprano para Marruecos y necesito relajarme antes del vuelo.

Volví andando al hotel. ¿Podría Pete tener todo preparado para el jueves? Quizá era correr mucho, y yo sabía que correr conducía a equivocaciones. Pero la idea de estar allí cuando muriera Janine me resultaba atractiva, me daría una sensación de control que me estaba faltando con aquel plan. Y no tenía ni idea de cuánto tiempo iba a estar Janine fuera, lo que podía significar semanas de espera antes de que se presentara una nueva ocasión. ¿Y si Lacey se arrepentía mientras tanto? Saqué quinientos euros de un cajero que había al lado del hotel, la retirada máxima diaria que me permitía mi banco. Semejante norma habría dejado atónitos a los residentes de Mónaco. Allí las opciones de retirada de efectivo empezaban en quinientos, la calderilla necesaria para dar propina a los camareros cuando estás en un yate, supuse.

Pete estaba molesto porque había estado toda la noche desconectada y tuve que aguantar veinte minutos de lamentaciones sobre cómo su padre no le dejaba tener cerradura en la puerta de su habitación antes de que se centrara en el asunto entre manos. Los adolescentes son extraordinariamente egocéntricos, justo en una etapa de la vida en la que las personas resultan menos interesantes. Necesité un gran esfuerzo para no soltar a Pete que la libertad para masturbarse a todas horas no era un derecho humano fundamental y que no dejarte tener cerradura en tu habitación no suponía ninguna violación de la intimidad, por mucho que él se empeñara en citar la decimocuarta enmienda a la Constitución. Le hablé del enchufe que

había pedido y le dije que llegaría a la casa al día siguiente. A continuación le expliqué que quería dar un susto a mi madrastra antes de marcharme, el sábado. Decidí que la psicología inversa podía funcionar con Pete, así que le aseguré que entendería perfectamente que no se sintiera capaz de hacer algo tan complejo desde el punto de vista tecnológico.

«Me conformo con haber hecho un amigo —escribí—. Seguro k encuentro a kien me ayude».

Aquello le puso las pilas enseguida. La verdad es que el pobre era transparente. Me contestó con un emoji de corazón roto y diciendo que por supuesto se sentía capaz, que se quedaría despierto toda la noche trabajando en ello. Yo le había explicado, más o menos, lo que quería. Pete sabía que mi plan era encerrar a Janine en la sauna y subir la temperatura, pero ignoraba que quería dejarla allí hasta que su organismo no lo soportara más. Tampoco sabía que sufría una enfermedad cardiaca capaz de acelerar el proceso. A pesar de su bravuconería adolescente, creo que no era consciente de mis verdaderas intenciones, por mucho que quisiera impresionarme. Decidí que, llegado el momento, lo mejor sería fingir que se nos había ido de las manos y cargarle el mochuelo si después le entraba el pánico.

«Necesitamos acceso a las cámaras de seguridad para localizarla —escribió, poniéndose ya manos a la obra—. Debería estar en la misma red, pero no lo sabremos seguro hasta k esté conectado el enchufe. Luego controlaremos la casa desde nuestros teléfonos; tú me dices lo k kieres hacer y yo lo hago. Hasta puedes hablar con ella si kieres, eso sí k le cerraría el pico, ¿no?».

Estuvimos chateando hasta la madrugada. Pete me explicaba cómo funcionaría la cosa y yo le pedía una y otra vez que hablara en cristiano. Para las tres de la mañana estaba intentando llevar la conversación a un terreno más personal y se había puesto de nuevo a mandarme esas temidas notas de voz, así que apagué el wifi y me fui a dormir sin darle las buenas noches.

Me despertó el sol entrando a raudales por las ventanas y remoloneé un rato en la cama, satisfecha de mis progresos. La muerte de Janine supondría una victoria importante. Simon podía no ser un marido fiel ni amantísimo, pero llevaban décadas casados y, en muchos sentidos, Janine era su ancla. La muerte de sus padres tenía que haber supuesto una pérdida, la de su hermano era probable que no tanto. Dudo que la muerte de su sobrino lo hubiera afectado de una manera profunda. Pero perder a su mujer lo desestabilizaría. ¿Empezaría a ver un patrón? ¿A hacerse preguntas sobre la cadena de

muertes? No me pegaba que fuera supersticioso, pero quizá pensaría que tenía un enemigo en alguna parte que se estaba dedicando a matar a su familia de forma anónima. Confié en que estas ideas comenzaran a echar raíces. No tanto como para empujarlo a emprender alguna acción, pero lo suficiente como para colarse en su cabeza y no dejarlo pensar en otra cosa. Simon había hecho enemigos en el mundo de los negocios, gente a la que había jodido viva con sus operaciones. Había comprado y reestructurado empresas, que es una manera educada de decir que había despedido a muchas personas. Después de mi madre había tenido otras amantes, es lo que daban a entender los periódicos. ¿Echaría ahora la vista atrás y se preguntaría si alguna de ellas lo odiaba lo suficiente para emprender una venganza de tamañas proporciones? Los ricos siempre son un poco paranoicos, con sus sistemas de seguridad y sus coches blindados. Tal vez Simon reforzaría su seguridad, contrataría a un detective privado para que investigara a posibles enemigos. Quizá incluso acudiera a la policía. Todas ellas tácticas sensatas pero, en última instancia, inútiles. Jeremy y Kathleen llevaban tiempo enterrados y nunca podría demostrarse que su accidente de coche no había sido producto de un descuido. Andrew era un pobre trastornado a ojos de su familia, su muerte había sido una tragedia, pero nada sospechosa. En cuanto a Lee..., digamos que cuanto menos indagaran las autoridades en su desagradable final, mejor. Y de Janine se sabía que tenía una dolencia cardiaca desde hacía tiempo, en realidad ni siquiera debía haber puesto un pie en una sauna. No me parecería mal que, después de su muerte, la gente se preguntara: «Pero ¿no se supone que no podía...?». Culpar un poco a la víctima nunca está de más.

Miré mi teléfono. Tenía un mensaje de Jimmy preguntando si quería tomar una copa esa noche, otro de mi vecina avisándome de que había recogido un paquete para mí. Dos correos de trabajo de los que hice caso omiso. A continuación activé el wifi en mi otro teléfono, el que usaba para todo lo relacionado con la familia Artemis, y una serie de pitidos me avisó de que tenía mensajes nuevos. Nueve eran de Pete. Los fui pasando y vi que había uno en que me pedía que averiguara qué sistema operativo tenía la central domótica. Se lo preguntaría a Lacey. Los siguientes mensajes eran vínculos a artículos sobre timbres inteligentes que habían sido hackeados, y luego había otro en que preguntaba dónde me había metido y adjuntaba una foto, que, cuando la pinché, resultó ser de Pete delante del espejo. La cabeza estaba cortada, pero tenía los pantalones de chándal bajados y le vi el pene, que sostenía ante la cámara como una ofrenda. ¿Por qué envían los hombres fotos de sus pollas que nadie les ha pedido? No es

que yo tenga demasiadas amigas, pero creo que hablo en nombre de casi todas las mujeres cuando digo que no queremos encontrarnos algo así al despertarnos por la mañana. Y menos si es de un casi menor con exceso de vello púbico y un acné en el pecho que da bastante pena. Me sentí a la vez deprimida por tener que verlo y triste por Pete, quien evidentemente creía que algo así era un rito de paso cuando chateas con una chica. Guardé la foto y me la reenvié a mi teléfono de verdad. Me vendría bien conservarla en caso de que a Pete le entrara cargo de conciencia. Le escribí un mensaje amable sugiriendo ir más despacio. Confié con ello en hacerle sentir un poco de vergüenza, pero sin quitarle la esperanza de que más adelante pudiera haber reciprocidad de alguna clase. Por supuesto, no pensaba mandarle ninguna foto mía, pero tampoco sintáis lástima por aquel adolescente solitario. Si forjas una amistad basada en el delito informático, entonces te mereces que te engañen. De hecho, deberías contar con ello.

En cuanto llegó mi paquete me lo subí a la habitación, lo abrí y leí las instrucciones. Las escribí resumidas en un papelito y, a continuación, enrollé el cable de la regleta y la metí en un neceser junto con el dinero. De esta manera ocupaba poco y Lacey podría guardárselo en el bolsillo sin despertar sospechas si se encontraba a Janine al volver del paseo. Saqué otros quinientos euros del cajero y caminé hasta el paseo marítimo, donde enseguida vi a Lacey aparecer a lo lejos. Aquel día parecía de mejor humor, estaba claro que había dedicado tiempo a planear cómo gastar el dinero. O quizá Janine se había levantado más odiosa que de costumbre y Lacey estaba deseando pasar a la acción. Probablemente las dos cosas.

Le di el dinero y le dije lo que tenía que hacer.

—En el neceser van unas instrucciones, por si te hacen falta. Y mi número de teléfono, así que, por favor, mándame un mensaje cuando esté instalado y dame la marca de la central domótica y el número de serie que viene en el lateral. Tienen que ser dieciséis dígitos.

Asintió con la cabeza y me dijo que Janine se iba de viaje el viernes. Le aseguré que, cuando estuviera fuera, desactivaríamos el modo escucha y no lo activaríamos otra vez hasta su vuelta. Me pregunté si Lacey se desmelenaba cuando no estaba Janine. Si se pintaba las uñas de los pies en los mullidos sofás del salón, fumaba en la cocina, se daba largos baños en la bañera de Janine. Deseé que fuera así, pero es probable que le diera demasiado miedo.

—Solo necesitamos una semana de audio, más o menos. Eso nos

dará ejemplos suficientes de ese comportamiento tan lamentable. Luego puedes quitar el enchufe y tirarlo, ¿de acuerdo?

Asintió de nuevo y se agachó para acariciar a Henry debajo de la oreja.

—Hago esto por mi familia y para que otras mujeres no sufran lo que yo con una mala empleadora. Ayudar a los demás me hace sentir bien.

Henry estaba ocupado tratando de morderle los dedos y de pronto tuve una minúscula punzada de remordimiento. A la única a la que estaba ayudando Lacey era a mí. Y encima estaba a punto de quedarse sin trabajo.

—¿Cómo te apellidas, Lacey? —pregunté de pronto. Me miró con profunda suspicacia. También Henry parecía desconfiar, pero eso era normal en aquel cabroncete—. Te prometo que es solo para mis archivos. No voy a usar tu nombre en ningún momento. —Seguía pareciendo incómoda—. Si vendemos el artículo a otros países, tú cobrarás una parte —le expliqué improvisando sobre la marcha. Hablar de dinero funcionó, como era de esperar.

—Me apellido Phan —me dijo y lo deletreó.

Le di las gracias y le hice prometer una vez más que me enviaría un mensaje cuando hubiera instalado la regleta. Parecía seria cuando me dijo que sí. Nos despedimos y volví andando al hotel a esperar.

Al cabo de cuatro horas, que había dedicado a hacer una clase de entrenamiento online, darme un baño y pasarme una hora en Instagram mirando vídeos de Bryony, me entró un mensaje. «Hecho —decía—. Está instalado con la luz azul parpadeando. La marca que viene en la caja es Henbarg. El código es 1365448449412564».

Estuve treinta segundos revolcándome por la cama y dando puñetazos a las almohadas antes de sentarme y respirar hondo. Escribí un mensaje a Pete, que llevaba todo el día callado. Incluso con la diferencia horaria, era impropio de él. Normalmente se pasaba media noche despierto jugando en su patio particular, internet. Las palomitas azules en mi último mensaje indicaban que lo había leído. Era posible que se sintiera avergonzado, o dolido, o enfadado. Nada enfada más a un hombre que ser rechazado educadamente. Le escribí diciendo que el enchufe estaba instalado y le copié la información del sistema. Terminé con: «Podemos hacer un poco de ruido mañana? Sería una pasada asustarla LOL».

Eran casi las siete de la tarde y yo estaba llena de adrenalina, a pesar de los duros saltos del entrenamiento, así que me puse otra vez ropa de deporte y salí a correr. Conseguí hacer diez kilómetros por aquellas calles impolutas, con pulcros adoquinados y plantas bien

cuidadas. En realidad, Mónaco era como una ciudad de juguete, un lugar en el que tenías la sensación de que el resto del mundo quedaba lejos y no podía ensuciarte. Me compré un helado y volví andando al hotel, disfrutando del chute de azúcar mientras dejaba de sudar.

Seguía sin tener noticias de Pete, pero había visto mi mensaje. En la pantalla había dos palomitas azules nuevas. ¿Le habría quitado su padre el teléfono o simplemente estaba ocupado investigando cómo hackear el sistema? ¿O acaso había una razón más oscura para su silencio? ¿Y si había usado el número de serie para averiguar quién era Janine? De ser así, habría investigado y descubierto que yo le estaba mintiendo sobre quién era y lo que quería de él.

Siempre había sabido que algo así podía ocurrir. Él era el experto en tecnología, si es que un chico de diecisiete años puede ser experto en algo que no sean repugnantes secreciones corporales. Eso quería decir que yo no tenía el control de la situación, que no sabía hasta qué punto investigaría Pete lo que estábamos haciendo. Confié en que me dejara hackear la casa de Janine, se escandalizara cuando muriera y no quisiera saber más del asunto. Aquel sería el mejor de los resultados posibles. Pero no soy ninguna ingenua, sabía que era muy posible que Pete descubriera que yo buscaba algo más que «dar un pequeño susto» y que me exigiera respuestas. O, algo peor, que quisiera ir a la policía.

Ese era el problema de tener que recurrir a alguien. En líneas generales, yo seguía pensando que era más seguro pedir ayuda a un chaval con pocas luces, manipularlo un poco para conseguir lo que necesitaba y después fingir sorpresa por cómo acababa todo que contratar los servicios de un «profesional» que podría usar esa información contra mí durante el resto de mi vida. Alguien así me habría investigado a fondo y es probable que a continuación me hubiera pedido una cantidad de dinero exorbitante. Si Pete era el adolescente aburrido y algo deprimido que yo creía, entonces no me costaría mucho mantenerlo callado.

Pero ¿dónde coño se había metido? Para cuando me duché y me preparé para salir a comer algo, eran las nueve y seguía sin dar señales de vida. Le mandé otro mensaje preguntando si se había molestado y diciendo que le echaba de menos. «Contéstame. Estoy superaburrida y te necesito bs».

Cené en un bar para turistas de esos con fotografías de los platos en la carta. Siempre es un craso error, pero estaba con la cabeza en otro sitio y tenía prisa por que pasara aquella noche. Una ensalada marchita y dos copas de vino más tarde, pagué la cuenta y volví al hotel. De camino escribí a Lacey para preguntarle quién estaría en la

casa al día siguiente y le expliqué que sería bueno poder identificar quién hablaba cada vez para después entender el audio. Me contestó enseguida, diciendo que ella libraba de nueve de la mañana a seis de la tarde, hora en que volvería a la casa. En su ausencia, una chica iba por la mañana a preparar el desayuno a Janine y ordenar un poco la casa, pero después en principio no habría nadie hasta la tarde. «A la señora le gusta pasar los jueves en casa descansando. Dice que disfruta teniendo la casa para ella sola. A veces vienen a hacerle la manicura, o la peluquera. Después lo recojo yo todo cuando vuelvo».

No me pareció que Janine necesitara destinar un día cada semana a descansar cuando su vida entera giraba en torno a esa actividad, pero, puesto que significaba que estaría en casa cuando a mí me convenía, me alegró que fuera tan estricta en lo relativo al autocuidado.

Me metí en la cama a las once, lo que era tempranísimo para mí. Hace mucho tiempo que los madrugadores ganaron la batalla, pero yo seguía resistiéndome a su influencia, y rara vez me acostaba antes de las dos de la mañana ni me levantaba, siempre que era posible, antes de las once. Pero quería que aquella noche pasara rápido, como un niño que está esperando a Papá Noel y se obliga a dormir para encontrar regalos al despertarse. El caso es que no conseguía pegar ojo. Pete llevaba dieciséis horas sin escribirme y empecé a entender que, si no me escribía pronto, no tendría oportunidad de matar a Janine al día siguiente. Y al otro aquel plan en concreto sería inviable y tendría que empezar desde el principio. Probé a ponerme música de olas rompiendo en una playa, pero solo consiguió darme ganas de hacer pis. Hice los ejercicios de respiración que había aprendido años atrás, pero no eliminaron las mariposas que revoloteaban en algún punto debajo de mis costillas. A las dos de la madrugada, me levanté y grabé un mensaje de voz para Pete. Puse voz aguda para sonar más joven y adopté un tono convenientemente trémulo.

«No sé dónde estás ni si estás bien. Llevo horas llorando, preocupada por si te he hecho daño o la he jodido. Me asustan mis sentimientos por ti, bebé, y por eso te rechacé, pero no quería ponerte triste. Por favor, contéstame. No me importan nuestros planes para la malvada madrastra. Solo quiero saber si estás bien. Voy a estar conectada todo el rato, por favor, contesta».

Cinco minutos después, me escribió:

«Me jodió k me dijeras k fuera más despacio LOL. Pensé k te daba asco y me sentí vulnerable. Me enfadé, me puse en plan *incel*, a tomar por culo las tías a tomar por culo ser buen tío. La gente es muy falsa, sabes? Pensé que tú eras falsa también y quise castigarte. Soy lo peor LOL. Tú también me importas mucho bebé. Siento haberme pasado

tanto, cuando oí tu voz me di cuenta del puto gilipollas k soy. Pero te lo voy a compensar».

Aquel atisbo de su verdadera forma de pensar me inquietó. La disposición de Pete a castigar a una chica por no aceptar entusiasmada una fotografía de su pene resultaba escalofriante, y esto lo dice alguien que ha matado a seis personas. Sería un alivio cuando todo aquello acabara y pudiera desaparecer de su vida, eso sí, conservando la patética foto de su polla como garantía colateral.

Estuvimos una hora hablando, yo interpretando el papel de chica dolida y tímida y él con la autoestima subida por mis muestras de afecto y dispuesto a volver a ser mi protector. Dejé que fuera él quien sacara a relucir el hackeo porque me interesaba que se creyera al mando. Mientras hablábamos, me fue explicando lo que estaba haciendo con el sistema inteligente de la casa, usando un lenguaje que yo no terminaba de entender. En algún momento debí de quedarme dormida. Pete había empezado a espaciar sus respuestas a medida que averiguaba cómo acceder a la central que controlaba la casa de Janine y, a pesar de la importancia de la tarea que teníamos entre manos, la espera se me hizo aburrida.

Me desperté a las nueve de la mañana sobresaltada y hube de hacer un esfuerzo para recordar lo que tenía de importante aquel día. Cogí mi teléfono de combate y vi que había veintidós mensajes nuevos de Pete. ¿Serían sobre el plan o serían penes? El primer mensaje era la fotografía de un personaje de dibujos animados desnudo, con tableta abdominal y sosteniendo una copa de oro. Como la mayoría de los adolescentes, Pete prefería comunicarse por medio de memes antes que con palabras. Confié en que la imagen significara que había tenido éxito y no fuera otra forma incomprensible de hacerme saber sus tendencias *incel*. El siguiente mensaje era un vídeo de algo diminuto y difícil de distinguir. Me armé de valor y le di al play. El vídeo era oscuro y borroso. Guiñé los ojos para intentar identificar la pálida figura que salía en el centro de la pantalla. Hubo movimiento, una sacudida del objeto y, a continuación, un ruidito. Nada más. Lo reproduje otra vez. Era..., sí lo era. Una cama. Y la sacudida era alguien moviéndose. Esta vez me resultó más fácil distinguir los contornos del colchón y deduje que la sacudida había sido un brazo o quizá una pierna. ¿Se había puesto Pete a mandarme vídeos suyos durmiendo? Vaya por Dios, menudo panorama.

Algo alarmada, abrí el tercer mensaje, que era un archivo de audio. «Si te vas, por favor haz la cama antes. No quiero pasarme el día viendo sábanas arrugadas. Ah, y llama a la manicura y dile que no venga hasta mediodía. No, no sé dónde tengo hora, supongo que en

Monaco Manicures, pero averígualo, ¡no creo que sea tan difícil, Lacey! Voy a darme una ducha, dile al portero que avise cuando llegue el paquete».

Me quedé muy quieta mientras la voz imperiosa seguía resonando en mis oídos. Era Janine. No había duda. Volví atrás y puse otra vez el vídeo. Debía de ser de ella durmiendo. Comprobé la hora a la que lo había enviado Pete: las seis de la mañana. Y la grabación de voz era de las ocho. Solo había pasado una hora. Los siguientes mensajes eran fotografías del apartamento tomadas por las cámaras de seguridad. El salón beis con sus detalles dorados de pésimo gusto, como un Versalles en versión cadena minorista de mobiliario; los pasillos, con sus pinturas de marco dorado y temática propia de gente a la que no le interesa el arte pero quiere parecer culta: paisajes, caballos, unos cuantos bocetos de bailarinas. La cocina era el único espacio elegante, con armarios blancos y suelo de mármol. Tenía pinta de no haberse usado nunca. El comedor hacía daño a la vista: paredes rojo oscuro, una alfombra peluda debajo de una enorme mesa de caoba puesta para cenar. ¿Hay algo más trágico que considerar una mesa siempre puesta el colmo de la elegancia? Como si pensaras que un miembro menor de la realeza puede presentarse en cualquier momento y desilusionarse ante la ausencia de platos soperos.

Pero, para mí, el premio gordo fue la fotografía de la ducha. Mostraba una enorme habitación de mármol, casi del tamaño de mi apartamento, con una gigantesca alcachofa de ducha, una bañera exenta y dos lavabos bajo un espejo recargado. Detrás del espejo había una pared recubierta con mosaicos de ninfas nadando en un estanque. Una puerta acristalada separaba la ducha de la sauna, que era de estilo tradicional y forrada de madera.

Pete había enviado unos cuantos mensajes más en los que expresaba mediante gifs lo orgullosísimo que estaba de su trabajo y, a modo de comentario final, decía: «Y aquí mi obra maestra...».

Pinché en el último vídeo. Era otro plano del dormitorio, esta vez con las cortinas descorridas. Lacey había hecho la cama. Miré la pantalla mientras la puerta se abría, se cerraba, se abría otra vez. Pete estaba presumiendo de lo que podía hacer. Tenía el control de la casa. Y yo tenía el control de la vida de Janine.

Contesté a Pete de la manera más agradecida que se me ocurrió. Le envié un gif de una animadora sexi agitando pompones. Al momento se conectó y me dijo que no había dormido.

«Es una locura, Eve. Puedo hacer lo k me dé la gana con esa casa. El sistema no tiene encriptado de extremo a extremo. Investigué un poco la empresa y enseguida me di cuenta de k habíamos tenido

suerte. La lleva no sé k abuelo en Alemania que solo vende a ricos chiflados pero ni se molesta en actualizar la tecnología ni en asegurar los datos. Estos idiotas están pagando cien de los grandes por algo k tiene menos seguridad que un puto Fitbit».

Le pregunté si se podía hablar con Janine a través del sistema y se burló de mi ignorancia. «Me parto con lo de “a través del sistema”, pareces mi madre. Pero sí, puedes putearla un rato cuando esté encerrada en la ducha. Por cierto, has visto la decoración de la pared? Muy sexis las ninfas. Estará tu madrastra desnuda cuando pongamos en práctica nuestro plan?».

Hice caso omiso y hablamos un rato más de cómo podría yo acceder al sistema desde mi teléfono. Me envió un vínculo a un archivo y me dijo que me lo descargara. El iconito se puso verde y, cuando pinché en él, se abrió un sitio web con una imagen en directo del pasillo de la casa de Janine. Pete me fue explicando lo que podía ver y cómo acceder a las cámaras de las distintas habitaciones.

«Yo controlaré lo otro desde aquí y tú puedes hablar por el teléfono y lo vincularé a la casa cuando me digas».

«¿Está ahora en casa?», pregunté mientras iba pinchando, maravillada, en distintas zonas de la casa.

«No, se ha ido hace unos diez minutos. No me habías contado lo puto rico k es tu padre. Este sitio es una locura».

«El dinero es de ella», contesté, no fuera a pensar que yo era una rica heredera.

«Pues k suerte tu padre. Quieres ver unas cuantas cosas chulas mientras la casa está vacía?».

Miré cómo las persianas subían y bajaban en el salón mientras la música atronaba desde un altavoz invisible. Pete lo había conseguido, no era una fanfarronada de un adolescente. Le dije que parara porque no quería que los vecinos se enteraran y avisaran a Janine cuando volviera a casa. Dudaba que Janine pusiera música a todo volumen por las mañanas. La realidad es que nadie debería poner música alta en su casa y punto.

Le dije a Pete que siguiera explorando y me escribiera en cuanto Janine volviera al apartamento. Me duché y me vestí en menos de cinco minutos, cogí mi teléfono, un cargador de batería portátil y unos auriculares y bajé a la playa, donde elegí el café con mejor pinta y me senté fuera, debajo de una sombrilla, a mirar las olas lamiendo la orilla. Volví a conectarme con el apartamento de Janine e inspeccioné las habitaciones para ver si había vuelto. Nada todavía. Pete tampoco me había escrito, así que pedí un café y un cruasán y me concentré en mirar la playa y a obligarme a no comprobar el teléfono cada diez

segundos. No tuve que guardar esta disciplina demasiado tiempo. Me entró un mensaje justo cuando me estaba comiendo las últimas migas del cruasán y me apresuré a limpiarme la mantequilla de las manos en una servilleta antes de abrirlo.

«Ha vueltoooo», decía Pete.

Abro la cámara y veo a Janine entrando en su dormitorio. Deja su bolso Hermès naranja de gran tamaño encima de la cama, junto a una bolsa pequeña de papel de alguna tienda, y saca de esta última una vela de borde dorado que coloca en la mesilla. Durante unos minutos pasea por la habitación, ahueca un cojín con borlas doradas, se mira el dedo en busca de polvo después de pasarlo por el alfeizar. Creo que se aburre. No es el aburrimiento propio de esos días libres inesperados en que tienes la sensación de estar perdiendo el tiempo. Hablo del tedio resultado de una existencia dedicada a quedar a comer, organizar al servicio y pasar demasiadas horas haciendo ejercicio físico. Comprar una vela, secarte el pelo, dar clase de yoga, coger un avión a tu otra casa y repetir la misma rutina una y otra vez. Janine llenaba las horas de actividades, pero en realidad ninguna servía para nada. No era más que un carrusel de banalidad. De manera que hoy está sin servicio ni amigos, paseando por su apartamento tratando de encontrar motivos por los que regañar a Lacey más tarde. De haber sido capaz de reflexionar mínimamente sobre la deprimente realidad de su vida, se habría tirado por esa terraza en la que tanto le gustaba hacer yoga.

Pete me manda un mensaje: «Entra mujer con bolsa. La veo por la cámara de la puerta».

Janine sale al pasillo y de pronto aparece Henry detrás de ella ladrando furioso. Lo ahuyenta de un manotazo y abre la puerta. Entra una mujer joven vestida con camiseta negra y vaqueros y la sigue al cuarto de estar en silencio. Cuando vacía su bolsa, veo que es la manicura que ha venido a rellenar una hora de la agenda de Janine.

Durante la manicura Pete y yo charlamos, nos burlamos de la decoración del cuarto de estar e intercambiamos opiniones sobre cuál es el objeto más feo. Yo voto por un pequeño neón en la pared que dice «Amor» en letra gótica, una copia del diseño de Tracey Emin de unos años atrás y la única concesión a la modernidad de la casa. Ahora que lo pienso, es posible que sea un Emin auténtico, lo que no lo hace menos feo. Pete tiene claro que lo peor es la mesa baja de cristal, me dice que haga zoom en las patas, que tienen querubines en miniatura esforzándose por soportar su carga. Pido otro café y seguimos esperando y mirando, dos desconocidos allanando una casa

sin necesidad de mover un músculo.

Al cabo de un rato, la manicura termina su trabajo y se va, no antes de que Henry se abalance sobre ella y vuelque un frasco de esmalte color rojo, unas gotas del cual terminan en la camiseta de la mujer. Janine la regaña por sobresaltarse por que Henry le salte encima y le dice que no vuelva por allí si le dan miedo los perros.

—Deberías ser más profesional, podrías haber salpicado la alfombra —dice mientras acompaña a la chica hasta la puerta.

En cuanto se va la pobre manicura escarmentada, Janine suspira y se dirige al cuarto de baño. Abre el grifo de la bañera y se recoge con cuidado el pelo delante del espejo.

«Puedes encender la sauna ahora pero sin dar la luz?», escribo a Pete. Vuelvo a la cámara. Janine se está aplicando una crema pringosa en la cara.

«Hecho y hecho», contesta Pete.

«Muy bien. Cuando salga de la bañera, enciende las luces de la sauna. Cuando entre a apagarlas la encerramos».

Me contesta enseguida con un emoji de pulgares hacia arriba.

Decido no mirar a Janine dándose un baño porque tiene derecho a un poco de intimidad en sus últimos momentos de vida. Pero Pete no comparte mis escrúpulos: me describe sus abluciones y se ríe de cómo canta canciones de Celine Dion mientras se relaja. Hay personas a las que les encanta remolonear en la bañera, lo llaman autocuidado y fingen que no tiene nada que ver con querer escaquearte de tu familia durante una hora más o menos. Janine es una de ellas, a pesar de que no tiene nada de qué escapar, si exceptuamos ese perro tan capullo. Pasa casi una hora a remojo, renovando el agua caliente y añadiendo aceites varios. Mientras espero, compruebo que el café me ha puesto nerviosa, así que pido una copa de rosado para contrarrestar la cafeína.

Por fin Pete me avisa de que Janine está saliendo de la bañera y hace un chiste tan vulgar sobre sus pechos que estoy a punto de contestarle con un afilado comentario sobre la foto de su polla, pero me contengo. Pete me incita a tomar partido por Janine, señal de que tengo que sacarlos a los dos de mi vida cuanto antes.

A estas alturas, en la sauna debe de hacer un calor abrasador. Respiro hondo y le digo a Pete que dé las luces. La cámara muestra de pronto un plano nítido de la sauna. Janine ni se ha enterado. Está envuelta en una toalla y se está limpiando la cara con un paño frente al lavabo.

«Hazlas parpadear —escribo. Las luces de la sauna parpadean. Janine deja de limpiarse la cara y frunce el ceño. Camina hacia la

sauna con expresión irritada—. Estate preparado para cerrar la puerta, por favor, Pete. Estate preparado».

«Que sí, pesada. Soy el rey de este sitio, bebé» es la respuesta.

Janine entra en la sauna y yo contengo la respiración y me rasco el cuello. La puerta se cierra detrás de ella sin hacer ruido. Al principio no parece entender lo que pasa. Veo un plano de su coronilla mientras apaga las luces y, cuando se da cuenta de que el calor está al máximo, empieza a abanicarse. La miro tirar de la puerta, el cristal tiembla un poco, pero no cede.

«LOL Se ha dado cuenta de k está encerrada —escribe Pete, pero no le hago ni caso, absorta como estoy en una cada vez más asustada Janine, que no hace más que apretar un botón—. Es la alarma —dice Pete—. Por supuesto la he desactivado. Nadie la va a oír gritar, señora».

Janine se ha sentado y está oculta en un ángulo que no veo, pero se ha puesto a aporrear el cristal y Henry entra corriendo en el baño, alertado por el ruido. Janine lo oye, se pone de pie y escudriña la franja superior del cristal que no está esmerilada. Le dice que busque ayuda, una orden absurda que demuestra que empieza a estar histérica. Henry la mira con las orejas tiesas y el cuerpecillo temblando de excitación. A continuación ladea la cabeza, se da la vuelta y sale del cuarto de baño. Voy pasando imágenes hasta que lo veo echarse en su camita del pasillo y quedarse inmediatamente dormido. Al final va a resultar que Henry es un perro con más criterio del que pensaba.

Consulto la hora en mi teléfono. Janine lleva quince minutos en la sauna. «A k temperatura está?», le pregunto a Pete.

«Déjame ver. —Contesta pasados unos minutos—. Perdón, he tenido que convertir a los grados esos vuestros. Está a 110 grados. Lo subo? Igual se desmaya».

Pienso. No disponemos de horas para dejar que se cueza poco a poco hasta morir. Pero tampoco quiero dejar que se queme viva, algo que podría hacer pensar que no pudo salir.

«Súbela un poco, me da igual si se desmaya. Le dará una lección a la muy arpía».

Me bebo el vino y saboreo la brisa de manera distinta, sabiendo cómo la agradecería el cuerpo de Janine en este momento. Evito que Pete esté demasiado pendiente de las cámaras de seguridad hablándole de un posible viaje a Iowa y enseguida pica y se pone a decirme lo guay que sería vernos en persona. Hablamos de las cosas que haríamos juntos y él coquetea cada vez más e incluso me sugiere actividades de lo más castas que le merecerían la aprobación de su

escuela dominical.

Yo mientras tanto no le quito ojo a Janine, encerrada en ese cubículo asfixiante. No veo movimiento y caigo en la cuenta de que, si quiero hablar con ella, tengo que hacerlo ya. Le digo a Pete que me conecte, consciente de que lo que voy a decir planteará preguntas más tarde.

Hay una breve pausa y, a continuación, Pete me dice que puedo hablar. Doy un sorbo de vino y miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie puede oírme. Me acerco el teléfono a la barbilla y hablo en voz baja, pero clara.

—Supongo que no estás de humor ahora mismo para una charla íntima. —La cabeza de Janine asoma por encima del cristal esmerilado y limpia el vaho con una mano—. Solo quiero que sepas por qué te está pasando esto. No es un accidente, imagino que ya te has dado cuenta. Pero tampoco soy la jefa de una banda de delincuentes que quiere robarte tus diamantes. No hay nada que puedas ofrecerme para evitar que esto ocurra.

Empieza a gritar alguna cosa y a aporrear la puerta con desesperación.

—Cállate. No malgastes energía en montar un número. Tu marido abandonó a mi madre cuando yo nací. La dejó tirada. No quiso saber nada de mí. Y desde entonces tu familia ha llevado una vida de placer en el confort más absoluto. ¿Es eso justo? A mí no me lo parecía cuando veía a mi madre encadenar un trabajo de mierda detrás de otro y debilitarse más y más cada día que pasaba. ¿Es justo que tu hija haya tenido siempre todo lo que ha querido y yo en cambio me criara con unas personas que me acogieron solo por sentirse bien?

Ahora parece fuera de sí, se está arañando el cuello con una mano.

—Cada vez te cuesta más respirar, ¿verdad? Bueno, ya no te queda demasiado tiempo, así que intenta tranquilizarte, si te entra el pánico será peor, creo yo. Te voy a ser sincera, había pensado en no darte estas explicaciones, pero quería ponerte en situación, más que nada por cortesía. Mi padre. Tu marido. Por eso estás aquí. Está bien saber a quién culpar, ¿verdad?

Pete me manda un mensaje. «Me parto, pero ya ha pasado un siglo. Creo k lo está pasando mal, bebé. La dejamos salir? A mí me da igual si se asfixia, pero tú verás».

«Un minuto. No le pasa nada. Súbelo un poco y espera un ratito», contesto mientras miro a Janine, que está escribiendo algo en el cristal con el dedo. Me esfuerzo para intentar leerlo. Hace un ruido, pero sale ahogado.

—¿Decías algo? —pregunto. Janine susurra de nuevo. Estoy

empezando a irritarme—. Más alto, por favor, no creo que te quede mucho tiempo, así que, si quieres decir algo, habla un poco más alto.

Pero ya no me escucha, se limita a subir el dedo por el cristal. Apenas lo mueve un milímetro antes de parar. Observamos en silencio hasta que la primera forma se hace nítida. Es una letra G, torcida y pequeña, pero legible. Siento una punzada de náuseas. Peter está absorto. «K hace? Mandar un SOS?». La letra siguiente empieza a cobrar forma, es una línea larga y a continuación, con Janine intentando apoyarse en la puerta, un círculo pegado. Ha dibujado una R. Las olas rompen en la playa y empiezo a ver un poco borroso. Va a escribir «Grace». Lo sabe. Lo sabe todo. Probablemente siempre lo ha sabido: quién soy yo, quién era mi madre, y nos dejó vivir en la pobreza mientras su hija lo tenía todo. Y ahora me va a acusar. Cuando Simon lea el mensaje, lo entenderá. Quizá no enseguida, pero atará cabos, pensará en las otras muertes y entenderá lo que está pasando. Bryony y él estarán a salvo y yo pasaré el resto de mi vida en la cárcel.

«SÚBELO! —escribo a Pete—. Al máximo. Esa zorra se lo merece».

«Sí que la odias, eh? Menuda locura de historia has contado. Comparada con ella mi madrastra es un puto ángel. Lo subo».

Janine está intentando terminar la R. Tiene el peinado de peluquería pegado a la cara, que está llena de manchas y con algunas partes de un azul amoratado bastante raro. Yo sigo sentada al sol, con una mano aferrada al teléfono y la otra sujetándome el cuello tan fuerte que parece que se me van a salir los ojos de las órbitas. Entonces veo cómo el dedo de Janine se desliza por el cristal, su cabeza desaparece de la vista y oigo un golpe seco. Silencio. Me bebo un vaso de agua de un trago. No hay movimiento.

Me pita el teléfono. «Eso ha sido MUY FUERTE. Me parece k se ha desmayado. Abro la puerta?».

Le hago un gesto al camarero para que me traiga otra copa de vino. «Venga».

El ruido no ha sido solo del cuerpo de Janine cayendo al suelo. Ha sonado demasiado fuerte. Se ha golpeado la cabeza. Consulto mi reloj, Lacey no vuelve hasta dentro de dos horas. Tiempo suficiente para que Janine haya sufrido daños irreversibles, si es que no está ya muerta. Se abre la puerta de la sauna y el vapor que sale oscurece momentáneamente la imagen. Mientras el camarero me sirve el vino, empiezo a distinguir el cuarto de baño. Los pies de Janine están junto a la puerta de la sauna y solo se le ve parte del cuerpo, inerte y pequeño. La trémula G ya casi ha desaparecido.

Henry ni se ha despertado. Para que luego digan que los perros dan

guerra...

Así que Janine murió. El calor, la conmoción y las quemaduras habrían terminado matándola aunque no hubiera tenido una cardiopatía leve. Claro que supongo que no hay cardiopatía leve cuando estás dentro de un horno. Que Dios bendiga a Lacey, no me hizo ni una sola pregunta cuando al día siguiente me encontró esperándola en el paseo marítimo. ¿Sospechaba algo? Es difícil saberlo. Yo simulé sorpresa y conmiseración por lo ocurrido. Pero Lacey no parecía en absoluto afectada por la escena de terror que se había encontrado al llegar. En todo caso caminaba más erguida, ya sin uniforme, en vaqueros y camiseta, con unas chanclas doradas y presumiendo de unas uñas inesperadamente llamativas, pintadas de naranja. Cogió a Henry en brazos y le acarició las sedosas orejitas.

—Voy a darte algo de dinero, Lacey, es lo menos que puedo hacer en estos momentos tan difíciles —le dije con cara de preocupación—. ¿Te vas a quedar sin trabajo o quiere la familia que sigas con ellos?

—El señor Artemis me ha pagado un mes y me ha dicho que puedo quedarme una semana, pero no lo necesito. La mejor amiga de la señora Janine, Susan, me llamó anoche para pedirme que vaya a trabajar con ella. Tiene una casa mucho más grande en las colinas a las afueras y me va a pagar más. Me dijo que llevaba ya un tiempo pensando en ofrecerme el trabajo. —Sonrió radiante—. No es una arpía, como la señora muerta. Y, además, pienso llevarme a Henry. Se pongan como se pongan.

Me despedí de ella, maravillada ante la desfachatez de Susan, que contrataba a la mujer que le llevaba la casa a su mejor amiga menos de veinticuatro horas después de que esta muriera. En otra vida igual nos habríamos llevado bien.

Lo de Pete fue algo más complicado. No perdió los papeles ni se puso histérico por lo que habíamos hecho, tal y como me había temido. Estaba eufórico, quería repasar una y otra vez lo ocurrido y me mandaba memes de barbacoas preguntándome cuál podía ser nuestra siguiente víctima.

«Esto puede ser un buen negocio, bebé», me escribió una semana después, cuando me estaba tomando una copa de vino y eligiendo color para las uñas de los pies. Hay que tener cuidado con las hormonas de un adolescente, de manera que no tiré el teléfono en un río para desconectarme de él para siempre. El chico estaba enamorado

y yo no quería poner a prueba los límites de sus capacidades tecnológicas, así que gestioné la situación con delicadeza. Fundamentalmente, recurrí a Dios. Una avalancha repentina de pasajes bíblicos cada vez que intentaba coquetear ralentizó la frecuencia de sus mensajes. Nada como un poco de ira divina para acabar con las erecciones espontáneas de un adolescente salido. Pero, tres meses más tarde, no se había rendido del todo. Seguía colgado del subidón de adrenalina que había supuesto nuestra aventura compartida y se resistía a dejarme en paz. Así que me puse dura. Fingí haberlo engañado con un perfil falso. Lo cual era cierto, pero dupliqué el engaño. Consciente de que le sería fácil hacer una búsqueda inversa por imágenes, me uní a un foro online en el que podías hacer videochat con cualquier persona del planeta y fui buscando hasta encontrar al tío más desagradable que hablara un mínimo de inglés. Aguanté cinco minutos de su compañía, que en su mayor parte dedicó a solicitarme por gestos que le enseñara los pechos. Le pedí que primero me mandara él un selfi, que guardé en mi teléfono antes de borrar mi cuenta. Preparada con la foto de una mole alopécica sonriendo y saludando con la mano, esperé el siguiente videomensaje sugerente (léase masturbándose) de Pete. Por supuesto, el vídeo de una paja no tardó en llegar. Le mandé la foto inmediatamente.

«Somos un colectivo. Tenemos tus patéticos vídeos y la prueba de que fuiste tú. Si no quieres que enviemos esos archivos a tu familia, dejarás de contactarnos y volverás a tu vida normal. Y da gracias todos los días por que te permitamos hacerlo». Aquella noche me llamó veintidós veces, pero no lo cogí y me limité a reenviarle el mensaje con el añadido de último aviso. Contestó diciendo que no se lo diría a nadie y suplicándome que no le mandara los vídeos a su padre. Supongo que, a pesar de sus fanfarronadas, el pobre no soportaba la idea de que su padre creyera que había enviado vídeos de sí mismo haciéndose pajas a un hombre de mediana edad y ciento veinte kilos de peso. Podía haber ayudado a asesinar a una desconocida, pero hay cosas que no cambian nunca. Le preocupaba muchísimo más que su padre descubriera que tenía vida sexual. Y aquello fue lo último que supe de Fumado17. Así deberían ser todas las relaciones adolescentes. Breves, pero intensas.

13

Kelly tiene un móvil. Lleva semanas parloteando sobre ello pero solo a mí, debe de ser la primera vez en su vida que mantiene algo en secreto. Y hace bien, porque las mujeres de aquí harían cualquier cosa por echar el guante a ese teléfono. Kelly lo protege con fiereza, igual que un terrier un hueso. Se encorva sobre él y teclea sin parar, sus uñas largas repiquetean y la pequeña pantalla se ilumina debajo de las mantas. No le pregunto dónde ni cómo lo ha conseguido. Imagino que el insustancial de Clint se las ha arreglado para hacérselo llegar, pero no consigo imaginar qué necesitan decirse esos dos que requiera semejante intercambio de mensajes. Espero fervientemente que no se trate de algo sexual. No soporto la idea de compartir este minúsculo espacio con alguien capaz de sextear con un hombre que se pone gel fijador en el flequillo. Kelly suele ser generosa con sus cosas, pero no se ha ofrecido a prestarme su nueva y preciada posesión ni una sola vez. Claro que yo tampoco se la pediría aunque tuviera alguien a quien llamar. No quiero deberle nada a Kelly. Puede ser tonta rematada, pero luego no dudaría en cobrarse el favor. Intento aislarme del ruido tapándome la cabeza con una almohada y deseando con todo mi corazón poder hacer lo mismo con Kelly.

¿Queréis que os cuente algo divertido? La primera vez que vi en persona a mi hermana fue en un salón de uñas. No hubo planificación, no hubo una trampa tendida con extremo cuidado para que nos encontráramos aparentemente por casualidad. Fue un encuentro por completo fortuito, si es que eso existe. Yo no creo en el destino, no me parece tan raro que los caminos de dos mujeres de edad parecida se crucen en el centro de Londres. Los encuentros fortuitos no significan nada, no hay nada intrínsecamente interesante en ellos, a pesar de lo que diga tu amiga Sarah, a la que le chiflan los horóscopos y el tarot. Pero fue curioso. Me gustó encontrarme con el trabajo ya hecho, por una vez. Bryony pertenecía a una familia que se desplazaba en coches con chófer y aviones privados, que tenía garitas de seguridad y perros guardianes y escoltas. Vivían tres metros por encima del resto de los mortales. A falta de poder colonizar otro planeta, es posible que los

ultrarricos se vean obligados de momento a vivir donde todo el mundo, pero eso no quiere decir que estén a nuestro alcance. Puede que vivan en tu misma calle (si es que vives en Kings Road, claro), pero no la experimentan de la misma manera que tú. Las puertas de las tiendas se les abren silenciosas en cuestión de nanosegundos, las aceras son una mera pasarela a un coche que espera, los restaurantes les ofrecen reservados, los museos abren a cualquier hora para ellos. La forma en que tú ves un sitio no es la suya. Cuando tú has terminado de sacudir el paraguas y estás suplicando al maître que te dé una mesa, ellos ya están sentados. No los puedes tocar. Y sin embargo allí estaba Bryony, ocupando un asiento a mi lado, pidiendo una manicura de gel. Sin decir «por favor».

Bryony Artemis tiene una de esas caras que ya habéis visto antes. Con ello no estoy diciendo que se parezca a una chica que conozcáis —no es así en absoluto—, sino que tiene ese look que las redes sociales han vuelto ubicuo. Labios carnosos, abundante melena brillante y ondulada, cuerpo enfundado en prendas *athleisure* y demasiado delgado pero cuya dueña sin duda calificaría de «fuerte», presumiendo de bíceps y de trasero. Esa clase de delgadez a la que determinadas mujeres aseguran no dar importancia, como si les importara otra cosa. Las mujeres como Bryony son despampanantes en foto, pero un poco «valle inquietante» en la vida real. Me encanta esa expresión que acuñó el experto en robótica Masahiro Mori en 1970 para describir el rechazo que nos despiertan robots o imágenes generadas por ordenador de apariencia casi —solo casi— humana. Las Bryony de este mundo, con sus facciones carnosas, rellenas y suavizadas, son impecables. En las fotografías funcionan. En la vida real resultan totalmente anodinas. Me hacen echar de menos la época de los implantes de pecho baratos y los horribles estiramientos faciales, cuando al menos las inseguridades que llevaban a las mujeres a automutilarse saltaban a la vista. Con Jocelyn Wildenstein, la «mujer gato», podías reírte o apiadarte de su adicción a la cirugía estética. En cambio, esta tribu de ahora no expresa nada con sus caras, nada que despierte empatía o piedad. Ni siquiera desprecio.

Bryony llevaba unas zapatillas caras de esas que nunca han pisado un gimnasio, leggins ajustadísimos con raya lateral azul eléctrico y un top diminuto debajo de un gran plumas con la cremallera abierta y sujeto mediante un bolso bandolera gigante. Tenía el mismo aspecto que otras instagramers, con la diferencia de que su bolso era de Chanel y su look estaba complementado con anillos de oro, piercings de diamantes y un pequeño Rolex. Esos detalles que te dicen que nunca podrás «copiar el look» porque cuesta más que tu sueldo de un

año. Más de lo que pagaron vuestros padres por la casa en la que viven. Más de lo que nunca seréis capaz de ahorrar para compraros vuestra propia casa. Estoy de broma, claro, nunca vais a poder compraros una casa.

Supe que era ella en cuestión de segundos. No me había pasado años viéndola crecer en internet para no reconocerla enseguida desde cualquier ángulo. Menudo desperdicio de superficie cerebral. «¿Qué hiciste en la veintena, Grace?». «Pues mirar a una mentecata engreída hacer videoblogs sobre bálsamos labiales y aprenderlo todo sobre sus cinco modelos de gafas de sol más valorados». Igual yo también debería morir.

Bryony estaba con la vista fija en su teléfono y tecleando muy concentrada, con una mano extendida delante de la manicura como si fuera un regalo. Me pregunté qué dirán de sus clientas las mujeres que trabajan en esta clase de establecimientos cuando termina la jornada. ¿Echarán pestes sobre esas maleducadas que nunca miran a los ojos? ¿Se reirán de ellas? ¿O están tan acostumbradas que casi ni lo comentan?

Me incliné hacia ella, le pedí que me prestara el muestrario de colores y me lo dio sin levantar la vista. De una oreja le colgaba un auricular, señal de que no podía hablar, una táctica sobre la que no voy a opinar porque también la uso. Que Dios bendiga al hombre (supongo que era hombre) que diseñó los auriculares sin sospechar que mujeres de todo el mundo los usarían para dar a entender que no estamos disponibles para los hombres que intentan darnos conversación. En el salón reinaba el bullicio habitual en los espacios femeninos, pero me aislé del ruido y me centré en ella. Observar a Bryony resultaba fácil, era como un perro que afloja el paso cada vez que se cruza con un desconocido, seguro de que querrá acariciarlo. Estaba acostumbrada a que la miraran con admiración, lo esperaba, le agradaba; que no le prestaran atención le habría resultado más desconcertante, supongo. Claro que eso no significaba que devolviera las miradas. Únicamente me daba carta blanca para observarla sin que se diera cuenta. Semejante oportunidad me provocó un subidón de adrenalina. Tenía la sensación de estar desperdiciando cada segundo. Necesitaba conseguir que ocurriera algo. Pronto se iría del salón y se subiría a un coche calentito, mientras yo seguía allí sentada esperando a que se me secaran las uñas.

¡Era mi medio hermana! ¿Cómo se supone que debe ser el encuentro entre dos hermanas que no se conocen? Imagino que se examinarán la una a la otra nerviosas, harán algún chiste tonto, cada una buscará la mano de la otra. Preámbulos varios antes de fundirse

en un abrazo mientras comprendes que la existencia de esta persona era la pieza que faltaba en el rompecabezas de tu vida, que ahora está completo.

—¡¡Au!! —Bryony retiró furiosa la mano y se frotó la cutícula—. Me has cortado, joder. ¿Puedes tener más cuidado?

La manicura bajó la cabeza y se disculpó, aunque yo no vi sangre alguna. Bryony suspiró y estiró de nuevo la mano, mientras otra mujer se acercaba corriendo desde la recepción. Esta mujer, que supuse era la encargada, le miró los dedos y examinó los daños.

—Lo siento, señora, lo siento mucho. Le traigo un poco de agua, ¿sí?

Mi hermana no levantó la vista, pero asintió con la cabeza. Estaba metida en Instagram y dando likes a varias fotografías de chicas rubias encaramadas a banquetas de cuero en discotecas poco iluminadas. A continuación abrió la cámara, se la acercó a la cara y adoptó una expresión de estudiado desdén. La miré sacarse una foto detrás de otra y pasarlas con dedos rápidos y delgados hasta seleccionar una. Suspiró de nuevo y bajó el teléfono. Pero no lo dejó, sino que usó la mano libre para actualizar la app una y otra vez. Saqué mi móvil y abrí mi Instagram. Uso un pseudónimo y la fotografía libre de derechos de una madre más bien joven con dos niños pequeños. Mi bío dice: «Mujercita de un tiarrón y madre de dos pequeños terremotos, vivo en Hertfordshire y siempre estoy de humor para (insertar aquí el clásico emoji de copa de vino)». Estaba bastante orgullosa del grado de insipidez que había logrado. Uno ni se fija si resulta que una tal Jane Field no hace más que ver tus vídeos. Tampoco se molestará en seguirla. Pincho en las *stories* de Bryony y, cuando se carga la página, sale la foto que se acaba de sacar: ceja arqueada en expresión de asco y boca torcida, con tantos filtros que su piel casi parece centellear. El mensaje escrito sobre la parte superior de la imagen dice: «Cuando por fin sacas tiempo para una muy necesaria y relajante manicura y das con una torpe que casi te corta un dedo #malaatención #manazas».

Esto os lo cuento solo para que entendáis mejor por qué era tan improbable que Bryony y yo nos fundiéramos en un abrazo. No sentía nada por ella, aparte de una absoluta y distante fascinación. ¿Habría sido yo así también de haber crecido en el adinerado seno de su familia? Es probable. ¿A cuántas personas exageradamente ricas admiráis? Me refiero a las que han nacido ya así, no a Oprah. No voy a engañarme pensando que yo habría hecho las cosas de otra manera. El primo de Bryony lo intentó, pobrecito mío, pero tampoco es que estuviera labrándose un futuro con aquellas ranas. Solo estaba rechazando la vida que le había tocado, una vida poderosa y

abrumadora contra la que tendría que luchar con denuedo durante el resto de sus días. Y esa lucha habría sido agotadora. Un buen día, cuando se hubiera cansado de vivir en una sucesión de sombríos pisos compartidos y de ayudar a bichos repugnantes que no demostraban gratitud alguna, su padre lo habría invitado a cenar. Y, agotado, habría dejado ver una grieta en la armadura que se había puesto para protegerse de su malvada vida anterior. Le ofrecerían una pequeña ayuda —no demasiada, ya me entendéis, su familia habría sabido hasta dónde podía presionar— y él la habría aceptado, con mala conciencia pero necesitado de un descanso. A partir de ahí, la puerta estaría abierta. La familia Artemis lo habría recuperado —después de todo, el camino que había escogido era una ofensa a su honor— y Andrew habría dejado de oponer resistencia. Es posible que no hubiera llegado a insultar al servicio ni a salir con una sucesión de modelos cada vez más jóvenes (a pesar de sus orígenes, había desarrollado principios éticos), pero sí habría terminado dirigiendo una rama de la compañía, quizá organizando galas benéficas para limpiar su conciencia.

Andrew no logró escapar del todo y Bryony en cambio ni se había planteado hacerlo. Estoy segura de que yo me habría quedado en algún punto intermedio.

La manicura me pintó las uñas de rojo oscuro, el mismo color que le estaban poniendo a mi hermana. Estos pequeños rituales a los que se entregan mujeres de todo el mundo no tienen nada de frívolos; son un breve descanso de todo el trabajo que hacemos. La minúscula tregua que nos da una sociedad que nos obliga a asumir todo el trabajo emocional mientras nos labramos una carrera profesional, y todo ello sin mostrarnos «demasiado» emocionales. El esmalte de uñas no es baladí. Es una laca, una capa protectora.

Perdía el tiempo. No estaba sacando nada de provecho de aquel encuentro fortuito. Estaba allí sentada como un pasmarote, mirando como una tonta a Bryony concentrarse en su teléfono, suspirar de tanto en tanto y alisarse el pelo una y otra vez. Pero entonces caí en la cuenta de que quizá el problema no era yo, que quizá no había nada que descubrir sobre aquella chica. Tal vez es como cuando las mujeres se vuelven locas intentando comprender por qué el hombre con el que salen no las ha llamado, cuando fabrican una excusa después de otra hasta desembocar en algo de lo más laberíntico tipo: «Le gustas mucho, pero desde que se quedó huérfano de madre siendo joven le resulta muy difícil comprometerse emocionalmente y que no te haya llamado demuestra que se está enamorando de ti y que seguro que necesita un poco de espacio, pero no demasiado. Deberías mandarle

un mechón de tu pelo», cuando la realidad es que se ha olvidado por completo de ti.

Supongo que no necesitaba averiguar nada de ella. Con algunos miembros de la familia he buscado entenderlos mejor, acercarme a ellos para poder matarlos. Con Bryony, su vida entera transcurre online. Lo que veo es lo que hay. He sabido que, por lo general, a la gente rica no le gusta figurar en listas anuales de grandes fortunas. No quieren llevar una existencia pública en la que el ciudadano de a pie sepa lo que tienen y adónde van. Si el clan Artemis fuera así, mi trabajo habría sido infinitamente más difícil. Por suerte, Bryony no solo quiere hablar, quiere gritar. En concreto en Instagram, todo el rato. ¿Sabéis esas predicciones sombrías que tanto le gusta hacer a la gente —como si se tratara de algo original y no sacado de una serie distópica de Netflix— sobre un futuro desolador en el que nos relacionamos con el mundo solo a través de nuestros teléfonos? Pues la vida de Bryony ya es así.

Cuando la manicura le untó las manos de aceite y le indicó con una seña que había terminado, Bryony levantó la cabeza como si le supusiera un enorme esfuerzo y se inspeccionó las uñas. Se tomó un tiempo desorbitado para comprobar cada dedo, antes de sentarse recta y echarse a reír. No era una risa alegre, transmitía absoluto desprecio. Frunció las cejas y miró fijamente a la mujer sentada frente a ella.

—Me has arrancado las cutículas. To-das. ¿Estás cualificada para hacer algo así? Hablo en serio. ¿Cómo te las has arreglado para estropearme cada una de las cutículas? ¿Has usado unos alicates?

La manicura hizo gestos frenéticos a su encargada, quizá porque estaba demasiado perpleja para hablar, quizá porque le faltaba vocabulario para replicar a una pregunta así. En cuestión de segundos, el local se había quedado en silencio, todos los presentes evitaban mirar a Bryony, pero estaban atentos a lo que podía pasar. Normalmente, esa clase de atención hace recapacitar a quien la despierta, pero estaba claro que Bryony carecía de sentido del ridículo. Hay una teoría sobre Eton, según la cual de allí no salen los chicos más inteligentes, pero sí los más seguros de sí mismos. Por eso todos estos mediocres muñecos de masa madre con neuronas se sienten más que capaces de ser primer ministro. La autoestima también se compra. Pues bien, Bryony tenía esa clase de seguridad en sí misma. Podía comportarse de una forma horrible sin que le importara una mierda.

La encargada se acercó y se llevó a Bryony a la recepción, muy consciente de que era una clienta dispuesta a montar un número y desesperada por alejarla de las otras clientas. Pero no sirvió de nada.

Bryony tenía una voz potente y le sacó partido.

—Me parece una vergüenza. ¿Me estás diciendo que no os importa que las clientas salgan de aquí con las uñas destrozadas? Me había recomendado este sitio una amiga, pero debía de estar borracha, porque nunca me han hecho una manicura tan desastrosa. Luego tengo que grabar un vídeo, ¿cómo voy a enseñar las manos a cámara con estas uñas? —La encargada hacía sonidos para intentar calmarla, imagino que le ofrecía cosas, le pedía disculpas. Por cierto, no hace falta que os diga que a las uñas de Bryony no les pasaba nada. Su aspecto era normal, bonito incluso. Lo único que había allí era una mujer joven aburrida ejerciendo poder porque la insatisfacción es una moneda de uso corriente, pero la amabilidad no—. Por supuesto, no pienso pagar. —Bryony ni siquiera miraba a la mujer, estaba inspeccionando los esmaltes de uñas expuestos—. Y me voy a llevar este color porque estoy segura de que, dentro de unas horas, las uñas se me van a descascarillar. Tenéis suerte de que no publique esto en mis redes sociales. —Y, dicho eso, cogió el frasco de esmalte y salió dando un portazo.

Y que sepáis que sí lo publicó en sus redes sociales.

Ya os dije que sobre Bryony no hay gran cosa que contar. Y es cierto. No tenía una personalidad demasiado compleja. En mi opinión, no es que fuera exactamente tonta, sino que nunca había necesitado ser inteligente. Llevaba una vida de lo más agradable, con todo lo que podía necesitar y, como resultado de ello, no era muy buena persona. Y diré más. Tenía pinta de ser una auténtica cabrona. He aquí una palabra que, en función de cómo se use, puede expresar distintos grados de ferocidad y que define a la perfección a muchas personas. Yo no soy de eufemismos, no voy por ahí diciendo que alguien es desagradable o impropio. Como Jane Austen, que sabía poner a alguien de vuelta y media y dejarlo a la altura misma del betún sin necesidad de palabras malsonantes, pero claro, ella no terminó en Limehouse. De haber sido así, imagino que habría llamado a Wickham cosas peores que «ocioso y frívolo».

Quizá debería haber intentado conocer mejor a Bryony. Habrá quien se pregunte por qué la juzgué casi exclusivamente por su presencia online, cuando todo el mundo coincide en que nadie muestra su verdadero yo en internet. Es posible que este asesinato, más que los anteriores, incomode a alguien. «Entiendo lo de matar a los despreciables abuelos, pero esta chica es muy joven. Es probable que las hermanas tengan más cosas en común que cosas que las

separan». Pero este no es un libro sobre reencuentros familiares. No es un cuento en el que una chica descubre un buen día que tiene un montón de parientes esperando para abrazarla. Y yo no soy una paloma herida que necesita desesperadamente un refugio. Yo lo que quiero es que estas personas desaparezcan. Como diría Isabel I, «no tengo deseo alguno de asomarme a las almas» de estas personas. Tampoco de investigar por qué no las tienen.

Bryony no se había independizado. Imagino que si vives en una casa de dieciséis dormitorios y dos escaleras en su interior puedes fingir ante ti misma que, en cierto modo, vives sola. Supongo que ocuparía una planta entera, o un ala, si es que la mansión de los Artemis era así de pretenciosa. Pero aun así. Vivía en casa de sus padres siendo adulta. Había hecho un curso de diseño de joyas en Londres y rechazado la experiencia de una vida universitaria, de manera que nunca había salido de allí. Ni una sola vez. Sus padres le compraron un apartamento en unos establos reconvertidos en Chelsea cuando cumplió veintiún años, pero jamás durmió en él más de dos noches seguidas. Lo usaba para hacer fiestas para los jóvenes y bellos, después de las cuales volvía al domicilio familiar. ¿Os dice eso algo de su forma de ser? Igual es que estoy buscando un significado donde no lo hay, pero rechazar todo el potencial que ofrece el mundo adulto a mí me parece un desperdicio. Y quedarte con tus padres cuando tus padres son Janine y Simon Artemis para mí es un indicador claro de que algo no va bien.

Bryony no tenía pareja, al menos no una reconocida. A partir de ahí deduje que estaba soltera, puesto que sus anteriores amantes siempre habían tenido una presencia relevante en sus redes sociales y también en las páginas de sociedad. Se refería a sí misma como pansexual, pero daba la impresión de haber salido solo con hombres. En fin.

Había un perrito que también había tenido fuerte presencia en su vida durante una época y después ya no. Aquello fue muy comentado y, durante un tiempo, el hashtag #dondestafendi fue trending topic en Twitter y la obligó a reconocer que había regalado el perro a su entrenador personal por un problema de agresividad (del perro, no suyo).

Tenía un millón de amigos, pero en realidad ninguno. Había fotografías suyas por la ciudad con otras mujeres ricas y de mirada vacía —mejilla con mejilla aunque sin llegar a tocarse—, pero casi todas las imágenes eran de ella sola mirándose en el espejo y

simulando posar ante un fotógrafo imaginario.

Bryony no tenía un empleo. Sí, claro, a veces hacía de modelo (no estoy hablando de alta costura, me refiero a alguna que otra sesión como embajadora de marca para una rancia casa de modas británica que se estuviera quedando anticuada y necesitara desesperadamente un empujón en las páginas de sociedad. Otros embajadores incluían el hijo de una estrella del rock envejecida y un pariente lejano de la casa real lo bastante lejano para no parecerse en absoluto al príncipe Andrés), pero jamás desempeñó un trabajo que no se esperara de ella, del tipo: esa hija de multimillonario, ahí donde la ve, trabaja de agente inmobiliario, se deja la piel intentando prosperar en la empresa. No. Por supuesto que no. Tuvo un momento especialmente bajo cuando se anunció que iba a diseñar una colección exclusiva de diademas joya para Sassy Girl y alguien del departamento de comunicación, que por lo visto estaba loco por que lo despidieran, tuvo la audacia de referirse a ella como «artista de la gemología» en el material de promoción. ¿Se puede culpar a los periódicos por sacar a la luz su breve paso (léase seis semanas) por un curso de diseño de joyas y bautizarla como «el diamante (falso) de papá»?

A pesar de todo esto, Bryony es inmune a las críticas. Es imposible hundir a una chica blanca con demasiados privilegios. Puede que no necesite un empleo a tiempo completo, pero, en un mundo en el que se exhorta continuamente a las mujeres a «empoderarse», sí tuvo que hacer algo para justificar su vida de bolsos de marca y clases de conciencia corporal (estuvo acudiendo un tiempo a un estudio solo para socios en Mayfair llamado Colectivo SS, donde se suponía que las iniciales correspondían a «sanos y serenos», pero que dejó claro que la historia no siempre se enseña bien en los colegios). De modo que Bryony hizo lo que cualquier persona que se respete hace en la sociedad moderna: se convirtió en influencer.

Habrá quien no sepa qué es esto. Esta falta de conocimiento no tiene por qué ser motivo de orgullo. Solo hay algo peor que alguien que se dedica a devorar con entusiasmo cultura pop y a vomitarla después (y usa camisetas que digan: «Todos deberíamos ser feministas» mientras espera cuarenta y cinco minutos de cola para comprarse el último modelo de zapatillas hecho por mujeres en un taller de trabajo esclavo) y es alguien que presume de no entender las nuevas tendencias. Eso no te hace mejor persona. Que te empeñes en no comprender lo que sucede a tu alrededor no te da puntos extra. Y estoy segura de que, en el último mes, al menos has entrado una vez en el Mail Online, así que abajo esos humos. Un influencer es alguien que tiene una gran presencia en las redes sociales y la usa para apoyar

marcas a cambio de dinero. Algo no muy distinto de aquellos eufóricos años noventa, cuando las estrellas de cine vendían dentífricos en otros países a cambio de un dineral. Excepto que este grupo de nueva creación debe su fama al mero hecho de influir. No hay detrás talento alguno: no cantan, ni crean ni escriben; no hay nada que les sirva de catapulta para dedicarse a publicitar cosas. Suelen ser mujeres blancas delgadas (u hombres blancos corpulentos), con sonrisas inquietantemente radiantes y casas perturbadoramente beis (perfectas para fotografiar basura de mal gusto), que intentan convencer a sus seguidores de que poseen un estilo de vida que deberían tratar por todos los medios posibles de imitar. La influencer también suele dar la brasa con cosas como dar gracias o vivir el momento, finge haber sufrido ataques leves de ansiedad o enfrentarse a alguna clase no especificada de adversidad para que el público se identifique más con ella. La cantidad de clichés que salen a borbotones de estos seres bastaría para derribar la barrera antimareas del Támesis. Y algunos de sus vídeos te harán desear que esto ocurra.

De modo que era el trabajo perfecto para Bryony. Lo de «trabajo» puede ser una exageración. Hacía vídeos donde detallaba sus actividades diarias (uno de ellos, con ciento ochenta mil reproducciones, narraba únicamente la visita a un osteópata) y publicaba fotografías suyas en distintas poses de hastío con atrezo y fondos varios. Con lo de atrezo me refiero a su estúpidamente peluda alfombra, su espejo de pared y su vestidor. Cuando digo fondos, hablo de escapadas a complejos vacacionales exclusivos, a menudo acompañadas de hashtags que sugieren que necesitaba desesperadamente un descanso —#lonecesitaba—, como si el trajín de tratamientos faciales, clases de gimnasia y discotecas la tuviera al borde de la extenuación. Supongo que sus leales seguidores, muchos de los cuales seguramente tenían sueldos míseros y contratos basura, asentirían comprensivos con la cabeza y alabarían su sensatez por priorizar el autocuidado.

Alternaba estas fotografías de vacaciones con publicaciones patrocinadas que no se diferenciaban en nada del resto de sus post. Eran anuncios pensados para enseñarte a ser un poco más como Bryony: kits de blanqueamiento dental, minivestidos disponibles para entregar al día siguiente, un anillo chapado en oro con sus iniciales al que se refería como «imprescindible». Las masas de Instagram consumen como locas estos objetos, desesperadas por que les digan lo que es de calidad, lo que funciona, lo que las distraerá de sus vidas. Pero es una trampa. Bryony se reía de ellas. O lo habría hecho de ser capaz de disfrutar de algo en la vida. O quizá sí se había reído, pero

con desdén. Porque si mi medio hermana quería blanquearse los dientes, iba al mejor dentista de Harley Street. Y, si quería un vestido nuevo, pagaba mil dólares y un mensajero se lo entregaba en su casa en menos de una hora dentro de una caja forrada de papel tisú. Sus joyas nunca le dejarían una marca verde en el dedo, eran todas de Cartier. Los productos que anunciaba se fotografiaban, se publicaban y a continuación se desechaban. Quiero pensar que se los regalaba al servicio, pero no me extrañaría que hubieran terminado en la basura.

Su estilo de vida me repugnaba y fascinaba a partes iguales. Bueno, no, eso no es del todo cierto. Sobre todo me fascinaba. He pasado muchas horas de mi vida observando su retocada vida online, reproduciendo sus aburridos vídeos y apuntándome a sus sesiones en directo de Q&A, en las que cada día, a las siete de la tarde, dedica quince minutos a responder a preguntas tan incisivas como «¿Por qué te brilla tanto el pelo?», y que ella responde con la intensidad y solemnidad de un testigo prestando declaración ante un tribunal de crímenes de guerra. Internet es un lugar en el que acercarte a tus ídolos, pero en el que también puedes dedicarte a espiar obsesivamente a personas que, en la vida real, harías todo lo posible por evitar. Yo me decía a mí misma que era una labor de documentación necesaria, pero dedicarle tantas horas terminaba por hacerme sentir desmoralizada y sucia. Es como pellizcarte sin parar una costra y sorprenderte después de que te haya quedado una fea cicatriz. La transparencia de Bryony en las redes sociales me proporcionaba multitud de opciones. Demasiadas, de hecho. Imaginé escenarios tan rebuscados que incluso llegué a investigar lo difícil que sería sacarme una licencia de pilotar helicópteros. Necesitaba recapacitar. Aunque no todos mis planes habían sido elegantes, sí habían resultado efectivos. Claro que la falta de estilo en ocasiones me molestaba un poco. Porque, si vas a mandar a alguien al otro barrio, hazlo con elegancia, ¿no? Pero organizar mis planes atendiendo a criterios estéticos habría sido el colmo de la vanidad. Y la vanidad puede delatarte; que se lo pregunten a todos esos asesinos que terminan en la cárcel por remolonear en la escena del crimen admirando su trabajo y llamando la atención.

Lo cierto es que el plan por el que me decidí tenía un elemento de humor. Hay otra cosa que observé en Bryony y que al principio pensé que era una mentira para hacerse la interesante. Todas las influencers de redes sociales intentan mostrar alguna pequeña vulnerabilidad. Es bueno para la marca. Algunas fingen tener una enfermedad mental no estigmatizada: la ansiedad suele funcionar; la psicosis, nunca. Las hay que aluden sin cesar a dolencias tales como enfermedad de Lyme o

dolor crónico de una manera tan imprecisa que es imposible refutarlas. Bryony buscó algo distinto. Tiempo atrás había grabado un vídeo muy personal (sabías que era algo serio porque iba vestida con un sencillo jersey negro y casi sin maquillar) sobre un diagnóstico reciente que le había cambiado la vida. Temblorosa, explicó a cámara que al poco de cenar en Vardo (un restaurante que acababa de inaugurarse a bombo y platillo en Chelsea), se había desplomado y dejado de respirar. Después de carísimas pruebas, el culpable había sido identificado y no podría volver a comer melocotones. Hubo lágrimas, porque los melocotones eran su fruta favorita. Cuando vi el relato de la tragedia, puse los ojos en blanco y pasé a otra cosa. Pero a partir de ese momento Bryony se dedicó a advertir de los peligros de las frutas con hueso. La agencia nacional de investigación de alergias alimentarias se puso en contacto con ella y Bryony encontró una pequeña causa que podía darle imagen de persona comprometida y seria. Organizó una gala benéfica para recaudar dinero para la investigación, reclutó a diseñadores para que donaran ropa para un desfile en el que sus amigas y ella se deslizaron etéreas por una sala del Museo Británico y posaron abrazadas a estatuas de mármol y junto a sarcófagos antiguos (si antes no existía la maldición del Faraón, seguro que ahora sí). De vez en cuando pedía a sus seguidores que cuidaran de sus amistades con alergias, un consejo gratis y solo un poco deslegitimado por el hecho de que Bryony fuera imagen de unos laboratorios privados creadores de un kit de alérgenos que te permitía comprobar, por el módico precio de setenta y nueve libras, si un, en apariencia inocuo, bizcocho de frutas podía en realidad matarte. #publi.

Su perfil pronto volvió a llenarse de fotografías de estilismos y puestas de sol y yo casi me había olvidado de su cruzada sobre las frutas con hueso hasta una noche en que emitió en directo una visita a urgencias. Para ser justos, incluso con filtro tenía un aspecto horrible, con los ojos hinchados, la piel llena de rojeces y explicando a cámara en un susurro ronco que habían tenido que ponerle tres inyecciones de adrenalina después de que dejara de respirar en un club nocturno. Alguien le había dado un cóctel y asegurado alegremente que no tenía melocotón, y ella se lo había bebido entero antes de reconocer el sabor agrio y correr a la calle presa del pánico. Puesto que sus amigos eran cortos o, lo que resultaba aún más trágico, porque no la conocían, nadie ató cabos ni entendió que estaba teniendo una fuerte reacción alérgica. En lugar de ello, uno de los gorilas de la puerta supuso que era un ataque de pánico y el otro sospechó que estaba borracha. Hasta que no se puso morada y se desmayó, no llamaron a

una ambulancia. Me pregunto si la experiencia de una visita a las urgencias de un hospital público no fue más traumática para Bryony que el episodio en sí. Desde el ala pública, con solo una cortina para proteger su intimidad, explicó en susurros a la cámara lo asustada que estaba. Y no porque hubiera estado a punto de morir, sino porque la cama de al lado la ocupaba un borracho cubierto de sangre que no dejaba de cantar un tema de Bowie. Bryony no sabía que se trataba de una canción de Bowie, supongo que Bowie siempre le habría parecido un friki. Esa chica y sus prioridades. En fin.

Sabéis a dónde quiero llegar, ¿verdad? Deberíais, porque es bastante obvio. No me voy a andar con paños calientes. Fue una puta genialidad. Aunque es verdad que me pusieron la idea en bandeja. Dios me mandó un barco y todo ese rollo. Cada año mueren unas diez personas de shock anafiláctico producido por una alergia alimentaria. A pesar de todo su dinero y privilegios, ¿por qué no podía ser Bryony una de ellas? Y es difícil endilgar a un enemigo invisible una muerte por intolerancia al melocotón.

Pero ¿por qué iba a ser fácil esta vez? Algunos de mis asesinatos habían requerido verdadera planificación, no olvidemos las semanas de aburrimiento cuidando ranas, la inmersión en el circuito de fiestas sexuales de Londres. Estuve meses tanteando hasta qué punto podía manipular por internet a un adolescente que me llevara hasta Janine. Es duro, cuando además tienes un trabajo a tiempo completo, la cada vez más obsesiva costumbre de correr varios kilómetros al día (Lady Macbeth caminaba en sueños y trataba de limpiarse sangre imaginaria de las manos; yo corro para alejarme todo lo que puedo de mis crímenes, sí. No hace falta ser psicólogo, gracias) y una propensión a la ansiedad que es comprensible dada la situación, pero que tampoco ayuda cuando tienes que conciliar responsabilidades varias.

Nunca llegué a saber hasta qué punto estaba Bryony unida a sus padres. A pesar de que estudié a la familia y traté a su personal de servicio, ellos vivían aparte, en un mundo al que yo nunca tendría acceso, por muy alto que llegara o por mucho que los espiara. Lo poco que llegué a averiguar —que era hija única, que seguía viviendo en el hogar familiar— lo entresaqué de otros chismorreos. Su madre había pasado la mayor parte del tiempo en Mónaco (algo que nadie hace a no ser que quiera evadir impuestos) y llevaba cinco años enteros viviendo allí al menos ocho meses al año. Simon iba y venía, pero parecía tener su domicilio habitual aquí, en Londres. Bryony, al igual que las otras chicas de su mundo, frecuentaba Saint Tropez, pero no parecía visitar demasiado a *Maman* en Mónaco. La última visita oficial (digo oficial porque la publicó en Instagram) había sido dos años antes

de que Janine tuviera su desafortunado accidente. Después de que Janine muriera, Bryony no la mencionó directamente en sus redes sociales. Estuvo tres semanas sin publicar nada y después volvió con una imagen de su silueta a contraluz y el emoji de un corazón. Dos días después ya estaba publicando contenido patrocinado. Janine fue enterrada en Inglaterra y desde entonces su casa de Mónaco estaba vacía. No creo que ello se debiera a motivos sentimentales, sino a que era el domicilio fiscal de la empresa.

Y luego estaban las suposiciones que hice a partir de toda esta información. Sospechaba que Simon y Janine habían llevado vidas separadas, probablemente desde hacía mucho tiempo. Esto no se debía solo a la situación en Mónaco (que, por supuesto, apoyaba la teoría: ¿qué pareja vive la mayor parte del año separada si no es por necesidad?), hacía mucho que se rumoreaba que Janine se había cansado de las constantes infidelidades de Simon y por fin había emprendido acciones para protegerse ella y su participación en la empresa. El rumor (corroborado por Tina, quien me lo repitió en un susurro excitado un día que quedé a tomar una copa con ella después del trabajo) decía que la última gota fue cuando se descubrió que Simon mantenía un segundo yate para su amante y durante las vacaciones familiares había estado usando una lancha motora para desplazarse de una embarcación a otra.

Después de amenazar a Simon con divorciarse de él y quedarse con la mitad de su dinero, Janine hizo una jugada maestra y se las arregló (con ayuda de un ejército de contables a los que debió de pagar generosamente) para persuadirle de que existía otra opción. Ni divorcio ni pérdida de capital, pero a cambio tendría que traspasarle sus negocios. Simon debió de hacer cuentas, entendió que un acuerdo así lo convertía en prisionero de Janine, y, aun así, firmó los papeles. Mejor ser un prisionero rico que sufrir la indignación de que los tabloides se adueñen de tu vida privada y encima tener que soltar un montón de dinero. El acuerdo contaba con una ventaja: que Janine residiera en Mónaco significaba que ya no tendría que pagar impuestos. Los ricos ven los impuestos como otras personas el cambio climático: es un problema de justicia social por el que merece la pena salir a las calles. Los muy ricos suelen tener la impresión de que se han ganado su dinero. No disponen de tiempo para discusiones teóricas sobre si es de verdad posible que un único individuo merezca semejante acumulación de posesiones. Una vez tienen dinero, se vuelven como Gollum: feroces defensores de sus bienes y su riqueza.

Así que Janine llevaba una agradable existencia en Mónaco, en la que un almuerzo requería semanas de planificación, el personal de

servicio siempre daba motivos de queja y Simon era libre de hacer lo que le diera la gana en Londres. Bryony no intervino en absoluto en la ecuación. Era su hija, pues llevaba el apellido familiar, y también el nexo de unión entre sus padres, pero no parece que jugara al Monopoly con ellos delante de la chimenea en Navidad. No daban la imagen de la clásica familia... ni funcional ni disfuncional. Antes bien, formaban una unidad familiar con todas las papeletas para ser envidiable y ninguna de las emociones necesarias para ello.

Es posible que me equivocara. El problema de trabajar a distancia fue que nunca llegué a conocer a estas personas ni sus pensamientos más íntimos. Claro que, por otra parte, yo había creído conocer a Jimmy al derecho y al revés, y me había sorprendido. Al menos su traición lo hizo un cinco por ciento más interesante. Es posible que Janine y Simon sintieran por Bryony un amor profundo y sincero. Yo solo podía basar mis opiniones en lo que atisbaba. Y no es que tuviera demasiada importancia, no sentía interés alguno en justificar mis acciones, tampoco confiaba en que a Simon no le doliera perder a su hija. De haber querido ahorrarle el sufrimiento, lo habría matado primero a él. No, obviamente, la secuencia en que maté a sus seres queridos era crucial. Por eso lo dejé a él para el final. Tenía que experimentarlo todo. Comprenderlo sería lo que lo destruiría.

Sabía que era una posibilidad remota —no podía confiar en un enfoque tan chapucero— y, sin embargo, una parte de mí era incapaz de descartarlo sin probarlo antes, aunque modificando un poco la táctica. No le dedicaría demasiado tiempo, haría un único intento y lo haría rápido, sin pensarlo demasiado. Aproveché un descanso de la comida para comprar seis productos de belleza de lujo en efectivo en unos pocos almacenes diferentes. Adquirí un surtido de cremas faciales, una de ellas con extractos de semillas de melocotón. Cuando volví a la oficina, me encerré en el baño para discapacitados, las repartí por el suelo y me puse manos a la obra. El frasco más caro contenía una mascarilla facial hecha de perlas (¿queda todavía alguna cosa que las marcas de belleza no añadan a sus productos para hacerlos más deseables? Llegará un momento en que un jefe de marketing sugiera usar antimateria en un sérum de noche y las millonarias de Londres, Moscú y Nueva York la lamerán con avidez) y aventuré la suposición de que Bryony, de molestarse en abrir la caja, se fijaría en el producto más lujoso. Decidí apostarlo todo a un solo frasco. Era un árbol que había que esconder dentro de un bosque, de ahí los otros productos, que lo acompañarían dentro de una elegante

caja. Todos tenían muy buena pinta, pero sin duda Bryony ya los habría probado. Y no hay nada más tentador para una instagramer vanidosa que un producto nuevo que promete un grado de luminosidad nunca visto.

La mascarilla facial de perlas y la crema de extracto de semillas de melocotón eran del mismo fabricante. Eso resultaba importante de cara a futuras investigaciones. Los otros productos eran un popurrí de marcas. Añadí cuatro gotas de la crema al frasco de la mascarilla con ayuda de una pipeta comprada en la consulta de un veterinario unas semanas antes (para mi pobre perrito enfermo. Los amantes de los animales están siempre locos por hablar de sus dolencias y las pasé canutas describiendo el falso ojo lloroso de mi perro a una enfermera larguirucha que parecía fascinada por su sintomatología) y agité el frasco vigorosamente. Lo abrí y olfateé el líquido. Si olía a melocotón, no me serviría. Pero olía más o menos como cualquier crema genérica. Dulce, pero no demasiado afrutado. Aun así, necesitaba asegurarme, de modo que añadí una gota de la esencia de almendra usada en repostería. Es un olor que enmascara el resto de los ingredientes de una receta. Agité y probé otra vez. Éxito total. El líquido olía ahora a pastelería, cálido y reconfortante, lo que, dadas mis intenciones, resultaba de lo más apropiado.

Limpié el frasco a conciencia usando una toallita húmeda y tiré la crema con extracto de melocotón a la papelera. A continuación, metí los productos en una sencilla caja de cartón blanca forrada de papel tisú. La acompañaba una tarjeta que solo decía: «Bryony, confiamos en que disfrutes de estos regalos. ¡La mascarilla facial con perla es un sueño! Bss». Me habría chiflado poner «huele de muerte», pero no podía permitirme ser tan precisa. Una vez envuelta, guardé la caja en una bolsa debajo de mi mesa e intenté no pensar en ella durante el resto de la larguísima jornada laboral.

Yo no he sido nunca de las que se van a casa a las cinco y media en punto. Quienes sí lo hacen suelen ser los compañeros de trabajo más aburridos e irritantes, esos que hablan sin parar en reuniones sin importancia e insisten en implantar un sistema de uso para la nevera común, pero a la hora de la verdad rinden poco. También son los empleados más difíciles de despedir, pues suelen leer con detenimiento las cláusulas de sus contratos y saben perfectamente lo que se pueden permitir. E igual es casualidad, pero resulta que estos colegas nunca son atractivos ni carismáticos. No se marchan a su hora porque tengan que ir a casa a cambiarse para una noche de emociones.

Pero aquel día a las cinco y media en punto cogí mis cosas y me

marché, aludiendo a una cita médica por si alguien levantaba una ceja. Nadie lo hizo. La gente entraba y salía constantemente de la oficina, incluso había trabajadores que se cogían horas libres para ir a sesiones de blanqueamiento dental o teñirse las cejas. «Es beneficioso para el interfaz con el cliente» solía decir mi jefa, lo que equivalía a: déjala que vaya a ponerse bótox en horario de oficina.

Conseguí llegar a la oficina de mensajería cinco minutos antes del cierre. Envié el paquete con acuse de recibo porque supuse que la empleada doméstica de los Artemis firmaría la entrega y no di datos del remitente. Bryony tampoco los buscaría; las personas como ella reciben cientos de cajas de regalo cada semana. Salí a la luz declinante del otoño y la puerta se cerró detrás de mí con el tintineo de una campanilla. Me lo tomé como una señal. No entraría en las redes sociales de Bryony con la esperanza de descubrir que había muerto. Yo había hecho mi intento, y ahora ya no dependía de mí.

El mes siguiente estuve ocupada trabajando. Se acercaba la temporada de rebajas y tenía que organizar las campañas en redes sociales y asegurarme de que los clientes suscritos a nuestras listas de correo recibían las ofertas con descuentos. Por mis investigaciones sabía que el noventa y cinco por ciento de estos correos se quedaban sin leer, que iban a parar a la carpeta de spam. Así que era un ejercicio inútil, pero, según nos decían, los datos eran valiosísimos. El tono de los mensajes que enviábamos bastaba para convertir a la persona más adicta a las compras en un activista anticonsumo. Hubo un momento en que tuve que intervenir para que dejaran de usar la palabra «viernesito». Cuando no estaba ocupada tratando de preservar la lengua y mi propia dignidad en el trabajo, investigaba otras maneras de asesinar a Bryony.

Al igual que con las muertes anteriores, me parecía importante que esta se produjera mientras Bryony estaba haciendo una actividad normal en ella. Le daba más credibilidad al contexto de accidente y requería una planificación menos elaborada. Quería quitarme estos asesinatos de encima y quería hacerlo bien, pero tampoco soy una fanática del homicidio, no necesitaba explorar las maneras más fascinantes y espantosas de matar. Asesinar bien tiene mucho de arte. Reconozco que admiro las molestias que se toman algunos, pero no estoy dispuesta a que me cojan colgando una tirolina en el centro de Londres o decapitando a alguien con una espada samurái solo por intentar dar un toque teatral a la cosa.

Después de varios pasos en falso, me topé con una oportunidad

potencial. Hay un hombre, puede que algunos hayáis oído hablar de él, que se ha convertido en un puntal de la industria del bienestar. Se llama Russell Chan y ha ganado millones con un programa de nutrición llamado «Manifestar y mantener». Si no habéis oído hablar de esta sandez, entonces podéis estar mil años tratando de deducir a qué se dedica su compañía solo por el nombre, así que os lo voy a explicar. Su marca, o «innovación», como la llamó en su charla TED de la que vi tres minutos antes de decidir que prefería la muerte, se basa en dos elementos principales. El primero consiste en escribir afirmaciones positivas que luego tienes que repartir por tu casa en unos pósits color pastel especiales que te envía él una vez te has apuntado. El segundo es una tabla de gimnasia de ochenta y cinco minutos al día y unas recetas de zumos para cada mañana. La creatividad que entraña inventarse una mezcla distinta de frutas y verduras para cada uno de los trescientos sesenta y cinco días del año (ni siquiera se perdona el día de Navidad) es asombrosa. Y cuando digo asombrosa, me refiero a que es un insulto para los pobres nutricionistas. Las notas en pósit enmascaran el hecho de que el método es una dieta. Cuesta 8,99 libras descargarse la app de MM y luego tienes que pagar cuatro libras mensuales durante el resto de tu vida. Hay personas que han intentado cancelar su suscripción, pero no he conocido a ninguna que lo haya conseguido. Claro que la mayoría no lo necesitan porque los idiotas adoran a Russell Chan. Cuando adelgazan se muestran sorprendidos, como si hubieran descubierto una ciencia secreta y no un sustituto de las comidas que elimina todas las opciones calóricas. No dejan de hablar de la seguridad en sí mismos que extraen de (supongo) citas inspiracionales generadas por ordenador que reparten por sus casas sin libros, en las que supongo tendrán que pelear por hacerse sitio entre el consabido letrero de madera reciclada que dice «Amor» y las macetas de oro rosa.

Admiro a Chan. Es un auténtico monstruo, pero solo engaña a los dispuestos a creerle. Se salió del mundo de las finanzas antes de la crisis de hace unos años y se metió directamente en el negocio del bienestar, usando su cerebro de banquero para conjeturar sobre lo que querrían las masas en tiempos de inseguridad económica. Y ha ganado millones, porque acertó al suponer que el rebaño querría gastar dinero en pequeños y reconfortantes cuidados, encontrar paz mental en lugares comunes y, sobre todo, mejorar su aspecto físico. Igual ya no puedes contratar una hipoteca, pero sí llevar unos leggins de purpurina sin complejos.

De manera que la ideología MM está al alcance de las masas, pero se vende como algo exclusivo. Chan supo desde el principio que su

negocio solo funcionaría si la gente guapa le hacía publicidad. Cada año, hacia el mes de mayo, invita a cien de las personalidades más influyentes a su casa de Ibiza, donde organiza un fin de semana de clases de ejercicio físico, talleres de zumos y seminarios sobre pensamiento positivo. Cada año sin falta, el *Daily Mail* y otras publicaciones a la caza de famosos peinan afanosamente cuentas de Instagram y rescatan instantáneas de gente guapa haciendo el saludo al sol junto a una piscina infinita, abrazándose en una masa indiferenciada de extremidades bronceadas y malnutridas y deshaciéndose en halagos sobre lo mucho que han aprendido de sus almas en un fin de semana largo. La última noche hay una fiesta en la que, según una conocida mía que trabaja en publicidad de marcas de belleza, se añaden copiosas cantidades de alcohol y drogas a los batidos de frutas, todo el mundo se pone hasta arriba y los teléfonos están prohibidos. Supongo que este fiestón es una compensación por todas las aburridas caminatas que han tenido que hacer durante los dos días anteriores.

¿A que no adivináis quién iba a ir al siguiente retiro?

Me enteré de los planes de Bryony porque la cuenta de Instagram de mi aburrida madre de familia sigue a todos sus seguidores y estoy atenta. Todavía faltaban meses para el fin de semana ibicenco, cuando Chan ya estaba enviando avances a sus ocho millones de seguidores usando el dudoso hashtag #hedonismolimpio debajo de fotografías de esterillas de yoga pulcramente alineadas en la terraza y vídeos de personal con uniformes blancos segando el césped. Debajo de una imagen de globos luminosos atados a un árbol, Bryony había publicado el comentario: «Deseando unirme a mi tribu espiritual».

Me puse manos a la obra. El retiro parecía fuera de mi alcance, pero la fiesta podía ser mi oportunidad. Empecé a investigar quién organizaba la fiesta de despedida, algo que no era tan difícil, dado que en las redes sociales todos se dedican a etiquetar a todos y luego lo llaman trabajo. Descubrí que el evento lo organizaba una empresa con sede en Watford llamada Bespoke Bangers. Juergas a Medida. Todo muy balear. En la veintena había trabajado de camarera y decidí que tenía posibilidades de que me cogieran para servir a un atajo de modelos hasta arriba de coca. En la página web de la empresa había un impreso de solicitud y lo rellené haciendo hincapié en las muchas (e imaginarias) fiestas en las que había trabajado. Recalqué que en esas fechas estaría trabajando en Ibiza y expliqué que sabía que tenían clientes en la isla y buscaba sacarme un dinerillo extra. Alguien llamado Sasha contestó a mi correo en menos de veinticuatro horas y me citó para una videoentrevista que, supuse, tenía como fin

asegurarse de que yo era lo bastante guapa para el trabajo. No puse objeción, el nombre falso me protegía y no era tan tonta como para haber mandado una fotografía que pudiera localizarse con facilidad.

En la preparación para la entrevista fui generosa con el maquillaje. Me oscurecí las cejas y me pinté los labios de rojo, dos cosas que te cambian la cara de manera sutil pero eficaz. Sasha llamó noventa minutos más tarde de la hora convenida, por lo que tuve que bajarme de un autobús y meterme corriendo en un café para atenderla. Estuvo brusca y resolutiva, me pidió que hiciera unos cuantos turnos en Londres la semana siguiente para asegurarnos de que encajaba en la empresa. Hablamos menos de cinco minutos en total, mis sospechas de que solo quería ver mi aspecto habían sido fundadas. Convinimos en que trabajaría en un evento que se celebraría en el edificio The Shard el martes siguiente. Los detalles eran poco precisos, pero se trataba de un acto organizado para un youtuber conocido que estaba lanzando un autobronceador. Yo tenía que presentarme a las cinco de la tarde vestida con pantalones negros. La camisa me la proporcionarían allí.

—No mires a los invitados si no es para rellenarles el vaso. Nadie quiere tener pegada a una camarera babeando —me dijo Sasha mientras tecleaba alguna cosa en su ordenador y siguiendo su propio consejo sobre no mirar a los ojos.

El evento transcurrió sin imprevistos. Tuve que salir corriendo del trabajo, un día más de marcharme antes de la hora, pero ¿qué otra cosa podía hacer? La habitación estaba bañada de una luz color melocotón, con centros de flores repartidos aquí y allí y bolsas con regalos amontonadas debajo de mesas cubiertas de galletas con un glaseado hecho con el logo de la marca. No había demasiada gente, pero los asistentes no hacían más que sacarse selfis con el anfitrión, a quien parecía encantarle que transmitieran vídeos en streaming de la pared de globos. Serví champán y mantuve la cabeza gacha. Tampoco es que conociera a nadie. La predicción de Warhol sobre el futuro de la fama se ha quedado pequeña con el auge de las personalidades de internet. Quince minutos resultan anticuados cuando miras a estos niñatos de cabeza hueca desesperados por conseguir que sus vídeos sean virales todos los días.

La valoración de mi trabajo debió de satisfacer a Sasha y me contrató para tres eventos más en Londres. Pagaban en efectivo, lo que era un alivio, y las reuniones no solían durar más de dos horas. La juventud londinense no es de trasnochar, prefiere irse a casa y ponerse una mascarilla facial mientras ve lo último del catálogo de Netflix.

Un mes más tarde, me llegó un mensaje de Sasha diciéndome que tenía tres eventos en Ibiza para mí. Adjuntaba las fechas y una de ellas

coincidía con la última noche del retiro de bienestar. No daba más información, pero estuve casi segura de que no habría dos fiestas en una misma noche organizadas por Bespoke Bangers. Contesté enseguida confirmando mi disponibilidad y reservé vuelos y alojamiento en Ibiza. Resultó que no iba a tener que desviarme tanto de la idea original. A Bryony le gustaba empinar el codo y, en una fiesta tan hedonista como la de MM, no tardaría en estar como una cuba. Nada como estar tres días a zumos para emborracharte después de un solo cóctel. Unas gotitas de concentrado de melocotón en un vaso y, a los pocos minutos, se desplomaría en la pista de baile. La rodearía un puñado de obsesos de la salud, y sin embargo me habría apostado cualquier cosa a que ninguno tendría la formación médica necesaria para ayudarla. Ahora me tocaba esperar seis semanas.

Solo que al final no hizo falta. Bryony murió aquella misma noche.

Yo ni me enteré hasta el día siguiente. A pesar de que nos bombardean con noticias durante todo el día, es sorprendentemente fácil quedarte fuera de todo con solo olvidarte de cargar el móvil. Aquel miércoles yo estaba fuera de la oficina, en una jornada de formación pensada para «empoderar a las mujeres en los negocios». Era obligatoria, lo que sugería que tenía más que ver con mitigar las recientes acusaciones de acoso sexual que pendían sobre un jefe de equipo que con promocionar a las mujeres del sector. Después de ocho horas en talleres en los que catorce mujeres nos sentábamos en un círculo y hacíamos juegos de rol en distintos contextos laborales problemáticos, me escaqueé de ir a tomar café y tarta y fui al metro a toda prisa. Tenía el teléfono sin batería, así que me pasé el trayecto observando a una joven pareja discutir sobre si haber logrado mantener con vida una planta que tenían en casa significaba que estaban preparados para un perro. Ella puso muchas veces los ojos en blanco, él evitó mirarla a los ojos muchas más. Me preocupó aquel perro imaginario, incluso me dio un poco de pena la planta.

A la salida de la estación de metro, cogí un *Evening Standard*, lo enrollé y me lo guardé en el bolso. Veinte minutos después estaba en casa. Guardé la comida que había comprado en la tienda de comida saludable y encendí la calefacción. Luego ya cogí el periódico y me senté en la mesa de la cocina. La noticia de portada era el típico pestiño sobre escasez de viviendas de protección oficial, que leí por encima, porque todo el mundo sabe que el *Standard* solo abre con este tipo de noticias para poder llenar el resto de páginas con información sobre una nueva heladería en Kensington que vende helados a diez

libras o el panegírico de una clase de fitness en la que las pesas son de oro. En un lateral había una foto de pequeño tamaño de una chica, un selfi tomado desde un ángulo en el que el setenta y cinco por ciento era boca. Empecé a notar en las venas el ya familiar subidón de adrenalina. La adrenalina te eleva los niveles de energía a cien y también detiene el tiempo. Todo se ralentiza, se vuelve impreciso, las reacciones pierden filo. Supe de manera instintiva a quien estaba viendo, pero la bruma que envolvía mi cerebro me impidió, por una fracción de segundo, asimilar por completo lo que eso quería decir. «Rica heredera muere a los 27 años». Abrí el periódico y allí, en la página tres, había otra foto de ella, esta vez mucho más joven, posando de pie entre sus padres en un acto público.

Bryony.

Los detalles eran escasos. La había encontrado inconsciente en su dormitorio a las siete y media de la mañana una persona de servicio (léase su criada). Llamaron a una ambulancia, pero fue declarada muerta allí mismo. El artículo mencionaba la trágica muerte de la madre solo meses antes y daba a entender que el suicidio era una posibilidad. Yo supe que eso era absurdo, Bryony no podía haberse suicidado cegada por el dolor. No conocía esa clase de estado emocional, para ella todo era aburrimiento, burla o capricho. Cosas elementales. El portavoz de la familia pedía respeto en un momento tan difícil, y aparte de información básica sobre Simon y la vida entre algodones de Bryony, no se daban más datos.

Pasé una hora frenética entrando en Instagram, portales de noticias y blogs de cotilleo. Su última publicación había sido a las cuatro de la tarde, un selfi en una alfombra mirando a un perro salchicha (confié en que fuera prestado, recordemos #dondestafendi) sentado a su lado. El pie de foto decía: «Cuando bae necesita cariño». Así que ninguna pista de la que pudiera tirar la prensa para su relato sobre el trágico fin de la chica rica. Aparte de eso, unas pocas amistades de Instagram expresaban su conmoción con emojis de manos rezando y caritas llorosas. Abundaban los descanse en paz, una expresión que siempre he detestado. Descanse en paz. Por muy alegre o divertido o amante de la vida que fueras. Ahora a descansar. Un comentario genérico y sin sentido. Pero no había nuevos detalles, ningún hilo del que tirar. ¿Dónde estaba Simon? ¿Se encontraba en casa cuando ocurrió o había salido con algún ligue, a cenar en un club privado o a cerrar un trato de negocios? ¿Cómo se había enterado? ¿Lo llamó la criada o fue la policía? ¿Estaba solo ahora, sin su mujer, sin su hija —la única reconocida— y con sus padres también muertos? Al igual que su hermano. ¿Sospechaba ya lo que estaba ocurriendo? Imposible. Para él

yo no existía, me había eliminado igual que todos los detalles problemáticos de su privilegiada vida.

Pero yo también estaba sola. Todas las otras muertes las había provocado yo, había presenciado el último aliento, había tenido sensación de control. En cambio en esta me encontraba en igualdad de condiciones que cualquier persona que hubiera comprado un periódico. No sabía nada y no podía contárselo a nadie. Por primera vez en mucho tiempo, deseé que mi madre no hubiera muerto. Quería que supiera que su hija estaba viva, que hacía todo aquello por ella, que nunca permitiría que su existencia quedara pisoteada y olvidada por culpa de aquellas personas. Pero nunca he sido de esas que creen sentir la presencia de sus seres queridos muertos sonriéndoles desde el cielo, y tampoco tenía intención de sumirme en la autocompasión. Abrí una botella de vino y me di un baño. Bryony estaba muerta, los detalles podían esperar. Su fallecimiento tenía consecuencias más allá de que había un nombre menos en mi lista. Significaba que la lista estaba casi completa. Solo quedaba un nombre. Papá querido, el siguiente eras tú.

14

Escribir todo eso me ha hecho reír. Menudo final de folletín me he marcado. El caso es que terminé de contar por escrito la muerte de Bryony a las dos de la madrugada, en un silencio y una oscuridad totales. Ni siquiera roncaba Kelly. Me había puesto nerviosa al recordar el momento en que me di cuenta de que solo me quedaba una víctima. Qué cerca había estado y qué emoción había sentido. Ahora, encerrada en esta celda, desearía haber disfrutado un poco más de esos momentos. Después de cada asesinato debería haberme ido a bailar. O podría haberme comprado una joya cara después de tachar otro nombre de la lista. Porque tenía una lista, ¿os lo había dicho ya? Me refiero a una lista física. Estaba escrita a lápiz en el dorso de una fotografía de mi madre y mía. Los Latimer me la habían regalado unas Navidades poco después de que me instalara en su casa. No es que fuera una gran sorpresa, puesto que la foto era mía. Pero Sophie la había encontrado en el cajón de mi mesa y la había llevado a enmarcar para que pudiera tenerla a la vista.

—Tienes que poder mirarla cada día, cariño —me dijo cuando abrí el paquete—. Tu madre te quería mucho.

Yo esto ya lo sabía, claro, y no necesitaba que Sophie me lo dijera. Además no estoy segura de que Sophie hubiera hablado gran cosa con mi madre, más allá de breves conversaciones para quedar y que Jimmy y yo jugáramos juntos, siempre en casa de los Latimer («Es más fácil para los niños porque tienen mucho espacio», le decía a Marie), de modo que su insistencia en recordarme que había sido querida me resultaba un tanto irritante. Jimmy solía poner los ojos en blanco cada vez que Sophie se ponía a gorjear. Sobre lo orgullosa que estaría Marie de mis notas, o de mis «excelentes» minimagdalenas. Bien por él, coño.

Pero el marco era bonito y colgué la foto junto a mi cama. Después de irme de casa de los Latimer, siempre la colocaba en algún sitio donde pudiera verla nada más levantarme. Cuando estaba planeando cómo matar a Kathleen y a Jeremy, la quité de la pared y estuve un rato mirando la cara de Marie, preguntándome qué opinaría de mis intenciones. Lo más probable es que se hubiera horrorizado y angustiado, la habría consternado que hubiera decidido desperdiciar

mi vida vengando la suya. Pero no estaba allí para decírmelo, de manera que su opinión no tenía demasiado peso para mí. Y, además, también lo hacía por mí. Marie estaba muerta y enterrada. En vida nunca había querido vengarse de las injusticias que había sufrido. Pero tampoco de las que había sufrido yo. Ambas sufrimos porque ella era demasiado débil para exigir lo que le correspondía. Yo había terminado de hija postiza en una familia que no era la mía, sin garantías ni red de seguridad. Con el golpe que había supuesto perder a mi madre y el dolor añadido de ver a mi padre presumir de familia legítima por toda la ciudad. No podía echarme en cara que ahora quisiera compensar la balanza.

Antes de devolver la fotografía a la pared, había cogido el lápiz que estaba usando para tomar notas y escrito los nombres de todos los Artemis que calculé tenía que matar en la parte de atrás. La escritura era lo bastante tenue para pasar desapercibida al ojo no atento, pero cada vez que tachaba un nombre, sí lo hacía a conciencia, tachando cada letra por completo. Era una manera de señalar el hecho pequeña pero importante. Claro que también podía haberme comprado una bonita joya.

Me había quedado dormida después de contar la historia de Bryony y su triste encuentro con el sérum de melocotón y, cuando sonó el timbre de la mañana, me desperté presa del pánico. Seguía con el cuaderno en la mano y Kelly paseaba por la celda cantando una versión horrenda de una canción de One Direction. Imagino que el original ya es lamentable, pero el timbre de voz de Kelly lo empeoraba infinitamente. Escondí el cuaderno entre el colchón y la cama y le di los buenos días. Arriesgarme a que Kelly viera mis escritos había sido un estúpido descuido. La miré lavarse los dientes y aplicarse una base de maquillaje demasiado oscura para su piel. Cuando llegué aquí me sorprendió el esfuerzo que hacían muchas mujeres por tener buen aspecto en la cárcel, pero ahora lo entiendo mejor. Si no andas con cuidado, la cárcel intentará invadir hasta la última parcela de ti. Desde cosas tan prosaicas como la cantidad de calcetines que puedes tener hasta otras más íntimas, como lo que sueñas por las noches. Antes de llegar aquí yo tenía sueños vívidos y surrealistas. Ahora solo sueño con una cosa: bajar corriendo el camino que lleva al río con el viento a mi espalda y el cielo por todas partes. No necesito a Freud para analizar lo que significa. De manera que si un poco de maquillaje te ayuda a aclimatarte, lo entiendo. Solo te pido que te lo extiendas un poco mejor, Kelly. No es tan complicado.

Estaba bastante segura de que no había visto el cuaderno. Su comportamiento era tan insípidamente alegre como siempre y decía

vaguedades sobre una visita que esperaba para ese mismo día. «Un amigo —dijo mientras se aplicaba una capa tras otra de un rímel grumoso—, pero puede que quiera algo más. No le culpo si es así». Kelly me miró por el espejo y me di cuenta de que estaba loca por que le hiciera preguntas sobre aquel visitante. Pero yo no me encontraba de humor para escuchar un monólogo poco realista sobre lo deseable que resultaba Kelly al sexo opuesto, así que me puse el chándal, le deseé buena suerte y me fui a la biblioteca.

Debería terminar de explicar lo que pasó con Caro, puesto que es la razón de que hoy esté aquí, vestida con un chándal de poliéster en lugar de un bonito conjunto de MaxMara. También de que Kelly sea mi única allegada, puesto que Jimmy no contesta a mis cartas y me he dado cuenta de que casi no tengo más amigos. Claro que eso ya lo sabía. Antes de todo esto no es que dedicara tiempo a cultivar relaciones estrechas. Estaba abducida. Ahora me doy cuenta. Solo pensaba en mi plan para eliminar a la familia Artemis y ni siquiera tuve la previsión de construirme una vida que me estuviera esperando cuando todo concluyera. Salta a la vista que fue una estupidez. Contaba con que Jimmy estaría allí cuando terminara y que el resto ya se andaría. Además, casi todo el mundo es horrible. La mayoría de las personas son cortas, aburridas o una lamentable combinación de ambas cosas. Nunca las podía soportar, así que no lo intentaba. Mi situación actual me ha abierto tristemente los ojos a lo errado de mi actitud.

Pero Jimmy ya no era la constante en mi vida que yo había esperado que fuera. Dos días después de que Gemma Adebayo me dijera que era libre de irme, me despertaron unos golpes insistentes en la puerta de casa. Abrí adormilada y me detuvieron por el asesinato de Caro Morton. Me llevaron de vuelta a la comisaría, esta vez sin preocuparse tanto de mi comodidad o bienestar, y presentaron cargos. Durante las horas que pasé ese día con los inspectores fue saliendo todo a la luz. Jimmy había dicho a la policía que enseguida sospechó que se trataba de un asesinato y había gritado sobre lo mucho que yo odiaba a Caro. La hipótesis era que los celos me habían llevado a empujarla por la terraza con la esperanza de que pareciera un trágico accidente. La otra chica que quedaba en la fiesta había firmado una declaración diciendo que yo había discutido con Jimmy por su compromiso y a continuación había invitado a Caro a salir conmigo a la terraza a fumar. Aquella mosquita muerta, que más tarde descubrí se llamaba Angelica y no era tan ñoña como parecía, fue decisiva en las acusaciones contra mí. ¿Quién hubiera imaginado que una chica con un surtido completo de diademas era capaz de algo así?

Me denegaron la fianza, después de argumentar con vehemencia que era un peligro para la sociedad, lo que me provocó una mueca de incredulidad y me hizo maldecir en voz alta, algo que no gustó demasiado al juez. Mi abogado de oficio, un recién graduado que ni siquiera se había leído mi caso antes de entrar en la sala del tribunal, no rebatió y lo despedí en cuanto salimos del edificio y se me llevaron a prisión preventiva.

Fue entonces cuando probé por primera vez lo que es la cárcel. Al principio fue una horrible conmoción. El centro penitenciario al que me enviaron era un lúgubre edificio de hormigón detrás de un enorme muro en el sur de Londres. Me mandaron desnudarme, me registraron, me quitaron mis pertenencias y me metieron en una celda. Hacía un frío que pelaba y me pasé tres días obsesionada con si podía haber dejado en mi apartamento algo que diera pistas a la policía sobre mis verdaderos crímenes. Visualicé cada rincón de mi casa, la recorrí mentalmente intentando recordar si había sido tan descuidada como para olvidar algo a la vista. No podía dormir y mi cabeza no hacía más que distorsionar las imágenes que trataba de evocar, así que tenía que empezar una y otra vez, hasta que terminaba llorando de desesperación. Al tercer día empecé a sentirme más tranquila, después de obligarme a estar una hora respirando profundamente. Para entonces estaba segura de que nada me relacionaría con las muertes de la familia Artemis. Me reafirmaba en mi convicción el hecho de que la policía no buscaba nada que no tuviera que ver con la muerte de Caro, y, en cualquier caso, nadie conocía mi conexión con los asesinatos. En lo que a ellos se refería, yo había empujado a una rival amorosa por la terraza en un ataque de celos. A no ser que pensaran que fuera de esas personas que cuentan todas sus intimidades en un diario, habría escasas pistas que lo confirmaran. Lo irónico es que no decidiera contar mis intimidades en un diario hasta ahora, apresada en las fauces del sistema de justicia penal.

Contraté una abogada nueva, Victoria Herbert, y recé por que fuera la rottweiler que prometía ser. Una rottweiler con pañuelos de Hermès y tacones de Louboutin. Como a mí me gustaban. Herbert se mostró optimista sobre mis posibilidades de quedar en libertad. No había pruebas forenses, aparte del contacto que habíamos tenido Caro y yo durante la velada, y el grueso de la acusación se basaba en los testimonios de Angelica Saunders y Jimmy. Jimmy testificando en mi contra. Jimmy, la única persona que de verdad me importaba, declarando creer que yo había empujado a su prometida por la terraza. Jimmy, fotografiado en las páginas del *Sun* un viernes entrando en el juzgado de la mano de Angelica. Ella con una

espeluznante falda de tubo en tela de tweed y bailarinas, pero expresión orgullosa. Lo de Jimmy me dejaba helada, pero empecé a admirar el empuje de Angelica.

El jurado estuvo seis horas deliberando. Victoria me acompañó durante la espera, que se me hizo eterna. Cuando nos dijeron que el jurado tenía un veredicto se puso pletórica, me aseguró que una decisión rápida era excelente señal. Resultó que sus suposiciones eran completamente equivocadas. Culpable. Culpable. Culpable. La palabra resonó en la sala provocando un respingo en los presentes y el grito furioso de un hombre del público. Yo me quedé paralizada con la mano en la garganta e intenté sin éxito recordar cómo se respira. Miré en dirección a Jimmy, que estaba sentado con la cabeza en el hombro de Sophie mientras John le daba palmaditas en el brazo. Solo la hermana de Jimmy, Annabelle, me miró y ladeó la cabeza como si me observara por primera vez.

Y eso fue todo. Me condenaron a dieciséis años y, una semana después, me trajeron a Limehouse. Perdí la oportunidad de recurrir mi sentencia porque estaba demasiado conmocionada y era incapaz de reaccionar. Pero entonces apareció George Thorpe, un hombre blanco de mediana edad que vino al rescate, algo que supongo consideraba su misión en la vida. Consiguió que admitieran a trámite el recurso de apelación con el argumento de que había nuevos testigos directos que la policía no investigó en su momento.

Contraté a Thorpe a un precio considerable después de llegar aquí, cuando comprendí que Victoria Herbert estaba más interesada en cultivar una fama de tiburona glamurosa que en serlo. Nada más terminarse mi juicio, posó para la revista *Grazia* presumiendo de modesta y abusando del adjetivo «empoderada». Pude permitirme los elevados honorarios de mi nuevo abogado porque me hizo una oferta de compre ahora y pague después. Yo entendía sus razones: buscaba un poco de publicidad y de eso a mí me sobraba. Imagino que aspiraba a ser nombrado consejero de la reina y un caso de asesinato que había despertado tanto interés podía aumentar sus probabilidades. Le gustaba el espectáculo. En los muchos juicios famosos en que había trabajado, los medios de comunicación informaban servilmente de sus argumentaciones, su lenguaje florido, su costumbre de dar golpes en la mesa durante el informe oral. Thorpe tenía una tasa de éxitos altísima, así que la factura no me preocupaba. Pasara lo que pasara, me sobraría dinero para tenerlo contratado una vez reclamara mis derechos como heredera del imperio Artemis. Para ser justos con Thorpe, sacó a la luz hasta la última irregularidad del juicio y usó a la prensa para recalcarlas, sabiendo que los medios de comunicación

estarían encantados de publicar cualquier información relativa al asesinato de Morton. Durante el juicio me habían pintado como una chica amargada e inestable, enamorada de su hermanastro (por supuesto Jimmy no era mi hermanastro, pero la prensa amarilla nunca dice no a su poquito de incesto), pero, una vez condenada, hacía falta un enfoque nuevo. Ahora era inestable, pero no amargada. Se exageró mi fragilidad —«En realidad no tenía a nadie más que a Jimmy»— y se publicaron fotografías mías con aspecto tímido y vulnerable en lugar de dura y arrogante. Estas fotos, a juzgar por la ropa que llevo, las proporcionaron antiguos compañeros de trabajo, y solo vestía así porque era mi uniforme. Es increíble la cantidad de conclusiones que puedes sacar de alguien a partir de una simple fotografía. Un viejo amigo del colegio de Thorpe que trabajaba en comunicación hizo circular historias sobre los problemas de salud mental de Caro y se dejaron caer comentarios sobre su trastorno alimenticio, su afición a las fiestas (léase drogas) y su mal genio. Unas tácticas feísimas, la verdad, pero esto no es un debate sobre la ética de los medios de comunicación y, además, yo habría aceptado cualquier artículo que hiciera trizas a Caro si eso beneficiaba mi causa. Y lo habría leído aunque no la beneficiara.

A estas alturas, ya llevo catorce meses pudriéndome en Limehouse y casi la mitad esperando a que se falle mi apelación. Cuando contraté a George Thorpe lo llamaba todos los días y le escribía largas cartas en las que lo urgía a examinar de nuevo la terraza en busca de pistas o a obligar al psicólogo de Caro a declarar sobre su salud mental. Estaba desesperada por salir de aquí en cuestión de días, no semanas, y, cada vez que mi abogado me decía que tuviera paciencia, me enfurecía. Cuando quedó claro que iba a pasar aquí un tiempo, caí en una especie de depresión. Yo no soy de deprimirme. En ocasiones noto el pánico que me sube por la garganta y necesito escapar, pero nunca he comprendido a esas personas tan sumamente tristes que se retiran de la vida. Quizá la cárcel nos hace a todos más empáticos, o quizá es normal deprimirse en un lugar de luces fluorescentes y duchas comunales. El caso es que empecé a dormir más, y durante un tiempo tuve la sensación de que mi cerebro nadaba en melaza. Me costaba trabajo pensar, dejé de hacer ejercicio y, un día en que estaba especialmente mal, vi de un tirón los episodios de una semana de *Emmerdale* con Kelly sin parar de explicarme quién era quién y ni una sola vez me dieron ganas de estamparle la cabeza contra la pared.

Hasta que, una mañana, cuando llevaba aquí ocho meses, me desperté e hice quinientas flexiones. Estaba harta de aquel estado de ánimo marciano y me preocupaba languidecer presa de él si no me

obligaba a salir. Así que me impuse una rutina estricta. Me despertaba todos los días a la misma hora y entrenaba más y más duro con ejercicios en mi celda y caminatas por el patio. Pasaba horas en la biblioteca leyendo cualquier cosa que me sacara mentalmente de este sitio y empecé a presionar de nuevo a mi abogado, pero esta vez más centrada.

Y ahora estoy a punto de conocer el resultado de mi recurso de apelación y poniendo todo esto por escrito para sacármelo de la cabeza. Tengo confianza en que me soltarán y he preparado el discurso que leeré a la salida del juzgado. Creo que he encontrado el tono adecuado —dolido pero magnánimo— y me maquillaré lo suficiente para mostrarme atractiva, pero sin que parezca que acabo de pasar catorce agradables meses. Quiero que veáis mis ojeras y comprendáis inmediatamente que este calvario me ha casi (¡solo casi!) destruido. Diré que no debemos olvidar que, a pesar del trauma que me ha supuesto mi encarcelamiento, hay otra víctima en este caso. Y esa víctima es Caro, diré mirando a las cámaras. Yo he perdido casi dos años de mi vida por una injusticia, pero Caro perdió su vida entera esa noche y eso no debemos olvidarlo nunca. Es posible que termine anunciando mi intención de crear en su nombre un programa de mentorías para reclusas con trastornos alimenticios con la esperanza de ayudar aunque sea solo a una mujer vulnerable. Joder, cómo odiaría Caro que la llamaran vulnerable.

Por cierto, no creo que mis esperanzas de salir sean infundadas. La policía, con ayuda de la pérfida Angelica, dio por hecho que se trataba de un asesinato e hizo poco por buscar pruebas que lo demostraran. Yo no puedo defender mi inocencia en todas las facetas de mi vida, pero es cierto que en esta he sido víctima de un gigantesco error judicial. La de equilibrios que tiene que hacer una. George Thorpe se dio cuenta enseguida de lo mal que se había llevado el caso y ha sacado a la luz errores en casi todas las fases del proceso. Puede que con esto baste, desde luego fue suficiente para que admitieran el recurso de apelación, pero tampoco era la panacea. Esa no llegó hasta hace dos semanas, pero es probable que garantice la anulación de mi condena. Tenía concertada una visita rutinaria de Thorpe y no esperaba novedades importantes. Pero, en cuanto lo vi entrar, supe que algo gordo había pasado. Tenía el cuello rojo y el rubor empezaba a subirle por la cara mientras atravesaba con determinación la sala de visitas hacia mí, esquivando con impaciencia a otras personas y con su abrigo largo de lana flotando detrás de él. Era, me dijo, el resultado de dos meses de incansable investigación por parte de su equipo.

—La noche que la señorita Morton tuvo su trágica caída, la policía

visitó todos los demás apartamentos del edificio. —Thorpe sacó una lista con las otras propiedades del bloque—. Hay cinco apartamentos en cada planta, dispuestos casi como un pentágono, pero solo tres dan a los jardines, los dos restantes dan a la calle. El apartamento de la señorita Morton era el central de los que dan al jardín. Sus vecinos a la derecha son una pareja en la sesentena que lleva treinta años viviendo en el edificio, desde mucho antes de que los profesionales de renta alta empezaran a comprar en Clapham, y estaban en casa la noche de autos. —Thorpe jamás usaba la palabra «muerte» si podía recurrir a un término más fino.

»Estaban acostumbrados a las fiestas de la señorita Morton y, quizá por eso, se mostraron notablemente poco afectados por su trágico accidente. Tenían muy claro que no habían visto ni oído nada porque se acostaron a las diez de la noche con tapones en los oídos. —Aquí Thorpe levantó las cejas, pero yo comprendía muy bien lo molesto que debía de ser vivir pared con pared con aquella engreída—. La policía intentó hablar con los ocupantes del apartamento a la izquierda de la señorita Morton, el número 22, pero no encontraron a nadie en casa ni aquella mañana, ni más tarde ese mismo día. Investigaron el apartamento y a sus propietarios, pero la empresa administradora de la finca explicó que vivían en el extranjero y nunca estaban en Inglaterra, y ahí quedó todo. —Thorpe usó su estilográfica de oro para apuñalar el papel que tenía delante—. Aquello fue un descuido garrafal, pero, por desgracia, típico de nuestro cuerpo de policía. El motivo por el que no investigamos esto antes es que los informes daban a entender que se había contactado a los dueños del número 22 y que se había comprobado que estaban fuera del país. No teníamos razones para dudar de que su anterior letrada hubiera investigado esto a fondo, pero un miembro espabilado de mi despacho repasó los informes de la noche de autos y encontró que no había hecho ninguna averiguación sobre el apartamento contiguo. —Pensé otra vez en los vertiginosos tacones de Victoria Herbert y deseé con toda mi alma que se cayera por unas escaleras mecánicas con ellos puestos. Quizá pudiera organizarlo cuando saliera de aquí. Thorpe me miró inquisitivamente y ahuyenté el pensamiento—. Aquí es donde la cosa se pone interesante. Este chico, un miembro de mi equipo, como digo, investigó un poco y encontró que el apartamento está a nombre de una empresa con sede en las islas Caimán. ¿Sabes lo que es un paraíso fiscal, Grace? —Puse los ojos en blanco y a continuación esbocé una sonrisa beatífica mientras le aseguraba que sí lo sabía. Menudo necio paternalista—. Bien, pues bajo la actual ley del Reino Unido, las empresas extranjeras pueden comprar propiedades aquí sin revelar su

identidad. Es un escándalo, por supuesto, y un sistema que da lugar a toda clase de negocios turbios, principalmente blanqueo de capitales, claro. El gobierno tiene intención de obligar a estos dudosos propietarios a identificarse, pero es un proceso complicado y probablemente lleve un tiempo.

Lo interrumpí.

—Vale, me parece que ya tengo información suficiente sobre derecho inmobiliario. ¿Qué es lo que encontró tu hombre? —Thorpe carraspeó y me pareció que ponía cara de ofendido. Claro que quizá esa es la expresión por defecto de hombres blancos ricos, así que era difícil saberlo.

—Bien, pues, como decía, ha sido complicado. Una maraña. David, que así es como se llama mi asociado, ha dedicado dos meses a intentar ponerse en contacto con la compañía, pero es difícil avanzar cuando solo dispones de un número de teléfono en islas Caimán. Muchas de estas compañías ni siquiera tienen una oficina de verdad allí, se limitan a alquilar una habitación que les proporcione una dirección postal. Al final contrató a un detective experto en esta clase de cosas para que averiguara quién es el dueño de la compañía y dónde está.

Empezaba a impacientarme y se nos iba a pasar la hora de visitas.

—Con todos mis respetos, George, te contraté para que te ocuparas de todas esas cosas y da la impresión de que estás haciendo un trabajo fantástico, pero no siempre es necesario saber de qué está rellena la salchicha. Además esta tarde tengo reservados varios tratamientos de spa, no sé si me entiendes.

—Sí, claro, perdón. Bien. Bien. Después de muchos amagos y evasivas, David localizó a los dueños del apartamento. Viven en Moscú y no son muy aficionados a contestar correos electrónicos. Así que la semana pasada viajó hasta allí y el jueves logró contactar con ellos. Les explicó el aprieto en que te encuentras y les preguntó si tenían alguna información que pudiera servirnos de ayuda: por ejemplo, si existía una persona de servicio que hubiera estado esa noche en el piso o si había cámaras de seguridad. Era una posibilidad remota, pero merecía la pena intentarlo. Y mira por dónde… —A estas alturas Thorpe estaba contento como un colegial—. ¡Le dijeron a David que tenían cámaras a porrillo! Por lo visto las tenían en todas sus propiedades. David tuvo que hacer esfuerzos para dar apariencia de frío profesional cuando le confirmaron que había una en la terraza, oculta bajo un pequeño arbusto. David les preguntó si conservaban las grabaciones. Pues claro, respondieron los rusos. Lo tenían todo guardado en una base de datos. Era lo más conveniente, señalaron,

aunque no especificaron para qué. —Thorpe se interrumpió para recuperar el aliento y yo contuve el mío—. David tiene una copia, Grace. Las ha visto y las tendremos en el despacho en cuanto un experto verifique el contenido. No sale la terraza entera, pero sí lo suficiente: en el plano en que Caro hace mutis por el foro, tú no sales.

Casi me caigo al suelo de alivio. Una sensación similar a cuando el sol te calienta el primer día de verano me envolvió y cogí la mano a Thorpe sin pensar.

—Gracias, Gracias. No sé qué otra cosa decir. Gracias a ti y a David. Y a los rusos. Gracias. —Pareció complacido y se ruborizó otra vez.

—En fin, hemos hecho nuestro trabajo y son muy buenas noticias. Por desgracia no puedo sacarte de aquí hoy, pero, si aguantas unas semanas más, no tengo ninguna duda de que las grabaciones te van a absolver. —Sonó un timbre. Thorpe consultó su reloj y recogió sus papeles—. En cuanto tengamos noticias, te lo haré saber. Mientras tanto, paciencia. Y no cuentes nada de esto a nadie hasta que sea oficial. —Le di las gracias una vez más y le estreché la mano. Cuando ya se iba, George Thorpe me miró y dijo, un poco azorado—: ¿De verdad hay un spa aquí?

Y así, como quien dice, se acabó lo que se daba. Volví a mi celda con los puños cerrados de excitación, apenas consciente de dónde iba o qué hacía. Kelly estaba sentada en la litera de abajo, depilándose las cejas con un trozo de hilo y cantando canciones de Beyoncé con unas melodías que dudo que la propia artista reconociera.

—Estás blanca como una pared, amiga —me dijo al verme—. ¿Malas noticias del abogado?

Le conté lo que había descubierto Thorpe. Estaba demasiado emocionada para no hacerlo, mi coraza habitual había desaparecido. La verdad es que fue una estupidez contarle nada a Kelly, pero ¿cómo podía perjudicarme a aquellas alturas? Estuvo de lo más cariñosa, me cogió de la mano y se ofreció a ponerme en contacto con un amigo suyo de Angel que alquilaba habitaciones sin pedir referencias. Yo me las había arreglado para conservar mi piso mientras estaba encerrada aquí; me suponía un esfuerzo, pero para mí era importante saber que habría algo esperándome fuera. Aunque tenía claro que no sería mi casa durante mucho más tiempo. En cuanto me llegara el dinero, me pondría a buscar algo mejor. No obstante, aunque no fuera así, no tenía ninguna intención de alquilar una habitación a uno de los turbios amigos de Kelly. Nunca estaría tan desesperada. Sacó su

teléfono secreto y empezó a teclear, supuse que para avisar a su amigo, el casero del tugurio, de que era posible que tuviera un nuevo inquilino antes de que me diera tiempo a decirle nada. Esperé que su ofrecimiento no se debiera a que pensaba que seguiríamos siendo amigas fuera de la cárcel. Kelly era una rémora de la que ya me costaba trabajo librarme aquí; con libertad de movimiento y capacidad de usar el móvil, estaría por completo a su merced. Me vinieron a la cabeza imágenes siniestras en las que se presentaba en mi casa enmascarada y con una botella de vino barato. No era precisamente la nueva vida que tenía planeada.

Perdón, necesito retroceder un poco. El tiempo es una cosa extraña en la cárcel. Al principio transcurría tan despacio que creí que iba a volverme loca, y entonces el recurso de apelación cobra impulso y me encuentro con la lengua fuera y saltándome partes en mi intento por terminar este relato y empezar mi nueva vida, una que no esté dominada por cosas desagradables pero necesarias, como, por ejemplo, el asesinato.

En cuanto se anuló mi sentencia, Jimmy se puso en contacto conmigo. Bueno, en realidad la Fiscalía de la Corona se había puesto en contacto con él una semana antes de la decisión final para informarle de las nuevas pruebas. Le faltó tiempo para darle a Thorpe una carta dirigida a mí. No voy a reproducir todo lo que me decía, ya que ocupaba tres hojas enteras. Jimmy no tiene talento para la escritura. Su continuo, y creo que deliberado, mal uso de la gramática siempre hace que me cueste trabajo leer sus correos y mensajes. Supongo que *The Guardian* no es tan rígido con los errores gramaticales como otras publicaciones. El aluvión de pequeñas faltas estropeaba una carta que, de otro modo, habría resultado bastante conmovedora. Pero, tal y como estaba escrita, sufrí con cada línea. Baste decir que estaba llena de arrepentimiento. Me había dejado tirada de la peor manera posible, lo que era cierto, y casi no había dormido desde que me condenaron, lo que supe era un cuento chino. Después de interminables disculpas, me contaba que había vuelto a casa de sus padres y se había cogido dos meses de permiso para guardar luto por Caro. No decía nada de Angelica, a la que supuse se habría quitado de encima en cuanto se hizo evidente que era una cazafortunas rastrera que quería meterse en su cama. Es más, supuse que se metió antes de que la desenmascararan, pero ya sabemos que el dolor empuja a la gente a hacer cosas raras. Y además ahora Jimmy estaba canalizando su tristeza en otra dirección. En un curso de tapicería, por insólito que parezca. Sospecho que eso significa que todos vamos a recibir butacas cojas de regalo de Navidad. Así que la

muerte de Caro sirvió de algo. Incluso sin el mobiliario gratuito, cumplió una función. Significó que Caro ya no está. Eso de por sí ya es un regalo.

Jimmy terminaba la carta con una serie de lugares comunes sobre que no esperaba que lo perdonara (¿por qué dicen esto las personas si el mero hecho de que se pongan en contacto contigo deja claro que esperan tu perdón?), pero que dedicaría el resto de su vida a intentar compensarme y el día de mi puesta en libertad estaría esperándome a la puerta de la cárcel. Te quiero, Gray. Pronto estaré ayudándote a dormir otra vez, firmaba. Me pregunté si Sophie insistiría en venir también, loca por adueñarse de mi historia y apuntarse un tanto, igual que hacía cuando yo era más joven. Lo mismo terminábamos los tres desayunando en la cafetería del barrio. Jimmy se olvidaría la cartera, como suele, y Sophie pagaría la cuenta meneando la cabeza exasperada y le explicaría al sufrido camarero que sus hijos son unos «auténticos bribones». Yo había pasado demasiado tiempo en la cárcel, porque al pensar aquello sentí una minúscula punzada de ternura. Era un simulacro de familia, pero también la única que tenía.

Desde la carta, Jimmy y yo hemos recuperado nuestra antigua relación con inesperada facilidad. Aguardé dos días antes de llamarlo para hacerle sufrir un poco. Desde entonces hemos hablado cada vez que hemos tenido ocasión. Yo me he mostrado magnánima. Él, consumido por la culpa. Incluso tenía decidido instalarme en su piso y cuidarme hasta que estuviera restablecida, como si hubiera pasado meses abandonada en una colonia de leprosos y no en la cárcel acusada de asesinar a su espantosa novia. Enseguida se lo quité de la cabeza. Quería estar en mi entorno acostumbrado mientras planeaba mi siguiente paso, y tener a Jimmy trayéndome tazas de té sería un estorbo. Ya habría tiempo de cohabitar más adelante, cuando tuviéramos una casa lo bastante grande para poder pasar una agradable cantidad de tiempo cada uno por nuestro lado.

A Thorpe lo estaban friendo a llamadas los medios de comunicación, en especial los periódicos sensacionalistas, que habían dado un giro de ciento ochenta grados tan vertiginoso respecto a mi caso que algunos reporteros debían de haberse hecho esguinces. El relato de «La asesina de Morton» pronto sería reemplazado por otro igual de horrible, al menos en mi opinión. Yo había estado preguntándome cuál sería mi apodo siguiente; de haber podido apostar, lo habría hecho por «Llena de Gracia» como titular para mi puesta en libertad, acompañado de una imagen mía leyendo un comunicado. Serena, estoica, comedida. La estrategia era obvia. Claro que no pensaba conceder entrevistas de manera inmediata. No era

ninguna neófita desesperada que no entiende cómo funcionan estas cosas y acepta el primer cheque que le ofrecen. Yo construiría mi propio relato. Además, la atención de la prensa podía esperar hasta que yo afirmara ser no solo una víctima inocente: también una hija de luto. Eso sí que es una historia de interés humano de primer nivel, de las que garantizan que tu nombre pasará a la posteridad.

Cuando las aguas se calmen un poco, empezaré a tantear a Thorpe en referencia a mi padre y su herencia. Por supuesto, no seré así de directa. Me limitaré a decir que esta experiencia me ha hecho replantearme mi vida y que quiero explorar mi conexión con esa rama de mi familia. Es demasiado tarde para conocer a mi padre, diré mientras me enjugo las lágrimas con un pañuelo de papel, pero quiero saber de dónde vengo y qué clase de persona era mi padre. De la familia ya solo queda Lara. Y ni siquiera es pariente sanguínea. Es una esposa distanciada a la que, además, tuve la gentileza de perdonar la vida. En cuanto decidí no matarla, supe que sería mi puerta de entrada. La abordaré con un carisma y un *grace-jo* (¡ji, ji!) tales que se pondrá de mi parte desde el principio. Dos mujeres traicionadas por hombres Artemis, las dos intentando huir de su alargada sombra. Mujeres que apoyan a mujeres, esas son las historias que nos gustan. Quizá hasta nos hagamos amigas, claro que un vínculo nacido únicamente de ser víctimas de unos hermanos no parece el punto de partida más saludable para una alianza para toda la vida. Aunque, por otra parte, el odio puede crear lazos muy fuertes. Más fuertes que los surgidos de una afición a la cerámica o la pasión por la ópera de vanguardia. A Lara y a mí nos uniría algo mucho más poderoso. El dinero es importante, pero mi objetivo fue siempre exterminar a la familia. Claro que eso no quiere decir que me conforme con nada. Y si Lara se niega a cooperar, tengo otras opciones. Le perdoné la vida, pero eso es siempre negociable. Y con esto ya os he puesto al día.

He pasado ocho días más en Limehouse y ahora solo me queda uno. Hoy me ha explicado una guardia con pinta de estar aburrida a la que nunca había visto (el personal aquí cambia mucho, probablemente porque ¿quién en su sano juicio quiere pasarse doce horas al día peleándose con un atajo de mujeres furiosas por el salario mínimo cuando puedes trabajar en Starbucks y pelearte con mujeres algo menos furiosas pero tienes derecho a café gratis?) que me soltarán mañana a las tres en punto de la tarde. Puesto que a la guardia le importa un comino mi derecho a la intimidad, me ha dado esta información delante de Kelly, quien se ha empeñado en organizarme esta noche una especie de fiesta en la sala común. Como parte de los preparativos, me ha obligado a ir a la celda de su amiga Dionne para

que me maquille, algo a lo que me he opuesto acaloradamente y en vano.

Termino de escribir esto en mi celda, incapaz de dormir. No recuerdo una excitación parecida a esta desde mi infancia, cuando la víspera de Navidad Marie cruzaba sigilosa el apartamento con mi calcetín. Igual que todos los niños, intentaba quedarme despierta hasta que apareciera Santa Claus con mi botín. A diferencia de la mayoría de los niños, yo lo conseguí y descubrí el engaño muy pronto. No me disgusté demasiado. Seguí recibiendo los regalos, a pesar del subterfugio. Mañana me dedicaré a prepararme, mantendré la calma y reservaré energías. Pero esta noche estoy dispersísima, con los pensamientos desbocados y llena de adrenalina. Tal y como había sospechado, mi sesión de maquillaje ha sido una experiencia que no pienso repetir. Salí de la celda de Dionne después de unos intensos veinte minutos con cara de muñeca hinchable y un cardado que daba escalofríos. Mi única excusa para dejarme hacer algo así es que estaba intoxicada por la inminencia de mi libertad y porque sabía que no habría documento gráfico de la velada. A pesar de que me las he arreglado para no hacer amigas durante mi estancia aquí, a la fiesta se presentaron bastante mujeres, atraídas por la distracción y la promesa de refrescos y tarta. Luego resultó que no había tarta, pero aun así la cosa se alargó durante cuarenta y cinco minutos, que Kelly dedicó a decir lo mucho que me echaría de menos y yo a no devolverle el cumplido. No creo que pillara la indirecta. Kelly tiene la piel más dura que un bolso Birkin falsificado. En cuanto llegué a la celda, me metí en la cama y fingí quedarme dormida a las ocho y media. Esto lo estoy escribiendo debajo de las mantas. Aunque me quedan pocas horas para irme, no puedo arriesgarme a que Kelly intente mantener una última y profunda conversación conmigo. Mañana por la mañana recogeré mis escasas pertenencias y me prepararé para regresar al mundo. Un mundo que, a partir de ahora, será muy distinto.

15

Anoche soñé con mi madre. No fue un sueño agradable; no suelo tenerlos. Tampoco tengo pesadillas horrendas, normalmente solo regreso a momentos difíciles o tristes de mi pasado y los revivo hasta que me despierto. Supongo que me falta imaginación, pero agradezco a mi práctico cerebro que no me haga perder tiempo con aventuras nocturnas. No voy a aburriros con el recuerdo que desenterró mi mente dormida, solo diré que me desperté echando de menos a Marie con más intensidad de lo que lo había hecho en años y sintiéndome más lejos de ella que de costumbre. Cada nuevo plan, cada nuevo asesinato parecían unirme más a ella, como si estuviera a mi lado dándome energía para seguir adelante. Pero la realidad es que no está. Y tampoco la culpo. Este no es lugar para espíritus errantes. Un fantasma echaría un vistazo a Limehouse y, acto seguido, se buscaría un *traslador* para salir pitando. Si Marie sigue atrapada entre este mundo y el siguiente, espero que more en Fortnum & Mason o revolotee en Harvey Nichols cambiando de sitio los maniquís.

Por cierto, que yo no creo en ninguna de esas tonterías. Ni hay fantasmas merodeando por estos pasillos ni mi madre susurraba al viento mientras yo me vengaba de ella. Pero sí tuve su recuerdo presente mientras atizaba el fuego de la venganza y, ahora que todo ha terminado, pienso menos en ella. Su cara empieza a desdibujarse y borrarse. Un psicólogo quizá diría que estoy pasando página. Supongo que matar a gente y salir impune es una forma de pasar página. Aunque no creo que ningún profesional de la medicina con principios la recomiende.

Tengo que explicar cómo murió Simon. Sé que en las novelas la última muerte suele ser la guinda del pastel, la más aparatosa y teatral. A ello se debe en parte que haya tardado tanto en contarlo. Porque esto no es una novela. No organicé las cosas para que su muerte fuera la más impactante. No lo tiré de un empellón de su globo aerostático ni lo empujé por el puente de Waterloo a la caída del sol. Quizá debería haber planeado algo así, solo para añadir dramatismo a la cosa, pero nunca me han gustado los espectáculos innecesarios.

Una vez me hube deshecho del último miembro importante de la familia de Simon, dejé de tener prisa. Igual que un corredor de maratones que sabe que solo le queda un kilómetro, decidí disfrutar del trayecto. Eso incluía averiguar qué tal estaba Simon. Y, dadas las circunstancias, el funeral de Bryony me pareció la mejor ocasión para observarlo. Era arriesgado intentar ir y estuve sopesándolo varios días antes de decidir que habría suficientes mujeres llorosas de mi edad para no llamar la atención. No se me presentaría una oportunidad igual para ver el dolor de Simon en vivo y en directo. Solo necesitaba asegurarme de no desentonar. El día antes del funeral, saqueé el guardarropa de la empresa, donde almacenábamos prendas y accesorios para prestar a nuestros clientes importantes cuando tenían algún evento. El estado de aquel cuarto cochambroso hacía daño a la vista: zapatos de marca amontonados unos encima de otros, bolsos de más de dos mil libras tirados de cualquier manera por el suelo. Había un perchero con vestidos de lentejuelas y monos coloridos junto a un letrero que decía: «Los tacones altos te acercan a Dios». Si los ojos pudieran sangrar, los letreros que me veía obligada a leer cada día en aquella oficina serían un continuo detonante.

Yo sabía cómo vestirme para una ocasión así. Había pasado toda mi edad adulta aprendiendo a pasar desapercibida en cualquier situación. En el trabajo eso implica llevar ropa que raye en el aburrimiento pero sin caer en el desaliño. En el mundo en general, significa visitar regularmente un Zara, igual que todas las mujeres de mi edad, para comprar el consabido uniforme de vaqueros, jerséis holgados y botas de plataforma. Pero, en presencia de instagramers ultrarricas de cabeza hueca, encajar era algo muy distinto. Aquellas chicas no solo gastaban obscenas cantidades de dinero en ropa, cualquier millonario puede hacer eso. Si no sabéis de qué hablo, daos una vuelta por Bond Street y reíos un rato con esos idiotas que se piensan que unos mocasines de Gucci forrados de borreguillo y una cazadora de aviador con ribetes de piel son el epítome de la elegancia. No, aquellas mujeres eran suspicaces y específicas con la forma de vestir, y pobre de ti si te equivocabas. No era suficiente con llevar un bolso de Prada, tenía que ser el que habían regalado a determinada instagramer italiana tres meses antes de que llegara a las tiendas. A mí su opinión me traía sin cuidado, por supuesto, pero no quería que mi presencia levantara cejas ni despertara sospechas. De manera que me agencié un traje pantalón de seda color vino nuevo hecho por un diseñador italiano emergente que sabía que *Vogue* estaba publicitando y un *clutch* de piel de serpiente de Celine cuya ausencia, de detectarse, sin duda provocaría mi despido. Para zapatos elegí unos destalonados

de piel amarilla y me pasé el resto del día rezando por que el funeral de Bryony no fuera de esos en los que todos van de riguroso negro.

El entierro iba a ser privado y ni siquiera consideré colarme en él. Pero el servicio religioso en memoria de Bryony era de entrada libre, anunciado en el *Evening Standard* como si fuera la inauguración de un bar. Nada como una sombría ceremonia en recuerdo de la muerte de una mujer joven para organizar un photocall. Y quizá un sollozo bien ensayado que enseñar después a tus seguidores. El lugar elegido era una vieja y enorme iglesia cerca de Marylebone Road que no tenía nada de sagrado. Años atrás había sido convertida en un espacio solo para miembros que podía alquilarse por decenas de miles de libras y en el que se habían celebrado desde bodas de famosos de segunda a la fiesta de veintiún cumpleaños de la hija de un oligarca ucraniano que hubo que interrumpir después de que los organizadores la autorizaran a presentarse a lomos de un caballo pintado con espray color *blush* pálido. Ni siquiera nuestros amigos equinos están a salvo de la ubicuidad del rosa milenial.

Entré en la iglesia arrastrada por el gentío, gafas oscuras que reflejaban otras gafas, diamantes refulgiendo al sol y proyectando sombras con forma de joyas en el suelo de piedra. El servicio fue interminable. Noventa minutos de lecturas, canciones e incluso un pase de diapositivas con los momentos más memorables de Bryony..., si es que una puta colección de selfis puede considerarse eso. El momento más bajo llegó cuando una chica flaquísima con un vestido recto transparente que dejaba ver su ropa interior color flúor se acercó al atril y empezó a leer un extracto del libro favorito de Bryony, *El secreto*. El trémulo efecto voz rota casi me saca de mis casillas, y tampoco ayudó que la siguiente lectura fuera el poema *llevo tu corazón conmigo (lo llevo en mi corazón)* de e e cummings, el santo patrón de las chicas que quieren parecer profundas pero no conocen a ningún otro poeta. Por suerte, el servicio terminó poco después. Un coro gospel cantó maravillosamente *Stand By Me* mientras los llorosos asistentes se abrazaban unos a otros. Digo llorosos, pero en realidad hubo pocas lágrimas. Más bien estudiadas expresiones de tristeza y ojos secos.

Yo a quien quería ver era a Simon. El maestro de ceremonias (ya sé que no es la palabra indicada para una ocasión tan solemne, pero el hombre llevaba un traje ribeteado en oro y parecía un locutor de bingo, así que no voy a usar otra) anunció al principio que, si alguien se sentía abrumado, no dudara en salir al jardín a tomar un poco el aire. Como resultado de ello, durante toda la ceremonia hubo un desfile de gente que salía y entraba poco después dejando olor a

tabaco en el pasillo. El constante ir y venir me tapó a Simon la mitad del tiempo. Mientras sonaba una canción de Adele pude ver cómo agitaba los hombros y cogía por el cuello a un joven sentado a su lado de manera un tanto agresiva, lo que hizo parecer algo incómodo al joven. Ya sé que es un topicazo, pero el duelo no es bueno para la piel. De verdad que el hombre parecía haber envejecido diez años. No soy capaz de ver a Simon sin distanciamiento, no existe un verdadero vínculo humano entre nosotros, pero en aquel momento casi sentí una brizna de compasión. Claro que verlo desmoronarse por la pérdida de un ser querido también me llenó de una furia renovada. Muchos hombres se declaran feministas solo porque tienen una hija y no les queda más remedio que mirar a las mujeres como iguales. Simon solo era capaz de experimentar tristeza y vulnerabilidad cuando le era arrebatado un ser querido. Él sabía que, al morir mi madre, yo me había quedado sola en el mundo. Pero para mí no tuvo sentimientos. Se permitió el lujo de elegir y decidir a quién querer. Pues ahora eso se había terminado.

Una semana después, estaba sentada en casa leyendo los periódicos y picoteando un bollo. Solo me permitía uno a la semana, una regla absurda que me impuse para poner a prueba mi capacidad de sacrificio. Abrí los suplementos del sábado y me encontré un artículo sobre Simon en el que sus amigos se declaraban preocupados por su salud mental. Ah, la salud mental. El comodín para justificar cualquier mal comportamiento. Por supuesto, los amigos no daban sus nombres, pero las declaraciones eran reveladoras. Simon se mostraba «paranoico y huraño, murmuraba cosas sobre enemigos que iban a por él». No se equivocaba, pero, para mi satisfacción, afirmaciones así le hacían parecer trastornado. Al parecer le decía a todo el mundo que su hija había sido sin duda asesinada, a pesar de que la policía afirmaba que se había tratado de un trágico accidente. Debe de ser horrible estar convencido de que están matando uno a uno a los miembros de tu familia y darte cuenta de que vas a ser el siguiente. Y, para empeorar las cosas, nadie parecía escucharlo, una experiencia terrible para un hombre blanco y poderoso. Yo no me había parado a pensar en que llegaría un momento delicioso en que Simon empezaría a temer por su vida. Desde el principio me había concentrado solo en la tristeza que lo invadiría cuando perdiera a todos sus seres queridos. Aquella paranoia fruto del miedo era un regalo añadido. Me hizo preguntarme si, debido a su egoísmo innato, el miedo de Simon no sería incluso mayor que el dolor que sentía. Cuando lo pensé con detenimiento, decidí que así era. Un hombre como mi padre sufriría por la pérdida de su familia, pero la idea de que podía estar en peligro

lo conmocionaría. Una mujer y una hija se pueden sustituir —no sería el primer cincuentón que forma una nueva familia en la mediana edad—, pero su sensación de invulnerabilidad estaba viéndose amenazada por primera vez. Esta conclusión me alegró tanto que, para celebrarlo, me comí un segundo bollo.

En su momento, aquel periodo de mi vida me pareció glorioso. Ahora lo recuerdo y solo veo lo feas que estaban a punto de ponerse las cosas. Había tachado seis nombres de mi lista. Quedaba uno. La presión había cedido y empecé a llevar una vida más o menos normal. Salí más a correr, dediqué tiempo a leer algunos de los libros que se me habían acumulado en la mesilla de noche, e incluso tuve unas cuantas citas. Sin gran éxito, la verdad, porque ¿quién quiere volver a salir con un hombre que tiene pósteres viejos de *Playboy* en el salón? Hay personas que creen que comprar cosas y decir que son vintage las hace superiores. Un número viejo de *Playboy* sigue siendo una revista para hacerse pajas, pero con las fotografías desvaídas. Y un hombre que bebe martinis sucios ya se puede ir olvidando de hacerse el *playboy* conmigo.

En cualquier caso, las citas no fueron lo más memorable de aquel periodo. Lo maravilloso fue la sensación de estar quitándome un peso de encima. Soy terca. Es bueno reconocer los propios defectos. Y esa terquedad significaba que, ahora que era adulta, tenía el compromiso, conmigo misma y en detrimento de todo lo demás, de ejecutar un plan que había ideado siendo niña. De no haber decidido que la venganza era el camino a emprender, sé que mi vida habría sido impensablemente distinta. Y digo impensablemente porque pararme a pensar en la alternativa me resulta doloroso. Me siento un poco pusilánime reconociendo esto, pero es la verdad. Como resultado, nunca he dedicado demasiado tiempo a reflexionar sobre ello. Nunca he considerado la carrera profesional que podría haber tenido. Hubo un momento en que quise ser periodista, lo que supongo habría significado, en última instancia, una vida similar a la que tengo ahora: de engaño y de alcoholismo. Nunca he contemplado la posibilidad de que Jimmy y yo hubiéramos construido una vida juntos en la que yo no hubiera mantenido la distancia mientras llevaba a cabo mi cruzada particular. Nunca me he detenido a pensar en lo deliberadamente pequeña que ha sido mi vida, siempre llena de ira dirigida a personas a las que yo no importaba en absoluto.

Aun sabiendo esto, ardía de furia. Se apoderaba de mí cada vez que pasaba delante de los muros de la mansión de Simon (y cuando era

adolescente lo hacía a menudo, puesto que vivía a solo quince minutos pero a un mundo de distancia del territorio Latimer), cada vez que una alerta de Google me decía que Bryony estaba en la sección «meteduras de pata de famosos» del *Daily Mail*, cada vez que Janine organizaba una gala benéfica y salía en las páginas de sociedad. Cada vez que un Artemis se colaba en mi mundo brotaba de nuevo, igual que un retoño que asoma y trepa.

Pero, durante aquel intervalo, mi ira se marchitó. No del todo, a ver si me explico, no tenía intención de renunciar de repente a mi plan y olvidarlo todo. Pero Caro acababa de entrar en escena y bastante tenía con ocuparme de ese palo en la rueda. El esfuerzo exigido me hizo darme cuenta de que estaba dedicando mucho menos tiempo a pensar en el clan de los Artemis (quizá hablar de clan tiene algo de recochineo por mi parte, dado que ya no existía) y más a reflexionar sobre mi vida en general y lo que haría con ella.

A grandes rasgos, el plan que siempre había tenido en la cabeza era el siguiente:

Asesinar a mi familia.

Reclamar la fortuna de dicha familia (esta parte no la tenía del todo clara, no quería quedarme con todo aquel imperio tan tóxico, solo con unos cuantos millones de libras para poder llevar la vida que se me antojara).

Emparejarme con Jimmy (evidentemente Caro había estado a punto de frustrar este objetivo, pero su oportuno fallecimiento y mi injusta condena habían puesto de nuevo esta posibilidad sobre la mesa).

Comprarme una casa, viajar, hacer algunos amigos, adoptar un perro.

Conseguir todos estos propósitos.

Era un proyecto infantil, ingenuo y ridículo, que carecía de detalles concretos y de garantías. El dinero era un regalo añadido que cada vez se antojaba más alcanzable. Pero el plan, trazado cuando todavía no era consciente de la riqueza al alcance de mi mano, nacía únicamente del deseo de venganza. Lo seguí alimentando incluso en momentos en que me reconocí a mí misma que era una obsesión dañina. Pero de alguna manera me las había arreglado para ponerlo en práctica: los abuelos, pan comido. Andrew, doloroso pero bien ejecutado. Lee, visto y no visto. Janine y Bryony, un éxito. Y ahora estaba casi segura de poder llevarlo a buen término. La sensación, después de años de adrenalina, era embriagadora. Así que, en lugar de ponerme manos a

la obra y terminar lo empezado, me pasaba horas metida en sitios web de agencias inmobiliarias mirando casas. St. John's Wood era demasiado hortera, lleno de casas bonitas habitadas por gente grasienta para quien las barandillas cromadas eran el colmo de la elegancia. Con Primrose Hill pasaba algo parecido, pero sus habitantes se dedicaban a comprar baratijas vintage carísimas convencidos de que eran más elegantes que el cromo. Kensington era un horror y jamás se me ocurriría vivir en Clapham, en Dulwich o en cualquier sitio en el que hay más cochecitos de niño que adultos. Dediqué tres días a decidirme por Bloomsbury como emplazamiento para mi nuevo e imaginario hogar y dos a aprender a hacer linograbados antes de caer en la cuenta de que me había convertido en una vaga.

Había entrado en la peligrosa zona de la autocomplacencia y me estaba poniendo cómoda en ella, desperezándome y moviendo los dedos de los pies. Me eché un buen rapapolvo, eliminé todas mis apps de contactos, guardé libros, esmaltes de uñas y cualquier otra cosa que pudiera suponer una distracción y limpié mi apartamento hasta que estuvo todo ordenado. A continuación pegué una hoja A3 en la pared de mi habitación y volví al trabajo.

Una hora más tarde, había apuntado diez ideas y todas eran ridículas. Aquella parte del plan de repente me horrorizaba, cuando siempre había pensado que sería la mejor. Matar a los insulsos miembros menores de la familia para llegar hasta Simon. Liquidar a toda prisa los entrantes para llegar al plato principal. Y, sin embargo, tenía la sensación de haberme estancado. Así que me puse ropa de correr y fui hasta Hampstead por una ruta que conocía de memoria. Terminé delante de la verja de la casa de Artemis, en busca de inspiración. La calle estaba desierta, a excepción de un vigilante de seguridad con chaleco amarillo que pasó a mi lado fumando un cigarrillo. Casi ni me miró, lo que confirmó algo que yo sospechaba desde hacía mucho tiempo: que los vigilantes jurados solo están ahí para dar una falsa sensación de seguridad a los ricos paranoicos, pero están menos preparados que una abuelita para desarmar a un ladrón. De hecho, dependiendo de cómo fuera la abuelita, es posible que estuviera en superioridad de condiciones.

Me quedé justo fuera del campo de visión de la cámara de seguridad que había en la verja y estudié la casa, apartada de la calle y casi oculta por un jardín que rodeaba toda la finca.

Las persianas de todas las ventanas estaban echadas, dejando el mundo fuera. La puerta principal, parcialmente tapada por un gigantesco Range Rover, estaba cerrada a cal y canto. No era solo una casa de luto, los hogares de los ultrarricos a menudo tienen aspecto de

estar deshabitados. Cosa que, durante gran parte del tiempo, es cierta. Si resultaba que Simon había decidido escaparse a su refugio de Barbados o pasar unos meses dando vueltas por el ático de Mónaco llorando a Janine, estaría en un aprieto. La segunda opción era menos probable, puesto que no parecía haber dedicado demasiado tiempo a llorar a su mujer y no se me ocurrían razones por las que quisiera quedarse en el lugar en el que Janine se había topado con su grotesco final. Pero entonces la verja empezó a abrirse y apareció un coche con techo de lona conducido por un hombre joven que, supuse, era un asistente. Eso quería decir que Simon estaba en casa y me dio esperanza.

De vuelta en mi apartamento, taché todos los planes que había ideado a lo largo de los años. Algunos eran tontos, fantasiosos, inviables. Uno de los primeros, que consistía en hacerme pasar por miembro de la tripulación de su avión privado, me dio especial vergüenza. ¿Cuánto tiempo necesitaría prepararme para algo así? Mira que eres tonta, Grace. Algunos eran más realistas, y no descarté la idea de enviar un regalo de pésame a su oficina que contuviera una sustancia con potencial para matarlo en cuestión de segundos. Pero, sobre todo, tenía la deprimente sensación de que lo había hecho todo mal, que debería haber asesinado a Simon antes que al resto de su horrible familia. Ahora estaba paranoico y proclive a esconderse. Con la emoción y mi empeño por ir de menos a más, había vuelto casi inalcanzable el objetivo final.

Semejante pesimismo afectó a mi confianza en mí misma y me hizo desistir de cada plan parcial que había trazado. Todo se complicó todavía más cuando Jimmy se prometió con Caro, algo que ensombreció mi ánimo y me hacía despertarme en mitad de la noche pellizcándome el cuello y jadeando, con la camiseta empapada de sudor. Tenía la sensación de que algo malo estaba a punto de ocurrir, como si las cosas fueran demasiado rápido y quedaran fuera de mi alcance. Había perdido el control.

Y lo más triste de todo fue que mis preocupaciones resultaron fundadas. ¿Habéis vuelto al principio del libro y tomado nota de que asesiné a seis miembros de mi familia? ¿Os dais cuenta de que ya parecemos haber alcanzado ese número mágico? Bueno, pues no os creáis tan perspicaces. No presumáis, ni penséis que soy tonta. Llevo meses enfrentada a mi fracaso, intentando desembarazarme de la sensación de que todo fue para nada.

Para aquellos cognitivamente más lentos, lo voy a explicar. No maté a Simon Artemis. Era mi única meta en la vida y nunca la alcanzaré. ¿Y por qué no? Porque está muerto. Muerto, pero a causa

de un terrible accidente, no de mi mano. Preferiría que hubiera vivido otros cincuenta años en la ignominia y la tristeza que morir de un puto accidente. Qué broma tan cruel.

Tres días después de que me detuvieran por el asesinato de Caro Morton, *The Times* publicó que Simon estaba desaparecido. Al principio no fue una noticia de portada, sino que ocupaba la mitad de la página tres (mi primera detención no pasó de la seis). Pero, para el día siguiente, su cara estaba en todos los periódicos. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Aquella historia lo tenía todo: dinero, poder, muerte, escándalo y un misterio intrigante. Los medios recuperaron la hemeroteca de aquel año trágico para la familia Artemis. Lee, cuya muerte se había más o menos silenciado en su momento, fue retratado como un pervertido sexual. Un reportero de la prensa amarilla logró colarse en el apartamento vacío de Janine y sacó fotos de la sauna, a las que acompañó el sombrío pie: «Quemada viva, ¿se suicidó Simon después de la trágica y espantosa muerte de su mujer?». Antes de que se supiera que Simon había muerto, amigos de Bryony usaron la historia como excusa para publicar fotografías de ella con el hashtag #reunidosenelcielo. Si el cielo está abierto a magnates corruptos e influencers vengativas, entonces algo iba muy mal en el departamento de recursos humanos del paraíso.

Simon desapareció en el mar. Dicho así suena al viejo marinero del poema, cuando en realidad cogió la lancha motora estando bebido y desoyendo los consejos de su tripulación. Al parecer se había escapado a su villa de Saint Tropez. Yo ni siquiera sabía que tenía una casa allí, dado que está a la vuelta de la esquina de Mónaco, pero quizá Janine había querido una residencia en el campo para un muy necesitado descanso. Qué escurridizos son los ricos. Estas propiedades inmobiliarias nunca a están a nombre de millonarios. Para eso sirven los misteriosos fideicomisos en paraísos fiscales. A Simon lo acompañó un asistente preocupado por que se pudiera hacer daño, algo que resultó de lo más clarividente.

Según el asistente, Simon conducía demasiado deprisa y con la lancha escorada. Intranquilo, el asistente intentó coger el timón y, cuando apartó a mi padre, el muy borrachuzo se cayó por la borda. La lancha iba a gran velocidad y el asistente tardó un poco en controlarla. Para cuando logró ir más despacio y dar la vuelta, a Simon se lo habían tragado las olas. El hombre estuvo treinta minutos dando vueltas buscando en vano cualquier indicio de su empleador antes de volver al yate a buscar ayuda. Llamaron a los guardacostas y se organizó una búsqueda, pero el oscuro cielo y el ancho mar resultaron inabarcables y Simon Artemis fue dado por muerto. Dado

por muerto quiere decir muerto, ¿no? No había aparecido su cadáver hinchado y mordisqueado por criaturas marinas, pero quizá fuera solo cuestión de tiempo. O quizá su cuerpo se hundió hasta el fondo y se desintegró enseguida para no reemerger jamás. Para el caso es lo mismo. Y, mientras escribo estas líneas, las autoridades no han encontrado todavía ni rastro de él. Ni un triste gemelo con sus iniciales grabadas. Simon ya no está. Nunca llegó a saber lo que había hecho yo.

Lloré. Estuve dos días llorando. La pena que sentía era peor que cuando murió mi madre. Pena no por Simon, sino por todas las esperanzas que había puesto en matarlo yo misma. En que diera sentido a mi vida. Me vengaría de Marie y demostraría que era capaz de sobreponerme a mis circunstancias. De hacer justicia. Ahora, la única recompensa a mis esfuerzos era saber que había conseguido asesinar a un par de pensionistas, ahogado a un buen chico que solo quería ayudar a los anfibios, persuadido a mi tío de entrar en un club sexual mortífero y expulsado de este mundo a dos mujeres malcriadas a las que nadie echaría en falta. Desde luego no era la gloriosa victoria que había imaginado.

Ni siquiera tuve la oportunidad de beber vino directamente de la botella y pasear por mi piso oyendo a The Cure sumida en una espiral de dolor. Esa diversión me fue denegada. Me acusaron del asesinato de Caro Morton y me leyeron mis derechos. Que ahora tuviera que enfrentarme a un juicio por un asesinato que no había cometido era como una broma surrealista. El universo me había cogido la delantera y, si creéis en el karma, cosa que yo no, puesto que es para personas que también creen en el poder de los cristales, entonces pensaréis que me había dado de bruces con una maleta llena de él.

Ya he dicho que, al poco de entrar en la cárcel, sufrí una depresión. Quizá ahora entendáis un poco mejor por qué. Me parecía que no tenía sentido molestarme en defender mi inocencia porque no sabía qué vida me esperaba fuera ni si había algo por lo que ilusionarme otra vez. Cuando echo la vista atrás, me veo como una cáscara rota de mirada vacía. Estaba hecha una auténtica pena. Por suerte, la conmoción se me pasó. En parte porque la rutina de la cárcel se volvió más llevadera, es increíble la velocidad a la que te acostumbras a estar encerrada. A medida que mi cerebro bajaba el nivel de alerta, empecé a estar más aburrida que asustada, y a pensar en cosas que no fueran respirar con normalidad cada vez que se cerraban las puertas de noche. Eso implicó interesarme por mi caso y caer en la cuenta de sus inconsistencias. Había vivido el juicio como una autentica zombi, casi sin participar, hundida por el peso de mi fracaso. Pero ahora

comprendí que mi veredicto podía recurrirse. Fue entonces cuando contraté a George Thorpe. Al igual que con muchas otras cosas en este país, si quieres que te escuchen, te tomen en serio y te traten con respeto, contrata a un hombre blanco rico para que hable en tu nombre. Y, si es de mediana edad, mejor aún. Premio seguro en la lotería de los privilegios.

Thorpe me hizo ver que la decisión de un jurado no tenía por qué ser definitiva.

—Grace, digamos que los miembros de un jurado no son necesariamente personas a las que haya que escuchar. Se equivocan a menudo, en gran parte movidos por sus antipatías personales y porque tienen una comprensión de lo más rudimentaria de los verdaderos hechos. Contamos con muchas opciones, así que vamos a tomarnos el veredicto como una oferta inicial, ¿te parece? —De no haberme fijado en que llevaba tirantes debajo de la chaqueta de su traje, le habría dado un beso.

Lo que de verdad me hizo cambiar de actitud fue leer que Lara había anunciado la creación de la Fundación Artemis para ayudar a MENAS. Disfruté muchísimo con la noticia, que interpreté como su corte de mangas definitivo a una familia a la que la tragedia de los menores vulnerables había importado tanto como a la bruja de Hansel y Gretel. Pero también me entró el pánico. ¿Cómo de generosa tenía intención de ser Lara? Si el dinero terminaba metido en fideicomisos benéficos, me costaría mucho acceder a él. Puede que no diga mucho de mí como persona que lo que me empujó a actuar fue la preocupación por que dieran mi dinero a unos pobres refugiados, pero cada uno es como es. Yo he matado a seis personas, no tiene demasiado sentido preocuparme a estas alturas por mi estatura moral. De modo que me puse a trabajar y la depresión se me curó enseguida. Incluso he conseguido reinterpretar mis fracasos. No conseguí matar a Simon, para eso no hay consuelo posible, pero sí me ventilé a seis miembros de su familia prácticamente uno detrás de otro y les provoqué miedo, desconcierto y dolor a grandes dosis en sus últimos momentos. Me consuelo sabiendo que Simon nunca se habría subido borracho y eufórico a una lancha motora sin mis actos, de manera que desempeñé un papel fundamental en su muerte, incluso si no estuve allí para presenciar tan excelso final. No me vuelven loca los barcos, así que quizá en cierto modo sea mejor así. Las cartas me vinieron dadas y no fueron malas, aunque tampoco era la escalera real que me habría gustado.

16

Supongo que debería empezar por presentarme, de lo contrario esto va a ser más raro de lo que ya es. Me llamo Harry y soy tu hermano. Madre mía, qué tonto ha sonado eso, ¿no?, como si estuviera imitando a Darth Vader. Pero el caso es que es verdad. No somos hermanos de madre, claro, eso sería absurdo. Somos del mismo padre, aunque supongo que es obvio. Perdón, no sé muy bien cómo explicar todo esto.

Mejor empiezo desde el principio. No descubrí quién era mi padre hasta los veintitrés años. Bueno, eso no es del todo exacto. Esos veintitrés años los pasé con un padre encantador. Christopher era un tipo fantástico, siempre estaba dispuesto a llevarme a entrenamiento de rugby, me enseñó a disparar cuando casi no podía ni sostener un arma aún. Le gustaba subir a ponerme el pijama después de que la niñera me bañara. Cada noche se sentaba en mi cama con un vaso de whisky en la mano y me leía un cuento. No le gustaban demasiado los libros infantiles modernos, prefería las historias de Arthur Ransom y John Buchan. Tenía una voz grave y profunda y mientras leía gesticulaba, con lo que el whisky se derramaba y los hielos entrechocaban. Es un tintineo que me sigue gustando.

Mis padres tuvieron dos hijas después de mí. Entre Molly y yo había bastante diferencia de edad, cinco años, y otros dos separaban a Molly de Belle. Siempre me dijeron que habían esperado tanto porque estaban totalmente pendientes de mí. Te confieso que es algo que me encantaba restregar a la cara a mis hermanas. Tener hermanos es divertido, aunque haya una diferencia de edad tan grande. Tú fuiste hija única, ¿verdad? No me imagino vivir sin tener coconspiradores cerca.

Alguien con quien atacar en grupo. Alguien con quien jugar. Mamá siempre ha sufrido de los nervios, la verdad, pero a pesar de ello es una mujer encantadora. Antes de nacer yo, trabajaba, era profesora de primaria, aunque creo que su verdadera ilusión era formar una familia y vivir en el campo. Sé que ya no está de moda decir algo así, pero en mi familia funcionó muy bien. Y papá estaba encantado de hacerlo posible. No creo que mi madre fuera lo bastante fuerte para trabajar. Seguramente esto te parecerá ridículo. Sé lo dura que eres. Lo que es posible que también te parezca ridículo, puesto que, en realidad, no nos conocemos. Pero ¿a que he acertado?

Qué manera de enrollarme, ¿no? Como te decía, no supe quién era mi verdadero padre hasta que me hice adulto. Me gradué en política, filosofía y economía en la Universidad de Exeter y me mudé a Londres para trabajar en la City y pasármelo bien. Al haber crecido en Surrey, Londres me parecía auténtica y emocionante. Me lo sigue pareciendo, en realidad. Tú naciste aquí, ¿verdad? Imagino que la ciudad te

satura, que la tienes muy vista. ¡Qué suerte! Aunque yo lo que quería sobre todo era ganar dinero. Desde luego mi familia no era pobre. Pero yo veía lo que tenían los otros chicos de mi colegio y siempre sentí el deseo real de conseguirlo. Christopher dirigía una empresa de contabilidad mediana y se sacaba una buena pasta todos los meses. A mí me bastaba con lo que nos proporcionaba. Hasta que un día ya no. Ese día —yo tendría unos ochos años— un niño de mi clase vino a mi casa a merendar durante las vacaciones de mitad del semestre y preguntó si nuestro chófer podía llevarlo luego a casa. Mi madre sonrió y dijo que se ocuparía ella, pero el niño pareció perplejo. Fue entonces cuando supe lo que me faltaba. Es curioso, darte cuenta a los ocho años de que quieres tener chófer. Imagino que a esa edad la mayoría de los niños sueñan con una Xbox.

Formarme para ser corredor de bolsa fue agotador. Cuando llevaba unos dieciocho meses, un día a la hora de comer, mientras engullía un sándwich a la vez que intentaba leer las cifras del día a toda velocidad, recibí una llamada. Era mi madre; por cierto, se llama Charlotte, pero en la familia todos la llaman Lottie. Mi padre había sufrido un ataque al corazón y estaba en el Royal Surrey Hospital con mis hermanas. Paré un taxi en Liverpool Street y le dije al taxista que me llevara allí lo más deprisa posible. Pero fue demasiado tarde. Mi padre murió antes de que llegara yo. Sé que entenderás cómo me sentí aquel día, puesto que perdiste a tu madre siendo muy joven. Estábamos todos desconsolados. Me cogí tres días en el trabajo para estar con mi madre y mis hermanas, aunque mamá se metió en la cama y no habló demasiado. Pero yo tenía que reincorporarme al trabajo, así que lo arreglé de manera que fuera mi abuela desde York a quedarse con ellas. El funeral se celebró una semana más tarde. La iglesia estaba hasta arriba de amigos de Christopher, los que conservaba de sus años escolares en Eton, los que había hecho en el trabajo y luego otros más. El coro cantó *Jerusalem* y todos comentaron que mi padre había sido un verdadero señor. Mi madre se tomó un sedante suave para aguantar el funeral y mis hermanas lloraron sin parar. Pero, a pesar de la tristeza, fue una buena despedida, un día encantador. Al menos hasta que dieron las cinco de la tarde. La recepción fúnebre fue en nuestra casa, encargamos un catering, lógicamente mi madre no estaba para ponerse a montar un bufé. Así lo único que tuvimos que hacer fue pasear y aceptar todas las palabras de cariño de los asistentes. Mi madre se había retirado a su habitación hacía media hora y yo estaba intentando hablar con la mayor cantidad de personas posible. Las chicas estaban en el cuarto de estar con la abuela. Parecían agotadas. Me tocaba a mí hacer de anfitrión. Acababa de desembarazarme de un hombre aburridísimo con traje de cuadros grises que había trabajado para mi padre y me dirigía al baño cuando alguien me tocó el hombro. Era mi tía Jean. Digo que es mi tía, pero en realidad es la amiga de toda la vida de mi madre. Pero están unidas como hermanas y Jean fue una presencia constante durante mi infancia, aunque en los últimos años no la había visto mucho. Había envejecido, tenía profundas ojeras y una mano extrañamente huesuda con la que cogió la mía.

—Siento mucho lo de Christopher —dijo llorosa. Le di las gracias e

intercambiamos frases intrascendentes sobre la jornada—. Siempre te trató como a un hijo. Siempre. Era un hombre maravilloso.

Pensarás que soy tonto, pero no habría entendido en absoluto lo que sus palabras querían decir de no ser porque, nada más pronunciarlas, dio un respingo, me soltó la mano y abrió mucho los ojos. Solo fue un segundo, entiéndeme. Pero vi que sus propias palabras la habían asustado. Empezó a despedirse, dijo que tenía que irse, que la esperaba un largo trayecto en coche. Yo asentí con la cabeza, le di un abrazo y prometí despedirme de mi madre por ella. Me encerré en el baño del piso de abajo y rebusqué en el bolsillo de mi chaqueta una cajetilla de tabaco que me había asegurado de llevar encima por si necesitaba un minuto para mí en algún momento del día. Tú también fumas, ¿a que sí? No todo el rato, no eres de esas de café con cigarrillo por las mañanas. Solo a veces, cuando necesitas descansar del mundo. Una vez te pedí el mechero en el pub que está en la esquina de tu oficina. Es una buena táctica si quieres dedicar un segundo o dos a mirar a alguien sin que se extrañe o se ponga nervioso. Salí por la puerta de uno de los costados de la casa al jardín al que da la cocina, donde no había invitados. Me acuclillé con la espalda contra la pared y me repetí interiormente el comentario de Jean una y otra vez. Era el comentario de una pobre mujer y en cualquier otro momento lo habría atribuido a una ligera chifladura. Pero después de hacerlo pareció aterrada. De eso no había duda. Me considero una persona racional, Grace. Me enorgullezco de no tolerar la superstición y no me engaño a mí mismo. Así que la única conclusión sensata que podía extraer, por dolorosa que fuera, era que Christopher no había sido mi verdadero padre.

Esperé hasta que se hubo marchado el último invitado, me aseguré de que mis hermanas estaban instaladas delante del televisor y subí la estrecha escalera hasta la habitación de mi madre. ¿Era tu madre débil, Grace? Supongo que sí. Apuesto a que se parecía a la mía en muchas cosas. La diferencia es que mi madre tenía un marido que la protegía del mundo y la tuya no. Yo no quería ser duro con ella, y menos en un día así. Pero de pronto decidí que estaba cansado de andarme siempre con pies de plomo con ella, de evitar siempre que tuviera que enfrentarse a cosas estresantes o desagradables, como las llamaba ella. Por una vez, quería ser directo. Así que lo fui.

Lottie no dormía. Estaba echada en penumbra, abrazada a un cojín como si fuera un animal de compañía dormido. Parecía muy pequeña, con el ralo pelo rubio repartido por las almohadas igual que el de una niña. Me senté al otro lado de la cama y le dije que sabía que Christopher no era mi verdadero padre. No quise darle la más mínima oportunidad de mentir. Si había esperado que se desmoronara y me pidiera perdón, me había equivocado. Lottie lo negó y se revolvió con una energía que no le había visto nunca. Una energía que, para ser sincero, no sabía que tenía.

Tardamos diez minutos en superar la fase de indignación, en la que me aseguró no dar crédito a una acusación semejante. Hicieron falta otros veinte para que dejara de llorar y de insistir en que precisamente en un día así no podíamos hablar de esas cosas. Transcurrida media hora, Lottie me abrazó y me dijo que Christopher era mi padre, daba igual lo que dijera nadie. Diez minutos más tarde, empezó a contarme la

verdad.

Mi madre había tenido una infancia bastante protegida en Somerset, con una familia dueña de una agradable casita ancestral y un nombre respetable. No había demasiado dinero para ella en un entorno en que el primogénito era el hijo más preciado, pero fue bastante feliz. A los veinte años se mudó a Londres, en teoría para trabajar en una galería de arte cerca de Savile Row, pero sobre todo, según me explicó, para vivir aventuras. Para mi madre esto significaba muchas fiestas, clubes nocturnos y escapadas al sur de Francia con amigos ricos. Yo sabía que había vivido en Londres antes de tenerme a mí, pero la existencia despreocupada que me describió entonces me sorprendió un poco. Yo a mi madre siempre la he visto con rebecas y botas de goma. Me sigue costando trabajo imaginarla en algunos de los clubes que frecuento yo en la ciudad. Para entonces ya conocía a Christopher, me dijo, pero solo eran amigos. Él era tímido, algo que yo ya sabía, y mi madre no se fijaba demasiado en él cuando salían en grupo.

Una noche en la discoteca Vanessa's, mi madre estaba sentada en una mesa con un grupo de amigas, cuando un camarero le llevó una copa de champán de parte del caballero que estaba en la barra. Cuando mi madre miró, vio a un hombre de pelo oscuro, con camiseta y pantalones negros, que no le quitaba ojo. Con respiración temblorosa, mi madre me explicó que le había picado la curiosidad. La mayoría de los hombres que conocían eran facsímiles de sus padres. Correctos y reservados, en busca de la esposa apropiada. Aquel era distinto, y sus amigas recibieron su gesto con mi madre entre grandes aspavientos y la urgieron a ir a hablar con él. Mi nerviosa madre, que se mete en la cama cada vez que la vida le resulta abrumadora, fue al encuentro de aquel desconocido y se puso a hablar con él.

El resto no hace falta que te lo cuente, ¿verdad, Grace? Porque te lo sabes. No es tu historia, y al mismo tiempo sí lo es. Para cuando Lottie descubrió que estaba embarazada, aquel hombre había perdido el interés por ella. Y no era fuerte, como tu madre. Aterrada por lo que pensarían sus padres, siguió trabajando como si tal cosa. Hasta que un día mi padre se presentó en el apartamento que compartía con un par de amigas cerca de Kings Road y le dijo que estaba al tanto de lo ocurrido. No sé si es que lo había adivinado, porque para entonces Lottie se había puesto a llorar y no quise insistirle, pero el caso es que Christopher estuvo muy amable y le propuso matrimonio. Solo de pensarlo, sonrío. Menudo gesto de heroísmo victoriano el de este hombre. ¡Eran los noventa, por amor de Dios! Pero mis abuelos eran chapados a la antigua, y estoy seguro de que habrían odiado ser objeto de murmuraciones. Lo mismo que mi madre, dicho sea de paso. Hay un sector de la clase alta británica que disfruta con los escándalos, o por lo menos los encuentra divertidos. Mi familia, a pesar de haber tenido suerte en la vida, no estaba a ese nivel. Mi madre sonrió abrazada a su cojín mientras recordaba su reacción a aquella proposición de matrimonio.

No sé si por aquel entonces Lottie sentía amor romántico por Christopher. Quizá nunca lo hizo. Pero fueron felices, Grace. Felices de verdad. Y eso me parece más importante que los fuegos artificiales y la pasión que, según los hombres, es lo que

nos dicen que quieren todas las mujeres. El príncipe Carlos, que parece un tipo decente, se metió en un buen jardín cuando contestó a aquel periodista que le dijo que parecía muy enamorado de Diana: «Sea lo que sea estar enamorado».

Aquella noche, yo no sabía qué hacer. Ver llorar a mi madre era horrible. Así que la abracé, le di el sedante que le había recetado nuestro médico y la dejé dormir. El resto de la historia lo fui descubriendo a lo largo de las semanas siguientes. Me incorporé al trabajo y, cada viernes por la noche, volvía al hogar familiar, donde me dedicaba a dar paseos larguísimos con el perro y mis hermanas y a asegurarme de que mi madre comía (tiene tendencia a olvidarse cuando está nerviosa). De vez en cuando le hacía una pregunta o dos acerca de mi padre, pero entonces se ponía colorada y triste. A veces me contestaba, a veces no quería o no podía. Pero yo no me lo quitaba de la cabeza. Miraba a mis hermanas y de pronto me daba cuenta de que sus facciones no eran las mías. Mi mal genio siempre ha sido objeto de conversaciones familiares: exploto de una manera que los demás no. Christopher era demasiado blando, Lottie demasiado mansa. Ahora sabía que el mal genio lo había heredado de otra persona. A mí me importa el linaje, Grace. No de esa manera estirada y clasista de algunos de los chicos con los que fui al colegio, que necesitaban saber qué tierras había poseído su familia en el siglo xvi, sino porque te dice cosas de ti que, de otra manera, ignorarías. Yo creía ser el hijo de Christopher y Lottie Hawthorne y sabía lo que eso significaba. Sabía quién era y quién llegaría a ser. Pero ahora me tocaba averiguar hasta qué punto estaba equivocado al respecto.

Lottie me reveló el nombre de mi padre un domingo, mientras estaba cargando el coche para volverme a Londres. Cuando cogía la última bolsa del zaguán, se me acercó, me abrazó por detrás, como si quisiera protegerse de mí, y me besó en la mejilla.

—Simon. Simon Artemis —susurró antes de soltarme y dirigirse llena de determinación a la cocina, donde mis hermanas estaban haciendo pasteles.

Yo no estoy familiarizado con el mundo de las *celebrities*. Pregúntame por las Kardashian y te contestaré con orgullo que, hasta hace dos años, creía que eran una dinastía de Oriente Próximo. Pero sí conozco el mundo de los negocios, y aquel nombre fue como una patada en los huevos. Dediqué el trayecto de vuelta a Londres a intentar recordar hasta el último detalle que conocía de él. Sus padres no habían pasado de clase media acomodada —y se enorgullecían de su recién alcanzado estatus—, pero Simon ambicionaba mucho más. Siempre tuvo una mentalidad empresarial agresiva. Empezó montando un puesto ambulante de venta de aparatos electrónicos usados en la calle principal de su pueblo, y de ahí pasó a vender ropa vintage en un barrio pijo del oeste de Londres, cuando se dio cuenta de que el valor de reventa de un poncho viejo y raído subía si dejabas caer que era posible que Jane Birkin se lo hubiera puesto en los sesenta. Compró su primer local comercial a los diecinueve años y lo llenó de trapos viejos que compraba al peso en mercadillos. Puesta en maniquíes flacas como palos y convenientemente bañada en luz de neón, la ropa no parecía tan mugrienta. Con la seguridad económica de su familia como colchón, Simon gestionó su miniimperio mientras estudiaba en la universidad. Gran

parte de su imagen de «hombre hecho a sí mismo» no es más que eso. Imagen. Pero ha ayudado muchísimo a su reputación.

La moda no era el negocio que más interesaba a Simon. De hecho, ganaba más dinero con sus inversiones y sus propiedades inmobiliarias, pero la marca de moda fue el principio de todo lo demás. Desde entonces el imperio Artemis no había hecho más que crecer y siempre aseguraba su presencia en las listas de más ricos. Simon Artemis era asesor del gobierno para comercio interior y exterior, un cargo honorario en realidad, pero que le daba un barniz de respetabilidad que, para ser sinceros, no se había ganado.

No sé cuánto sabes (o hasta qué punto te importa) sobre los negocios de Simon Artemis, pero empezó siendo un embaucador y, décadas después, no ha cambiado gran cosa. Su negocio de moda triunfó cuando muchos otros fracasaron porque vigilaba muy bien los márgenes y aprovechaba cada resquicio legal. Compró Sassy Girl con dinero de inversores privados y se lo devolvió con activos ganados con el negocio. ¡No le costó un puto penique! Empezó a producir nuevas prendas en masa cuando descubrió fábricas en países lejanos sin leyes laborales. Esto cambió cuando surgieron las críticas a las condiciones de trabajo a mediados de la década de 1990, pero entonces trasladó sus operaciones a otro país más dispuesto a hacer la vista gorda y con mayor capacidad de mantener a raya a periodistas y activistas. Simon contrató un equipo de abogados y contables para asegurarse de pagar los menos impuestos posibles en el Reino Unido y su plantilla trabajaba con unos contratos ambiguos que a menudo se rescindían cuando llegaba el momento de repartir beneficios. En su empresa abundaban los contratos de confidencialidad... A saber lo que encubrían. Hubo al menos ocho casos de mujeres despedidas después de quedarse embarazadas y, aunque los abogados lograron demostrar que habían sido despidos procedentes, todo el mundo supo que la compañía Artemis estaba dirigida por tiburones.

Por cierto, que a mí nada de esto me parece mal. Yo creo en la autorregulación de las empresas y que las leyes pensadas para proteger a los trabajadores no sirven más que para ahogar la innovación y el crecimiento. Si atas muy corta a una corporación, se verá obligada a trasladar su sede a otra parte, lo que será un desastre para la economía inglesa. Simon operaba dentro de la ley y no lo culpo por explorar sus límites.

Que me costara aceptar quién era mi padre se debió a otras razones, y soy consciente de que no te voy a causar muy buena impresión cuando te las cuente, Grace. Pero estoy siendo totalmente sincero y tampoco es que tú puedas usar esta información, así que me siento libre de hablar sin tapujos. Mi principal reacción cuando, a los veintitrés años, descubrí quién era mi verdadero padre, fue de enorme vergüenza. Christopher era un hombre que sabía qué tono de verde elegir para sus botas de goma de manera que no llamaran la atención. Vestía discretos trajes sastre de lana y jamás habría consentido en usar una tarjeta oro por miedo a parecer nuevo rico. Yo crecí en una familia donde el buen gusto y la etiqueta eran algo innato, que se nos había inculcado y de lo que nunca hablábamos porque no hacía falta. En

cambio, aquel hombre era lo opuesto a mi manera de entender el mundo. Dediqué un par de días a recopilar todo lo que encontré en internet sobre él y cada nueva página en la que pinchaba me llenaba de espanto. Llevaba un anillo en el dedo meñique con un escudo de armas que él mismo había diseñado para su familia, hecho por un joyero cuyos clientes eran en su mayoría rusos. Había varios reportajes de *Hello!* del hogar familiar de los Artemis y la abundancia de tonos crema y oro en la decoración me hizo gemir de dolor. Era todo indescriptiblemente hortera. El dinero, los muebles, todo era nuevo, *arriviste*. Justo lo que yo era consciente de no ser, sin haber tenido que explicarlo nunca.

No lograba aceptar que Lottie se hubiera dejado seducir por semejante individuo. De acuerdo, ella era débil y joven, pero, por el amor de Dios, aquel hombre era la antítesis de todo a lo que estaba acostumbrada. Si te digo la verdad, Simon me repugnaba. Mis hermanas habían nacido en una familia feliz en la que las convenciones y la tradición importaban mucho. Y creía que yo también. Pero ahora resultaba que había aterrizado en ella después de que mi madre fuera tan tonta como para entregarse una noche a un *playboy* que veraneaba en Marbella y salía en un programa de televisión sobre nuevas ideas de negocio llamado *Guerra de magnates*.

La clase social importa, Grace. Ya sé que no es políticamente correcto decir esto, pero me parece una completa locura negar una verdad solo porque es incómoda. No sé qué pensaste tú del pasado de Simon o de su afición a los relojes tan desmesuradamente grandes que servirían de despertadores para la mesilla, pero imagino que también tendrías reservas. No quiero decir que para mí fuera peor, pero, seamos sinceros, lo fue. Yo crecí justo en el tramo central de un rígido sistema de clases que los británicos crearon hace mil años. Para los que estamos en precario equilibrio entre dos categorías, es siempre más difícil. Tú al menos sabes qué posición ocupas en el escalafón.

Estuve unos pocos meses yendo y viniendo del trabajo a casa de Lottie para dar sensación de normalidad a mis hermanas y, a decir verdad, a mí mismo. En la oficina de Londres me iba bien y ganaba un sueldo decente, pero en Surrey se hacía cada vez más evidente que Christopher no había tenido una posición tan acomodada como habíamos supuesto. En su testamento legaba todo a Lottie —la casa, el coche, sus inversiones y su pensión—, pero tres años antes había rehipotecado la casa sin que nos enteráramos y había estado tirando de su pensión para pagar el colegio de la chicas y costear nuestro estilo de vida. Nada extravagante —Christopher nunca había sido un manirroto—, pero, como te he dicho, nuestro círculo social tenía unos estándares muy concretos y quedaba claro que papá no había querido ser menos que el vecino. El problema es que nuestros vecinos eran personas con apellidos tales como Guinness, Montefiore o Ascot.

Para no tener que enterarse de los problemas inmediatos que planteaba la muerte de su marido, Lottie hizo como los avestruces. Se dedicó a trabajar en el jardín de sol a sol. Cada vez que intentaba tratar el asunto con ella, me ponía un bulbo en la mano o me lanzaba un puñado de maleza. En una ocasión cruzó un seto

espinoso solo para huir de la conversación. Pero yo había pasado horas haciendo números y sabía que necesitábamos una inyección de dinero y rápido. Perder nuestra casa habría supuesto una indignidad de la que ninguno nos recuperaríamos fácilmente. Somos muy tradicionales y, por mucho que las costumbres hubieran cambiado, ahora yo era el cabeza de familia. Lottie no sabía o no podía enfrentarse a los hechos, así que decidí tomar las riendas.

Soy una persona práctica, Grace. Mi profesor de literatura solía reprocharme que carecía de la imaginación necesaria para comprender las grandes novelas. La verdad es que yo no les veía demasiado sentido; si voy a leer un libro, quiero que sea una autobiografía. A ser posible, sobre el mundo del deporte. Nunca he tenido la impresión de que esto me perjudicara en la vida. No soy un soñador. Sé lo que quiero y lo que necesito para vivir bien, y estoy dispuesto a dejarme la piel para conseguirlo. Pero no disponía de tiempo suficiente para asegurar el futuro de mi familia con un puesto de categoría júnior en la City. De manera que cambié de táctica.

¿A que te imaginas adónde quiero ir a parar? Supongo que es bastante obvio. Decidí que Simon sería nuestro salvavidas. Se me ocurrió una noche en mi cuarto mientras repasaba las notas de nuestro contable sobre la hipoteca, las matrículas escolares, los gastos de la casa. Los desembolsos eran enormes y no había a la vista ingresos futuros suficientes para hacerles frente. «Pídeselo a tu verdadero padre», me susurró una voz dentro de mi cabeza. Me dieron ganas de reír. Yo, poniéndome en contacto con aquel hombre sin avisar y pidiéndole que financiara a una familia cuya existencia desconocía. Era absurdo. Y, aunque fuera viable, yo no quería tener nada que ver con aquel hombre. No por escrúpulos morales —el dinero es el dinero y a él le sobraba—, sino porque todo me resultaba de mal gusto y cutre. Un padre recién descubierto, un hombre que ha sido fotografiado con oligarcas en clubes privados de reputación algo dudosa. Que conduce un Bentley.

Descarté la idea, pero no se me iba de la cabeza. Cada vez que estudiaba los números, su nombre se colaba en mis pensamientos. Por fin, después de una ligeramente angustiosa reunión con el contable, quien me explicó sin paños calientes que, si no se nos ocurría algo, las chicas tendrían que dejar el colegio a final de curso, mi determinación flaqueó.

A un hombre como Simon Artemis no le mandas un correo electrónico. Es algo que aprendí en pocos meses desde que me muevo en el mundo de las finanzas. Las personas así son demasiado importantes. Tienen cinco asistentes que supervisan, criban, priorizan y tramitan en cuestión de minutos los mensajes de su bandeja de entrada. Cualquier cosa que enviara, podía terminar asignada al montón de remitentes «chiflados» y olvidada. De manera que me presenté en su oficina. Fue un gesto arriesgado, pero me sentía cómodo con el enfoque directo. De la lectura diaria de las páginas de economía, sabía que el grupo Artemis le tenía echado el ojo a un empresa pequeña de moda llamada Re'belle con locales exclusivos en Soho y Kensington. El anciano dueño se negaba a vender, insistiendo en que el negocio sería siempre familiar. Usé el nombre de su hijo en la recepción y dije que estaba allí para

abrir nuevos canales de comunicación. Se podía haber ido todo a la mierda, pero el asistente pareció saber quién fingía ser yo (imagino que Benny Fairstein es un nombre bastante memorable si trabajas en el negocio de la moda) y me atendió enseguida. Solo tuve que esperar diez minutos a que Simon me recibiera en su despacho. Entornó los ojos al verme y supe que solo disponía de un momento para explicarle quién era en realidad.

Grace, tú eres la otra única persona en el mundo a la que puedo contarle esto. Sé que te resultará fascinante, más allá de lo que tiene de cotilleo. Fui muy directo, no me disculpé por haberme hecho pasar por quien no era. Me senté en una butaca frente a él, lo miré a los ojos y le dije que era hijo suyo. Antes de seguir, he de decirte que Simon no pareció demasiado sorprendido. Quizá había estado esperando a que aparecieran uno o dos hijos perdidos. Habría sido lo sensato por su parte.

Le hablé de Lottie, le pedí que hiciera memoria. Esperé. Estudió mi cara con detenimiento y yo hice lo mismo con la suya. Reparamos los dos a la vez en nuestras idénticas narices. Supongo que, en una película, ese momento habría coincidido con una música de fondo *in crescendo*. Pero ninguno hablamos. Entonces me preguntó qué quería. Verás, en el mundo de los negocios hay dos maneras de reaccionar a una pregunta así. Puedes ofuscarte, halagar y lanzar un par de ideas imprecisas o sin rematar, o puedes ir al grano. Yo no tenía tiempo para la primera opción. Le dije que no era mi intención ponerlo en evidencia, que no me interesaba convertirme en el hijo perdido y hallado deseoso de incorporarse a su imperio económico. Le aseguré que le respetaba, pero que ahora tenía una familia que mantener y él era el único que podía ayudarme. Le propuse un trato, deslicé una cifra dentro de un sobre por la mesa y esperé. Simon abrió el sobre y rio. No estoy seguro de qué había esperado yo, pero desde luego risas no. Ahora que lo pienso, es posible que admirara mi gesto. Igual se lo tomó como una ofensiva. No era así —yo solo quería dinero—, pero es posible que jugar con ventaja me hiciera ser audaz.

Lo extraño fue que sirvió para romper el hielo. Supongo que, cuando eres rico, te pasas la vida dando por hecho y sospechando que todos quieren algo de ti. Si viene una persona y te lo dice directamente, entonces podéis hablar claro. En lugar de comentar mi petición, Simon se recostó en el respaldo de su silla y le dijo a su asistente personal por el intercomunicador que cancelara su próxima reunión. Luego me hizo preguntas sobre mí: dónde vivía, a qué me dedicaba, de qué equipo de fútbol era. Al principio se me hizo un poco raro, pero le seguí la corriente. Asintió con la cabeza cuando le hablé de Christopher, y sonrió cuando le dije que trabajaba en la City. Resultó que los dos éramos seguidores del QPR. Dedicamos un rato a intercambiar impresiones sobre el director deportivo y se metió conmigo por haberme perdido el último partido importante. Visto desde fuera, parecía un encuentro normal entre un padre y un hijo. Yo no dejaba de pensar eso. No se me olvidaba que aquel hombre era mi padre. Aquel hombre bronceado y musculado en un gimnasio con traje gris acero y un reloj que desviaba la luz de sol hacia mis ojos cada vez que movía el brazo.

Dios, menudo rollo te estoy soltando, Grace, perdona. Pero esta situación ha sido

una auténtica locura para mí y no soy de los que van a desahogarse al psicólogo. En mi opinión, dar muchas vueltas a las cosas no es bueno. Y lo cierto es que tengo poco de qué quejarme. Una bonita familia, un buen trabajo, estabilidad económica. Ah, sí, esto tengo que contártelo: Simon me dio el dinero. Hube de retorcerle un poco el brazo, algo que se tomó inesperadamente a bien. Rechazó de plano mi petición inicial, pero al final acordamos una bonita cantidad de seis cifras que mantendría a mi madre hasta que yo alcanzara un puesto lo bastante sénior para hacerme cargo de parte de los gastos. Ello a condición de que me hiciera unas pruebas de ADN, cosa que comprendí pero que, interiormente, me repateó. Me parecía que se estaba poniendo en duda el honor de Lottie. Claro que cuando tratas con hombres de negocios como Simon el honor no pinta gran cosa, ¿verdad? Lo sabes tan bien como yo.

Durante las seis semanas que tardamos en negociar el acuerdo, mantuve varios encuentros con Simon. A menudo en su oficina, pero alguna que otra vez en su club privado, cerca de Berkeley Square. En una ocasión fuimos juntos a un partido, pero a las gradas, no a su palco privado, supongo que porque no quería presentarme a sus amigos, cosa que entendí. ¿Cómo presentas a un hijo secreto a un puñado de magnates de la industria inmobiliaria que disfrutarían explotando esa vulnerabilidad tuya mientras se comen la comida de un bufé que has pagado tú? QPR ganó 2-1 y nuestra relación se hizo un poco más estrecha. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que a Simon le gustaba tener un hijo. Podía no ser un hijo al que hubiera criado él. Ni siquiera uno que conociera bien, pero aun así le ponía. Me hacía bromas, se burlaba de mi americana, se ofreció a presentarme a sus colegas de la City. A veces me pedía que nos viéramos con la excusa de revisar los términos de nuestro pequeño acuerdo, para luego ni siquiera mencionarlo cuando estábamos juntos y, en su lugar, invitarme a una copa, hablarme de su última operación de negocios o desafiarme a una partida de cartas.

Tenía cierto carisma, el bueno de nuestro padre. Yo no lo llamaría encanto, más bien una sonrisa agresiva, una seguridad en sí mismo que abrumaba a los demás, la sensación de que las cosas podían irte bien pero solo si él así lo quería. Su forma de estrechar la mano transmitía verdadera fuerza, pero resultaba algo impostada, como si se hubiera leído un manual sobre cómo demostrar autoridad mediante el contacto físico. Se sabía los nombres de los conserjes, aparcacoches, la limpiadora de su despacho, y en más de una ocasión lo vi ponerles dinero en la mano con una suerte de agresiva galantería. Y aun así todos los que se cruzaban con él parecían algo asustados. Ir de acompañante suyo resultaba de lo más agradable, a decir verdad. Respeto, es lo que percibía estando con él. La gente me saludaba con una inclinación de cabeza, como si yo tuviera que ser alguien importante puesto que pertenecía al círculo íntimo de Simon.

Pero cuando no estaba deslumbrado por el poder que exudaba Simon en carne y hueso, recordaba que no era tan respetado como a él le gustaba creer. En la City no veían con buenos ojos sus tácticas de matón: la cosa se puso fea cuando el *Evening Standard* lo criticó por aparcar su último megacoche en doble fila en la puerta de un

hospital para ir a darse un masaje o montar un número a un camarero por no recoger los platos lo bastante rápido. En aquella ocasión, si mal no recuerdo, la mesa terminó volcada. Lo peor de su comportamiento era su afición a hacer pis desde la azotea de su edificio de oficinas sin importarle el pobre desafortunado que pasara en ese momento por la calle. Por suerte, la prensa nunca llegó a conocer este encantador dato. Cada vez que se publicaba algo, Simon llamaba al periodista, lo sermoneaba por publicar «gilipolleces» y atribuía las historias que circulaban sobre él a la envidia. En una ocasión, después de celebrar el cincuenta cumpleaños de su mujer en el Coliseo (sí, Grace, alquiló el puto Coliseo), un tabloide publicó un artículo criticando que se hubiera gastado medio millón de libras y Simon envió un billete de avión de primera clase a Roma a la periodista con una nota que decía: «Lo siento, pero vas a tener que hacer cola con el resto de la plebe. Seguro que te habría gustado verlo a la caída del sol con una copa de champán en la mano, como hicimos nosotros». Me pregunto si la periodista aceptó la oferta.

Simon quería formar parte del *establishment*, pero no podía ocultar sus orígenes. En una ocasión le miré las manos mientras hablaba y me fijé en que tenía las uñas pulidas, como si se hubiera hecho la manicura. Supongo que es posible que así fuera. No soy metrosexual, pero sé que hay tíos a los que les van esas cosas. Claro que los de la vieja escuela nunca lo verán con buenos ojos. Él debía de saberlo y, no obstante, conservaba esos detalles que tanto desentonaban. Era como si hubiera asumido que nunca encajaría del todo y decidido mantenerse en sus trece. Se presentaba en una cena benéfica en un coche tan llamativo que despertaba muecas de desagrado, pero luego se gastaba más que nadie en la subasta, consciente de que así la alta sociedad no tendría otro remedio que dirigirle la palabra. Que darle las gracias. Que inscribir su nombre en la pared de la galería de un museo.

Vaya por Dios, otra vez me he ido por las ramas. Todo esto es para intentar resumirte mis sentimientos encontrados. Simon era encantador y se interesaba por mí, y tengo que admitir que eso me tenía un poco obnubilado. Pero nunca me sentí del todo cómodo en su compañía y me alegré cuando terminaron las negociaciones. Tal y como yo lo veía, Simon me había soltado el equivalente a dieciocho años de mi manutención, y ahora podría cuidar de mi familia. Prueba conseguida. Nunca le había hecho chantaje ni ninguna cosa sórdida. De haber rechazado Simon mi propuesta, lo habría dejado en paz. Soy bastante orgulloso y no me habría rebajado a suplicar. Había abrigado la esperanza de que se comportara como un caballero y, hasta cierto punto, así había sido. Pero Simon era incapaz de actuar de manera desinteresada. Nadie se hace tan rico sin un constante *quid pro quo*, supongo. Yo creía que guardar silencio era mi parte del trato, pero estaba muy equivocado.

Después de hacer la transferencia (de su contable al mío y acompañada de un contrato de confidencialidad tan exhaustivo que daba ganas de llorar), Simon me estrechó la mano y pidió una ronda. Aquella noche pasamos casi seis horas juntos en el reservado de uno de los mejores restaurantes del Soho, donde el filete que me pidió costaba sesenta y ocho libras y los camareros no te miraban a los ojos. Fue como una cita, y, cada vez que Simon pedía otra botella, yo me maravillaba de lo

absurdo de la situación. Quise despedirme varias veces, pero Simon rechazaba mis intentos de irme con irritación.

—¡Nos estamos conociendo, hijo mío! ¿Qué puede haber más importante?

A continuación procedía a exponerme un ejemplo más de su inteligencia para los negocios o a explicarme cómo había machacado a un rival siendo más despiadado que él. Aquella noche no me metí en la cama hasta las tres de la mañana, sabiendo que tenía que levantarme solo tres horas después. Me desperté a las seis con un dolor de cabeza insoportable y manos temblorosas. Cuando miré el teléfono, vi que Simon ya me había escrito. «Este fin de semana vamos al fútbol. Quedamos antes para desayunar». Aunque mi mente era una nebulosa, en aquel momento comprendí que no iba a poder cortar aquella relación por lo sano. Simon había pagado y ahora me quería a su disposición. ¿Era porque le caía bien y se alegraba de haber recuperado a su hijo? Es posible. Aunque lo más probable era que quisiera controlar la situación, controlarme a mí. Si iba a tolerar que lo pusieran en una posición vulnerable, entonces necesitaba sacar algo, lo que fuera, a cambio. Aunque yo no quisiera seguirle el juego. Sobre todo si yo no quería seguirle el juego.

No sé qué habría hecho de haberme visto obligado a continuar así durante años, interpretando el papel del hijo que a Simon le hubiera gustado tener. A las pocas semanas de darme el dinero, la situación era ya bastante insoportable, Grace. Su fascinación por mí no tardó en desaparecer y empezó a tratarme como a todos los demás. Me llamaba cuando estaba en el trabajo y, si no lo cogía, volvía a llamar. Un día dejé mi teléfono en modo avión durante ocho horas para no ver la pantalla parpadeando por el rabillo del ojo. Cuando lo quité, tenía tres mensajes suyos, en uno de los cuales me llamaba «puto vago». El insulto venía envuelto en su tono jocoso de siempre, pero saltaba a la vista que lo decía en serio.

Seguía yendo al hogar familiar todo lo que podía. Mi madre estaba algo mejor, aunque seguía obsesionada con la jardinería. No le conté que pasaba mucho tiempo con Simon, claro. No le conté nada. Los colegios se pagaban y la hipoteca se amortizó. Lottie no preguntó cómo lo había logrado. Eso al principio me enfadó, estaba acostumbrada a que se lo solucionaran todo sin preguntarse nunca a qué precio. Pero fue egoísta por mi parte. No podía esperar que mi madre supiera lo que había hecho para salvaguardar a la familia. Cabía la posibilidad de que nunca fuera lo bastante fuerte para enterarse.

Simon solo mencionó a mi madre una vez en mi presencia. Después de nuestro primer encuentro, yo me había preguntado si en realidad se acordaba de ella. Estaba claro que no había sido la única víctima de las «atenciones» de Simon Artemis. Habría sido comprensible que solo guardara un recuerdo vago de ella. Pero un día miró mi teléfono cuando se iluminó con una notificación de mensaje y vio mi salvapantallas.

—¿Es tu madre? —preguntó con los ojos fijos en una fotografía de Lottie abrazada a mis hermanas en el césped delantero de nuestra casa. Asentí con la cabeza, pero me puse algo tenso, no quería que viera a mi familia ni contaminara nuestro espacio—. Madre mía, qué cruel es el paso del tiempo con las mujeres —dijo

—. Te enrollas con un cañón a los veinticinco años y a los cincuenta te despiertas al lado de tu abuelita.

Una furia ardiente me subió por el cuerpo y el calor me inundó la cara. Me bajé de la banqueta de la barra del bar con un exceso de aspaviento y salí hecho un basilisco. Más tarde, esa misma noche, Simon me mandó una caja de vino. Ben, mi compañero de piso, me la llevó a mi habitación y me preguntó quién me regalaba vino por valor de cinco mil libras. Por lo menos era del bueno, no esa porquería que vendía con etiqueta propia. En fin, vinos aparte, el caso es que llegaba demasiado tarde. Yo había decidido que no quería saber nada más de aquel padre tardío. Iba a escribirle una carta explicándole que le agradecía su ayuda, pero haciendo hincapié en el hecho de que había vivido veintitrés años con un padre maravilloso y no necesitaba un sustituto. Escribirla, aquella misma noche, me produjo un alivio inesperado. El mundo de Simon me resultaba abrumador y quería regresar al mío.

Y ahí podía haber terminado todo. Simon habría pataleado un poco pero, en realidad, ¿qué podía hacer? Mi existencia era un polvorín en su existencia, y eso no iba a cambiar. No lo veía hablándole de mí a su mujer o a su hija. Y tampoco quería que lo hiciera. Mejor despedirnos y seguir cada uno nuestro camino. Confiaba en que él también lo viera así.

Pero aquella noche los padres de Simon murieron en un accidente de tráfico. Me enteré porque me llamó a la mañana siguiente, llorando. Yo tenía la carta en mi maletín, preparada para echarla al correo de camino a la oficina. Pero lo que hice fue no ir a trabajar (aduje una emergencia familiar, lo que, hasta cierto punto, era verdad) y dirigirme a la casa de Simon en Hampstead. Su mujer y su hija estaban en Mónaco, me dijo. ¿Podía ir a verlo? No soy un monstruo, no podía dejar al pobre hombre llorar solo. Así que me senté con él en aquella horterada de mansión mientras una mujer vietnamita menuda nos servía té helado y un plato de galletas detrás de otro. Las galletas se quedaron sin comer, a pesar de que yo estaba muerto de hambre. El té helado fue rechazado en favor de una botella de whisky, de la que Simon no dejó de servirse, llenando hasta arriba un vaso dorado que tenía en el suelo, a sus pies. Estaba despatarrado en el sofá, rodeado de enormes cojines con borlas que amenazaban con enterrarlo. Yo me coloqué frente a él, encaramado a un puf de gran tamaño y deseando con toda mi alma estar en cualquier otro sitio.

Entre llamadas a su hermano, un abogado y su asistente, me contó que Kathleen y Jeremy eran unas «joyas». Yo le di el pésame y le dije que sabía lo duro que era perder a un padre. Eso no le gustó demasiado, me recriminó, arrastrando las palabras, que intentara hacerle sentir mal por no asumir sus responsabilidades. Así que primero me disculpé y traté de quitar importancia a mi pérdida, y después me enfadé conmigo mismo por hacerlo.

El día se me hizo eterno y lo pasé en gran parte solo en el cuarto de estar, mientras Simon hablaba por teléfono y bebía whisky. A las cuatro de la tarde murmuró algo sobre que Bryony estaba de camino, ocasión que aproveché, aliviado, para despedirme. Pero cuando estaba casi en la puerta, Simon me cogió del brazo y me obligó a sentarme en una *chaise longue* color melocotón que había en el

recibidor. A continuación, y de una manera confusa y no del todo coherente, me contó algo que me cambió la vida. Me habló de ti, Grace.

Hasta ese momento, creo que nunca me había parado a pensar en que podía tener una familia paralela. Simon era un medio para conseguir un fin; yo ya tenía mi propia familia y cero interés por conocer a Bryony o a su espantosa madre. No me interesaba demasiado su estilo de vida y sospechaba que a ellas les habría ocurrido lo mismo conmigo, de haber sabido de mi existencia. Pero tú eras otra cosa. Tú estabas fuera. Eras, como yo, alguien que no había podido elegir. Y mientras Simon divagaba sobre cómo no había estado a la altura de las expectativas de sus padres, entendí las similitudes entre tu historia y la mía. Los dos éramos hijos de mujeres jóvenes y atolondradas, deslumbradas por aquel pez gordo y después dejadas de lado cuando se aburrió de ellas y se convirtieron en un estorbo. Aunque, en mi opinión, llamar «estorbo» a dos hijos ilegítimos de madres distintas es forzar un poco la definición de la palabra.

No sé por qué me habló de ti, Grace. Estaba borracho, pero debía de haber estado borracho mil veces antes y no por ello haber hablado a nadie de su hija secreta. Solo puedo atribuirlo al dolor. Se supone que empuja a la gente a hacer cosas extrañas, o eso dicen. Como mi vieja tía Jean, que había respetado la versión oficial sobre mi ascendencia durante veintitrés años para de pronto soltarme la verdad durante el funeral como si no soportara seguir callada por más tiempo. Simon me dijo que entonces él era joven, que sus padres le habían ordenado que solucionara el problema y que le había dado miedo perderlo todo. Por supuesto, eran todo patrañas. Un caballero de verdad no abandonaría a un hijo, mucho menos a dos, pero eso no podía decírselo ahora que estaba borracho y llorando. Le dije solo que había hecho lo que había creído mejor y le hice preguntas sobre ti con toda la amabilidad de que fui capaz.

En el estado algo quebrantado en que se encontraba, Simon bajó la guardia lo suficiente para darme información con la que empezar a investigarte. Seré franco contigo. Simon no sabía gran cosa de ti. La tristeza que demostraba era bastante teatral y no tuve la impresión de que hubiera estado al tanto de tu vida. Espero que eso no te entristezca. Por lo que sé de ti, imagino que no. Sí sabía cómo te llamabas y dónde te habías criado. Incluso sabía que trabajabas en el sector de la moda, lo que para él quería decir que «de tal palo, tal astilla». Yo puse cara de póquer, como si aquella información no significara nada para mí, y una hora después me escabullí mientras Simon gritaba a su hermano por teléfono sobre la casa familiar en St. John's Wood. Había olvidado todo lo que habíamos hablado.

Pero yo no. Las dos horas siguientes las pasé en un pub buscando información sobre ti en Google. Debo decir, Grace, que tienes una presencia online notablemente escasa. Tan escasa que resulta sospechosa, de hecho. Es casi como si intentaras esconderte del mundo. Pero no puedes conseguirlo del todo, ¿verdad? Siempre habrá un rastro, incluso si has renegado de las redes sociales y parece que ni te has asomado a Linkedln. Por cierto, te felicito por ello. Es una fosa séptica de agentes inmobiliarios con dos dedos de frente y otros mercaderes de pacotilla.

Tardé un rato, porque Simon no me había dicho tu apellido y preguntárselo habría sido demasiado directo, a pesar de su bruma alcohólica. Pero di contigo, después de horas de cribar chicas llamadas Grace que trabajaban en marketing de moda. Lo que hice fue rescatar información sobre las otras chicas, la mayoría de las cuales se desnudaban hasta tal punto en las redes sociales que resultaba fácil descartarlas. ¿Fotos de familia feliz? Fuera. ¿Otras edades, otras razas, residencia en otro país? Fuera. Por fin encontré una Grace Bernard. En el sitio web de la empresa no venía foto, lo que hacía sospechar, pues el resto de la plantilla posaba encantada. Una vez averigüé el apellido, seguí varios rastros equivocados, antes de dar con un articulito sobre ti en la *Islington Gazette* de más de diez años de antigüedad. Bueno, en realidad no era sobre ti. Una mujer llamada Sophie protestaba por un aluvión de atracos en las inmediaciones del colegio de su barrio. Una fotografía granulosa la mostraba sosteniendo una pancarta que decía «¡Seguridad en las calles!» y detrás de ella había una adolescente con cara hosca y un chico de la misma edad y expresión algo perpleja. Ahí fue cuando se me aceleró el corazón. En el pie de foto venía tu nombre. El chico se llamaba Jimmy. La mujer furiosa se refería a vosotros dos como «sus hijos», lo que, por un momento, me desconcertó. Simon había dicho que tu madre había muerto. Perdona, estoy siendo un cotilla. ¡Pero había lagunas que no conseguía rellenar y la mente necesita respuestas! No importa. Las encontré más tarde.

El caso es que fui a tu oficina. Seguro que esto te suena de lo más siniestro, ¡pero estaba más nervioso de lo que habrías estado tú de haber sabido que me encontraba allí! Esperé un viernes hasta alrededor de las cinco, pues sospechaba que las chicas de marketing, igual que nosotros, los chicos de la City, salíais pronto para ir a tomar una copa. A las 5.15 apareció una manada de chicas que bajaron por la calle formando una cadena humana. Tú saliste a las 5.32. Te reconocí enseguida, te pareces a mí. Bueno, quizá no sea justo por mi parte decir esto. Me he roto la nariz dos veces jugando al rugby y, según mi madre, tengo manos del tamaño de dos platos llanos. Pero tu cara me resultó familiar. Fue como si la hubiera visto un millón de veces. Eres menuda y de piel mucho más oscura que la mía y tus ojos son de un verde que no tenemos ni mis hermanas ni yo. Mis ojos son gris pizarra, algo que siempre me ha gustado. Pero no cabía duda de que eras la Grace Bernard que buscaba. Casi eché a correr desde el otro lado de la calle para saludarte, soy así de zoquete, pero me contuve. ¡Una presentación como esa no puede hacerse en mitad de la calle!

No sé qué quería yo de ti entonces. ¿Quizá solo verte en carne y hueso? Creo que tenía una profunda necesidad de información. No haber sabido lo de mi padre me había afectado mucho y tengo la firme convicción de que el conocimiento es poder. Saberlo todo de ti podía ayudarme a sentirme dueño de mi vida, algo que en realidad no ocurría desde la muerte de Christopher. De manera que te seguí. No me enorgullezco, por cierto. No está bien que un hombre siga a una mujer. Lo cierto es que me sentí como un pervertido. Te sentaste en el metro enfrente de mí y fijaste la vista en algún punto indeterminado encima de mi hombro. Intenté no mirarte

demasiado a la cara, pero me fijé en todo lo que pude. Pantalón negro, cazadora corta de cuero negro y un extraño jersey peludo que supuse era tendencia. Mocasines de hebilla y suela gruesa que supongo que usabas para intimidar, con éxito, a hombres como yo. Te seguí desde la estación hasta tu apartamento y miré cómo se encendía la luz del primer piso. Luego me reprendí a mí mismo un rato y me fui a casa. Qué locura, de verdad. Si yo soy de los que no pisan el norte de Londres ni para una cita tórrida.

No pude parar ahí. Y eso que lo intenté. Pero, durante las semanas siguientes, me dediqué a ir a tu calle cada vez que tenía un momento libre, con la esperanza de verte salir. De seguirte a alguna parte que me dijera más cosas sobre quién eras. Una par de veces te vi salir a correr, por lo que tuve que empezar a ponerme zapatillas, por si acaso. En una ocasión te seguí hasta un café cerca de tu casa donde pediste algo ridículamente específico. No eres una persona demasiado sociable, ¿verdad, Grace? En dos semanas tuviste un único visitante, un hombre que se parecía mucho al adolescente del periódico.

Para entonces yo empezaba a aburrirme. Estaba considerando dejar de seguirte y sopesando si enviarte un correo electrónico explicando quién era yo. En realidad, tampoco tenía claro si quería abrir la caja de los truenos. Pero cualquier cosa habría sido más sensata que andar merodeando sin averiguar nada sobre ti. Hasta que una noche lo puso todo patas arriba. Y, si alguna vez te había encontrado aburrida, Grace, eso se terminó.

Fuiste al pub y estuviste bebiendo con una gente de lo más variopinta. Un chico joven que parecía uno de esos hippies de manual. Un hombre mayor y una chica poco atractiva que no era su hija, pero desde luego tampoco su novia. Tú tampoco parecías demasiado encariñada con el hippy. Y, aun así, te pasaste casi toda la velada hablando con él. Yo cogí mi pinta e intenté sentarme lo más cerca posible de vosotros para escuchar la conversación. Aunque tampoco es que hubiera gran cosa que escuchar. ¿Qué era eso de los tritones, Grace? La verdad es que me pregunté en qué clase de persona habías terminado convertida cuando oí aquella apasionada discusión sobre anfibios.

Saliste del pub sola y, al poco, te siguió el hippy, lo que me intrigó. Cuando echaste a andar por la carretera de vuelta al centro de conservación, no entendía nada, pero te seguí y salté la cerca pocos minutos después de que entraras. Empecé a sospechar que buscabas un sitio donde estar a solas con el chico. Y me preocupaba pillaros in fraganti, como suele decirse, algo que nunca debería ocurrirle a un hombre con su hermana. Así que cuando los dos caminasteis hasta la orilla, me quedé a una distancia prudencial. No lo bastante cerca para oír lo que decíais, pero fascinado igualmente. Algo extraño ocurrió cuando el chico te acercó una cerilla al pie, pero en la oscuridad no logré distinguir gran cosa. Justo en ese momento, cuando se me empezaban a dormir las piernas de estar acuclillado y me preguntaba si podría pedir un Uber desde un centro de conservación remoto, lo tiraste al agua de un empujón. La sorpresa me hizo ponerme de pie, Grace. Tú enseguida te giraste, pero la oscuridad me protegía. No sabía qué hacer. Mi cabeza me gritaba que

corriera al agua y sacara al chico, pero mis piernas no se movían. Me parecía todo una completa locura. Te estabas bebiendo una botella de vino con aquel hombre de aspecto inofensivo y de repente lo matabas. ¿Por qué? Mientras recogías tus cosas (con una tranquilidad impresionante, ahora que lo pienso), marqué el teléfono de emergencias 999, pero no pulsé llamada. Me dije que lo haría cuando te fueras, pero, para cuando por fin te retiraste, yo había ordenado mis pensamientos y sabía que no podía hacerlo. ¿Cómo iba a explicar mi presencia allí? Bueno, agente, es muy sencillo. Estaba siguiendo a mi hermana (que no sabe que es mi hermana) y la espié desde este encantador arbusto mientras ella ahogaba a un tipo. Luego la miré lavar unas tazas y subirse a un taxi. Eso no funcionaría. Por buenas que fueran mis intenciones, acabaría implicado en una historia sórdida que también salpicaría a Lottie y a las chicas. Lo que hubieras hecho tú era asunto tuyo. Pero sí me sirvió para darme cuenta de que tal vez la vaga intención de establecer una relación contigo estaba destinada a fracasar. No conviene acercarse demasiado a una mujer que va por ahí empujando a gente a las charcas, por muy pariente sanguíneo tuyo que sea.

Dos días más tarde, supe por Simon a quién habías matado. Esta vez hubo menos whisky y menos remordimientos, evidentemente no tenía demasiado cariño a su sobrino. Pero, con eso y con todo, fue una conmoción. Un accidente, dijo Simon. Andrew tenía muchos problemas y había intentado empezar una nueva vida, pero le costaba salir adelante. La familia estaba siendo lo más discreta posible y yo sabía que la razón de tal discreción era el potencial escándalo. Eso me confirmó que había tomado la decisión correcta al no decir ni mu.

Así que mataste a tu primo. Pero ¿por qué? Por lo poco que vi, era un hombre agradable sin relación alguna contigo. Su muerte no te beneficiaba económicamente, y no se me ocurría qué podías sacar de ella desde un punto de vista emocional. La idea no se me iba de la cabeza, me fui obsesionando cada vez más porque no podía contarle a nadie lo que sabía.

Supongo que un psicólogo que me hubiera visto entonces habría dicho que todavía estaba procesando la muerte de Christopher y, aunque me niego a creer en esas cosas, probablemente así fuera. Para colmo, no me quitaba de encima a Simon, que cada vez exigía verme más, ni a Lottie, que me preguntaba cuándo iba a ir a verla cada vez que hablábamos por teléfono. Para olvidarme un poco de todo continué siguiéndote, loco por entender, por saber por qué lo habías hecho. Me convertí en un hombre ligeramente abducido. Durante un tiempo no pasó nada y me devané los sesos preguntándome por qué habías matado a tu primo y a continuación regresado a tu vida anónima. Empecé a salir a correr por tus mismas rutas, pero nunca hacías nada fuera de lo normal. Sin embargo, unos meses más tarde, empezaste a ir sola a clubes nocturnos y bares. Yo te imité. Me sentaba un poco alejado e intentaba pasar desapercibido. Eso no es difícil cuando eres un chico blanco ni guapo ni feo en un local elegante. Suelo mimetizarme con el entorno y tú no pareciste quedarte con mi cara, aunque estuve meses cerca de ti. Claro que no era a mí a quién buscabas. Ibas a la caza. Resultó que de nuestro tío. Ahí fue cuando

empecé a entender lo que pasaba. Supongo que pensarás que he sido un poco lento. Pero mis sentimientos por Simon no se parecían nada a los tuyos, y tardé un tiempo en ponerme en tu piel. E, incluso cuando lo hice, no fui capaz de albergar ese odio feroz necesario para poner en práctica un plan así. Que pasaras horas esperando en bares y de pronto alegraras la cara si aparecía Lee solo podía significar que tramabas algo.

Aunque te diré que no estaba seguro del todo. Durante un tiempo pensé que tenías alguna clase de fetichismo raro y que buscabas acostarte con tu propio tío. Siento haber pensado eso, pero tienes que reconocer que es un poco extraño ver a alguien entrar en un club sexual con un familiar. De hecho, aquella noche lo pasé bien. Yo no soy muy de orgías, pero decidí que me convenía meterme en el papel. Era probable que un tipo con pantalones chinos llamara más la atención en una orgía que uno con zahón sin nada debajo en una junta de accionistas. Me puse un antifaz que me daba la sensación de estar actuando y me dio pena tener que abandonar la fiesta cuando te llevaste a Lee a una habitación privada.

En cualquier caso, en cuanto vi lo ocurrido, entendí lo que pasaba. Esperé a que salieras de la habitación, claro, haciendo tiempo en el pasillo en penumbra. ¿Te acuerdas de que te miré de arriba abajo y que nuestras manos se rozaron? Estaba admirado por la audacia de asesinar a un hombre en un club nocturno lleno de gente y, al mismo tiempo, un poco horrorizado por que dejaras allí el cadáver, para que se lo encontrara otro. En concreto yo. Que también lo dejé donde estaba, por supuesto. Aunque me temo que esa cara con los ojos fuera de las órbitas no se me borrará en mucho tiempo.

Estabas matando a tu familia. No tenía pruebas de que hubieras sido culpable de la muerte de Kathleen y Jeremy, pero no tardé mucho en imaginarte cogiendo un avión a España, alquilando un coche y echándolos de la carretera. Para tu primer crimen usaste métodos un tanto toscos y directos, ¿verdad? Claro que supongo que buscabas que cada muerte pareciera un accidente, y dos personas mayores que se despeñan con el coche por un barranco en la oscuridad es una apuesta fácil y segura.

Ahora tenía que decidir qué hacer con esa información. Los Artemis no eran una familia numerosa y los únicos (a los que no habías tirado por un barranco) conectados con el dinero eran la mujer y la hija de Simon, además de su cuñada. Eso suponiendo que tu móvil fuera el dinero. Cuando me detuve a pensarlo, llegué a la conclusión de que te impulsaba algo más. Por lo poco que vi, llevabas una existencia bastante aburrida. No demasiados amigos, una carrera profesional modesta (espero que no te ofendas) y un apartamentito en una calle lóbrega. Era como si estuvieras atrapada en la mediocridad, hasta que... ¿Hasta qué? ¿Hasta que liberaras al mundo de tu tóxica familia y pudieras empezar a prosperar? Yo no guardo apenas rencor a Simon, porque tuve una vida maravillosa con Lottie y Christopher y mis hermanas. Eran mis pilares, y, de no ser por Jean, habría salido adelante tan feliz. Y así lo haré. Tú, en cambio, no. Y quizá por eso te obsesionaste con lo que considerabas una injusticia. Y es verdad que no es justo, Grace. De todos los que estamos metidos en este lío, a ti te tocó el palo más corto, ¿a que sí?

Después de unos días de darle vueltas y de una estimulante conversación con Simon en la que me gritó por no poder ir a su oficina un miércoles a las once de la mañana, decidí que te dejaría seguir adelante con lo tuyo. Por un lado me parecía que tenías derecho a enmendar la injusticia de que habías sido víctima. Por otro, calculé que era lo más conveniente para mí y que en realidad podías estar haciéndome un favor. Terminaron de convencerme dos cosas. Una es que quería a Simon fuera de mi vida. Ahora que veía el futuro con claridad, me daba cuenta de que tendría que pasar tiempo con él cada vez que me lo exigiera. El dinero que me había dado le hacía sentirse en su derecho de hacerlo y no soportaba la idea de verme arrastrado a su entorno familiar, de tener que pasear por ahí en su Bentley y veranear en Marbella. La otra era que, si conseguías desembarazarte de todos ellos, yo me convertiría en heredero de una bonita fortuna. Ya ves, Grace, no tengo problemas en reconocer que soy un hipócrita. No quería tener demasiado que ver con el pobre papá, pero me sentía comodísimo con la idea de quedarme con parte del botín. El dinero es el dinero, con independencia de cómo llegue hasta ti. Y yo lo gastaría de manera muy distinta a Simon. Nada de ostentación ni de excesos, nada de grifos de oro. Yo siempre he estado destinado a ser rico, al menos siempre lo he pensado. Creo que se me daría bastante bien. Y tu plan era un camino más corto que matarme a trabajar para ascender puestos en el escalafón.

Jamás se me habría pasado por la cabeza hacer lo que tú de no haber visto que funcionaba. Aunque hubieran cometido conmigo la injusticia de la que tú te considerabas víctima. Pero eso no quiere decir que no pudiera sacar tajada. Imagino que, en la escala de moralidad, yo estaría más o menos en el medio. Supongo que muchas personas en mi situación tomarían la misma decisión que yo, de ser sinceras. Claro que es difícil ser sincero sobre una cosa así, por eso me resulta tan liberador contarte todo esto. Sé que nunca podrás enseñar esta carta a nadie. Es lealtad forzosa, que seguramente es mejor que la lealtad a secas.

Pero escribir tanto me cansa, así que voy a ir terminando. A estas alturas, ya conoces casi toda la historia. Por lo menos, la que necesitas conocer. Te vi seguir con tu línea de actuación. Con Janine fuiste un poco lejos, permíteme que te lo diga, la descripción de su muerte me puso mal cuerpo. Pero, es lo que te decía, yo no estaba allí (lo hiciste casi de un día para otro y, con tan poca antelación, no pude cogerme el día libre), pero enseguida supe lo ocurrido gracias a la asistente personal de Simon. Sigo sin entender por qué perdonaste la vida a Lara, ¿te pareció que no era lo bastante importante? Lo de Bryony no lo presencié, claro, pero disfruté mucho de cómo lo ejecutaste (o la ejecutaste, más bien). Un método divertido y eficaz. Pero fue entonces cuando Simon empezó a desmoronarse. A Bryony la quería. Creo que estaba aburrido de Janine, que llevaba años aburrido. Nosotros dos somos el resultado de ello, supongo. Pero Bryony era su única hija. Su única hija «legítima», quiero decir. Simon es un hombre extrañamente anticuado para ser un producto del mundo moderno. Matrimonio, hijos, una reputación que mantener... Le importaban muchísimo esas cosas. Y, por espantosa que nos pareciera Bryony a ti o a mí, él la quería. Más allá del dolor de perderla, también empezó a ponerse paranoico.

Aunque no sé si puede hablarse de paranoia cuando hay alguien intentando asesinarte. Me citaba en su casa y se sentaba en el salón con las cortinas echadas, levantándose de vez en cuando para caminar de un lado a otro de la habitación como un obseso. Me había dicho repetidas veces que alguien estaba intentando matar a su familia. Había ido a la policía, contratado seguridad privada y toda la pesca. Nadie le creía, lo que supongo debes tomarte como un cumplido. Todos pensaban que no se trataba más que de una serie de desdichadas coincidencias; el *Daily Mail* dedicó una doble página a «la mala suerte del magnate» en la que se enumeraban las desdichas acaecidas en la familia Artemis. Pero el hecho de que nadie pareciera tomarle en serio volvía más insistente a Simon. Pensaba que se trataba de alguien con quien había coincidido en algún negocio. No daba nombres, pero resultaba obvio que tenía alguien en mente, porque estaba asustado.

Esta vez asumí el papel de hijo solícito. Dormía en la casa de Hampstead y era frecuente que Simon me despertara varias veces durante la noche para explicarme las diversas maneras en que había personas intentando matarlo. Siempre eran tonterías: creía ver a un hombre merodear junto a la verja de entrada, o un coche aparcado demasiado cerca de sus oficinas. Iba buscando indicios. Cada vez que temblaba una ventana, se ponía histérico. Y eso que las ventanas de su casa no temblaban, porque hacía tiempo que habían sido arrancadas y sustituidas por robustos cerramientos de doble cristal.

Nuestra relación se estrechó a medida que fui adaptándome a mi nuevo puesto de pariente más cercano y confidente, siempre con la esperanza de no tener que desempeñarlo mucho tiempo gracias a ti. Ayudé en todas esas gestiones tan deprimentes que hay que hacer cada vez que alguien muere. Y le escuchaba siempre que tenía ganas de gritar y chillar por lo sucedido, algo que ocurría con frecuencia. La situación se fue volviendo más insoportable a medida que pasaban las semanas y, hasta donde yo sabía, tú no hacías nada. Alguna vez te vi merodear delante de la casa, ¿sabes? No estuviste muy sutil que digamos. Incluso si tenías preparado un gran plan, empezaba a dudar de que fueras capaz de llegar hasta Simon. Para entonces sus medidas de seguridad eran enormes, estaba rodeado de gorilas que te habrían partido en dos igual que una ramita de haberte acercado más de cien metros.

Empecé a estar furioso contigo. Qué disparate, ¿no? Pero tenía la sensación de que por fin había encontrado la manera de escabullirme de aquella espantosa situación y me había acostumbrado a pensar que trabajábamos en colaboración y con unos plazos concretos. Pero tú no estabas cumpliendo con tu parte. Por aquel entonces, yo casi no tenía tiempo para seguirte, Simon estaba cada vez más agresivo, más errático, más dependiente de mí. Pero, cuando lo hacía, te veía salir a cenar y a correr un montón de kilómetros, hacer vida normal, como si no te quedara un último objetivo por alcanzar, y tu falta de ímpetu me tenía desconcertado.

En el trabajo me resultaba difícil rendir porque Simon me llamaba cada cinco minutos, llorando, borracho o las dos cosas a la vez. Si apagaba el móvil, me escribía correos. Empecé a odiar abrir la bandeja de entrada. Siempre me he enorgullecido

de trabajar duro, soy de los que piensan que el trabajo forja carácter y me enfurecía conmigo mismo por funcionar a medio gas cuando se suponía que tenía que estar aprovechando la oportunidad para ascender dentro de la empresa. Se acercaba el momento de las bonificaciones y tenía la completa seguridad de que la mía encogía cada vez que mi jefe me veía hablando por teléfono.

Cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de que mi salud mental se resentía, algo que nunca había creído posible. No pegaba ojo, perdía peso de forma alarmante por mucho que comiera. Me sentía atrapado, igual que un zorro acorralado en su madriguera. De hecho, ahora que veo la analogía, cada vez me gusta menos la caza. Otro más de los placeres de la vida que me ha arrebatado Simon. El caso es que no me dejaba en paz y su obstinación era abrumadora. Por fin, un día me armé de valor y le dije que no podía seguir así. Me mostré firme, pero sereno. Le señalé que su comportamiento era inaceptable y que no podía tratarme como si fuera uno de sus asistentes. Seguí hablando hasta que se puso otra vez a llorar, pero esta vez no me ablandé. Se le secaron las lágrimas en cuanto se dio cuenta de que no tenía intención de consolarlo y entonces se fue a su mesa y se sentó. Yo continué enumerando las maneras en que consideraba que no se estaba comportando bien y estaba tan alterado que no me di cuenta de lo que hacía hasta que volvió a mi lado y me ofreció un cheque. Era de quinientas mil libras. Me quedé helado, te lo aseguro. Estuve varios segundos con la boca abierta. Entonces me puso el cheque delante de la cara y me dijo que, si me iba con él a pasar una semana en Saint Tropez, no me arrepentiría.

—Necesito salir del país unos días para evitar llamar la atención, hijo. Y no quiero irme solo. No me digas que a tu madre no le vendría bien este dinero. ¿Y qué me dices de las chicas, Harry? Lo necesitan. Será solo una semana más o menos. —Me quedé callado mientras intentaba pensar. Simon me miraba con los ojos entornados—. Estás negociando conmigo, ¿verdad? Desde luego, no hay duda de que eres hijo mío. Muy bien, lo haré oficial. Voy a cambiar el testamento. Es lo que quieres, ¿no? Es lo que quiere todo el mundo, a fin de cuentas.

En eso no se equivocaba. Pero no se daba cuenta de que era él y solo él el que usaba su dinero como si no tuviera nada más que ofrecer.

Simon no me aclaró por qué necesitaba salir del país, pero, por opaco que se mostrara, me quedó claro que su empresa estaba siendo investigada y que sus asesores le habían sugerido desaparecer una temporada. Me pregunté qué parte de la compañía tenía más probabilidades de ser la más turbia (las líneas aéreas tenían muchas papeletas), pero te voy a ser sincero, Grace. Después de ver cómo trabajaba, podría haber sido cualquiera. Era evidente que, como suele decirse, iba a armarse una muy gorda y yo no quería saber nada. No estaba dispuesto a dejarme arrastrar a su malvado mundo. Así lo veía yo entonces. Una vida sórdida y fea que me avergonzaba haber ambicionado. Pero una suma así de dinero era imposible de rechazar, y habría sido una tontería hacerlo. Por ese motivo, menos de seis horas después me encontré bajando de un avión privado en el cálido sur de Francia. De haber sabido lo que iba ocurrir, es posible que hubiera pedido ese cheque con unos

cuantos ceros más.

17

12.00 horas

Por fin terminó todo. Los últimos catorce meses están a punto de convertirse en una extraña nota a pie de página de la historia de mi vida. Kelly me deseó suerte al irme a oír la resolución.

—Te voy a echar de menos, Gracie. Ven a visitarme alguna vez. En la próxima clase te haré yo una cuchara a ti, ji, ji.

Me dio un fuerte abrazo clavándome las uñas en la espalda. Se lo permití durante cinco segundos, antes de cruzar la puerta sin mirar atrás. George Thorpe tenía la cara roja de orgullo cuando se reunió conmigo en una sala de visitas en Limehouse, recién llegado del juzgado donde habían anulado mi sentencia. Yo lo había visto por videoconferencia, lo que me privó de la oportunidad de tener mi momento melodramático delante del juez y me hizo perderme la inevitable aglomeración de periodistas a la salida. Todo un poco anticlimático, pero, en realidad, mejor, ahora puedo marcar yo el ritmo. Sí recibí un abrazo torpe de mi abogado, la promesa de reunirnos dentro de unas semanas para repasar posibles flecos y una invitación a cenar que, por supuesto, no pienso aceptar. Incluso me felicitó el agente que supervisó nuestra reunión. No fue lo que se dice un clímax cinematográfico, pero tuvo su emoción. He hecho lo que me propuse hacer por Marie. Ahora soy libre.

16.00 horas

¡Estoy en casa! Me soltaron enseguida, lo que me pilló por sorpresa, puesto que me había acostumbrado a un sistema en el que la más insignificante de las decisiones tardaba en tomarse meses. Supongo que necesitaban mi celda. Ya me parece ver a Kelly hablando a su nueva compi de la última ocupante, por supuesto sentada demasiado cerca de ella en la delgada litera. Tuve que darme prisa para recoger mis cosas y estar fuera a mediodía, por lo que Jimmy no estaba esperándome. Tampoco me importó, no cuando entendí que así

evitaba a posibles fotógrafos. De hecho lo agradecí; después de catorce meses en la cárcel una no está precisamente preparada para posar ante las cámaras. Cogí un taxi, que atravesó las calles de Londres bañadas en una poco habitual luz de sol; me pasé todo el trayecto mirando por la ventana y sonriendo. Cuando abrí la puerta del apartamento, lo encontré silencioso y caldeado, con cada cosa en su sitio. Sophie incluso había enviado a su asistenta, y encima de la mesa me esperaban una botella de Brunello y un poco de tiramisú de una delicatessen cercana. Me llevé las dos cosas al baño y pasé dos horas a remojo en aceite Le Labo. Qué experiencia tan exquisita. Estaba medio histérica de felicidad. Ahora voy a abrir el correo y después he quedado con Jimmy para lo que espero sea una cena apropiadamente suntuosa en la Brasserie du Balon. Por fin tengo la sensación de que la vida se despliega y se abre ante mí.

18

Menudo lío, Grace, madre mía. Menudo lío tan espantoso. La situación se convirtió en una especie de farsa grotesca, solo que nadie se acordó de reírse. Nuestro primer día en Francia, Simon se desplomó en el sofá del cuarto de juegos y yo me escabullí al porche y le pedí un café a un tímido miembro del servicio doméstico. Me tumbé al sol e intenté no pensar en la temida posibilidad de que Simon se despertara y saliera a buscarme. Estuve un par de minutos mirando el mar y admirándome de lo difícil que me resultaba disfrutar de aquel hermoso lugar. Este soleado rincón para gente turbia, como lo llamó alguien en una ocasión. Luego, llevado por la costumbre, cogí el teléfono y entré en la página de noticias de la BBC. Después de pasar noticias sobre la guerra y sobre un diputado *tory* que se acostaba con su asistente personal, mi vista se detuvo en la fotografía de una hermosa mujer, en nombre de la cual «no dejan de llegar muestras de cariño». Alguien la había empujado por una terraza y ese alguien eras tú. Noté la cara helada a pesar del chirriante calor y un rugido me llenó los oídos y la cabeza. Tuve la impresión de no comprenderte en absoluto a pesar de todo el tiempo que había dedicado a intentarlo. Eras un ser vengativo y sediento de sangre, no una asesina impulsiva y pasional. ¿Por qué tirar por la borda tantas horas de trabajo duro empujando a una rival amorosa por la terraza? Menudo ataque de estupidez. No quiero arriesgarme a parecer sexista, pero era difícil ver una reacción emocional como aquella desde ningún otro prisma. ¿Cómo ibas a ocuparte de Simon ahora?

Después de pasar unas cuantas horas intentando averiguar más cosas sobre tu detención, oí que Simon me gritaba desde el cuarto de estar y tuve que interrumpir la búsqueda. No me preocupaba demasiado que viera la noticia sobre ti, puesto que, a aquellas alturas, prácticamente vivía en su propio planeta de paranoia y rabia. En aquel estado, era más probable que lo sorprendiera viendo vídeos de alienígenas en YouTube que leyendo titulares informativos. Pasé dos días insoportables con nuestro padre en su villa, durante los cuales inhaló una asombrosa cantidad de cocaína y se negó a abrir las cortinas, no fuera que hubiera alguien vigilando la casa. Su equipo de seguridad se quedó fuera, temeroso de sus estallidos de ira, y la pobre ama de llaves, a quien nadie había avisado de nuestra llegada, huyó a su habitación después de que Simon le tirara un jarrón a la cabeza al ver que las camas no estaban hechas. Solo estábamos él y yo. Cada vez que intentaba retirarme a otra parte de la casa, me seguía, sin dejar de despotricar sobre una conspiración contra él e insistiendo en que «tenemos que parar los pies a esos cabrones». Yo me repetía: «Venga, Harry. Solo unos días más y luego medio millón de libras para la familia», pero, si te digo la verdad, dos días se me antojaban una eternidad. Cuando me desperté la tercera

mañana, Simon estaba junto a mi cama con los ojos inyectados en sangre y la camisa desgarrada. Era evidente que se había pasado toda la noche levantado y apestaba a whisky.

—Nos largamos de aquí. Hay cámaras. El yate está preparado, coge tus cosas, hijo.

Me sentó fatal que me llamara hijo y pensé, dolido, en mi querido Christopher, pero Simon ya había cogido su maleta y salía dando portazos.

El yate era una aberración. En mi vida había visto una cosa igual y espero no tener que volver a hacerlo. Parecía una carroza flotante, todo cromo y cristal, lo menos parecido a un barco de verdad. A Dios gracias, una vez a bordo, Simon pareció tranquilizarse y estuvo durmiendo en el sofá hasta la hora de la cena. Comimos en semisilencio, él se dedicó a beber una copa detrás de otra de vino, un Chic Chablis de sus propios viñedos, me dijo mientras yo trataba de no poner cara de asco. Hay cosas que te retratan como persona, ¿a que sí, Grace? Mientras tomábamos el postre, empezó a temblarme una mano e intenté controlarla, alarmado por este nuevo síntoma. Simon se dio cuenta y se rio. Se rio y me dijo que, para ser un hombre hecho y derecho, era demasiado delicado. Yo no contesté, tenía el corazón acelerado y me zumbaban los oídos. Cuando terminamos de cenar, Simon estaba borrachísimo y le gritó al capitán que preparara la lancha motora. El hombre, que claramente advirtió que no se podía discutir con Simon, obedeció sin poner pegas, pero el marinero que estaba recogiendo la mesa me miró con las cejas levantadas. Intenté hacer cambiar de idea a nuestro padre con el argumento de que no tenía ganas de ir de excusión, pero me interrumpió irritado.

—Aquí quien paga soy yo, Harry. Nos vamos a dar un paseo en lancha.

Y eso hicimos. Se puso una botella de Chic Chablis debajo del brazo y bajó tambaleándose la escalerilla hasta la lancha; yo lo seguí, un poco mareado. La lancha se zambulló rugiendo en la noche como boca de lobo, yo iba aferrado al asiento muerto de miedo y Simon gritaba al viento con la botella de vino entre las rodillas. Pasado unos quince minutos, redujo la velocidad y apagó el motor. Vino dando tumbos hasta mí y se rio al verme la cara. Reconozco que me encontraba bastante mareado. Nunca me han gustado mucho los barcos y la forma en que Simon navegaba, cabeceando y zigzagueando en un mar desierto, me había puesto el estómago del revés. Pero, sobre todo, estaba harto. De él, de aquella lancha, de cómo había sido cada día de mi vida desde que lo conocí.

Simon se sentó y pegó su cara a la mía con una sonrisa maliciosa.

—No seas ñoño, Harry, estamos estrechando lazos entre padre e hijo. Pon cara de que estás disfrutando, joder.

—Es que no estoy disfrutando —repuse con el tono más digno que pude e intentando no vomitar—. No estoy disfrutando y quiero volver al yate.

Torció el gesto y me imitó.

—Quiero volver al yate, papaíto. Me aburro. Qué rápido te has acostumbrado a mi nivel de vida y a mi dinero, hijo. Por lo menos podrías fingir que estás aquí porque te gusta mi compañía. —Me eructó en la cara y rio a carcajadas—. Pero eres

incapaz, ¿verdad? Eres igualito que tu madre. Ella también se las daba de pura de corazón cuando en realidad solo buscaba a un rico crédulo con el que abrirse de piernas.

Me puse de pie, lo obligué a levantarse tirándole del cuello de la camisa y cogí la asquerosa botella de vino que tenía a su lado. Un único pensamiento ocupaba mi mente: callarle la boca como fuera. Le rompí la botella en la cabeza con una fuerza que, he de suponer, salió de toda mi rabia contenida. En mis oídos empezó a sonar un zumbido que me resultaba familiar y al que siguió el fuerte ruido de algo cayendo al agua. Solo logré distinguir un brazo sobresaliendo y un gorgoteo angustioso. Encendí la linterna del móvil y enfoqué el costado de la lancha. Simon estaba agarrado a ella con dos dedos, pero el resto de su cuerpo no se movía. De la cabeza le manaba sangre, que se acumulaba bajo la nariz y le entraba en la boca. Ese era el sonido, un borboteo espeluznante que aún me parece oír cuando recuerdo lo ocurrido. Estaba intentando mantenerse a flote mientras se ahogaba en su propia sangre. Lo miré y me preparé para inclinarme y sacarlo del agua. Pero entonces ocurrió algo extraño, Grace. Me viniste a la cabeza. Pensé en lo que habías estado haciendo, en lo mucho que te habías esforzado por intentar matar a aquel hombre. Supe que era difícil que lo lograras a aquellas alturas. Pensé en nuestras madres y en lo que sufrieron a manos de Simon Artemis. Y a continuación pensé en lo mucho que estaba yo sufriendo ahora. Si lo sacaba del agua y lo devolvía al yate sano y salvo, era posible que me denunciara a la policía. O, lo que habría sido aún peor, podría usar lo ocurrido para chantajearme durante los veinte años siguientes, reteniéndome para siempre a su lado.

Había sido un accidente. Yo no habría sido capaz de planear algo tan cruel ni de actuar con violencia a sangre fría. Pero me habían provocado hasta lo indecible y todos tenemos un límite, ¿no? No sabía que iba a dejarlo morir, de verdad que no. Simplemente sucedió, mientras yo tenía la sensación de estar mirando desde fuera. Me incliné hacia él y le solté los dedos de la borda de la lancha para, a continuación, darle un empujoncito que lo alejó varios centímetros. Abrió mucho los ojos, pero no pudo decir nada. Luego me senté.

—Si intentas tocar la lancha otra vez, me la llevo. Así que no lo hagas. Quédate así unos minutos y luego te sacaré. Necesitas aprender a tratar a las personas como es debido. Igual esto te sirve de lección —le dije mientras me limpiaba una motita de sangre de los nudillos. Para entonces Simon no estaba en condiciones ni siquiera de intentar impulsarse hacia la lancha. Tardó tres minutos en desaparecer, su pelo rubio se fue hundiendo despacio. Cuando vi que estaba sumergido por completo, estrellé la botella contra el casco de la lancha y la tiré al agua, un fin de lo más apropiado para el vino Artemis. Luego esperé media hora para asegurarme de que no salía de repente a la superficie. Seguro que te estás acordando de que hiciste algo parecido con Andrew; es difícil saber cuánto tiempo es suficiente, ¿verdad? Cuando me convencí de que ya no había peligro, llevé la lancha motora de vuelta al yate. Soy un marinero pésimo y tardé casi una hora en llegar y avisar a la tripulación. Les expliqué que Simon había perdido el equilibrio al aumentar la velocidad y que se

había caído por la borda. Al no haber cobertura, estuve casi una hora buscando por la zona con la loca esperanza de encontrarlo con vida, pero había fracasado. El capitán no pareció demasiado sorprendido; ayudó que Simon hubiera estado borracho como una cuba cuando salimos en la lancha. Las patrullas de salvamento no encontraron ni rastro de él en las veinticuatro horas siguientes, pero yo contenía la respiración cada vez que informaban por radio.

Y ahí terminó la cosa. Nadie puso en duda mi versión de los hechos, ¿por qué iban a hacerlo? La prensa se refirió a mí como un asistente, pero sin dar mi nombre, lo que fue un gran alivio. No quería disgustar a mamá, ni que las chicas tuvieran problemas en el colegio. Pero Lara Artemis se puso en contacto conmigo para agradecerme mi discreción y reaccionó muy bien cuando le confesé mi verdadera relación con Simon. He de decir que no se sorprendió. Supuse que lo había conocido demasiado bien como para recibir la noticia de un hijo ilegítimo con algo más que una ceja levemente arqueada. Y el ADN de Simon era la única prueba que necesitaba. Lara es una mujer encantadora, Grace, es una pena que no la vayas a conocer. Ahora es la administradora de la fortuna familiar y ha sido de lo más generosa conmigo. En realidad, más de lo que me habría atrevido a esperar. Cobré ese cheque, por supuesto, y a mi familia ahora le va mucho mejor. Lara ha venido a comer varias veces. Nunca lo han dicho de manera explícita, pero me da la impresión de que mamá y ella son conscientes del vínculo que las une. Pertenecen al selecto club de mujeres que sobrevivieron a los hermanos Artemis.

¿Y por qué te cuento todo esto, te preguntarás? Bueno, en parte porque quería que supieras cómo murió Simon realmente. He pensado que no te sentirás tan fracasada después de saber que tomé el testigo y terminé lo que habías empezado tú. En cierto y extraño modo, hemos sido un equipo. El momento no pudo ser más oportuno, la verdad. Además, con los problemas que has tenido últimamente, te habría resultado complicado matarlo. Si somos sinceros, convendrás conmigo en que no lo habrías conseguido. Sé que con los demás hiciste lo que pudiste y te felicito por ello. Pero Simon era otra cosa muy distinta. Con él habría hecho falta algo más que planes más o menos esbozados y un golpe de suerte. Y no me dio la impresión de que tuvieras nada más, Grace. ¿O me equivoco?

Así que esa es la parte galante, espero que te guste. Pero fundamentalmente te cuento esto para hacerte saber que tienes que olvidarte de todo ahora mismo. Tu móvil era la venganza, lo entiendo, de verdad que sí. Y la has obtenido, con algo de ayuda de quien esto suscribe. Amplía tus horizontes, vete a vivir con ese amigo tuyo, Jimmy. Hay personas en este mundo dispuestas a quererte, Grace, si las dejas. Escribe un libro sobre el suplicio de tu encarcelamiento: las editoriales se darán de tortas por publicarlo. Pero, de lo demás, olvídate. Tengo que proteger mi nueva vida. Además de cederme una generosa porción de la fortuna familiar, Lara ha tenido el detalle de hacerme director financiero de su nueva fundación y la vamos a gestionar juntos. Todavía no es público, estamos perfilando cosas, pero ya no falta mucho. Lara ya no está interesada en la conservación de la vida silvestre y me alegro; tiene mucho menos tirón que la nueva causa. No voy a decir que soy un

experto en niños refugiados, pero estoy deseando tener la oportunidad de organizar galas benéficas e invitar a los peces gordos de la banca a rascarse los bolsillos. Voy a hacer muchísimos contactos en el mundo corporativo y trabajaremos codo con codo con el sector de las finanzas para poner la fundación al nivel de las de los Rothschild o los Guinness. Será algo de mucho prestigio, nada que ver con Simon, en realidad. Desde luego, bajo el nuevo reinado de Lara no se subastará ningún Chic Chablis.

Solo para asegurarme de que no vienes a por mí (te respeto demasiado para pensar que no lo vas a hacer), mientras estabas en la cárcel diseñé una pequeña estrategia. Espero que me perdones por mis un tanto sucias tácticas, pero estoy seguro de que entiendes que necesito protegerme. Cuando me enteré de que te habían mandado a Limehouse, contraté a un detective bastante barato para que se enterara de quién era tu compañera de celda. No le costó mucho. Resultó que Kelly le había contado prácticamente a la mitad de Islington que había sido la elegida para compartir litera con la infame Grace Bernard. Le escribí pidiendo ir a verla y, cuando le expliqué que había dinero por medio, aceptó mi oferta. Pues claro que aceptó. Por cierto, en aquella primera visita te vi, estabas con tu abogado. Nos miraste de reojo varias veces, supongo que te sorprendió ver a Kelly con alguien como yo. Debo decir que sigue sorprendiéndome que no me reconocieras. Así que me acuerde, he estado varias veces a metros de ti. A la puerta del centro de conservación, en las escaleras de San Pablo, en ese club sexual tan raro (esa te la perdono porque llevaba antifaz), pidiéndote fuego en Soho, en la cafetería del Museo Británico, en la sala de visitas de la cárcel. Supongo que tener una cara algo anodina en este caso me beneficia. No te ofendas, pero te encontré un poco delgada. Espero que aproveches al máximo tu recién estrenada libertad y que te pegues unas buenas comilonas. Perdón, ¿por dónde iba?

Ah, sí. Kelly. No se parece a las mujeres que suelo tratar —cuando nos conocimos no podía apartar los ojos de su asombrosamente chillón color de uñas—, pero la encontré encantadora. Muy colaboradora. Le expliqué que trabajaba en una compañía que estaba investigando tus crímenes para un benefactor anónimo y le pregunté si estaría dispuesta a averiguar algunas cosas de ti. A favor de Kelly, tengo que decir que me resultó alentador que, en cuanto le hablé de una compensación monetaria, no pidiera detalles. Por medio de un contacto suyo, que me citó en una zona bastante insalubre del este de Londres, conseguí hacerle llegar un teléfono. Por supuesto tenía la prestación más importante de todas: una cámara. ¿Cómo vivíamos antes de estas innovaciones, me pregunto? Y, para ser justos con Kelly, asumió su papel como si nunca hubiera hecho otra cosa. Te vigiló mucho más de cerca de lo que probablemente te diste cuenta y me escribió un mensaje emocionadísima cuando se dio cuenta de que estabas escribiendo la historia de tu vida. Por supuesto se la leyó, me sorprende que fueras tan descuidada. Y fotografió cada una de las hojas con un entusiasmo que me dejó admirado. Luego, para asegurarnos, arrancó unas cuantas páginas por aquello de las huellas dactilares. A mí ni se me había ocurrido, pero supongo que, cuando llevas tanto tiempo como ella dedicada al chantaje, aprendes a hacer copias de seguridad. Así que tengo que decirte que la

subestimaste.

De manera que aquí termina tu viaje. No puedes matarme, porque entonces la historia de tus crímenes se haría pública junto con una carta en poder de mi equipo jurídico en la que se especifica que nada de lo que me ocurra podrá considerarse un accidente. No debes intentar ponerte en contacto con Lara, de lo contrario esa información terminará en manos de la policía. Los dos hemos sufrido mucho por culpa de la familia Artemis, pero, entre tú y yo, ahora somos libres. Y puede que las cosas no hayan salido del todo como esperabas, pero, aun así, has ganado. Hemos ganado. Por lo que me dice Kelly, lo más seguro es que mañana te suelten. Este correo te estará esperando en tu bandeja de entrada cuando vuelvas a tu pisito. Ha sido muy sensato por tu parte conservarlo, te felicito. Ah, y el correo se borrará automáticamente en cuanto lo hayas leído. Un astuto truquito tecnológico recomendado por nuestra amiga común. Al parecer los chantajistas son expertos en estas cosas. Y, ahora que ya lo sabes todo, será mejor que deje de escribir. Puede que al principio tengas la sensación de que ha venido un hombre y te ha arrancado el trofeo de las manos, pero nada más lejos. Simplemente yo tenía mejores cartas. Te animo a que disfrutes de la vida. El dinero no lo es todo y eres afortunada por estar libre. Buena suerte, Grace, pensaré a menudo en ti.

Tu hermano.

P. D. No te preocupes por Kelly, le he pagado generosamente, así que estoy bastante seguro de que te dejará en paz.

Posdata

Qué pasa, compi? Soy Kel. Espero que el mundo exterior te esté tratando bien. Llámame, tenemos que hablar de unas cositas. Ni se te ocurra pasar de este mensaje, sé dónde vives, LOL. P. D. A mi madre le encantó la cuchara, pero no entendió lo de las marcas. Yo sí! La cuidaré mucho. Te echo de menos! Bss

Agradecimientos

Gracias a todos en The Borough Press por apostar por mi primera novela. En especial, a mi editora, Ann Bissell, por aceptar el borrador cuando estaba a medio hacer, por dedicarse a editarlo meticulosamente y por conocer y comprender a los personajes tan bien como yo. Ann fue comprensiva con mi relación un tanto informal con las fechas de entrega y gestionó mis ocasionales ataques de pánico con una gentileza y una elegancia supremas. Gracias a ella, escribir durante la pandemia resultó una actividad agradable y el libro es infinitamente mejor. No podría haber aspirado a una editora más amable.

Gracias, Fliss, por hacer llegar el libro a los lectores, por publicitarlo tan bien y por trabajar tan duro en su lanzamiento, algo que no fue fácil en el momento más extraño de nuestra historia.

Gracias también a Abbie Salter, Caroline Young, Sarah Munro, Margot Gray, Lucy Stewart y Suzie Dooré. Menudo equipazo de mujeres.

Gracias a mi agente, Charlie Campbell. Nunca hace caso de los horarios de oficina y he podido contar con él a cualquier hora del día o de la noche desde que se me ocurrió la idea de este libro. No podría haber tenido a nadie más dedicado, más paciente ni más cercano durante todo el proceso.

Gracias a Aoife Rice por gestionar tan bien mis otras obligaciones laborales sabiendo que este libro era lo primero.

Gracias a Nicki Kennedy, Sam Edenborough, Jenny Robson, Katherine West y sus colegas de ILA por vender el libro a otros países. Ojalá esto signifique que pronto voy a asistir a festivales literarios donde corra el vino y el clima sea cálido.

Emily Hayward-Whitlock y Fern McCauley, muchas gracias por vuestro esfuerzo en todo lo relativo a derechos. Soy consciente de la energía que le habéis dedicado.

Estoy enormemente agradecida a Owen O'Rorke, Nigel Urwin, David Hooper y Anthony Mosawi por aconsejarme y guiarme con generosidad.

Gracias a mi vecino, Robert, quien, con sus inmensamente detallados conocimientos legales, me ayudó con algunas partes del

argumento. Y encima eres un vecino encantador, qué suerte tenemos.

Gracias, Max Van Cleek, por explicarme cómo funcionan los hogares inteligentes y por tomarte en serio mis disparatadas preguntas sobre matar a alguien con un mando a distancia.

Josh Berger, eres un verdadero amigo. Gracias por tus consejos.

Pandora Sykes, gracias por ser la primera persona en leer las galeradas de la novela y proporcionarme un epígrafe, fue muy generoso por tu parte.

Janine Gibson, leíste mis primeros capítulos y te reíste. Hacerte reír fue el estímulo que necesitaba.

Archie, Maya, Miranda, Nesrine, Ben, Benji, sois los mejores. Os quiero.

Lizzie, mi queridísima hermana. Gracias por leer el libro. Gracias por tus sugerencias, que me ayudaron más de lo que soy capaz de expresar. Eres mi en.

Linds y Alan, gracias por, literalmente, todo. Fuisteis la inspiración para este libro (en el mejor sentido).

Por último, Greg. Los hombres que salen en el libro son todos unos cabrones y tú eres lo opuesto. Me dijiste que era escritora mucho antes de que yo me considerara una. Qué afortunada soy de tenerte a mi lado.

Una lectura tremenda, oscura y muy entretenida sobre las diferencias de clase, la familia, el amor… y el arte del asesinato.

Os presentamos a Grace Bernard: hija, hermana y asesina en serie. Grace lo ha perdido todo y no se detendrá ante nada para vengarse.

Cuando Grace Bernard descubre que el padre millonario que la abandonó ha ignorado las llamadas de auxilio de su madre moribunda, jura venganza y se propone matar a todos los miembros de su acaudalada familia. Así que hace una lista de nombres y, decidida a tacharlos todos, se lanza en una misión despiadada para hacer justicia y, en el proceso, convertirse en la única heredera de la fortuna de los Artemis. Su plan es perfecto y confía en salirse con la suya sin mayores problemas, pero siempre hay variables que una no puede controlar… sobre todo cuando hablamos de matar.

La crítica ha dicho:

«Te engancharás a este libro… La frialdad de Grace hará que te estremezcas».
Cosmopolitan

«Desternillante y oscura».
Elle

«Una lectura original, divertida, única y sorprendente».
Prima

«Esta inteligente comedia sobre la venganza está contada a través de los ojos de la antiheroína Grace Bernard, una protagonista al más puro estilo Villanelle. Te provocará escalofríos, pero también te arrancará carcajadas. Un debut sensacional».
Sunday Telegraph

«Deliciosamente adictiva y ejecutada de una manera brillante».
iPaper

«Una sátira inteligente y punzante sobre una asesina sin remordimientos».
Grazia

«La primera novela de Bella Mackie es a ratos oscura como la boca de un lobo y a ratos desternillante, y tiene un giro final que es un escándalo».
Daily Mail

«Una lectura divertida y compulsiva sobre la disfunción familiar y la obsesión que tiene la prensa por los asesinatos».
Sunday Times Style

«Es divertida, aguda, oscura y retorcida, y Grace es una protagonista a la que he animado incluso mientras llevaba a cabo auténticas maldades».
Jojo Moyes

«Me encantó esta novela».
Richard Osman

Bella Mackie ha escrito para *The Guardian*, *Vogue* y *Vice*. Esta es su primera novela y ha conquistado con ella a los lectores de Reino Unido, donde ha vendido más de medio millón de ejemplares y se mantuvo en las listas de best sellers durante meses tras su publicación.

Título original: *How to Kill Your Family*

Primera edición: junio de 2023

© 2021, Bella Mackie
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Laura Vidal, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Caroline Young para HarperCollins Publishers Ltd 2021 / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Anna Isabella Schmidt

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-799-4

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cómo matar a tu familia

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Posdata

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Bella Mackie

Créditos